

PERIODISMO & POLÍTICA

GREGORIO MARÍN RODRÍGUEZ



UASLP

Universidad Autónoma
de San Luis Potosí

PERIODISMO & POLÍTICA

GREGORIO MARÍN RODRÍGUEZ

Marín Rodríguez, Gregorio

Periodismo y Política/Gregorio Marín Rodríguez. San Luis Potosí, S.L.P.: Universidad Autónoma de San Luis Potosí, 2017.

617p: ilustraciones; 21 x 14 cm. -(Colección Ciencias Sociales y Humanidades)

ISBN: 978-607-535-024-0



DEPARTAMENTO DE
COMUNICACIÓN SOCIAL
Universidad Autónoma
de San Luis Potosí

Periodismo y política

Gregorio Marín Rodríguez

© Derechos reservados por la Universidad Autónoma de San Luis Potosí

© Gregorio Marín Rodríguez

Edición a cargo del Departamento de Comunicación Social

LCC Ernesto Anguiano García

Jefe de Comunicación Social

Cuidado editorial:

LC Patricia Briones Zermeño

Diseño editorial y portada:

LDG Alejandro Espericueta Bravo

Impresión:

Talleres Gráficos de la UASLP

Impreso en México.

Todos los derechos reservados. Esta obra no puede ser reproducida en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma y medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo del autor.

Contenido

- 8 Presentación
- 11 Gregorio Marín Rodríguez (biografía)
- 15 A manera de prólogo

Artículos

- 19 ¿Qué es noticia?
- 22 Difícil de comprobar
- 26 Los túneles debajo de la ciudad
- 29 Don Federico Monjaráz
- 35 Cómo se hacía El Heraldo
- 40 Viejos temas policíacos
- 43 La política es un oficio
- 45 Sobreviven de milagro
- 55 Éramos cultos e intelectuales
- 57 Una visión de la gran Chichimeca

63 Anecdotario 1

- 64 Un gobernador sencillo
- 66 Reporteros de teléfono
- 68 Corresponsal de La Prensa
- 70 Encuentro con un fortachón
- 72 Peñalosa y Dios
- 73 Herbert Beckers
- 75 Ernesto Báez Lozano
- 77 Una limonada de limón
- 78 Adolfo Christlieb Ibarrola
- 80 J. Carmen García Vázquez
- 82 Potosinidad de la bella Martha
- 84 Imposición de manos
- 85 Gobernador Francisco E. García
- 87 Ignacio Morones Prieto
- 90 Regreso a San Luis
- 92 Temporadas de ópera
- 93 Estelita Artolózoga

- 95 Me roban una fotografía
97 Gregorio Marín, comunista
99 Me apodaba “mi reporterito”
100 Mecenas de bohemios
101 Chabelo Rodríguez, gobernador
102 ¡Échale un ojo a mi copa!
103 Perdí lo que no era mío
105 De rector a senador
107 Una dedicatoria irrepetible
109 María Elena Becerra Ollaqui
112 Beto “el malo”
114 Me invitó a El Heraldo de México

Artículos

- 116 Suspensión indefinida
118 Interesante experiencia
120 Una provechosa aventura
122 Saltillo, la “apenas” de México
127 Gran golpe publicitario
129 Se casa Benjamín Wong
132 Comunicación y rotarismo
133 Padrino de la Luz
138 Periodistas y artistas
140 Reporteros gráficos
144 Aprendices de reportero
148 Reunión de caricaturistas
154 San Luis, el nopal y la tuna
158 Respeto al periodismo
161 Quiénes hicieron El Sol de San Luis
167 Asociación de Periodistas
172 Marihuana en la cárcel
174 El profesor Fausto González
- 177 Anecdotario 2**
- 178 Cabo de Santa Marta
182 Salvador Díaz Macías
185 La Santísima Trinidad

- 188 Forzado cambio de tren
190 Mis experiencias en La Lira
192 Bohemios de corazón
194 Me ofrecieron un homenaje
196 Felicidad sin complicaciones
199 El Rincón de Justiniano
202 Estimado amigo del Rincón de Justiniano
204 Me invitaban a Momento
206 Los Maracaibos
208 Primero dígame quién dice
209 El periodismo no es autoridad
211 Los Nibelongos

Artículos

- 213 La política: Hermosa mujer
218 Manuel López Dávila
222 El compadre Fonseca
226 Amor de estudiante
229 Fausto Zapata y Antonio Rocha
233 Ignacio Rosillo poderoso
236 La sospecha y la envidia
242 Se bifurcan los caminos
245 Muñoz intentó suicidarse
250 Se ofreció para matarme
253 Margarito Ledesma
271 Una aventura empresarial
278 Carta política potosina
284 Corresponsable de AMEX
290 Mis visitas a La Lonja
293 Entrevistas memorables
298 Peligro a once mil pies
302 El Mago Medellín
306 Verdades y mentiras de la historia de México
317 La educación y la identidad nacional
327 La catedral
330 La Toma de Zacatecas
343 Xantolo
349 Experiencia en el gobierno

- 374 La colonia española y los toros
- 380 Poetas, cantantes y una princesa universitaria
- 389 Algo sobre Aurelio Manrique

391 Anecdotario 3

- 392 La personalidad es prestada
- 394 Repartían condones gratis
- 395 María Luisa Olivo
- 398 Rodolfo Franco Reyes
- 402 Credibilidad
- 404 “Mínimo” y “Tontejo”
- 406 Un Rector habilidoso
- 407 “La Zorra” Holacio
- 410 El quinto evangelio
- 411 Ignacio López Tarso
- 413 Macabra resurrección
- 415 Chiapas, bellissimo estado
- 417 “El popo” Rodríguez
- 419 José Luis Cervantes
- 422 Cuauhtémoc Bustos
- 426 Guadalupe Vega Macías
- 428 ¿Peñalosa para obispos?
- 430 Manuel Hernández Muro
- 431 ¿Ya leyó mi libro?

Artículos

- 433 Pionero del periodismo
- 436 La libertad de expresión y la democracia
- 441 Antonio Rocha es candidato
- 444 Favor con favor se paga
- 447 Radio Noticias
- 450 El padre Castillo
- 460 Arte y cultura en una tarde inolvidable
- 464 Irina Pino y yo en La Habana
- 476 EE. UU. Libertad y democracia
- 478 Fausto Zapata Loredo
- 493 Desobediencia de Rosillo

- 501 Un discurso de Joaquín Antonio Peñalosa Santillán
- 504 El periódico
- 509 El sistema electoral mexicano
- 515 Silva Nieto es gobernador
- 524 Una bella potosina
- 528 UASLP Una universidad de clase mundial
- 556 Aprendo asuntos de agua
- 561 Función social del periodismo
- 566 La batalla de El Ébano y el petróleo
- 572 Teófilo Torres Corzo es diputado, gobernador y senador
- 581 Homenaje a don Francisco Martínez de la Vega

587 Anecdotario 4

- 588 Los embutes del cacique
- 589 Pocos políticos locales
- 591 Potosinos ventajosos
- 593 Golpe político maestro
- 595 La Bodequita y La Floridita
- 597 Fui periodista al servicio del gobierno
- 599 J. Carmen, diputado pistolero
- 600 El delegado del PRI es un simple mandadero
- 602 Mario Moya Palencia
- 603 *¡Auf wiedersehen!*
- 605 Potosinos parranderos
- 606 El que odia es un tonto
- 608 Quiénes eliminaron a Madrazo
- 610 Homenaje a Martínez de la Vega
- 612 No es artículo de fe
- 614 La verdad no peca

Presentación

La Universidad Autónoma de San Luis Potosí, con agrado editó el libro de Don Gregorio Marín Rodríguez, periodista con más de 60 años en el trabajo de informar a la población potosina a través de los diferentes medios de comunicación donde ha laborado.

El libro que elaboró esta casa de estudios, titulado “Periodismo y política”, es una serie de acontecimientos, anécdotas y vivencias que durante más de seis décadas ha compilado el autor, y que hoy en este cúmulo de páginas diseñadas y convertidas en una obra de consulta para los lectores de esta entidad, salen a la luz.

A lo largo de este recorrido histórico, un relato de carácter autobiográfico, Don Gregorio Marín comparte sus conversaciones y encuentros con figuras destacadas de nuestro estado: gobernadores, diputados, alcaldes, líderes de opinión pública, artistas, entre otros potosinos destacados. Con su mirada de reportero narra sus experiencias detrás y sobre su trabajo.

Con la información que se muestra en esta obra, Don Gregorio ofrece a sus lectores, una historia somera del periodismo y la política en la segunda mitad del siglo XX de nuestro querido estado, con dos de las actividades más completas que pueda desempeñar el hombre o la mujer en la sociedad.

Nuestra felicitación al autor por el sentimiento y dedicación mostrados al generar este libro que será para muchos de nosotros un ejemplo a seguir y un punto de partida para los que se inician en la política y principalmente en el periodismo.

Mtro. en Arq. Manuel Fermín Villar Rubio
Rector de la UASLP



Aquí comenzaba todo, a mis 17 años de edad ya andaba entrevistando gente. En la imagen hago una entrevista a Nemesio García Naranjo.

Gregorio Marín Rodríguez

Nació en la ciudad de San Luis Potosí, San Luis Potosí. Estudió la entonces Carrera Comercial.

Gracias a su trabajo como tipógrafo en el Semanario *El Informador*, que dirigía Heliodoro Jiménez, se inició en el periodismo a los 17 años.

Juan Muñiz Silva lo presentó con Francisco Juaristi, entonces director de *El Herald*, quien lo invitó a incorporarse al equipo de Redacción.

En ese mismo año recibió una invitación por parte de Ignacio Rosillo para integrarse al grupo de fundadores de *El Sol de San Luis*, eslabón de la cadena de periódicos García Valseca.

Con otros potosinos, entre quienes figuran Juan Muñiz Silva y Benjamín Wong, fundó *El Sol del Norte* en Saltillo, Coahuila.

Reorganizó *El Herald* de Aguascalientes y luego se reintegró a *El Herald* de San Luis Potosí, donde desempeñó al mismo tiempo las tareas de reportero, columnista y secretario de redacción, bajo la dirección de Antonio Estrada.

Salazar y Leandro Martínez Bemal es Jefe de Redacción.

En 1958 se convirtió en el primer periodista potosino que publicó una columna política en la primera plana, bajo el título “Casillero Confi-

dencial” y, de plana entera, los domingos, sobre política y temas generales. Como reportero coordinó la información del movimiento navista que culminó con la caída del cacicazgo de Gonzalo N. Santos, cuando Estrada Salazar ha dejado la dirección del periódico, que se caracteriza por su independencia editorial.

Con la participación de todos los periodistas, fotógrafos, cronistas deportivos y de sociales, así como los dibujantes y caricaturistas de los diarios de la capital potosina, fundó la Asociación Potosina de Periodistas, de la cual fue el primer presidente. Se relacionó con Antonio Sáenz de Miera, Armando Parellón, José Muñoz Cota, Magdalena Mondragón y los periodistas de la revista *Siempre*, dirigida por José Pagés Llergo, así como con los principales caricaturistas del país. En ese tiempo entabló y mantuvo una estrecha amistad con el entonces gobernador Francisco Martínez de la Vega, Mario Álvarez, Alberto Peniche, Alberto Domingo y otros.

Tras la renuncia de Estrada Salazar, en 1958, se hizo cargo de la Dirección de *El Heraldo*, sin contar con un nombramiento. En 1960 viajó a Cuba, y a su regreso publicó entrevistas con líderes de la Revolución Cubana. El director, Santiago G. García, era un exiliado cubano, pero Marín no lo sabía y escribió con absoluta libertad, posición que don Santiago respetó como reconocimiento al profesionalismo del reportero.

Dictó conferencias como invitado en la Universidad Autónoma de San Luis Potosí y en el Centro de Cultura Hispánica por invitación de don Daniel Berrones Meza. En 1961 cubrió la secuela del movimiento navista.

Por encargo de sus superiores fundó *El Heraldo de Zacatecas*, en el año de 1963. En 1965 fue invitado por Ignacio Rosillo a reincorpo-

rarse a *El Sol de San Luis* y, además de las columnas “Prisma” y “Ágora dominical”, publicó ocasionalmente un editorial de primera plana a petición del director.

En 1967 ocupó por segunda vez la presidencia de la Asociación Potosina de Periodistas y escribió editoriales de *El Sol de San Luis*, la columna “Prisma” de primera plana y la dominical de plana entera los domingos.

Durante 15 años fungió como corresponsal de *La Prensa*.

Posteriormente publicó un bisemanario titulado *La Hora*, junto con Víctor Ramón Ortiz y Miguel Mora Martínez, quienes durante los diez meses de publicación con recursos independientes, cubrieron todos los puestos para editar el semanario.

Fue contratado por Javier Solana para ser corresponsal de la Agencia Mexicana de Noticias (AMEX).

Invitado por Ignacio Rosillo, en 1970 se reintegra a la Redacción de *El Sol* y en 1975 a la Dirección general de la Organización Editorial Mexicana (OEM), a cargo de Benjamín Wong, lo designa subdirector de *El Sol de San Luis*, pero no toma posesión por la oposición de Rosillo, quien es relevado por Mario Almazán.

En 1977 es Enviado Especial de OEM en Zacatecas.

Reingresa a *El Sol* en 1979 y permanece ahí como reportero y columnista hasta septiembre de 1985, cuando el gobernador Florencio Salazar Martínez lo invita a ocupar el puesto de Director de Información y Relaciones Públicas.

Ha sustentado conferencias en la universidad y en ciclos de orientación vocacional, así como en universidades privadas y en institutos particulares de educación superior.

Ha pronunciado el discurso oficial en ceremonias cívicas por invitación de autoridades estatales y municipales. Una de sus últimas pláticas tuvo lugar en la Casa de la Cultura con motivo del aniversario de la histórica Batalla de El Ébano.

A fines de 1988 publicó su primer libro *Tiempo de hablar* con relatos de sus experiencias en el periodismo.

En 1992 concluyó su segundo trabajo literario: *El Amor en todos los tiempos* y, ya en el nuevo siglo publica el libro *Política, democracia y organismos electorales*, patrocinado por el Consejo Estatal Electoral que presidía Rodolfo Aguilar Gallegos y es de amplia circulación.

A manera de prólogo

En algún tiempo mi muy querida y respetada compañera Laura Jáuregui escribió lo siguiente para presentar mi primer libro:

Toca ahora el turno de comentar Tiempo de hablar; otra cara del periodismo del periodista potosino Gregorio Marín Rodríguez, quien en un estilo por demás original y atrayente, no sólo para quienes nos dedicamos al apasionante e ingrato quehacer del periodismo, sino inclusive para el lector común, Gregorio Marín comparte con nosotros anécdotas vividas con personajes tan conocidos como: Joaquín Antonio Peñalosa, Filiberto Herrera, Mauricio Bercún, Francisco Martínez de la Vega, Gonzalo N. Santos, Fausto Zapata, Fidel Castro, Gustavo Díaz Ordaz, Adolfo López Mateos, Salvador Nava, Manuel López Dávila y muchos otros.

Tiempo de hablar, al decir de su autor, estuvo en un tris de llamarse “La Relación demostrada”, parodiando al Abate Hillaire, pero el suyo es un relato llano, parejo y a veces aburrido de las experiencias de un periodista en los inicios de su carrera.

Pensó también, según confiesa con la fina ironía que le caracteriza, en llamar a éste su primer libro “El yo-yo”, porque se expresa siempre en primera persona, porque se trata de un testimonio personal acerca de una etapa de la vida colectiva. Además, “ni la modestia ni la discreción han sido nunca virtudes personales, mucho menos la hipocresía. Quienes me conocen saben que acostumbro usar un lenguaje directo y que

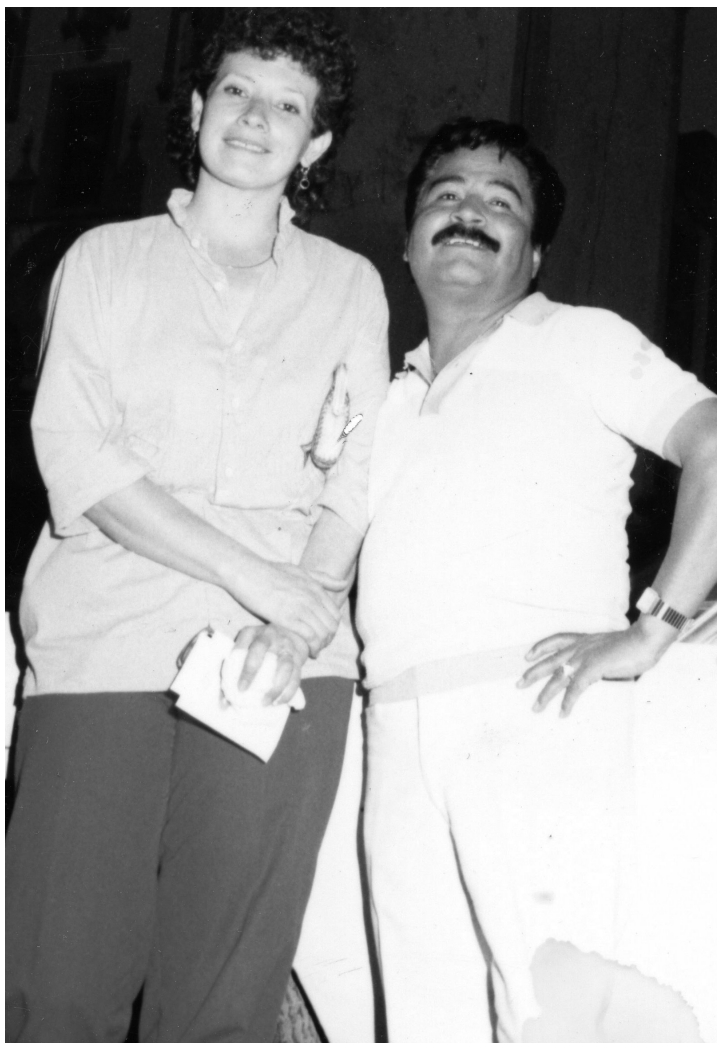
soy enemigo jurado de los eufemismos". "Desde luego", añade en el prólogo de su obra: "alguna vez tuve la idea de poner simplemente "Memorias" de un servidor, pero me topé con la noticia de que otros escribieron sus memorias antes que yo; entre ellos: Winston Churchill, Pietro Badoglio, Pancho Villa, Fray Servando Teresa de Mier, Miguel Ramos Arizpe, Álvaro Obregón, Adriano, Gonzalo N. Santos, una cantante alemana, Moll Flanders, Jacobo Casanova y hasta la señora Xaviera Hollander".

Los personajes mencionados en Tiempo de hablar, asegura Gregorio Marín, "son de carne y hueso, como usted y yo. La mayoría vive todavía, de modo que podrán decir si miento. No están novelizados, por lo que sus retratos reflejan su vera efigie y de esto cada lector será testigo; aunque los potosinos tenemos la tendencia a sobreestimarnos y nos gusta inventarnos una imagen diferente, idealizada, de nosotros mismos, una imagen favorable y narcisista. ¡Cada quién!

El relato que desde el principio advierte al lector el carácter autobiográfico y sin ánimo de hacer literatura, abarca desde 1950 hasta 1964. Dividido en etapas o capítulos que llevan por nombre: "Grilletes no", "Si alguno la mancilla... le parto el corazón", "Tacañería", "Testigo de Calidad", "Su Majestad: La Envidia", "Un compadre a todo dar", "Un trato entre amigos", "Periodistas gaseados", "Crónica de una maniobra", entre varios capítulos más. El autor narra sus experiencias detrás y en torno de su trabajo como reportero, mismas que probablemente harán esbozar más de una sonrisa a los lectores que se identifiquen con aquella singular época o que hayan tomado parte en la misma.

Inusual e interesante es el punto de vista del autor de Tiempo de hablar al declararse como “no responsable, en absoluto de los accidentes ocurridos en su propia vida”, mientras que en contrapartida reconoce su culpabilidad en todos los errores y desatinos, consciente de que ni los unos ni los otros tienen, al fin y al cabo, mayor importancia, supuesto que todo es pasajero y sucede con nuestra voluntad o sin ella”. Dice también: “¡Pobres de aquellos que viven y atesoran como si la vida fuera eterna! Como si el prestigio social y la riqueza fueran los máximos valores. Gregorio Marín termina su prólogo diciendo: “Quiero envejecer siendo sabio, pero convencido de que nunca se acaba de aprender y de que ser bueno es lo más grandioso de la existencia, concluyo en que ser sabio y bueno es lo más cercano a la perfección. El que lea descubrirá que soy una mezcla de Quijote y Prometeo; bohemio, por añadidura, y que en el fondo de la actitud y el pensamiento subyacen el orgullo y la nobleza de los aztecas y la romántica tozudez del español”.

Ahora, con los datos estrictamente necesarios, Gregorio Marín ofrece una historia somera del periodismo y la política en San Luis Potosí durante la segunda mitad del siglo XX. Vuelve a expresarse en primera persona porque insiste en que es un testimonio objetivo e impersonal, hasta donde puede ser objetivo quien es protagonista o testigo en buena parte de los acontecimientos que relata. El lector pronto se dará cuenta de que esta es la segunda parte de *Tiempo de hablar* aunque con un título más formal: *Periodismo y política*, dos de las actividades más completas del hombre porque requieren de la aplicación cotidiana y permanente de toda su inteligencia, capacidad, energía, experiencia y, sobre todo, de poner todo el amor en lo que se hace.



Con Laura Jáuregui Rodríguez, entrañable y querida amiga.

¿Qué es noticia?

Por mi pequeña estatura y mi juventud, ya que inicié en el periodismo en mi adolescencia, algunos de mis compañeros comentaban en son de broma, que me presentaba en las oficinas de gobierno y tocaba en el escritorio del funcionario como se tocaba entonces el mostrador de la tienda de la esquina. El del otro lado se ponía de pie, encorvándose por arriba del escritorio, y cuando me descubría mirando hacia abajo se encontraban nuestras miradas y yo pedía: — Señor, deme noticias.

Se trataba de una broma inspirada en la novatez y mi físico, nada más. En aquel tiempo sólo había un diario en San Luis Potosí, se llamaba *El Herald* y era hijo de un semanario titulado *Acción*, que el zacatecano Gabriel Macías editaba en un local ubicado en la planta baja de los portales Ipiña. La maquinaria fue heredada por su hermano don Alberto Macías, quien la instaló en un local sobre la calle Arista, junto a uno de los almacenes de abarrotes mejor surtidos de la ciudad y que era propiedad de don Fidel Ochoa. El almacén estaba en la esquina de Arista, a dos cuerdas al norte de la plaza de Armas. Allí conocí las máquinas *Chandler*, una impresora vertical de fabricación alemana y todo el equipo que constituye una imprenta, incluidos los *chivalet* y sus diferentes tipos. Fue uno de mis primeros oficios, pero más como curioso y mozo que como aprendiz formal, porque no percibía sueldo ni gratificación y tenía apenas trece años.

El Herald era una especie de gaceta con un formato uniforme de ocho columnas sin atractivo tipográfico porque llenaban esas columnas con largos “chorizos” de composición y su contenido se limitaba a ofrecer información elemental e intrascendente a los lectores. Contaba con las

imprescindibles secciones de “Sociales”, “Deportes”, “Policía” y un material francamente de relleno como el crucigrama, “Hágalo usted mismo”, “Consejos para la mujer” y una página de artículos y comentarios sobre temas diversos que era considerada como “lectura de descanso”.

Los funcionarios y jefes de oficina no tenían idea de lo que es noticia. Nosotros mismos teníamos apenas nociones del asunto gracias a las clases que sobre la marcha nos impartieron periodistas experimentados venidos de otros diarios de la Cadena García Valseca y de la misma Redacción central, como don Miguel Ordorica, fundador de *El Sol de México*, quien era sordo pero no teníamos qué alzar la voz cuando hablábamos con él porque leía los labios; Carlos Malzárraga, Fausto Antonio Marín, Daniel Molina, del deportivo *Esto*, el señor Flores, de *El Sol de León*, y otros. De ellos aprendimos a distinguir entre lo que es noticia, propiamente dicha, y una gacetilla, crónica, columna, comentario, artículo de fondo y el editorial, que es la expresión oficial de la publicación. Nos enseñaron a escribir el *lead*, o sea “la entrada”, el primer párrafo de la nota periodística, que constituye la guía para un mejor y más claro desarrollo de la información. Ésta, a su vez, debe responder seis preguntas básicas de la noticia: qué, quién, cómo, dónde, cuándo y, de ser posible, por qué. Los reporteros de *El Sol* iniciamos a funcionarios y jefes de oficinas de gobierno en lo que podría considerarse como nociones de lo que es el sentido de la información, desde el punto de vista del interés público.

Su ignorancia era evidente. En una ocasión llegué a la oficina de una dependencia federal y le hice al funcionario la pregunta que me habían ordenado en la Redacción.

—A usted qué chingaos le importa. Me contestó ofendido el funcionario.

—A mí, Gregorio Marín, nada, pero trabajo en un periódico y de allí me ordenaron pedirle a usted la información que solicito. Le expliqué al funcionario, al mismo tiempo que sacaba del bolsillo la tira de papel con la correspondiente Orden del Jefe de Información. Entonces el funcionario se suavizó y se esforzó dándome algunos datos que le costaba trabajo manejar y en lo que yo trataba de ayudarle. La mayoría ignoraba qué es noticia y los reporteros de El Sol abrimos ese nuevo camino a la comunicación social.

Difícil de comprobar

José de los Ríos Hernández era cartero y sufría mucho porque tenía los pies planos y no usaba bicicleta. Quizá en consideración a esas circunstancias le asignaban la entrega del correo en el primer cuadro de la ciudad. El saco de cuero era pesado de por sí, a lo que hay que añadir el peso de la correspondencia que incluía periódicos y revistas. Su horario de trabajo era el de todos los burócratas: de ocho de la mañana a tres de la tarde, pero le permitían salir media hora antes por gestiones de su hermano, quien era funcionario del gobierno.

De los Ríos entraba a trabajar en el periódico *El Herald* a las tres de la tarde. Ya estaba en su escritorio cuando yo llegaba con mis notas de reportero. Yo entraba a la Redacción y saludaba respetuoso, haciendo una ligera inclinación de cabeza. En lugar de contestar, el señor De los Ríos decía:

—Ya llegaste, insecto. O bien, Ya llegaste, *pendejo*.

Siempre estaba solo, los demás llegaban entre media hora y una hora más tarde y se marchaban de noche porque escribían con lentitud, o bien, se regresaban en el renglón para corregir o modificar el párrafo. Y así se tardaban más de la cuenta en entregar sus notas. Yo nunca contesté el saludo del cartero, quien a veces sonreía burlón cuando me pendejeaba.

Mi lugar estaba a dos escritorios del suyo. Sin hacer comentarios me sentaba a escribir mis notas en una vieja máquina *Remington*. Como había aprendido a escribir sin maestro, usaba sólo dos dedos de cada mano, pero adquirí más destreza y pronto podía usar tres o cuatro dedos con gran rapidez.

El trabajo del señor De los Ríos consistía en redactar notas a partir de la información que se recibía por medio de telegramas. En ese tiempo no había otro medio de comunicación para hacer un periódico porque todavía no se inventaba nada que no fuera el telégrafo. El primer aparato “de avanzada” llegó un año después y era indispensable que lo manejara un telegrafista porque las noticias se transmitían por radio en clave morse y el operador era un empleado de Telégrafos de México que percibía un sueldo extra en el periódico. Se colocaba unos audífonos para recibir la información al mismo tiempo que la escribía en una máquina mecánica como las del resto de los reporteros. Ese aparato se llamaba Radiodivatel y medía un metro y medio de altura por unos cincuenta centímetros de ancho.

En el tiempo de nuestro relato, el Jefe de Redacción le indicaba a De los Ríos cuántas líneas debía escribir por cada telegrama pensando en el espacio que le iba a destinar en la plana del diario. En algunas ocasiones yo hacía las veces de “auxiliar” del redactor porque se acumulaban los telegramas y era previsible el retraso en la entrega y en el tiempo de edición.

En una ocasión el Jefe de Redacción me entregó un telegrama con unas ocho líneas de texto y me ordenó:

—Haga una nota de cuarenta y seis líneas.

Era imposible olvidar el detalle porque, casi sin experiencia y sin tener una idea del lugar donde se produjo la noticia, ni detalles del asunto, resultaba difícil inventar cuarenta y seis líneas a partir de ocho. Se trataba de un caso en el que fallecieron varias personas intoxicadas por comer queso fresco en un pequeño poblado de Guanajuato. Cumplí con la orden.

El señor De los Ríos tenía poco más de treinta años y nunca alzó la voz cuando me saludaba, ni ponía en ese saludo un acento despectivo o insultante.

Era notorio que simplemente disfrutaba aplicándome el adjetivo. Por supuesto que a veces platicábamos. Era un intercambio de frases breves. Yo, siempre respetuoso; él casi siempre sarcástico. Yo era muy joven e imberbe y tenía un bigotito incipiente, lo que le sirvió de pretexto para decirme en una de esas pláticas, con su acento burlón:

—Tú te rasuras con un vidrito, repetía sonriendo burlón.

Pasaron los años y yo trabajaba en otro diario mientras que el señor De los Ríos continuaba en *El Herald*, quizá atendiendo el Radiodivatel o el Teletipo, un aparato en que las notas de las agencias noticiosas se recibían ya impresas en rollos de papel y el receptor sólo tenía que “puntearlas” porque venían en letras mayúsculas y era necesario entregarlas al linotipista con puntos, comas, puntos y comas, acentos y mayúsculas. En este caso simplemente se subrayaba la letra con lápiz.

Pues bien, al cabo de esos años iba yo con un amigo en su auto cuando nos encontramos al señor De los Ríos que venía en sentido contrario sobre la banqueta. Yo ya le había contado a mí compañero acerca de esa etapa de mi vida como aprendiz de reportero:

—¡Mira, ese es el señor De los Ríos!

Mi amigo hizo el intento de frenar con la intención de reclamarle al cartero-redactor por lo que él consideraba un insulto. Mi amigo estaba convencido de que yo era un periodista brillante y hasta me demostraba cierta admiración.

—¡No! —grité al mismo tiempo que puse mi mano sobre el volante pidiéndole que siguiera adelante. Mi amigo se sorprendió al

ver mi expresión angustiada. Según él, yo tenía derecho a exigir al señor De los Ríos una explicación por tenerme en un concepto de *pendejo*. Con la mirada me preguntó el motivo de mi rechazo y yo me apresuré a explicarle:

—¡Y cómo le demuestro que no!

Los túneles debajo de la ciudad

Hacia pocos días que yo trabajaba como reportero en *El Heraldo* cuando, mientras yo estaba atento a mi máquina de escribir, los redactores viejos platicaban sobre una red de túneles que había en las entrañas de San Luis. Los reporteros viejos eran: Juan Muñiz Silva, Alfonso Herrera Abelard, Adrián Fernández de Mendoza, Federico Monjarás Romo y Sergio F. López.

Según ellos, los túneles partían del convento del templo de El Carmen hacia los demás templos, de manera que comunicaban hasta el santuario de Guadalupe hacia el sur y hasta la Presa de San José, hacia el poniente. Recuerdo que uno de ellos platicó que este túnel fue utilizado por alguien que robó algunos valiosos cuadros con pinturas de santos que se guardaban en la parte alta del templo.

Mencionaron el nombre del ladrón pero yo prefiero callarlo porque lo importante es que el hombre fue a salir a la Presa San José con su botín y alguien lo descubrió ante las autoridades, por lo que fue obligado a devolver las pinturas.

Otro túnel iba hasta Tlaxcala y había uno que comunicaba con el templo de Tequis (quizá el mismo de la presa). Ya era yo reportero cuando el locutor de una radiodifusora que estaba en la esquina de Julián de los Reyes y Damián Carmona platicaba que debajo del área de cabina pasaba un túnel. Pero él ignoraba hacia dónde llegaba. Uno más partía de El Carmen hacia el templo de El Montecillo y otro hacia el de San José, por debajo de la actual alameda Juan Sarabia, que en el siglo XVII o XVIII era la huerta del convento de los Carmelitas. Los viejos reporte-

ros comentaron que cuando la huerta se convirtió en la alameda y era el paseo dominical de los ciudadanos, alguien descubrió el túnel y se hizo un escándalo porque hallaron restos de fetos. Según los del grupo, ésta era la causa principal de que las autoridades mantuvieran en secreto la existencia de la red subterránea y los más reacios eran los prelados de la iglesia. Por casualidades derivadas de hundimientos causados por inundaciones o accidentes, en alguna parte se hacían agujeros que ponían al descubierto pequeñas porciones de túnel, pero las autoridades se apresuraban a desvanecer las sospechas y uno de los más acervos negadores era el presbítero Rafael Montejano y Aguiñaga, de gran influencia en los círculos religiosos, profesionistas e intelectuales de San Luis, quien durante muchos años fue el director de la Biblioteca de la Universidad y se rumoraba que quemó algunos libros que él consideraba de contenido antirreligioso o subversivo. Otros los vendió, los regaló o se los llevó para su casa. Eso se rumoraba.

En 1973 mi amigo el ingeniero Jesús González Urriza, director de la Empresa de Aguas del Ayuntamiento, hacía excavaciones en la calle José de Cervantes, paralela a la avenida Pedro Antonio Santos que para entonces ya se llamaba Universidad y que se iniciaba a un costado del templo de San Francisco y llegaba hasta los charcos de Pansacola. Los terrenos pertenecieron a un hombre de apellido Franco, a quien apodaban “el buscador de oro” y las excavaciones eran para instalar un drenaje profundo porque la mayor parte de las aguas de la ciudad tomaban su curso por la ancha avenida y allí se formaban los charcos de Pansacola en campo abierto, en el extremo oriente fuera de la población. El ingeniero González Urriza, conocido en San Luis como el “Chato”, me contó que sus trabajadores se toparon con unos arcos de cantera labrada, a una altura mayor de tres metros del piso y que correspondían a un túnel que comunicaba con el templo de San José y, de allí, al Montecillo hacia el norte, por el lado oriente de la alameda. Surgió la alharaca acostumbrada acerca de la red subterránea y sus je-

fes ordenaron al director de la Empresa de Aguas modificar el trazo de la tubería maestra hacia la avenida Universidad, entre las calles Azteca Sur y López Hermosa, al mismo tiempo que se acallaban los rumores populares. Eso me lo contó el “Chato” confidencialmente.

Años después el geólogo José Luis Mata comprobó la existencia del túnel en El Montecillo por denuncia de Miguel Hernández Loredo, administrador de la Unidad Deportiva. Se publicaron fotos y notas en los diarios locales, pero de nueva cuenta se frenó la investigación sin dar explicaciones. Varios años más tarde recibí una oferta ventajosa, ofrecían comprar la casa de mi propiedad, a un costado del Rancho del Charro, pagando una cantidad muy superior a su valor. Rechacé de buena manera el ofrecimiento que me reiteraron con insistencia. Después me enteré de que unos reclusos de la penitenciaría del estado planeaban utilizar el túnel que iba al Santuario de Guadalupe pasando parcialmente por debajo de mi casa, para escapar en grupo. También de que sus planes fueron descubiertos porque policías investigadores me pidieron permiso para revisar el patio y la casa sin revelarme el motivo.

Como me suele suceder: lo supe sin preguntar.

Don Federico Monjarás y una lección de redacción

Federico Monjarás Romo contaba que en una ocasión don Vicente Villasana lo llamó desde su escritorio y, mostrándole una de sus notas, le preguntó:

—¿Qué quiso decir aquí?, —señalándole con el dedo el primer párrafo de su nota.

Pues que “esto y esto otro”, explicando con sencillez el sentido de la noticia.

—¡Pues dígalo! —Le ordenó don Vicente.

Entonces Monjarás rehízo su nota con el estilo sencillo que le había indicado el director de *El Heraldo*.

Los reporteros de aquel tiempo —idealistas, bohemios y aficionados a la literatura—, a veces escribían una palabra de poco uso o utilizaban un giro aparentemente literario al escribir la “entrada” de una nota, con el propósito de llamar la atención del lector o de imprimirle impacto a la noticia, lo que conseguían para fines prácticos era confundir al lector, generalmente de escasa ilustración.

Otro factor de confusión es que los párrafos se alargaban innecesariamente y constaban de seis y hasta ocho líneas que luego formaban un galimatías. Ese defecto se compuso cuando las agencias internacionales de noticias impusieron la regla de limitar a treinta palabras como máximo el “lead” o “entrada”, que luego condujo a los jefes de plana y

de sección a exageraciones ingeniosas como la de “cabecear” la noticia con palabras como “Helifugitivo”, para informar a los lectores de la fuga de Kaplan en un helicóptero que lo recogió en el patio de la cárcel de Lecumberri.

Hay cabezas con un mínimo de palabras como: “Estalló Guerra Mundial”, “Armisticio”, “Un ruso en órbita”, “Un hombre en la luna”, o aquella de un diario cuando se esperaba la muerte de un conocido personaje cuya agonía se prolongó por varios días y al ocurrir el deceso el periódico cabeceó: “¡YA!”. Entre reporteros de provincia se comentó durante años la cabeza de un semanario de nota roja que decía: “Secuestróla, Violóla, Matóla”. Lo que el lector no sabe es que una cosa es leer el periódico y otra, ligeramente más complicada, la de fregarse haciéndolo.

Monjarás era buen reportero pero inclinado a la literatura popular, por eso escribía argumentos para aquellas revistas llamadas fotonovelas, que eran fotografías en sepia ilustrando la historieta. Decía que le pagaban mil pesos por argumento.

Contaba también que en una ocasión, al regreso de una entrevista con un presidente municipal de la Huasteca, entregó a don Vicente Villasana la nota correspondiente junto con un juego de pluma y lapicero que el entrevistado le obsequió.

—¿Y eso?, le preguntó don Vicente.

—Me los regaló el presidente municipal, fue la tímida respuesta.

—¿Usted se las pidió?

—No, con tono de disculpa. —Él me las dio.

—Entonces guárdelas, son tuyas.

Por ser el reportero de mayor edad y experiencia, los demás mirábamos a Monjarás con mucho respeto, nos fascinaban las anécdotas de su azarosa existencia. Todos sabíamos que Sergio Federico López, originario de Charcas y más o menos de la edad de Monjarás, vivía en la casa de don Federico como resultado de un gesto de generosidad y compañerismo, nativo de Villa de Arriaga y miembro de la que fue, quizá, la familia más rica de aquel municipio situado a unos cincuenta kilómetros al sur de la capital. Su familia fue dueña de la hacienda El Maguey, la única que tenía su propia presa, con ganado, aves de corral y grandes extensiones de sembradíos; pero la Revolución acabó con la hacienda y su riqueza. Eran otras personas las que contaban la historia porque Federico nunca habló del asunto. Muchas personas le encontraban un gran parecido con Agustín Lara.

En una ocasión estábamos reunidos varios periodistas en la mesa de un bar en la Feria Nacional Potosina, y nuestro mesero nos puso una botella de cognac diciendo que nos la enviaba el señor de una mesa vecina, señalándolo con un gesto discreto. Ninguno de nosotros dio al asunto mayor importancia pero todos levantamos nuestras copas brindando con el generoso donante a tres o cuatro mesas de distancia. Casi terminábamos el contenido cuando el mismo mesero nos informó que el hombre del obsequio, quien estaba acompañado de su familia, trataba de comunicarse con nosotros. En efecto, el caballero le preguntaba por señas a Monjarás a qué hora tocaba el piano. Fue hasta ese momento cuando nos percatamos de que el donador del cognac confundió a don Federico con el famoso compositor. Monjarás le contestó por señas que “al ratito”, luego todos bebimos nuestras copas a la carrera y, aprovechando un momento propicio, nos escabullimos sin despedirnos de nadie.

Pues bien, hablando con un tono de relator acostumbrado a los vaivenes de la fortuna, Monjarás nos contaba que en una ocasión se entretuvo cubriendo algún encargo de la Redacción y cuando terminó la tarea llovía a cántaros, como era frecuente en aquellos años en San Luis. Además, hacía mucho frío y con ese tiempo inclemente se encaminó a su domicilio en busca de su gabardina, pero no la encontró. Fue en seguida a buscar a su novia y le informaron que había ido al cine con Sergio.

—Sergio tiene las nalgas achaflanadas, decía Monjarás interrumpiendo su relato y descargando con esa expresión una pequeña parte de su rencor. Luego continuaba.

—Cuando regresó Sergio de su paseo yo todavía titiritaba de frío y estaba con la ropa mojada. —Le dije sin levantar la voz.

—Oye, está bien que te lleves a mi novia al cine, pero siquiera déjame mi gabardina. En seguida anunciaba con un dejo de rencor:

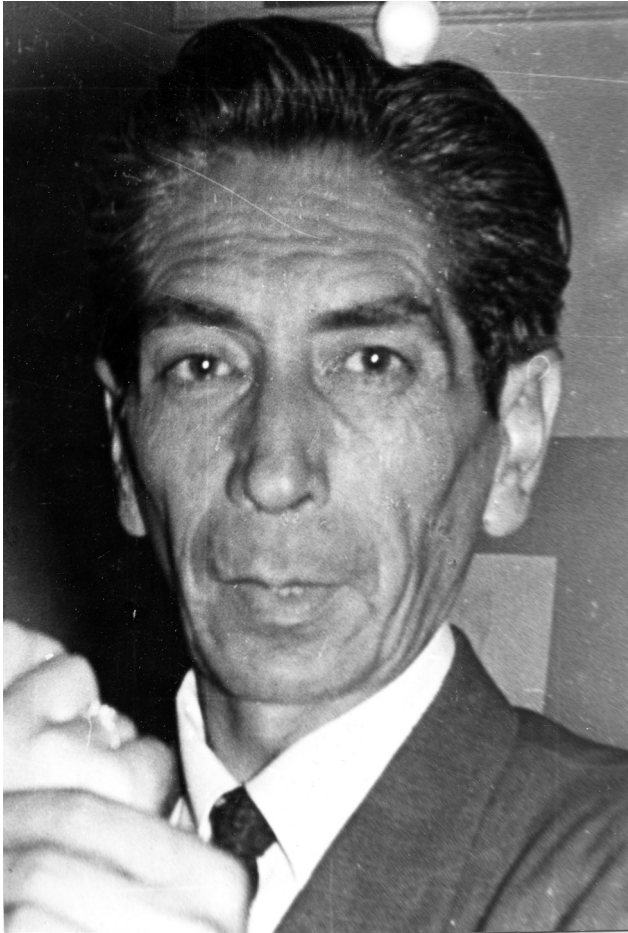
—Juré matarlo de un coraje.

Tal vez con ese propósito contaba también —Sergio es dueño de diez casas en Charcas, todas juntas valen como trescientos pesos.

En otras charlas presumía de que si un seductor se jactaba de haber conquistado cien mujeres, en comparación con sus vivencias personales se quedaba corto.

—Cien mujeres para mí (poniéndose el pulgar en el pecho) es una cifra leve.

Se casó con una mujer ya madura que se pasaba los días sentada en la sala de su casa junto a la ventana enrejada y abierta, ubicada en la calle



Federico Monjarás Romo. Nótese el parecido con
el compositor y cantante Agustín Lara

Cinco de Mayo, por donde Monjarás pasaba casi todos los días caminando rumbo a su domicilio. Nunca tuvo automóvil ni bicicleta. Se decía que en uno de sus tránsitos se detuvo a platicar con la mujer y tras de un breve noviazgo se casaron. Yo los visité algunas veces en un departamento ubicado en la planta alta de una casa particular a espaldas del templo de San Agustín. Ellos se decían “compañero” y “compañera”, respectivamente, lo menciono porque nunca usaron la sobada expresión “mi amor”, o “amorcito”, ni nada parecido. Monjarás la asesoraba y ella escribía una columna con el seudónimo “Cora”. Ella era lo que en San Luis se calificaba como “seca” en su trato hacia los demás, aunque cortés y recatada. Supongo que padecía de hepatitis, porque el cutis se le fue oscureciendo y acabó por fallecer con la cara manchada. El excelente amigo y buen escritor y reportero, don Federico Monjarás Romo, entregó su alma al Creador poco tiempo después que ella.

Cómo se hacía *El Heraldo*

Don José Rodríguez tenía ochenta y dos años, pero aunque era trabajador sindicalizado, la empresa se negaba a jubilarlo. A él parecía no importarle esa situación y desempeñaba sus labores como “formador” en la mesa donde se llenaban las “ramas”, que era un bastidor cuadrado de acero que servía de marco para formar las planas de *El Heraldo*, periódico diario de 12 páginas y el único que competía con *El Sol de San Luis* en ese tiempo.

—Mira, Gregorio, yo te *chingo*... yo te *chingo*. Me amenazaba el viejo blandiendo su “charrasca” frente a mis ojos. La charrasca era un pedazo de segueta a la que se le enredaba en un extremo cualquier material que sirviera para manejarlo como mango. Lo usaban en la imprenta para raspar la rebaba de los lingotes de estaño que eran cada línea de la “composición” que, a su vez, constituían las columnas que llenan la plana del periódico, ajustadas con las fotografías y “clisés” intercalados entre la composición.

—No te muevas mucho, José, porque se te va a caer la polilla. Le contestaba yo con una mezcla de fingida preocupación y advertencia; después continuaba dándole instrucciones sobre dónde y cómo acomodar el material informativo. Previamente había enviado yo ese material señalando cada cabeza a su respectiva nota, fuera de “Sociales”, “Policía”, “Foránea” o alguna otra sección del periódico.

Don José no era el único formador porque, como ya dijimos, eran 12 páginas. El jefe del taller era don José García Bravo, experimentado y eficiente. En realidad, García Bravo y yo nos coordinábamos muy bien

porque conocía mi estilo de trabajo y se acomodaba con facilidad. García Bravo era cuñado del director, don Antonio Estrada Salazar, uno de los mejores profesionales en la historia del periodismo potosino.

Estrada Salazar venía de un periódico de Texas que se editaba en español, aunque era oriundo de Torreón y durante algún tiempo trabajó en *El Siglo*. La Cadena de periódicos García Valseca lo contrató para dirigir *El Sol de San Luis*, que salió a la luz pública el 4 de diciembre de 1952. El coahuilense había renunciado a *El Sol* y en la época de nuestro relato era el director de *El Heraldito*, en 1958. Estrada se había relacionado con una potosina y se olvidó de su responsabilidad en el periódico. Alrededor de las 00:00 horas me llamaba por teléfono para preguntarme qué noticia había puesto como principal en la primera plana. Yo le leía las dos cabezas más importantes de la edición que había guardado en espera de su aprobación y él me señalaba la que debía ir a ocho columnas. Esta situación irregular duró varias semanas y alguien le informó al dueño del periódico, el argentino Mauricio Bercún de ascendencia sirio libanesa, hombre de trato difícil. Es probable que en la reclamación correspondiente se produjeran insultos de las dos partes. Al final Estrada quedó fuera del periódico, por eso lo hacíamos García Bravo y yo, con el apoyo de los formadores José Rodríguez, Juan Palacios Pérez, uno apodado “el General” y Carlos Robledo. La sección de “Deportes” estaba a cargo de J. Ascensión Espinoza Chonito, joven responsable, serio y enterado de su especialidad. Su principal colaborador y fotógrafo era Raúl Sánchez Maya.

En ese tiempo se acostumbraba esquemar la plana en la sala de Redacción, en hojas cuadrículadas que semejaban la página del diario. El responsable de la edición redactaba las cabezas y escribía en el esquema la primera palabra, que servía como guía en el esquema del formador en el taller. La cabeza debía ser medida al tamaño del espacio que se asignaba a la información y en ningún caso podía rebasarla porque las

“ramas” eran de acero y los tipos eran de metal. La medida era una, dos, tres ... hasta ocho columnas, que correspondía a la noticia principal. No podían estirarse ni dejar espacios en blanco. Se usaban cinco o seis tipos de imprenta diferentes, como el Tempo, Tempo bold, Tempo light, Italic, San Serif, Gótico y el Bold condensado, desde ocho hasta setenta y dos puntos, equivalentes a seis cuadratines. En virtud de que resultaba muy difícil dedicar media hora o más a esquemar cada página, y yo fungía como director, jefe de redacción, jefe de Sociales, etcétera, enviaba el material y las cabezas de páginas interiores directamente a las mesas de formación y esquemaba sólo las primeras planas de las secciones “Local”, “Nacional”, “Foránea” y “Zacatecas”. Aunque en el taller era obligatorio sujetarse a las indicaciones de la página esquemada.

Como era de esperarse, José García Bravo sobrevivió pocos días a la salida de su cuñado Estrada Salazar, pero como el equipo estaba bien coordinado todo continuó con igual eficiencia.

Yo era reportero y además de las notas escribía diariamente la columna “Bitácora”, de primera plana, y cumplía el papel de Jefe de Redacción sin nombramiento y sin el sueldo correspondiente. Don José Rodríguez se convirtió en mi colaborador más importante en el taller.

A él le gustaba repetir su teatral amenaza: “Yo te *chingo*”, aparentando impaciencia o desacuerdo, mientras yo me concentraba en darle indicaciones, con el índice sobre la rama, hasta llenar la plana que yo había formado en mi imaginación. Luego seguíamos con las de “Policía” y “Foránea”. Mientras trabajábamos, don José repetía una observación que a él le parecía ingeniosa:

—Cadáver el de don Benito. Tú vas a ser un *pinche* muerto.

Yo salía del periódico a la una y media o dos de la madrugada, una vez que había revisado las “pruebas” húmedas de la edición. Esta situación

duró varias semanas, hasta que una mañana llegó el chofer del periódico a mi domicilio diciéndome que lo había enviado el dueño, Mauricio Bercún. Eran las nueve de la mañana y salí de mi casa refunfuñando. Cuando llegué al periódico Bercún y Ramiro de la Colina estaban en la oficina de este último, quien era el gerente.

—Vengo a decirle que a partir de hoy, usted es el Jefe de Redacción de *El Heraldito*, me informó Bercún después del saludo.

Ya me había invitado a sentarme a su lado, en el mismo sofá. Ramiro estaba en su escritorio.

—Nada más que... no acepto. Respondí con toda calma.

—¡Cómo! ¿No quiere usted ser el Jefe de Redacción de *El Heraldito*? gritó el argentino escandalizado.

—No, señor. No tengo ningún interés.

De la Colina meneaba la cabeza de un lado al otro, incrédulo, pero de inmediato la cambió a un “sí” rotundo porque Bercún le ordenó, furioso:

—¡Ramiro, póngalo a barrer!

Yo me puse de pie y pregunté tranquilo: —¿Es todo, señor? con permiso, y me encaminé a la salida atravesándome frente a él, pero cuando cruzaba la puerta el argentino gritó:

—¡Señor Marín!, y se apresuró a alcanzarme. Al emparejarnos yo caminé al interior, hacia el taller.

—¿Por qué no quiere usted ser el Jefe de Redacción de *El Heraldito*?, preguntó, ya calmado.

—Mire usted: ya me demostré a mí mismo que puedo hacer un periódico. Ya les demostré a los demás que sé hacer un periódico, pero a mi edad yo no voy a ser una rata de redacción. Hace meses que no llevo a mi familia a pasear ni siquiera a la Alameda. No es justo.

—Está bien. Véngase a reportear.

—Gracias. Buenos días.

Don Pepe Rodríguez tenía ochenta y dos años. Yo andaba en los veinticinco. El espejo del futuro era muy elocuente, y mi sueldo: trece pesos diarios.

Viejos temas policiacos

Como reportero de la fuente policiaca acudía temprano a revisar el libro de ingreso de los detenidos en las últimas horas de la noche y primeras de la mañana.

Pronto aprendí las claves de identificación de los presos. Cuando las iniciales después del nombre eran EE significaba “ebrio escandaloso”. En realidad se trataba de un sujeto que echaba bravatas retando a todo el mundo o era alguien que simplemente vociferaba en la calle con unas copas de más, pero sin agredir a nadie en particular.

Si las iniciales eran ET “ebrio tirado”. Era un borrachín que violó la “ley de gravedad”. Es decir, alguien derrotado por el exceso de alcohol que perdió el equilibrio y acabó dormido en la banqueta. Lo levantaban los tripulantes de “la Julia”, como popularmente era llamada la ambulancia de la policía municipal.

Si el detenido no podía dar su nombre por el estado de ebriedad en que se encontraba en el momento de su detención, antes de las claves mencionadas el oficial de barandilla ponía simplemente NN.

Las iniciales RT significaban “ratero conocido”.

Si el recluso había participado en una riña en la que resultó un herido y era el agresor, se le identificaba en el libro de ingresos como “lesiones”.

Las iniciales VM significaban “vago malviviente”. Había cientos de “vagos malvivientes” a juicio de policías ignorantes obligados a cubrir una

cuota de detenidos para que las autoridades obtuviesen jugosas entradas de dinero por concepto de multas administrativas. En un país con pocas fuentes de empleo y sin oportunidades en educación en escuelas públicas abundaban los “vagos malvivientes”. Con frecuencia se trataba de una persona conocida del policía, que era perseguido por éste y lo conducían a las celdas obligando a sus familiares a que pagara una multa. Casi todos los detenidos por las faltas mencionadas salían en libertad luego de pagar una multa. Sólo en los casos de “lesiones” eran consignados al Ministerio Público o a un juzgado penal si la víctima presentaba una acusación formal.

Los policías, especialmente los que pertenecían a los llamados “Servicios Secretos”, conocían bien a los delincuentes de oficio, o sea aquellos conocidos en los bajos fondos como “jauleros”, los que se escondían en un establecimiento comercial en horas hábiles esperando a que concluyeran las labores y luego robaban cuanto podían. “Jaulero” era Santiago Reyes Quezada, aquel que se fugó de la penitenciaría del estado escondido en un ropero que él mismo construyó en la carpintería del penal; los “paqueros”, aquellos que engañaban a sus víctimas mostrándoles un paquete de billetes que con ágiles movimientos de prestidigitación cambiaban por recortes de periódicos; los “piñeros”, que hacían trampa en el billar; los carteristas, que despojaban de su cartera a los incautos metiéndose entre multitudes o grupos apretujados. En San Luis el más famoso era “El Cuatro Vientos”, que según una versión difundida entre policías y delincuentes robó en cierta ocasión su cartera al Presidente Adolfo Ruiz Cortines. El “Talingas” era otro buen carterista, lo mismo que “La Juanita”. Los “espaderos”, aquellos que con dos dedos sustraían objetos de valor de los bolsillos de hombres y mujeres imprecavidos o distraídos; los “descontoneos”, que por medio del “descontón” robaban al prójimo. Por ejemplo, arrebatando el bolso a una mujer en la calle o apoderándose de un collar, los aretes o una cadena de oro por medio de un jalón.

Los ladrones domiciliarios son bien conocidos por la policía y algunas veces operan bajo su protección. Todos son reconocidos por su *modus operandi*, ya sea que se especialicen en el uso de herramientas especiales para “tumbar el arete” (romper el candado), o usando un “santonín” para abrir la cortina de acero. Los hay también conocidos como “narcotizadores”, que esparcen una sustancia o aroma adormecedora y penetran en los dormitorios con la seguridad de que los moradores no despertarán.

Al leer estos apuntes es importante tener presente que hacemos recuerdos de lo que era la delincuencia provinciana en nuestros tiempos de reportero, que han quedado algunas decenas de años atrás y todo ha evolucionado y se ha perfeccionado. Lo que sigue vigente es el uso de los “soplones” por parte de policías de oficio en cualquier país del mundo, una práctica que resulta muy útil para resolver asuntos policíacos aparentemente complicados, entre los que destaca la denuncia de carácter político como el comunismo, el señalamiento de un presunto opositor al gobierno o, actualmente, el terrorismo.

La política es un oficio

Don Francisco Martínez de la Vega acababa de tomar posesión del gobierno del estado cuando me mandó llamar y me invitó a sentarme junto a él en el mismo sofá. Me ofreció un cigarrillo de los que él fumaba, marca Camel, y prendía uno tras otro y a la vez me daba otro a mí, hasta que rechacé el sexto o séptimo y me preguntó por qué.

—Sabe usted, señor, es que yo no fumo.

—!Cómo, si ha estado fumando igual que yo!

—Porque me daba pena rechazarlo, pero ya tengo una jaqueca de la *chingada*. El mandatario soltó su carcajada peculiar y a partir de ese momento fumó él solo, pero continuó la plática que, al parecer, le divertía y le servía para conocer detalles de la historia y a los personajes de San Luis.

En una de esas entrevistas me platicó que José de la Luz Cerda, jefe de la Oficina Federal de Hacienda, le había solicitado una entrevista para pedirle que lo hiciera diputado. En ese tiempo, se aseguraba que para obtener un cargo de elección no era necesario el voto del pueblo, sino uno sólo: el del presidente para ser gobernador o el del gobernador para ocupar una diputación o un cargo en la administración estatal.

Era sabido que don Francisco gozaba de gran influencia en el Partido Revolucionario Institucional (PRI). Por eso pudo hacer diputado al licenciado Roberto González Martínez, hijo de un diputado constituyente a quien él tenía gran aprecio y respeto. En círculos políticos loca-

les corría la versión de que “el jefe Cari”, profesor Caritino Maldonado, delegado general del PRI y aspirante a la gubernatura de Guerrero, mandó llamar a González Martínez y le informó: “Tengo instrucciones de hacerlo diputado”. Joven y sin experiencia, Roberto se cuadró como militar frente al “jefe Cari” y respondió con acento decidido:

—Sí, señor, dígame que tengo qué hacer

El delegado del comité ejecutivo nacional del PRI resumió tranquilamente sus instrucciones. —Nada. Usted no se mueva... deje todo de mi cuenta.

José de la Luz Cerda no tenía simpatías entre la clase política potosina. Como era desaliñado, gordo, moreno, chaparro, caminaba descompasado y con los pies muy abiertos, le apodaban “la puerca talachona”. No sé si don Francisco estaba enterado de la mala imagen del funcionario, pero me platicó que comenzó diciéndole:

—Quiero jugar a la política...

—La política no es un juego, le dijo secamente el gobernador. Y al ver que el jefe de Hacienda se amoscaba, suavizó el tono de la voz y le explicó:

—La política es, por lo menos, un oficio, sentenció.

En seguida le pidió que acudiera a las instancias correspondientes. Es decir, a las oficinas del Partido, y que se inscribiera entre los demás aspirantes diciendo que ya había hablado con él.

Sobrevivieron de milagro

Mientras comían, reportero y fotógrafo repasaban los hechos. El nuevo ingenio azucarero representaba una inversión de muchos millones de pesos y constituía un jalón definitivo para el despegue económico y social de la zona Huasteca; tanto, que el presidente municipal no pudo ocultar su entusiasmo porque habría trabajo para miles de obreros y cortadores de caña. Además de la inversión económica directa, las arcas municipales obtendrían ingresos provenientes de fuentes indirectas porque, como todo el mundo sabe, una nueva fuente de trabajo trae consigo la apertura de cantinas, loncherías, billares, tiendas de ropa y comestibles, lo cual se traduce en fondos para el erario por concepto de impuestos.

Los agricultores de la zona también manifestaban su optimismo porque en una extensa superficie se cambiarían los cultivos tradicionales de maíz y frijol por uno mucho más remunerativo como la caña de azúcar. Los promotores del proyecto habían fijado en ocho mil hectáreas la zona de abastecimiento y los de la región sabían que sus colegas de los estados de Veracruz, Morelos, Jalisco y hasta de Nayarit se hicieron millonarios en pocos años vendiendo su caña a los ingenios de su localidad.

En el aspecto profesional, los periodistas tenían sus propios motivos para sentirse justificadamente satisfechos: habían logrado muy buenas fotografías para ilustrar el reportaje, comenzando por una elocuente panorámica del lugar en donde se construiría el complejo azucarero.

—Aquí estará el trapiche, habían informado los técnicos.

—Allí el laboratorio, más allá el área de descarga para los camiones, de aquel lado la bodega y en el otro extremo, los andenes y el patio de maniobras. Por afuera se construirá un galerón para las familias de los cortadores que contarán con servicio de guardería y una escuela primaria. La zona de abastecimiento, que constará de ocho mil hectáreas, ocupará a más de mil trabajadores cuando el Ingenio alcance su máximo nivel de operación...

Los jóvenes periodistas captaron fotografías de rostros de campesinos esperanzados. En las entrevistas, ellos dijeron que en el ingenio percibirían un buen salario a cambio de su trabajo, y un precio razonable por la caña producida. Hay también fotografías del presidente municipal y de algunos de sus principales colaboradores; fotos de ganaderos y agricultores, comerciantes y profesionistas. Todos manifestando su optimismo y regocijo por la pronta realización de tan ambicioso proyecto. Incluso, el presidente de la Cámara de Comercio de Ciudad Valles hizo declaraciones muy positivas sobre la cuantía de la inversión que sería, al mismo tiempo, generadora de inversiones complementarias, ya que el complejo azucarero sería el punto de partida de una nueva etapa de crecimiento económico y social en beneficio de Ciudad Valles y los municipios circunvecinos.

En ese tiempo sólo había un ingenio azucarero en el estado de San Luis Potosí y era el de Agua Buena, un lugar aislado en el municipio de Tamasopo, donde se molían apenas sesenta mil toneladas de caña al año. El nuevo ingenio podría moler más de trescientas mil toneladas en su primera etapa. Llevados por su entusiasmo y la poca experiencia, los jóvenes reporteros exageraban en su imaginación la importancia de la noticia, que ellos miraban ya como obra consumada. Incluso imaginaban el estruendo de los batanes, el agudo silbato de las sirenas, los pistones de las máquinas pujando por salirse de los cilindros, los manómetros haciendo temblar las agujas en lo blanco de sus ojos inmóviles, el ruido de los chorros de melaza cayendo en los tinacales, el rugir de

los potentes motores de los camiones en los patios de carga y descarga y el chirriar de las carretas jaladas por bueyes y trayendo en sus grandes redilas de madera el greñero de caña cosechada en alejados sembradíos por donde sólo hay caminos sinuosos y pedregosos. Toda esta batahola mezclada con el ruidoso trájín de los obreros sudorosos y los gritos y maldiciones de los capataces.

Ese día la dura jornada de los reporteros había comenzado casi al despuntar el alba en un lugar donde la temperatura alcanzaba los 40° Celsius durante varios meses al año. Ya completo el reportaje, uno de los técnicos se ofreció a darles un “aventón” desde la cabecera de Ciudad Valles hasta el entronque de la carretera San Luis-Antiguo Morelos, porque todavía no existía la carretera San Luis-Rioverde-Valles, sino que el trayecto era San Luis-EI Huizache-Ciudad del Maíz-EI Naranjo-Valles, pasando por el entronque mencionado. Le dieron las gracias al ingeniero y se introdujeron a un modesto restaurante ubicado a la orilla de la carretera, donde dieron rienda suelta a sus lucubraciones durante y después de la comida que acompañaron con unas cervezas. El calor era sofocante y en el sitio no había ningún ventilador. Ya habían pagado la cuenta pero continuaban tomando cerveza y platicando.

Jóvenes los dos y ambos muy enamorados de sus novias, pasaron de los comentarios y las peripecias del trabajo a unos más sabrosos relacionados con sus respectivos romances. Esperaban a que pasara un camión de pasajeros que, según les dijeron, hacía alto a las afueras del restaurante. Pasaron los minutos y las horas y el autobús no aparecía. Cansados y aburridos, Roberto Méndez, el fotógrafo, se puso de pie y puso unas monedas en la radiola y escogió una melodía, en seguida se escucharon las notas de *Morenita mía*. Los jóvenes pidieron refrescos y pusieron más monedas en el aparato. Ahora hablaban del trabajo y de su satisfacción por el deber cumplido. Los lectores saborearían el reportaje y disfrutarían de las fotografías, de los rostros y paisajes sin

pensar en el esfuerzo, los contratiempos y las penalidades a las que se enfrentan los reporteros: hambre, sed, frío, calor extremo, miedos, peligros, impertinencias, incomprensiones, alegrías y sin sabores.

*Vuela, paloma blanca, vuela:
Dile a mi amor que volveré;
Dile que ya no estará tan sola;
Que nunca más me marcharé*

Era la voz de Jorge Fernández. La música les hacía entornar los ojos y volvían a hablar de sus noviecitas. Afuera, las cigarras irradiaban por el aire su monótono chirriar. El camión no llegaba pero sí pasaban las horas, ya hacía mucho rato que afuera estaba completamente oscuro. El calor no disminuía y la letra de las canciones y la necesidad de entregar el material acicatearon a los muchachos a emprender el regreso de inmediato por cualquier medio, así que tomaron la determinación de abordar un camión de carga que en ese momento pasó por ahí. Era un camión viejo que transportaba grandes bolas de mecates de ixtle de diferente grosor: costales, arpilleras y alguna cantidad de ixtle en greña. El chofer y su ayudante se detuvieron a tomar un refresco y los jóvenes les pidieron un aventón.

—Ya se nos hizo muy tarde. Llevamos muchas horas aquí y no pasa el autobús de pasajeros que va para San Luis. Vinimos a hacer un reportaje y tenemos qué entregar el material, explicaron.

Los del camión consultaron entre sí y aceptaron a los pasajeros con la condición de que se instalaran debajo de la lona que protegía la carga de una posible lluvia. Chofer y ayudante soltaron las amarras de la lona en una de sus esquinas y acomodaron a los reporteros sobre la carga y volvieron a sujetar la lona. Apenas habían avanzado unos kilómetros cuando reportero y fotógrafo comenzaron a sentir las molestias del pe-

netrante olor del monóxido de carbono. El pesado vehículo avanzaba a muy baja velocidad por el exceso de carga y lo desgastado del motor, además de lo empinado y sinuoso de la carretera.

—Esto es muy peligroso, dijo el reportero a su fotógrafo, debemos hallar la forma de respirar aire limpio.

Cada uno se deslizó hacia un costado de la carga y levantó el extremo de la lona para respirar. Sin embargo, a medida que avanzaba el pesado camión cuesta arriba, aumentaba la cantidad de monóxido de carbono que expulsaba. Además, el ruido ensordecedor del escape abierto y el hecho de que los jóvenes viajaban uno a cada lado de la carga, dificultaba la comunicación entre ambos. De trecho en trecho se comunicaban a gritos, cuando llevaban más de una hora en la carretera estaban casi sordos, pasaba de la media noche.

El penetrante olor era ya insoportable. El reportero se deslizó trabajosamente entre la carga y la lona, fue a tocar la espalda a su compañero en señal de que lo siguiera. Ambos treparon sobre las esferas de mecate hasta llegar al tope de la carga y el reportero hizo un corte de unos treinta centímetros a la lona con una pequeña navajita que llevaba en su llavero —una embotelladora de refrescos los regalaba como promoción—. Acordaron que cada uno respiraría por la abertura hasta que el otro pidiera turno. Entre tanto, el de abajo continuaría respirando como antes, alzando un extremo de la lona por un costado. La carretera San Luis Potosí-Antiguo Morelos era larguísima, muy angosta y de dos carriles, pero esa noche medía “miles de kilómetros y cientos de horas”. Los muchachos descubrieron que los treinta centímetros de la abertura eran insuficientes para obtener una buena respiración y, venciendo sus escrúpulos, alargaron el corte hasta poder sacar todo el rostro.

—Aaah, qué alivio; esto sí es respirar.

El nuevo truco les permitió avanzar otro buen trecho hasta que comenzó a llover en plena sierra. Pocos minutos el cielo estaba limpio y con tantas estrellas y tan brillantes que parecían estar al alcance de la mano. El agua estaba tibia y los reporteros continuaron sacando la cabeza por turnos. El contraste entre el aire limpio de la superficie y el de debajo de la lona, era como el de entre la luz y la oscuridad. Seguramente estaban a la altura de la sierra de Tamasopo, que en aquel tiempo era una verdadera selva, casi virgen. Pero parecía que los reporteros no andaban en su día de buena suerte porque al poco rato empezó a llover a cántaros y si sacaban la cabeza, el agua entraba a chorros y les escurría hasta abajo, empapándoles la ropa e impidiéndoles respirar. De nuevo se hundieron entre la carga y la lona, donde la situación era ya inaguantable y muy peligrosa. Llevaban horas inhalando monóxido de carbono, pero a esas alturas ya sumaban dos días de viajar sin parar y pidiendo aventones de aquí para allá. A su paso por carreteras y caminos terregosos entre poblados de poca o mediana importancia habían tomado datos y fotografías de obras públicas que, con la autorización de los funcionarios responsables, entraría en espacios pagados y para eso traían en el bolsillo las correspondientes órdenes de inserción debidamente firmadas. Ya era demasiado cansancio y suficiente tortura, a tal grado que Roberto acabó quedándose dormido entre la carga.

Cuando el camión pareció disminuir la velocidad y el reportero estaba también a punto de darse por vencido y abandonarse a la muerte cerrando los ojos debajo de la lona, una especie de sexto sentido le advirtió del peligro y sacando fuerzas de flaqueza, rompió la lona y sacó todo el cuerpo se arrastró sobre la carga hasta alcanzar la cabina y golpear el capicete con el puño cerrado. Notó que había dejado de llover y que estaban en un poblado porque había lucecillas cerca. Se metió rápidamente debajo de la lona al mismo tiempo que la unidad se detenía sin orillarse. Con las pocas fuerzas que le quedaban el reportero dijo:

—Aquí nos bajamos.



Entrevista con Carlos Lazo en el aeropuerto. Aparecen Antonio Estrada Zalazar, director fundador de *El Sol de San Luis*; Nicolás Pérez Carrillo, presidente del PRI local; arquitecto Manuel Algara y Juan Pablo Guerra.

Seguramente el ayudante iba dormido, porque quien bajó fue el chofer y procedió a desatar una punta de la lona para liberar a los pasajeros. El reportero sacudió al fotógrafo y lo ayudó a bajar trabajosamente por entre los bultos de ixtle, pero apenas Roberto puso los pies en el suelo tratando de acomodarse en el hombro las correas de sus cámaras, bolsas, flashes y demás equipo, cuando todo rodó por el suelo y a Roberto se le aflojaron las piernas. El reportero echó un brazo alrededor del cuello de su compañero y lo sostuvo al mismo tiempo que le preguntaba al chofer que cuánto le debía por el “aventón”.

—No es nada. —Respondió el conductor, visiblemente asustado por lo que estaba viendo, y se apresuró a echarle un nudo al mecate de la lona para escapar de inmediato.

Sin embargo, el periodista sacó dos pesos de plata 0.720 que a veces ponía en su bolsillo para farolear y ese día los llevaba como amuletos de la buena suerte. En ese momento pensó sólo en retribuir el servicio y se los entregó al conductor. ¡Suprema ingenuidad y excelso sentido de agradecimiento! El chofer partió más que de prisa.

Como pudo, el reportero arrastró a su compañero a lo largo de unos veinte metros hasta dejarlo recostado contra la pared. De inmediato corrió hacia la carretera para recoger apresuradamente las cámaras, el flash electrónico y la bolsa de trabajo de su compañero. Por fortuna no pasó ningún vehículo en esos momentos, pero cuando el reportero había caminado apenas unos metros fuera de la cinta asfáltica pasó un ruidoso camión llevando una pesada carga de postes que hubiera aplastado el costoso equipo.

El reportero regresó a donde estaba desmayado su compañero, puso las cosas en el suelo y comenzó a golpearlo en la cara con la mano abierta para volverlo en sí. Cuando lo consiguió buscó con la mirada la

luz del foco desnudo que estaba encima de una puerta junto al “poyo” donde había sentado al fotógrafo y vio una cajetilla de cigarrillos vacía. Fue por ella y, desbaratándola, hizo un rollo con las palmas de las manos. Roberto estaba semiinconsciente, con la barbilla clavada en el pecho. El reportero le metió por la boca el improvisado vomitivo y se alegró cuando su compañero comenzó a tener espasmos dando señales de vida y empezó a vomitar. Entonces despertó por completo y el improvisado socorrista le entregó el papel enrollado y lo invitó a seguir el tratamiento, al mismo tiempo que él caminaba unos pasos y, poniéndose en cucullas a espaldas del fotógrafo, se aplicó la misma medicina metiéndose en la boca el dedo índice de su mano derecha. Sintiendo aliviado pero sin fuerzas, Roberto Méndez pidió ayuda para sentarse otra vez en el poyo y recargarse contra la pared. Hecho esto, el reportero anduvo tocando puertas pero nadie le abrió. Eran entre las dos o tres de la mañana y, con excepción de los pocos conductores en vehículos que pasaban por la carretera, todo el mundo dormía. Finalmente fue la puerta del foco desnudo la que se entreabrió para que asomara por ahí un rostro sin expresión. Era un hombre envuelto en una cobija que se excusó por no poder brindar hospedaje a nadie por la sencilla razón de que carecía de todo.

—No buscamos comodidades, sólo un lugar cubierto para esperar la luz del día y marcharnos. Mi compañero está en malas condiciones y necesita descansar. El hombre vio el mal estado de Roberto. Se condolió y ofreció improvisar dos catres con unas tarimas montadas sobre ladrillos.

—Está bien, gracias. Al fin se instalaron, pero el fotógrafo se quejaba y el reportero pidió al hombre que buscara un médico, aunque deseaba hacerlo personalmente, no se atrevió a salir porque se sentía débil y muy cansado.

Cuando llegó el doctor, Hugo Pérez Salazar, a quien encontraron de milagro porque estaba saliendo de su casa a cumplir con sus deberes como médico del Batallón acuartelado entonces en Ciudad del Maíz, los encontró tumbados en sus improvisados catres sobre tarimas desnudas. Era un cuartucho con las paredes de bloques de cemento sin revoco. Había algunos barriles llenos de agua y utensilios de labranza amontonados en el piso contra la pared. Al fondo un hueco sin puerta y todo el lugar bastante húmedo. Ya habían informado al médico que sus pacientes eran periodistas.

—Vamos a ver, a quién examino primero, preguntó el facultativo.

—Por favor, atienda a mi compañero, —rogó el reportero, señalando a Roberto quien no dejaba de aquejarse.

Tras de auscultarlo minuciosamente, el doctor le aplicó una inyección y luego le dio a beber un líquido color ámbar, como cerveza clara pero sin espuma. Entre tanto, el reportero observaba y luego cerraba los ojos.

Con el mismo esmero con que atendió al fotógrafo, el doctor Pérez Salazar auscultó al reportero. Comenzó por tomarle el pulso; le midió la presión arterial, examinó la esclerótica y midió los reflejos, le aplicó la inyección y le dio a beber su dosis del mismo brebaje que sabía ligeramente dulce. Cuando terminó, el fotógrafo ya estaba dormido. El médico cobró cinco pesos por cada uno. Y mientras guardaba sus instrumentos, con el ceño fruncido, muy serio y visiblemente preocupado, le dijo al reportero:

—Cuando llegué, al verlos, creí que su compañero era el más grave, pero usted, poquito más y ya no lo cuenta.

Amarga experiencia de reporteros novatos que estuvieron a punto de morir intoxicados con monóxido de carbono.

Eramos cultos e intelectuales

Aunque los reporteros de *El Sol de San Luis* éramos demasiado jóvenes, también éramos aficionados al arte, la literatura, la ciencia y la historia nacional y universal.

En este caso hablaré de nuestra afición al arte musical, porque en aquel tiempo había grupos de excelente calidad que recorrían las cantinas ofreciendo su arte a clientes con buen gusto. Uno de esos grupos era el de Amado Araiza y algunos de nosotros presumíamos de un aceptable nivel cultural, de modo que ya con dos o tres copas entre pecho y espalda pedíamos que nos tocaran *Poeta y campesino*, *La dama aragonesa*, *El carro del sol*, *Alma de artista*, *Caballería rusticana*, *Guillermo Tell*, *Czardas*, la bella canción rusa *Ojos negros y Celos*. Raulito Gaytán era un excelente violinista y un músico albino tocaba muy bien el banjo. Otro grupo musical de muy buena calidad era el de don Arcadio Alonso.

Eso era mientras se imponían los “dilettanti”, porque al final acabábamos cediendo a las exigencias de los enamorados y los románticos, que repetían sus peticiones de una ranchera o un bolero de moda. A esas alturas ya todos estábamos “más para allá que para acá”, es decir, más ebrios que sobrios.

Había un trompetista bastante bueno llamado Santiago Hernández, a quien yo siempre le pedía que ejecutara *Tiempo tempestuoso*, *Jornada sentimental* y *A través de los años*, tema de la película *Casa Blanca*, con Humphrey Bogart e Ingrid Bergman.

Cuando las reuniones de cantina se ponían interesantes y creativas to-

dos salíamos francamente beodos, y la “cruda” del día siguiente era un buen pretexto para que la mayoría regresara al bar en cuanto entregaba su material. Yo nunca me la curé de la manera tradicional, me recuperaba dejando de hacer una comida y tomando con precaución y mesura el siguiente alimento. Me burlaba de los que sentían la necesidad de “curársela” tomando más alcohol y los tildaba de “borrachentos”.

Hubo borracheras desaforadas como aquellas en que se ponía en juego un campeonato olímpico como el de “cien litros planos”, “levantamiento de tarro”, “lanzamiento de jaibolina”, “barra fija”, “campeón de pedalismo”, campeonato mundial de “box spring” y muchos que se inventaban sobre la marcha. Algunas parrandas terminaban en pleitos callejeros, como cuando nos juntábamos para llevar serenata y no faltaban trasnochadores que nos buscaran camorra, aunque nunca llegó la sangre al río. Pero un par de veces sí fuimos a dar todos a la barandilla, de donde salíamos a los pocos minutos mediante la influencia del reportero de policía o el que cubría la fuente de Gobierno. Los sobrevivientes comentábamos años después, recordando esa experiencia, que en aquellos tiempos “sí había garantías”.

Una visión de la gran chichimeca

En el año 1 *ácatl* comenzó la vida. No se dice que en ese año nacieran los chichimecas, sino que en el 1 *ácatl* salieron de *Chicomóstoc*; entonces comenzó la cuenta de los años, de los signos, de cada veintena de días, la hicieron *Oxómoc* y *Cipactónal*. Él era de los más viejos y ella de las más viejas de los *mixcóatl*, que fueron quienes los guiaron, hasta aquí trajeron a los chichimecas, hasta *Cuauhtitlan*.

El ser de estos chichimecas corresponde al año 13 *tochtli*, de los Anales texcocanos, cuando se entronizó *Chicontonatiuh*, que desde *Quetzaltepec* reinaba. Para ellos fue entonces cuando comenzó la vida. Pero muchas gavillas de años antes, ellos andaban por allá flechando, sin casa ni tierra, ni vestido de manta o de algodón. Hombres y mujeres andaban desnudos. Erraban por los nueve lugares donde se pone uno negro; por sobre los nueve llanos, donde reina *Itzpapálotl*, la que se comió a los *tzentzon mixcóatl* y los consumió, acabó con todo.

Los chichimecas vivían en cuevas y en huecos de los árboles; en barrancas, en cañadas, o bien, en la parte más alta de los cerros. Compartían sus dominios con murciélagos, zopilotes, coyotes, lobos y con los animales que se arrastran.

A veces luchaban con enormes tigres y con los bravos ocelotes para disputarles el rincón donde habitaban. No tenían *tlatoani*, ni estaban en un mismo lugar. No reconocían a *Inin Tonatiuh*. Se pintaban las greñas con almagre y las llevaban siempre apelmazadas por la mugre. También se pintaban ojeras y se embijaban las mejillas con el jugo de la cochinilla y con ceniza de biznaga. Se pintaban sin arte ninguno, sólo para

parecer más feroces. Ignoraban que se siembra el maíz comestible, por eso cuando no hallaban qué flechar —que podía ser un conejo, una liebre, un mapache, un armadillo o un pájaro—, comían de una masa que saben hacer de una vaina llamada mezquite y que molían con dos piedras después de remojarla. Si muelen la vaina seca la llaman pinole. Se alimentaban también de los frutos del *itzote*, nopales crudos, garambullos, biznagas, hierbas, raíces y capulines.

El agua era muy escasa en los sitios por donde erraban, pero saciaban la sed sorbiendo el jugo del *cómitl* y de otros cactus; en el otoño tenían las sabrosas *tonalltin* y la roja pitaya, usan mucho del *xoconoxtl* y de una planta llamada *tzihuactli*.

Para la caza, los chichimecas usaban cerbatanas de carrizo, la potente y bien restirada cuerda de sus arcos era de *mécatl*, muy resistente, echa de ixtle crudo. Sus flechas eran varas pelonas que ponían a tostar en el sol y las puntas estaban fabricadas de pedernal o de laja afilada. Peleaban y cazaban con pesadas y toscas hachas fabricadas de basalto.

Los chichimecas eran bajos de estatura, musculosos, de piernas torcidas y piel tostada; entre el cabello lacio, largo y apelmazado, solían introducir sus flechas porque no sabían fabricarse un *carcaj*. Por más que andaban sucios de costumbre, gustaban de adornar su pelambre con algunas plumas de ave, aunque fueran de zopilote. Estos salvajes, de cráneo dolicocefalo y de ojos negros y hundidos debajo de los huesos salientes de sus párpados, sólo sabían pelear.

Podían escabullarse o atacar saliendo de entre arbustos espinosos y escarpados peñascales, con la misma ligereza de un animal montaraz y sin hacer ruido ni dejarse olfatear. Sus instintos primitivos estaban muy desarrollados, por eso y por su reconocida fiera vención con facilidad a los miembros de otras tribus menos salvajes.

Las mujeres, descalzas también, seguían a sus hombres, llevaban a sus hijos metidos en una redcilla de yute o en huacales fabricados con varas y *mécatl*. Caminaban kilómetros y kilómetros sobre las calcinadas arenas del semidesierto, o entre los intrincados vericuetos de cerros y barrancas, donde abundaban los “chapparros” erizados de espinas; los mezquites y los huizaches, con sus ramas extendidas generosamente para sostener las enramadas madejas de heno y de *paxtle*.

Dicen los más viejos de entre los viejos, que el dios *Sol-Tonatiuh-águila de lumbre*, jamás volteaba a mirar a los chichimecas cuando pasaba por arriba de aquellas tierras resecas, en su largo recorrido de todo el día en la comba del cielo. Dicen que no sólo no los veía, sino que se ponía de mal humor desde que se levantaba por la mañana para cumplir con su trabajo de todos los días, al ver cómo los chichimecas lo ignoraban y no sabían adorarlo ni rendirle homenaje como dador de alimento. Todo era ocio y *octli*.

Otro dios que despreciaba a los chichimecas era *Tláloc*, por eso en la Gran Chichimeca las flores son tan pequeñas y tan escasas que habría qué juntarlas todas, en plena primavera, para ofrecerle apenas un ramo decente a *Xochiquetzal*.

Por vivir en las tinieblas, su vida errabunda, su ignorancia y sus malas costumbres, los dioses los despreciaban, y eran conocidos en otras regiones civilizadas del Anáhuac como “gente perro”.

¡Cómo no iban los dioses a despreciarlos!, si enterraban a sus muertos envueltos en un pétatl, en cuclillas y amarrados con muchas vueltas de mécatl. Carecían de un sistema de escritura, no sabían leer. Su dialecto era gutural, aunque ligeramente cantarino en sus vocales.

Ellos no honraban a los dioses, por lo tanto, éstos no daban nada a los chichimecas. *Ehécatl* pasaba de largo, sin detenerse la millonésima parte de un instante. Desde las más elevadas cimas de sus cerros pelones, y desde las más lejanas y polvorientas llanuras de sus inhóspitos dominios, durante muchas gavillas de años, los chichimecas observaban espantados cómo, muy lejos, hacia el sur, los tlaloques agujeraban las nubes con unas largas serpientes de luz, y cómo, las gigantescas “codornices de agua”, suspendidas en el aire, producían un sonido de dolor como el de mil tambores de guerra; luego soltaban sus generosas ubres para preñar el vientre de *Chalchiuhcīhuatl*. Esa era la Gran Chichimeca, hace muchas gavillas de años.

Una gavilla equivale a 52 años, que era cuando nuestros antepasados daban la bienvenida al nuevo Sol cada medio siglo de ahora. Nosotros, en el valle de Anáhuac, acá donde se fundó la Gran Tenochtitlán, decíamos a los buenos religiosos que *Oxómotl* y *Cipactónac*, los que inventaron la medida del tiempo, contaban los siglos haciendo señas que semejaban manojos de hierba, cerrando los puños, pero los padrecitos se empeñaron en interpretar esas señas como “gavillas”, y así se quedó como muchas otras palabras que nos descompusieron; pero ellos no tenían la culpa porque ignoraban “la lengua”. Lo malo es que muchos nativos del *Anáhuac* copiaban después, sin analizar, y así han continuado, con los mismos errores.

Ahora que los chichimecas ya están diseminados por muchas partes, oímos decir a los escribanos que entre los antiguos *mexícātl* había caballeros-águila y caballeros-tigres, a pesar de que antes de la Conquista nuestros abuelos no sabían de la existencia de los caballos.

Pero volvamos a nuestro relato: los chichimecas ya visten las pieles de los animales que cazan, aunque sin curtir; sus mujeres usan algo de ropa y hasta han tenido varios reyes; los cuauhtitlaneses pusieron

a *Huactli* por orden de *Itzpapálotl* y también los enseñó a fabricar esteras, a sembrar y usar las pinturas. Otros reyes fueron: *Mixcóatl*, *Xiuhnel*, *Mimich*, *Cuauhícotl*, *Itztlacoliuhuqui*, *Necuámetl*, *Amímitl*, *Iquéhuac*, *Nahuacan*, y las mujeres sacerdotisas chichimecas *Cóhuatl*, *Miáhuatl*, *Coacueye*, *Yaocíhuatl*, *Chichimecacíhuatl* y *Tlacóhcue*.

Esto que les cuento se refiere sólo a los chichimecas cuauhtitlaneses, pero hubo muchas tribus chichimecas, como los *colhúas*, los tepanecas, los vanáceos, los tepenuanes y otros.

Cuando ellos vinieron, cuando llegaron hasta acá guiados por los *mixcóatl*, los chichimecas habían padecido por allá durante 364 años y, aún entonces, ya habían habido cuatro clases de personas, ya habían sido cuatro las vidas, según sabían los viejos, ellos sabían que cada vida es un Sol y que ahora vivimos en la Quinta Edad. Este sol que está es el Quinto, en el que habrá terremotos y hambre general. Una vez instalados los chichimecas por orden del *Itzpapálotl*, hicieron un pendón blanco que había de portar su caudillo a donde fueran y donde se pusiera para ser visto para que allí se juntaran, pero los chichimecas no sabían estar en un mismo lugar y en el año 1 *Tecpatl* pasaron y se diseminaron; se fueron por todos los rumbos, de pueblo en pueblo...

Aquí se acaba la relación de los chichimecas.

ANECDOTARIO

1

Un gobernador sencillo

Seguramente algunos destacados potosinos invitaron más de una vez a don Francisco Martínez de la Vega a comer o a tomar una copa en la Sociedad Potosina *La Lonja*, clasificada como el segundo club social más antiguo de México. Es seguro también que no aceptó.

En cambio, dos o tres veces fue a comer un rico cocido de res en las fondas de la planta alta del mercado Hidalgo. Un caldo muy potosino con chamberete, xoconoztle y hueso poroso con tuétano, un trozo de elote y puñitos de garbanza y arroz, quizá con trocitos de calabaza tierna y chayote.

En la cantina *La Montaña* se hacía honor a la famosa cuarteta que decía:

*Yo soy puro potosino,
mezcalero y querendón;
si tengo las corvas dulces
¡cómo tendré el corazón!*

Don Francisco iba casi a todas partes acompañado del profesor Fausto González Ramírez, su secretario particular Alberto Peniche Blanco, su escolta el capitán Adolfo Huanaco, jefe de la Po-



Gregorio Marín con
Francisco Martínez
de la Vega.

licia y Tránsito del estado, cargos que en aquel tiempo eran desempeñados por una sola persona. Algunas veces tuve el honor de formar parte del grupo, junto con Sergio F. López, reportero de la fuente de Gobierno, el fotógrafo “Chato” Isaac Delgado y el escultor Joaquín Arias.

Con el mismo grupo fui una vez a *La Montaña* a saborear los ricos cueritos curtidos en vinagre que dieron fama al establecimiento, ubicado en la esquina de Constitución y Arteaga, acompañados de un mezcal que llegaba todos los días en odres desde algún alambique de barro del municipio de Mexquitic. Sergio nada más nos acompañaba, sin beber porque padecía de una úlcera. Fue un buen compañero. ●

Reporteros de teléfono

“Reporteros de teléfono”, llamaba don Antonio Estrada Salazar con un tono despectivo al reportero que sorprendía hablando por teléfono, y con el mismo tono criticaba al reportero que veía llegar a la Redacción con un boletín en la mano: “Reportero de boletín”. Porque el buen reportero debe ir todos los días a cubrir la fuente y hablar con el jefe de la dependencia de gobierno, ya sea federal, estatal o municipal, o con la persona responsable de la información en el organismo, empresa o institución que le corresponda. Tratará siempre de lograr que la información sea integral, es decir, que responda a las preguntas clásicas del periodismo: qué, quién, cómo, cuándo, dónde y, de ser posible, por qué.

Estrada Salazar, uno de los mejores periodistas de México, se oponía a que el reportero estableciera una relación de amistad con la fuente, argumentaba que una relación estrecha convertiría al reportero en un simple “corre, ve y dile” de la fuente y, consciente o no, ponerse al servicio del oficialismo. Para efectos prácticos, se convertiría en un reportero “de boletín”.

Un buen periodista debe poner por encima de todo su independencia de criterio, el amor a la

razón, la justicia, la verdad y el respeto a los lectores, lo que lo hace, automáticamente, un periodista honesto. La amistad con la “fuente” crea un compromiso moral o emocional que puede convertir al reportero en cómplice de actos contrarios a la moral, y cercanos a la corrupción. La amistad pone en riesgo la imparcialidad y objetividad que deben ser norma invariable del ejercicio periodístico. En una palabra, el periodismo debe ser siempre crítico e independiente. De hecho, Estrada Salazar sostenía que el periodista y el funcionario se contraponen: como el agua y aceite. En la práctica, los cambios sociales y económicos, además de las modernas formas de convivencia, han demostrado que se puede ser un periodista honesto sin desvirtuar su función, ni poner en duda sistemáticamente la veracidad y buena fe del informante. •

Corresponsal de *La Prensa*

Fausto Zapata obtuvo para mí la corresponsalía del periódico *La Prensa* y me pidió que, sólo para llenar el requisito, presentara una solicitud y la enviara al director general, Mario Santaella. Yo no tenía ningún interés, pero no quería estorbar el proyecto político de mi amigo y compañero de oficio.

Sólo por cumplir enviaba una o dos notas diarias sobre las noticias locales más sobresalientes, el periódico me pagaba puntualmente quince pesos por cada nota publicada. Una o dos veces me pagaron cincuenta pesos porque mi nota se publicó en la primera plana y en el espacio equivalente a las ocho columnas de un diario de tamaño estándar, espacio que por acá nos disputábamos los reporteros de los dos únicos diarios que se publicaban en San Luis: *El Sol* y *El Heraldo*.

Una de esas notas de primera plana describía los estragos causados por un ciclón a lo largo de las vías del ferrocarril entre la terminal de San Luis y el puerto de Tampico, con lujo de detalles, horarios y lugares, gracias a que Hermilo Araujo, estimado amigo y telegrafista de la División Cárdenas me proporcionó la información

a medida que avanzaba el meteoro y los perjuicios que provocaba a su paso por poblados y estaciones del ferrocarril. Fue en verdad una nota maestra.

Uno de mis compañeros en la Redacción de *La Prensa* fue Andrés Razo, joven y entusiasta reportero a quien Fausto me presentó en una de mis visitas al periódico. Cuando Andrés recibía mi llamada telefónica para pasar la información exclamaba en voz alta: ¡La de ocho!

Tuve muchos años la corresponsalía, todavía conservo la credencial, que en una ocasión me sirvió para cubrir en la Ciudad de México el incendio de la Casa Bocker, la mostré a los del cordón de seguridad y me permitieron el acceso al lugar del siniestro. Brinqué las mangueras de los bomberos y hablé con las cocineras donde se inició el fuego por una chispa de la estufa. Escribí mi nota para *El Sol de México* pero la que se publicó al día siguiente fue la de Jesús Michel, con base en el boletín oficial que atribuyó el origen del fuego a un corto circuito. •

Encuentro con un fortachón

Antolín Domínguez y Platas era el presidente de la Asociación Nacional de Periodistas y, desde fin de la década de 1970 la directiva me designó Delegado en San Luis. Un día llegó el señor Domínguez a la Redacción de *El Sol* y me invitó a platicar. Venía acompañado de un individuo fortachón, muy tieso, a quien yo le atribuí en mi imaginación el papel de guardaespaldas del dirigente. A la hora de las presentaciones, ambos nos limitamos a pronunciar nuestros nombres:

—Gregorio Marín.

—Rodolfo Guzmán.

Los “guaruras” nunca me han resultado simpáticos porque uno de sus deberes es obstaculizar la labor del periodista y en lo posible, evitar un acercamiento con las personas objeto de la entrevista. El fortachón se comportaba muy serio y exageradamente respetuoso, por lo que no me cayó bien y menos, cuando Antolín y yo pedimos cerveza y tequila en la cantina, y él ordenó sólo agua mineral.

Siempre he sentido aversión y desconfianza hacia los hombres que no toman, siento que lo hacen por exceso de precaución y desconfianza



hacia los que sí bebemos para platicar sin inhibiciones. Antolín era un señor de edad y con un defecto en una piedad, que no podía asentar normalmente al caminar. Bebimos y platicamos de asuntos relacionados con la Asociación y las relaciones con el Gobierno del Estado, que eran ciertamente distantes; pero le informé que desde mis inicios en el periodismo he mantenido una sana distancia con los funcionarios, como me lo enseñó don Antonio Estrada Salazar: “Una estrecha amistad con el hombre público se convierte en un compromiso personal”. El tercer hombre se mantuvo en silencio.

Terminó la reunión y nos despedimos. Durante todo el tiempo yo me mostré apático hacia el fortachón y él guardó compostura. Pasaron años para que yo me enterara de que el acompañante de Antolín era el famoso luchador apodado “El Santo”, Rodolfo Guzmán. Nunca cubrí la fuente de Deportes, además de que, a veces, soy “de chispa retardada”. •

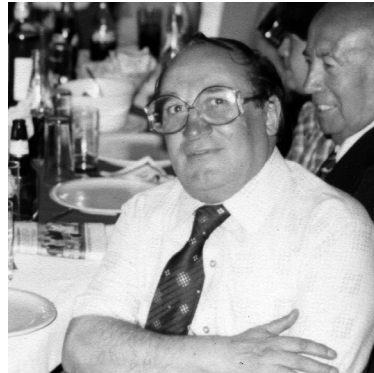
Peñalosa y Dios

El padre Joaquín Antonio Peñalosa se ponía su sotana para oficiar una misa de aniversario de *El Sol de San Luis* cuando me acerqué obedeciendo a una seña suya.

— Cuando leí el título de tu columna “Dios”, pensé: —Éste se va a meter en un lío—. Pero cuando acabé de leerlo me dije: —Este es un artículo que a mí me hubiera gustado haber escrito.

¡Qué lindo piropo viniendo de él! Se refería a mi columna “Memorandum”, publicada dos o tres días antes, en ella elogiaba a la naturaleza como algo que disfrutamos sin percatarnos de que es uno de los muchos dones con que el Señor nos hace agradable la vida; en una parte decía que Dios es el dueño de todo y juega con nuestras canicas, que son suyas, y con el ferrocarril, al que mueve entre las montañas haciendo sonar su ensordecedor silbato anunciando su llegada a las estaciones, mientras ríe alborozado como un niño. Lo menciono porque me llevó muchos días buscar el original entre viejos periódicos o en la hemeroteca. Platico la anécdota con la aprobación de mi maestro de literatura.

Padre Joaquín Antonio Peñalosa.



Herbert Beckers

Herbert Beckers y yo nos hicimos amigos cuando llegó como director al Instituto Mexicano Norteamericano de Relaciones Culturales de Estados Unidos a San Luis Potosí, yo era uno de sus alumnos. Miguel Barragán, recién electo vicepresidente de la Asociación Potosina de Periodistas, le había ordenado a don Arturo Medellín dibujar en un círculo las palabras *jux* y *lex*, que serían el emblema de la organización.

Beckers, joven, inteligente y culto, me hizo caer en el error de Miguel al escribir “jux” en lugar de *jus*, raíz de ‘justicia’, en latín. En una plática posterior Becker me contó que un empresario lo contrató, junto con otros adolescentes, para



Logotipo de la Asociación Potosina de Periodistas.

editar un periódico en su pueblo natal. El empresario mandó levantar una encuesta en la ciudad y sus alrededores, luego convocó al novato cuerpo de reporteros:

—Una encuesta reveló que el nivel cultural de nuestra población es bajo, de modo que ustedes van a escribir sus notas como si estuvieran platicando con un niño de quinto año de primaria.

De esa lección, que sumé a la que años atrás me había dado don Nemesio García Naranjo cuando leyó un artículo mío en el semanario *El Informador*, de don Heliodoro Jiménez: “No abuse de la metáfora; recuerde que el nivel cultural de nuestros lectores es de primaria”, adopté el estilo sencillo y claro con el que he escrito siempre. •

Ernesto Báez Lozano

Mi primera entrevista de reportero novato fue al maestro Ernesto Báez Lozano. En aquel entonces vino a San Luis una orquesta sinfónica, no recuerdo cual ni quién la dirigía, el caso es que don Heliodoro Jiménez me ordenó cubrir la nota para su semanario *El Informador*, que debajo del cabezal decía: “Social y Deportivo”.

Yo entré a trabajar a la imprenta *El Troquel* como tipógrafo por una recomendación escrita del padre Peñalosa, con base en lo poco que aprendí en *Gráficos Indio*, de don Alberto Macías, que



estaba en la calle Arista, casi esquina con la de Allende, donde se ubicaba la tienda de abarrotes de don Fidel Ochoa, pero en *El Troquel* metía mi cuchara corrigiendo errores ortográficos o de sintaxis del periódico, lo que sirvió para que don Heliodoro ordenara incorporarme de lleno a la Redacción cuando llevaba apenas cuatro semanas en el empleo.

Acudí al concierto pero, en mi adolescencia y con mi supina ignorancia, no tenía la mínima idea de lo que tenía que escribir, por lo que siguiendo el consejo de don Heliodoro fui a ver don Ernesto, reconocido matemático, memorista y musicólogo, quien me recibió en su casa de Venustiano Carranza, casi frente al cine Avenida, no sólo me ayudó a escribir mi crónica, sino que me dio valiosas orientaciones, una de ellas fue que la sinfónica tenía “un marcado acento Scarlatti” en sus ejecuciones.

La nota satisfizo tanto al entrevistado que se estableció una relación de amistad y después me invitaba a escucharlo tocar música clásica en su piano, yo era su único público, y tan “burro” que nunca le aplaudí. •

Una limonada de limón

Me lo contó Joaquín Antonio Peñalosa:

Vino el arzobispo don Luis María Martínez a San Luis y yo fui su guía. Salíamos del templo de La Compañía; hacía mucho calor y monseñor se detuvo en el puestecito de aguas frescas que se ponía en la esquina de Damián Carmona y pidió “una limonada de limón”. Le expresé mi confusión por haber dicho eso a sabiendas de que es un pleonasma, pero don Luis me confesó en voz baja:

—Es que una vez pedí una mentada, y me la dieron de madre.

Andaba feliz el arzobispo en tierras potosinas con la ilustradora y amena compañía del Padre Peñalosa. •

Arzobispo don Luis
María Martínez.



Adolfo Christlieb Ibarrola

Era una buena costumbre del periodismo de aquellos días que el reportero visitara todos los días sus fuentes de información, entre las más figuraban los bancos, por eso hablaba casi a diario con don Edgardo Meade, don Raymundo



Adolfo Christlieb Ibarrola, presidente nacional del Partido Acción Nacional, de 1962 a 1968.

Delgado, Ladislao López Negrete y otros. Filiberto Herrera fundó el *Banco del Interior* y se llevó a Raymundo Delgado de la gerencia del *Banco Mercantil* a la gerencia de la nueva institución crediticia, donde lo secundaba la diligente Conchita Valdez.

Como platicaba mucho con don Filiberto, un día, al mencionar en mi información al “banquero” Raymundo Delgado, don Filiberto leyó la nota en mi presencia y comentó:

—Banquero, ellos no son banqueros, el dinero es mío.

En otra ocasión me mandaron a entrevistar al presidente nacional del Partido Acción Nacional, Adolfo Christlieb Ibarrola, de visita en San Luis. Lo localicé en la casa de don Edgardo Mede, quien había comenzado en el *Banco Ixtlero* y en ese momento era dueño del *Banco del Centro*. Ambos estaban platicando en la sala y me recibieron tratándome con gran deferencia; inclusive, me convidaron del cognac que estaban tomando como aperitivo. La entrevista resultó muy interesante con puntos de vista de los dos mexicanos conservadores y la inteligente visión política del panista. •

J. Carmen García Vázquez

El licenciado J. Carmen García Vázquez era poeta, periodista, político y hombre de amplia cultura. Para pagar sus estudios universitarios trabajó como obrero en la fábrica de lámparas y anuncios de gas neón, de Emigdio Cabrera. Muy jovencito se afilió al PAN y al ser uno de los fundadores, a la edad adulta, con familia e hijos, fue elegido miembro fundador y posteriormente miembro del consejo nacional, junto con la zacatecana Lupita Rodríguez, Antonio Rosillo Pacheco y otros.

Ingenioso, inteligente y siempre de buen humor, J. Carmen era protagonista de muchas anécdotas. Como político, hizo suya una frase famosa de César Garizurieta el “Tlacuache”, quien decía: “Vivir fuera del presupuesto (la nómina oficial) es vivir en el error”. Él pertenecía a un partido de ideología conservadora, o sea, “de derecha”, pero con base en su inteligencia y don de gente, además de origen humilde, brindaba su amistad indiscriminadamente a cualquiera que le tendiera la mano de amigo, y como entre éstos figuraban algunos priistas, justificaba la relación diciendo: “La ideología nos divide, pero el presupuesto nos une”.



Buen escritor como reportero y columnista, J. Carmen contaba en las tertulias, haciendo una comparación con los presumidos pistoleros texanos de quienes se decía que arrojaban una moneda al aire y la agujeraban de un balazo, orgulloso de su sangre indígena y sin mencionar el extranjero ejemplo, aseguraba que los chichimecas eran tan diestros con el arco que lanzaban una pingüica al aire y la partían en dos con una flecha.

Bajito de estatura, moreno y de rostro nada agraciado, en una ocasión, cuando era diputado y en referencia a su trato amable y educado con miembros del PRI, sus detractores panistas lo acusaron públicamente de ser un “hombre de dos caras”. J. Carmen, sonriendo divertido y sin dar ninguna muestra de sentirse ofendido, se tocó ligeramente la cara bajo la barbilla y dijo:

—¿Ustedes creen que si tuviera otra cara saldría a la calle con esta? ●

Potosinidad de la bella Bertha

Caminábamos David Neave y yo por una calle del primer cuadro de la Ciudad de México, cuando vi a una mujer de espaldas, recargada en el mostrador de una tienda a tres metros de la puerta de la calle. Era un cuerpo esbelto, botas y minifalda negras con unos muslos bien torneados y blancos, me detuve un instante para admirar y fotografiar imaginariamente el bello cuadro (desde niño “fotografiaba” cuanto miraba y “grababa” todo lo que escuchaba). Luego apresuré el paso para alcanzar a David. Casi siempre andábamos juntos y solía decirme con gesto de admiración: “¡Cabrón, no se te va nada!”. Esta vez él ni cuenta se había dado de la erótica escena. Un grito de mujer nos detuvo a los dos:

—¡Marín!

Era Bertha Cerda Vessi, una de las mujeres más bellas de San Luis, que me reconoció al mirarme en algún vidrio detrás del mostrador. Hacía años que no nos veíamos y nos abrazamos efusivamente al saludarnos, en la flor de su juventud se fue a trabajar a la Ciudad de México en el mundo de la farándula. Era la estrella en el centro nocturno del *Hotel Regís*. Cuando aparecía en escena los de la orquesta tocaban la música

de “Guantanamera” y cantaban a coro: “Aguanta la Güera... guajira aguanta la Güera...”

Nos fuimos a comer en un ambiente de alegre camaradería y después de convivir durante dos días en sus horas libres, nos tomamos una copa de despedida en su departamento, siempre con la compañía de don David. Era bien entrada la noche del día que me despedí diciendo:

—Me regreso al *‘inche* San Luis. —Ella me corrigió de inmediato.

—No, San Luis no es *‘inche*. Las que son *‘inches* son sus gentes... •

Imposición de manos

No recuerdo si el obispo Gerardo Anaya y Diez de Bonilla me dio su bendición cuando lo entrevisté en su casa de la calle Escobedo, o cuando me escribió una felicitación para los lectores de *El Sol* y sus trabajadores, pero el obispo de apellido Martín del Campo, de Guanajuato, sí me la dio y me impuso las manos cuando lo entrevisté en la sacristía del templo de *La Compañía*, sin que yo lo pidiese.

En otra ocasión varios reporteros entrevistamos al cardenal Ernesto Corripio Ahumada, cuando terminamosme pidió que me quedase, al cabo de una breve conversación me impartió su bendición y me dijo que rezaría por mi buena ventura. Se lo agradecí y nos despedimos en la misma sacristía de la catedral. •

Gobernador Francisco E. García

Yo era reportero de *El Herald* de Aguascalientes cuando era un pueblo apacible y sus habitantes concentrados en la supervivencia. El diario estaba contagiado de esa misma quietud con un administrador igualmente tranquilo y excesivamente tacaño, que me pagaba diez pesos diarios, decía que ese era el sueldo que allí se acostumbraba. Para aumentar mi ingreso vendía publicidad y me sostenía gracias a las comisiones. El administrador, de apellido Duque, hablaba despacio y con voz baja. Estaba satisfecho con mi trabajo porque además de contribuir a la economía del periódico ayudaba “esquemando” las páginas de “Sociales”.

Tuvo lugar el relevo de gobernador en Zacatecas cuando José Minero Roque le entregó el poder a Francisco Espartaco García, cubrí el evento tomando fotos con mi propia cámara, aproveché los flashazos de los demás fotógrafos porque la mía no tenía. El nuevo gobernador autorizó dos planas de publicidad y entregué todo el material, pero al día siguiente no apareció nada. El señor Duque me explicó que Mauricio Bercún, el argentino dueño de *El Herald*, exigía la Orden de Publicidad firmada por el mandatario.

Fui a Zacatecas y cubrí los gastos con mis escasos medios. Le expliqué a don Francisco la situación, al mismo tiempo que me disculpaba por no haber publicado el evento.

—No se preocupe. Ya conozco a su director... pero usted y yo ya somos amigos para toda la vida. —Me dijo—. Y quedamos de cuates. •

Ignacio Morones Prieto

En Aguascalientes y al ser salubridad una de mis fuentes de información, el jefe de la dependencia federal me invitó a una gira de trabajo con el doctor Ignacio Morones Prieto, originario de Linares, Nuevo León, quien había sido rector de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí y en ese tiempo secretario de Salubridad. Yo no lo conocía personalmente.

Aguascalientes era un estado pequeño con apenas diez municipios. Llevábamos horas haciendo un recorrido en un jeep los cuatro ocupantes: el chofer, el jefe de la dependencia, el doctor Morones Prieto y yo. Estábamos supervisando alejados centros de salud en la zona rural y en caminos polvorientos, cuando el chofer perdió la ruta y se desvió por una vereda más angosta, en la que pronto tuvo que detenerse sin saber hacia dónde avanzar.

El Dr. Ignacio Morones Prieto nombrado secretario de Salud por el Presidente de la República Adolfo Ruiz Cortines.



El jefe del chofer tampoco conocía la ruta, pero el doctor Morones le ordenó al conductor que regresara hasta el punto donde se desvió y le dijo:

—Acuérdese del refrán: “Nunca dejes camino por vereda”.

A mí no se me olvidó.



Dr. Ignacio Morones Prieto.

Años después don Filiberto Herrera me contó que cuando formaba parte de un grupo de personas que se entrevistaba con el doctor Morones en la Secretaría de Salubridad en la Ciudad de México, pidió permiso al funcionario para imponerle su nombre al Hospital Central, cuyo edificio estaba recién terminado en San Luis, uno de los solicitantes le advirtió al funcionario federal.

—Nosotros no somos políticos ...

El galeno respondió sonriendo:

—No son políticos pero andan en la política. —Los autorizó a bautizar con su nombre el hospital. •

Regreso a San Luis

En mi libro *Tiempo de hablar* cuento que envié a Bercún un informe detallado sobre la situación de *El Heraldo* y él acudió a despedir al director y al jefe de redacción. Después de una larga discusión ordenó a Duque que me pagara el sueldo que exigí y que era más del doble de lo que hasta entonces percibía, pero al cabo de un año me enviaron a *El Heraldo* de San Luis Potosí como reportero de policía, a los dos meses me cambiaron a locales pero por mi cuenta “formaba” la sección de sociales.

Como reportero de locales cubría las fuentes patronales que incluían las cámaras de Comercio e Industria de Transformación, el Centro Patronal y los Bancos, por lo que casi todos los días entrevistaba a don Filiberto Herrera, quien me dispensaba toda su confianza a pesar de que yo apenas empezaba los veinte y él andaba cerca de los sesenta. Él tuvo una disputa con *El Heraldo* por el manejo tendencioso de cierta información y publicó un texto de respuesta a plana entera exponiendo sus argumentos. Mauricio Bercún me ordenó sonsacar otro texto, naturalmente pagado, a don Filiberto para sacar provecho de la disputa pero el presidente de la Cámara de Comercio se negó rotundamente diciendo:

—Ya dije lo que tenía que decir.

El mismo empresario me contó que en una plática con el director, Antonio Estrada Salazar, le preguntó quién era el mejor periodista de San Luis Potosí.

—Reporteando: Benjamín Wong... escribiendo: Marincito. —Fue la respuesta.

Don Filiberto abrió el Banco del Interior y por su conducto conocí al presidente del Banco Internacional, su esposa y el señor Quintero. En cierta ocasión tuvo lugar un evento socio-laboral y don Filiberto me sentó en su mesa junto al dirigente de la CTM. Luis Hernández Torres y yo agotamos juntos una botella de whisky y el empresario me aconsejó:



—Toma todo lo que quieras, con la condición de que comas lo más que puedas. •

Temporadas de ópera

Don Vicente Cuadra era el presidente del Patronato del Teatro de la Paz y se encargaba de promover las presentaciones de ópera en el majestuoso coliseo de Villerías, recién remozado. Los potosinos tuvimos el placer de disfrutar en ese tiempo espectáculos culturales y artísticos de primer nivel: zarzuelas, operetas y obras de teatro. Recuerdo *Lucía de la Mermore*, *La Bohemia*, *La Traviata*, *Las Leandras*, *El Conde de Luxemburgo* y muchas piezas más. El Teatro de la Paz, antes de su remodelación, era igual al teatro Alarcón, que se dice fue diseñado por don Francisco Eduardo Tresguerras. Recuerdo que mucho antes de incorporarme al periodismo vi en el Teatro de la Paz a Pepita Embil con su compañía, la presentación del actor José Cebrián en el papel de Jesús de Nazareth que hizo llorar a todos los espectadores, especialmente a las mujeres. Vi también a la argentina Bertha Singerman, extraordinaria declamadora. En fin, temporadas muy atractivas para el culto público de San Luis.

Don Vicente Cuadra me decía “Chaperdín” al tiempo que ponía su mano afectuosamente sobre mi hombro, me daba un trato de gran deferencia, lo mismo que don Rafael Andrés y otros miembros del Patronato. •

Estelita Artolózoga

Tenía apenas diecisiete años y fue la primera secretaria de la Asociación Potosina de Periodistas. Inteligente, leal y con un alto sentido de responsabilidad. No sabía taquigrafía, pero manejaba la máquina de escribir con gran destreza y yo le dictaba sobre la marcha. Además, su ortografía era impecable. Me advertía de las intrigas y maledicencia de mis compañeros, pero yo no les daba importancia, convencido de que no hacía nada indebido ni cometía errores en el cumplimiento de mi labor como presidente de la organización. No obstante, en una plática posterior inducida por la eficiente secretaria y como fruto de una relación de confianza y especial afecto que había nacido entre los dos, ella insistió en revelarme las intrigas y acusaciones sin fundamento que algunos de mis compañeros realizaban en ausencia mía. Incluso, mencionaba nombres de los intrigan-tes, pero como yo mantenía mi ecuanimidad y una posición prudente y pacifista, la bella Estelita montó en cólera y me dijo:

—Eres un tarugo.

Yo, paciente y seguro de mí mismo, le contesté sonriendo:

—De los chicos. —Refiriéndome, socarrón,
a mi corta estatura.

—¡De los grandes! —Tronó Estelita exasperada.

De ella, a quien me refería en mis columnas como “Estrella”, conservo uno de los recuerdos más bellos y agradables de mi azarosa existencia. ¡Que Dios la bendiga! Por su juventud y su corazón inocente, Estelita no se percataba todavía de que la codicia, simulación, demagogia, corrupción y homicidio figuran entre los grandes males de esta raza. El primer homicidio fue el de Caín.

Su mamá, la señora Muñoz de Artolózaga, primera hermana de la mamá de mi compañera de *El Sol*, Liliana Cardona Muñoz, me obsequió el libro *El manantial*, de Ayn Rand, por el que aprendí a decir “Si”, en inglés, con firmeza y convicción: “I do”. •

Me roban una fotografía

Al regreso de mi primer viaje a Cuba enseñé a mis compañeros de *El Heraldo* las fotografías de mi primera novia en la bella isla. Era muy guapa y atractiva, modelo de televisión además de que su imagen tenía el exótico sabor de la extranjería. Naturalmente, escondí esas fotos en mi escritorio, pero pronto desapareció aquella en la que Omega aparecía de cuerpo entero y en traje de baño. Ella era una de las modelos en CMQ, la única estación de televisión cubana en aquel tiempo. Sobrina de Luis Comte Agüero, uno de los primeros voluntariamente exiliados en Miami. Pero esa es otra historia.

Estábamos sólo el señor José de los Ríos Hernández y yo cuando me quejé de la sustracción de la fotografía; el hombre que nunca platicaba conmigo pero que todos los días me recibía diciendo: “Ya llegaste, pendejo”, en esta ocasión se sirvió informarme, sonriendo socarronamente, cómo desapareció la foto y quién fue el autor del robo. Le dije que no podía ser porque yo cerraba mi escritorio con llave. Con la misma sor-

na pero envuelta en un gesto de complicidad y malicia, el señor *De los Ríos* me informó:

—Tu escritorio se abre dándole un golpe en un costado con el puño de lado. —me lo confirmó realizando la maniobra. •

Gregorio Marín, comunista

Una mañana caminaba por la esquina suroeste de catedral, rumbo al palacio municipal, cuando tenía lugar un mitin de sinarquistas que montaron un templete en la acera de *Sears*. En esos momentos el orador, Gumersindo Magaña Negrete intercaló en su discurso:

—Ése, Gregorio Marín, célula del comunismo internacional... —Fue todo lo que escuché porque no me detuve en ningún momento e hice lo que tenía que hacer en el Ayuntamiento, pero al día siguiente publiqué en mi columna de primera plana “Casillero Confidencial” lo siguiente: “Para ser comunista es necesario estudiar mucho y conocer la doctrina, la filosofía, el sistema... pero para ser sinarquista sólo se necesita ser tarugo”. No es que esté en contra del comunismo, que nunca he comprendido con suficiente claridad, pero me niego rotundamente a ser esclavo y pobre por obligación, sin la oportunidad de desarrollar mis habilidades personales luchando por un mejor nivel de vida, mientras los del gobierno viven como príncipes.

Gumersindo se metió de lleno a la política y aceptó la derrota de Javier López Cárdenas,

candidato de su partido a la presidencia municipal de Ciudad Valles, a cambio de una diputación federal. Se identificó tan a fondo con el sistema que hasta fue candidato a la presidencia de la República, con presupuesto oficial. •

Me apodaba “Mi reportito”

Como reportero de la Benemérita y Centenaria Escuela Normal del Estado me gané la confianza y afecto del profesor don Jesús R. Alderete, quien era el director junto con el profesor y geógrafo don Vicente Rivera. Escritor ameno y pedagogo por vocación, el profesor Alderete me saludaba apodándome “mi Reportito”, en lugar de decirme “Reporterito” por mi baja estatura. Posiblemente al aplicarme ese sobrenombre se inspiraba también en mi corta edad, pues todavía no acababa mi adolescencia.

El maestro escarbaba en su caletre para darme alguna información y que no regresara a mi periódico con las manos vacías. También me obsequió ejemplares de sus libros, el último con una afectuosa dedicatoria y la letra vacilante, producto de su avanzada edad y la vista cansada. Sus consejos contribuyeron también a enriquecer mi espíritu y fortalecer mi carácter. •

Mecenas de bohemios

El ingeniero Amador D'Acosta se perdía la mayor parte del año como gerente del Ingenio Azucarero de Agua Buena, pero cuando venía a la capital derrochaba el dinero a manos llenas. Por invitación suya, nos reuníamos en el bar del *Hotel Concordia*, una cuadra detrás de catedral. Liliana Cardona, cronista de Sociales de *El Sol*, Harold Meade, hijo del historiador don Joaquín Meade Trápaga, dueño del Hotel Vistahermosa; Miguel Barragán Torroella, compañero reportero que solía acompañarme a donde iba; Juan Loredó León, bohemio ingenioso y dueño de un buen nivel cultural; Bertha Cerda quien asistió un par de ocasiones adornando la mesa con su bella presencia; la cultora de belleza Julia Reachi y “el suscrito”, como dicen las actas faltas de gracia e ingenio.

Hombre de mundo quien en su juventud fue boxeador en Argentina y contaba que se casó en Francia con una dama de allá, el ingeniero D'Acosta ordenaba que nos sirvieran botellas de whisky, cognac o champán. En una ocasión amanecimos tomando y el ingeniero le pidió a Liliana su zapatilla, ordenó al mesero que le sirviera champán en ella e hizo un caballeroso y galante brindis. •

Chabelo Rodríguez, gobernador

Odiaba que le dijeran Chabelo, pero su primo Juan Antonio Márquez le recargaba el nombre y ante el enojo del político zacatecano le repetía: “Te llamas Chabelo, Chabelo, Chabelo”. Pero de lo que vamos a platicar es de lo que hizo José Isabel Rodríguez Elías cuando asumió la gubernatura de Zacatecas con el padrinazgo político del presidente Gustavo Díaz Ordaz. Al día siguiente de su toma de posesión, invitó a desayunar al cacique Leobardo Reynoso, después de una hora de amena charla con el estilo abierto y la franqueza propia de los zacatecanos, en un ambiente respetuoso y, en cierto modo, cordial, le dijo:

—Quiero que usted sepa que reconozco su capacidad, su experiencia, su lealtad a las instituciones y todo lo que ha hecho por Zacatecas, pero le voy a suplicar que si no recorro a usted en busca de consejo y apoyo, no me lo dé por su cuenta. Yo le haré saber si lo necesito.

Ese día llegó a su fin el cacicazgo de don Leobardo.

José Isabel Rodríguez Elías.



¡Échale un ojo a mi copa!

En el restaurante-bar del Hotel Concordia estábamos tomando una copa varios reporteros, en un ambiente animado y boruquiento. Uno de los miembros del grupo sintió la apremiante necesidad de ir al mingitorio y le recomendó a Guty Castillo, quien quedaba enfrente en la mesa:

—Échale un ojo a mi copa.

Cuando regresó, la chacota continuaba igual de alegre y ruidosa, pero el que se había ausentado durante pocos minutos vio con sorpresa que su vaso contenía un objeto raro y lo levantó para verlo mejor. Todos soltamos la carcajada porque lo que había en el recipiente era un ojo de vidrio y en ese momento reparamos en que Guty usaba un ojo falso. Por lo animado de la conversación nadie se fijó en la travesura.

—Tú me dijiste que le echara un ojo a tu copa... y eso fue lo que hice. —Explicó el bromista compañero de juerga. •

Perdí lo que no era mío

De la Redacción central de la Cadena de Periódicos García Valseca vino Carlos Malzárraga, un hombre que se expresaba con aspavientos y daba órdenes a diestra y siniestra. Benjamín Wong y Miguel Barragán le hacían “la barba” y lo invitaban al café, en tanto que yo me limitaba a cumplir con mi trabajo como siempre, sin hacer vida social. Era costumbre que yo caminara unas cuadras formando parte del grupo y platicando con mis compañeros, pero al llegar al café ellos se metían a continuar la charla y yo me iba a recorrer mis fuentes. Ya conté que yo cubría las fuentes patronales, que incluían los



Jesús R. Alderete.

bancos, de modo que todos los días visitaba a don Raymundo Delgado en el Banco Mercantil y al señor Ladislao López Negrete en el Banco Nacional de México. Al cabo de dos o tres semanas de contar con la presencia de Malzárraga, quien había asumido “de tacto” la dirección del periódico, entre el material que entregué después de reportear iba una nota sacada del boletín mensual del Banco Nacional de México. El señor Malzárraga me llamó y me reconvino preguntando que de dónde había obtenido esa información. Le mostré el boletín y me regañó:

—Éstas notas las escribe personal especializado en la redacción central. Usted no debe manejar ésta información porque no es un experto. La Jefatura de Información estaba entre usted y Wong, usted la perdió por esta nota.

Ni siquiera imaginaba que estaba compitiendo, por lo que esa pérdida me importó un bledo. Había perdido algo que nunca fue mío. •

De rector a senador

El doctor Jesús Nemorio Noyola era rector de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí cuando vino el presidente Adolfo López Mateos en gira de trabajo. El hombre de Atizapán de Zaragoza, estado de México, era “el Gran Elector”, como lo eran todos los presidentes surgidos del régimen revolucionario.

Hubo una cena en el patio central de la universidad en honor al distinguido visitante, todo parecía normal, con excepción del mitin que se realizaba afuera del recinto universitario, exigiendo la caída del cacique huasteco Gonzalo N. Santos pero no alteraron el ánimo del mandatario.

El rector sí estaba preocupado, por el desorden que el mitin provocaba y por la siempre precaria situación económica de la casa de estudios superiores bajo su responsabilidad. De eso platicaba con su esposa después de la cena, ya en la tranquilidad del hogar. Ella había estado en el convivio junto a su marido.

—Tú de qué te preocupas, si vas a ser senador, le dijo la señora en respuesta a los comentarios del Rector.

—De dónde sacas eso, mujer. —inquirió el facultativo.

—Te lo dijo el señor presidente durante la cena.

—A mí no me dijo nada de eso.

—Te lo anunció en la charla de sobremesa cuando aprovechando el tema de la plática te dijo: “El estado perfecto del hombre es ser senador”.

El doctor Noyola no era político y por eso no entendió el mensaje en su momento. Su esposa tampoco militaba en política pero tenía la ventaja de su sexto sentido y su capacidad de observación. El “Boludo” Noyola fue electo senador en las siguientes elecciones. •

Una dedicatoria irrepetible

Mi compadre Felipe García Guevara, reportero de toda la vida que se especializó en el manejo de la información política que publicaba en su periódico, como gacetilla pagada por presidentes municipales, publicó un libro con el título: *Anecdotario de un reportero de provincia*, fui invitado a la presentación, que corrió a cargo del poeta José Luis Pratts y yo como comentarista, fui muy parco en mis elogios y en el reconocimiento al esfuerzo de mi compadre Felipe dedicando decenas de años al periodismo provinciano. Soy generalmente torpe como orador aunque sus anécdotas eran tan sinceras como sencillas, sin adornos ni rebuscamientos literarios. De su natural sencillez provinciana he sido testigo desde siempre, porque el excelente reportero me ha tratado como un maestro y protector, más que como compadre y amigo. Pero cuando le pedí que me hiciera el favor de escribir una dedicatoria en el ejemplar que me obsequió, quedé estupefacto al ver que con mano temblorosa llenó varios renglones con simples rayas mal pergeñadas.

Con verdadera sorpresa le mostré la página y le pregunté qué era eso, y mi sagrado compadre,

con una sonrisa nerviosa, me explicó torpemente y con increíble modestia:

—Compadre, es que no tengo palabras para expresarle lo que siento por usted en una dedicatoria.

Estoy seguro de que nadie ha sido objeto de una dedicatoria muda más expresiva.

¡Gracias!, compadre Felipe, ¡Que Dios lo bendiga! •

María Elena Becerra Olloqui

María Elena Becerra, cronista de sociales, fue mi mejor amiga, fiel hasta el sacrificio, leal y sufridora. Era increíblemente discreta a pesar de que algunas personas le contaban secretos de familia y otros asuntos delicados que sólo conmigo compartía y que he guardado celosamente. Algunas de esas confidencias eran ajenas al informador o a la autora del chisme. Otras eran desahogos de un dolido miembro de la familia, todos los heredé yo. Era muy discreta pero también víctima de la hipocresía de algún sector de la comunidad, a tal grado que ni siquiera a mí, que participaba de algunos de los secretos que le confiaban, me contó que estaba embarazada de un reportero que vino de fuera y duró pocos tiempo en *El Sol de San Luis*. Ella vivió en silencio su proceso de maternidad y sólo ella supo cuándo y dónde nació el muchacho, suceso que María Elena mantuvo en secreto por el resto de su vida. Aunque en los últimos años y conservando tan estrecha amistad, ambos lo veíamos como un hecho consumado y perfectamente natural, sin que jamás lo manejáramos como tema de conversación.

Muchos años después, cuando él ya era un profesionalista visitó mi casa y a petición suya, le re-

velé la identidad de su padre, le obsequié fotos y una carta que él me envió desde el extranjero en la que me preguntaba si yo estaba enterado del embarazo de nuestra querida amiga. Naturalmente, le contesté que no había ninguna señal en ese sentido. La visita del joven profesionista a mi casa se produjo cuando mi querida amiga había pasado a mejor vida.

María Elena se sintió mal un 5 de febrero en la mañana, día de descanso obligatorio. Es posible que hubiera buscado el auxilio de alguna compañera sin conseguirlo, pues nadie se presentó en el periódico a ninguna hora. Sola se las arregló para acudir al seguro social, el médico la atendió de mala gana en el área de emergencias por ser día de descanso obligatorio, la auscultó superficialmente y le informó que no la afectaba ninguna enfermedad, aunque le dio algunas pastillas y la mandó a su casa. Por la noche mi amiga más querida volvió a sentirse mal y parece ser que una mujer que solía visitarla la llevó al mismo hospital del IMSS, donde falleció a los pocos minutos de un paro cardíaco. María Elena nunca me causó ninguna molestia y jamás me llamó por teléfono a mi casa; tal vez por eso no se le ocurrió buscarme. Me enteré con profundo dolor del infausto suceso al siguiente día.

En el primer aniversario de su deceso recibí una tarjeta invitándome a una Misa de Réquiem, firmada por “su hijo Dante, su cuñada María, su sobrina María Otilia, su sobrino nieto Alfonso Arturo y demás familiares”. •

María Elena Becerra y
compañeros del *El Sol de
San Luis.*



Beto, “el Malo”

Había en San Luis dos personas con el mismo nombre: Alberto Mercado y, para diferenciarlos, la gente les llamaba “Beto, el Malo” y “Beto, el Bueno”. Beto el Malo llegó una tarde al bar *Pasapoga*, de Manuel Poncela, donde solíamos reunirnos Aarón Obregón, Francisco el Chaparro Cabral, el Prieto Antonio Pacheco, el médico Leopoldo López Ríos, Paco Villanueva, Daniel Medina, Kiko y el Chelín Ramírez, Eduardo Pérez Velazco, Guillermo Guerra Verdejo, Mario Rodríguez y otros. A veces acudíamos varios reporteros, pero nos sentábamos en una mesa aparte.

En el episodio que voy a contar se trataba de Beto el Malo, quien llegó en estado de ebriedad y, sin disimular su coraje, anunció que iba a matar a su suegro, José de la Luz Cerda, blandiendo una pistola escuadra calibre 45. Los amigos trataban de calmarlo, pero el borracho insistía en su malvado propósito, por lo que varios parroquianos se pusieron de acuerdo y sin que él se percatara hicieron una llamada telefónica pidiendo un auto de sitio. Cuando la unidad llegó, el Chaparro se las arregló para desarmar sin violencia al de las malas intenciones y lo ayudó a abordar el auto, le dio dándole al chofer una

dirección y ordenándole que lo llevara allá. A los pocos minutos llegó al bar un militar de alta graduación conocido nuestro, a quien el Charro le vendió la pistola en ochocientos pesos, con los que seguimos brindando y platicando.

Me invitó a *El Herald* de México

En uno de mis viajes a la Ciudad de México pasé a visitar a don Alberto Peniche Blanco, gerente de *El Herald de México*, propiedad de don Gabriel Alarcón. Platicamos durante unos minutos y de repente don Albero me preguntó:

—¿No le gustaría trabajar en *El Herald*?

—Sí, claro.

El señor Peniche, con quien hice una estrecha amistad cuando estuvo en San Luis como secretario particular del gobernador Martínez de la Vega, llamó al jefe de Redacción, Salvador González Pérez, y después de ordenarle que me incorporara al cuerpo de reporteros se introdujo en su oficina.

González Pérez iba llenando la solicitud de empleo conforme le proporcionaba los datos requeridos. Al final me informó:

—Va usted a cubrir la fuente de la Reforma Agraria.

—Perdón, ¿cuánto voy a ganar? —El jefe de redacción se puso de pie y se introdujo en la oficina del gerente, seguramente para una consulta. Regresó de prisa y me explicó:

—Aquí pagamos sesenta pesos, pero usted va a ganar ochenta.

—Yo con eso no puedo vivir aquí.

—En la fuente le van a dar otro tanto.

Hice un fingido gesto de aceptación y me despedí. Caminé para salir de la oficina, pero González Pérez me detuvo para recordarme que faltaban las fotografías que me pidió desde que comenzó a llenar la solicitud. Le respondí que iba a tomármelas para traérselas y salí de la Redacción, en la calle lo pensé mejor y no volví.

Suspensión indefinida

Benjamín Wong era el jefe de información de *El Sol de San Luis*. De la redacción central había venido Carlos Malzárraga con instrucciones de designar a un jefe de Información, pero yo no me enteré sino hasta que le entregué mi material, como le llamábamos al trabajo del día. De entre mis papeles extrajo una nota sobre el balance mensual del *Banco de México* y sus perspectivas a corto plazo.

—¿De dónde sacó estos datos? —me preguntó con tono acusatorio.

—Del Boletín mensual del *Banco de México*. Yo cubro las fuentes económicas. Todavía en tono airado y esgrimiendo mi nota, Malzárraga me regañó:

—Esta información debe ser manejada por expertos. Nosotros tenemos en la Redacción Central reporteros especializados. La jefatura de Información estaba entre usted y Benjamín Wong, usted la perdió por esta nota, y la tiró.

Unos días después Benjamín me dio una orden de trabajo que rechacé. Nos hicimos de palabras y acabé retándolo a darnos una solfa, reto que él ignoró pero que le sirvió para acusarme ante el director, de cuya oficina salió con un memorándum en que se hacía de mi conocimiento que quedaba suspendido por tiempo indefinido.

Yo platicaba casi a diario con don Filiberto Herrera, uno de los hombres más ricos de San Luis Potosí, era presidente de la Cámara de Comercio, una de mis fuentes de información. Tomé el papelito y me dirigí al negocio de don Filiberto, a quien se lo entregué sin hablar.

—¿Cuánto ganas ahí? —me preguntó.

—Veinte pesos diarios —le informé.

—Vente a trabajar aquí con el mismo sueldo. Yo necesito “cabezas”. Tropa hay mucha pero hacen falta cabezas. Vente aquí.

Meses atrás yo había escrito un reportaje sobre el intento de extorsión de que había sido víctima don Filiberto. El trato casi cotidiano nos convirtió en amigos de confianza a pesar de la diferencia de edades y de posición social. Yo andaba en los veintes y él andaría a mitad de los cincuentas. Un día me mostró un anónimo en que se le amenazaba con quitarle la vida si no entregaba cincuenta mil pesos en efectivo a desconocidos que le señalaban lugar, fecha y hora para el encuentro. Mi nota se publicó a ocho columnas en la primera plana aunque yo cumplí con mi promesa de no escribir nada. Como reportero, lo que hice fue platicar del asunto con el director, Antonio Estrada Salazar, quien sin advertírmelo escribió la nota. Yo fui el primer sorprendido a la mañana siguiente, pero corrí con tan buena suerte que don Filiberto no la vio, preocupado como estaba coordinando el plan que urdió con los jefes policíacos para atrapar a los delincuentes, que resultaron ser unos aficionados ignorantes y torpes, necesitados de dinero. •

Interesante experiencia

Resultó muy interesante mi aprendizaje en el sector de la iniciativa privada. Don Filiberto me confió secretos comerciales y me inició en la vida social de cierto nivel. Incluso, hizo el intento de introducirme como socio en el Club Deportivo Potosino, al que yo había apoyado en eventos especiales como reportero. Dos veces me entregó invitación para que asistiera a eventos del deportivo, pero nunca fui, ni me excusé.

Herrera Motors, S. A. estaba en la esquina suroeste del crucero formado por la calle Arista y la avenida Damián Carmona. Dando vuelta sobre la de Arista estaba la Refaccionaria de don Juan Alonso, donde trabajaba Jesús Blanco Ornelas, compañero mío en la sección de “Deportes”. Su hermana, Blanca, joven bella y discreta, era una de las secretarías, otra de ellas era hermana de Miguel Ángel Álvarez, reportero de *El Herald* que se marchó a la Ciudad de México y colaboraba en *Excelsior* con Carlos Denegri. Una secretaria presumidilla era Magdalena Mijangos, quien se casó años después con Jacinto Zúñiga y, otra era Irma Venegas, pequeña, bonita y muy seria. El papá de “La Chucha” Blanco, don Tomás, era comisionista, vendedor de carros en *Herrera Motors*.

Frente a la entrada principal del negocio, sobre Damián Carmona y junto al edificio de la Cámara de Comercio, que durante un tiempo fue el primer cuartel de bomberos y actualmente es la Biblioteca de la Universidad, estaba una gasolinería propiedad de don Filiberto y atendida por Valentín Faz, casado con una hermana de mi patrón. Quizá valga la pena recordar que en esa misma esquina estaba el Cuartel de

la Estacada, que todavía a fines del siglo XIX era recordado con horror porque, según la leyenda, allí fue ajusticiada una mujer indígena acusada de adulterio y condenada a morir clavada en una estaca de madera.

Tuve mucha suerte en mi trabajo porque a los pocos meses descubrí que la cajera y el contador estaban robando el negocio y le informé a don Filiberto, pero cometí el error de comentarlo con ella, quien esa misma tarde acudió a mi domicilio a suplicarme que no le informara al señor Herrera, a cambio de mi silencio haría lo que yo le ordenara hacer. Llegó al extremo de arrodillarse ante mí llorando y repitiendo súplica y ofrecimiento. Fui inflexible. Los periódicos publicaron el asunto con gran escándalo y atribuyéndome el título de “Auditor”.

La cajera y el contador fueron a parar a la cárcel y ella obtuvo el perdón del ofendido mediante la entrega de dos casas y un rancho que había adquirido con el producto del latrocinio. Ignoro cuál fue el arreglo con el contador, quien para mi sorpresa conservó el empleo. En alguna ocasión le pregunté a don Filiberto por la causa y me contó que en una ocasión, muchos años atrás, había mandado a una empleada a depositar dinero en el banco y un “paquero” la robó engañándola con el señuelo del billete de lotería premiado. El no la despidió porque estaba seguro de que no la volverían a engañar. No me reveló el arreglo con el contador pero concluyó:

—Este no me volverá a robar.

Una provechosa aventura

Mi incursión en el sector de la iniciativa privada duró pocos meses porque Ignacio Rosillo me mandó llamar para que me integrara al personal que estaba reclutando con el objetivo de fundar *El Sol del Norte* en la capital del estado de Coahuila. En el fondo de mi corazón me llamaba también mi vocación y mi verdadero oficio. Para el equipo de Redacción íbamos: Juan Muñoz Silva, Benjamín Wong Castañeda, Aniceto Silva, Miguel Mora y yo. Como fotógrafo iba José Sacramento Arreguín, quien gozaba de toda la confianza de Rosillo y era sus ojos y oídos en el grupo. David Neave Torres iba como chofer, pero él y yo habíamos formado una sólida amistad y allá lo enseñé a tomar fotos. Inclusive, le vendí mi cámara Retinete y lo enseñé a usarla, de modo que pronto se convirtió en chofer y fotógrafo.

Benjamín cubría la fuente de gobierno y el propio Rosillo lo acompañaba en las primeras entrevistas con el gobernador Román Cepeda Flores. A mí me asignaron las fuentes patronales, que eran las cámaras de comercio, de industria, la cámara del Vestido y la Cámara de la Industria Harinera; los bancos, instituciones financieras y organismos empresariales.

Aniceto Silva era el encargado de las fuentes agrícolas, los sindicatos y el ayuntamiento, en tanto que Juan Muñoz Silva era el jefe de Redacción, y quien “formaba” el periódico, es decir, el que esquemaba las páginas en unas hojas de papel periódico impresas y cuadrículadas especialmente para el efecto. Para cumplir con esa tarea Muñoz escribía las “cabezas” de las noticias, lo que no cualquiera podrá hacer, porque además de estar perfectamente familiarizado con los diferentes tipos de impre-

ta, debía tener suficiente habilidad y conocimientos para condensar el contenido de la noticia en unas cuantas palabras, con buen tino y mucha rapidez. Cuando se enfriaba el trato entre Rosillo y Juan Muñoz, el director me ponía a formar las planas y redactar las cabezas. Jugando al periodiquito, le gustaba escribir la “guía”, que era la primera palabra de la cabeza, pero ahí se quedaba, en la mera gula, lo que me obligaba a completar los encabezados a partir de la palabra que él habla escogido, por lo que pronto prescindí de sus guías y yo la escribiría toda, sobre todo si el encabezado era para la nota de una columna, en cuyo caso se tenía qué resumir el texto en once letras, como máximo.

Recuérdese que las “ramas” que servían de marco a la página en el taller de Formación eran un bastidor de acero que no podían ensancharse a capricho de quien llenara la forma en la sala de Redacción. Rosillo no era ajeno a los conocimientos de una imprenta, pues ese era, precisamente, el negocio del que vivía con un taller que operaba en su propio domicilio de la calle Avanzada, probablemente a escondidas del Fisco, cuando el coronel José García Valseca requirió de sus servicios como corresponsal del semanario deportivo *Esto*, cuyas notas le escribía Agustín, hermano mayor de Miguel Zárate Guzmán, quien posteriormente fue un excelente fotógrafo de *El Sol de San Luis*, mientras que su hermana Emilia era fotógrafa de *El Heraldo* y tuvo una relevante actuación durante el movimiento navista. Entre sus trabajos sobresale la foto que le tomó a Manuel Álvarez López cuando escapaba del palacio de gobierno por una puerta posterior que daba a la calle Aldama, mientras al frente del edificio una exaltada y vociferante multitud exigía la aparición del mandatario en el balcón central cubriéndolo de reclamaciones e insultos, pidiéndole la renuncia al mismo tiempo que un aparato de sonido tocaba a todo volumen *El ojo de vidrio*, en alusión a que el gobernador huasteco usaba un ojo falso. También le tocaban *El gallo tuerto*, Rosillo nunca aprendió a redactar un párrafo ni a escribir una cabeza.

Saltillo: la “apenas” de México

La ciudad de Saltillo, capital del estado de Coahuila, tendría entonces unos cien mil habitantes. Se supone que nadie sabía que estaba a punto de abrirse un nuevo periódico y que el secreto formaba parte del impacto psicológico y comercial de la empresa. Ignacio Rosillo usó una estratagema para promover el periódico aprovechando el “factor sorpresa”. El diario de mayor circulación se llamaba, precisamente *Diario*, y a él recurrió Rosillo anunciando una “lluvia” especial sobre el cielo de la ciudad, la famosa “lluvia” consistió en que a la hora señalada en los volantes una avioneta sobrevoló la ciudad arrojando miles de volantes anunciando la salida de *El Sol del Norte* para el día siguiente. Habíamos utilizado su propio medio para anunciar la aparición de la competencia; ni el *Diario* ni sus reporteros y trabajadores nos lo perdonaron nunca. En aquellos días estaba de moda una canción que comenzaba diciendo: “Pobre gente de París”, y los reporteros de allá la adaptaron diciendo: “Pobre gente de San Luis, tan *pendeja* y tan feliz...” y continuaba refiriéndose a la mansedumbre con la que los potosinos aceptábamos el cacicazgo de Gonzalo N. Santos.

Pero sállense de espíritu progresista nos acogieron con el carácter amistoso y abierto que es proverbial entre los norteros. Inclusive, algunos se referían despectivamente a las familias conservadoras del lugar diciendo que eran conocidas como “los tubos”, porque “mis abuelos tuvieron, mis papás tuvieron, mis tíos tuvieron, mis ancestros tuvieron”, etcétera, refiriéndose a que sus antepasados fueron ilustres y ricos. Otros decían que Saltillo era conocido como “el barrio pobre de Monterrey” y no faltaban aquellos que se referían

al *slogan* que repetían los intelectuales de la ciudad afirmando que Saltillo era “la Atenas de México” por su nivel cultural y su amor a las bellas artes adaptándolo a una versión burlesca que la definía como la “Apenas” de México. La verdad es que Saltillo tenía entre sus altos valores artísticos, filosóficos, culturales y académicos a personajes de estatura universal como Artemio de Valle Arizpe, el historiador Carlos Pereyra, Vito Alessio Robles, José García Rodríguez, el profesor Rubén Moreira Cobos y el licenciado Salvador Lobo, rector de la Universidad de Saltillo, sin contar con pintores, actores, actrices y escritores de alto nivel como Hilda Sala.

Al ser *El Sol del Norte* un periódico de combate, cuyo objetivo primordial era influir en la política de la región, Rosillo emprendió una campaña a muerte contra la prostitución y el vicio. Acá entre nos, Aniceto Silva, entrañable compañero y amigo, cuando alzaba su copa solía repetir la misma fórmula: “Brindo por la prostitución y el vicio... aunque la familia perezca!”; todos la celebrábamos y sorbíamos el licor. Éramos muy jóvenes y habíamos aprendido en San Luis que “sólo hay dos tipos de periodistas: los borrachos y los *pendejos*”; y a los mexicanos no nos gusta que nos *pendejeen*.

El punto clave de la campaña era la zona roja, compuesta por dos manzanas de cantinas, prostíbulos y negocios que años después se bautizaron en términos periodísticos como “giros negros”. El gobernador era un político excelente que en una noche acabó con esa zona metiendo “bulldozers” que en pocas horas borraron del mapa todas las construcciones... con el agravante de que la prostitución y el vicio se extendieron de inmediato por toda la ciudad a pesar de que las autoridades procedieron en seguida a construir una ciudad sanitaria que sirvió sólo para ubicar dentro de ciertos límites el productivo negocio de las cantinas, cerveceras y los lenocinios regentados por profesionales.

Su objetivo se logró al eliminar la zona del vicio, *El Sol del Norte* volteó sus ojos a otros blancos. Lo importante era hacer periodismo amarillista disfrazado de constructivo y moralista.

La historia de Saltillo

Ignacio Rosillo conocía mi afición por la cultura y el arte, por lo que me ordenó realizar un trabajo de investigación histórica que ayudaría al diario a identificarse con la gente del lugar. De ese modo supe que hasta allá se extendía antes de la llegada de los españoles el dominio de la Gran Chichimeca, aunque regionalmente las tribus establecidas eran los tobosos, los borrados y los coahuiltecos. Por encima de ellos, no obstante, figuraban los huachichiles, que junto con los chichimecas diezmaban el número de españoles y criollos y era frecuente el asesinato de frailes y sacerdotes.

Alessio Robles comprobó que la villa de Saltillo fue fundada por el capitán Alberto del Canto el 25 de julio de 1575, acompañado de una veintena de soldados y sus familias. Durante un tiempo prevaleció la idea de que Francisco de Urdiñola tuvo alguna participación en la fundación de la Villa, pero Alessio Robles corroboró que el capitán Urdiñola llegó a la región en 1583 y que su padre jamás salió de España. Lo que hizo destacar la presencia del español es que en pocos años se adueñó de grandes extensiones de tierra por compra, cesión o dación. Azlor y Virto de Vera, mejor conocido como el marqués de San Miguel de Aguayo, adquirió casi al mismo tiempo vastas propiedades en la comarca lagunera. Toda la región pertenecía al Reino de Nueva Vizcaya.

Saltillo era “frontera de indios”, los choques entre españoles y aborígenes eran frecuentes, con las consiguientes bajas por ambas partes. Un personaje que tuvo gran influencia en la historia de la región fue Luis de Carvajal y de la Cueva, oriundo de la villa de Mogodorio, Portugal, quien desembarcó en Tampico en 1580 como parte de una flota naval

mandada por el general Francisco de Luján traía una provisión real firmada por Felipe II, con orden de “descubrir y pacificar un reino” con un territorio de 200 leguas por lado, partiendo de la desembocadura del río Pánuco hacia el norte y una superficie igual al occidente. El núcleo de este territorio debía llamarse Nuevo Reino de León y es la raíz de lo que conocemos ahora como Nuevo León, aunque en aquella fecha Carvajal fundó “en la parte del norte del Ojo de Monterrey un pueblo que llamó San Luis y nombró alcalde mayor al capitán Gaspar Castaño de Sosa, dueño de la estancia *La Encantada*. Un vecindado en Saltillo era el capitán Diego de Montemayor, quien fue designado teniente de gobernador del Nuevo Reino de León”.

Carvajal dejó en Sevilla a su esposa, doña Giomara, pero cumplió con los términos de las capitulaciones firmadas por el rey y trajo consigo a cien familias y a numerosos sobrinos y hermanos. Se rumoraba que su salida de la península había sido obligada por el decreto que ordenó la expulsión general de los judíos de España, pero cuando arribó a la Nueva España nadie sospechaba de su filiación religiosa, misma que, una vez descubierta, lo hizo objeto de persecución por la Santa Inquisición y se asegura que fue encarcelado y ejecutado, aunque sobrevivió su hijo del mismo nombre. Muchos de los que con él vinieron perecieron también a manos de los inquisidores. Algunos lograron salvarse, se cambiaron los nombres y huyeron a otras poblaciones.

El caso es que cuando el grupo de potosinos consolidó el diario, la ciudad de Saltillo era un núcleo de gran importancia comercial con la Escuela de Agricultura Antonio Narro y el Ateneo Fuente a la cabeza en materia de educación superior; el Casino de Saltillo en lo social y la Compañía Industrial del Norte, de don Isidro López, en desarrollo industrial. Rodolfo Narro era el presidente de la Canacintra y don Flavio Zermeño representaba simultáneamente las cámaras Harinera, del Vestido y de Comercio.

Nuestra modesta aportación constituyó un gran impulso hacia el progreso y la modernización de la Ciudad, que tenía entonces dos importantes polos de desarrollo en la comarca lagunera, hacia el occidente, y en el ramo de la minería con las minas de carbón de Nueva Rosita y Altos Hornos de México, en Monclova, Coahuila.

Gran golpe publicitario

Con motivo de la celebración de una convención nacional rotaria, Rosillo concibió un plan que se convirtió en un inusitado golpe espectacular que le produjo enormes frutos a *El Sol del Norte* en los aspectos social y económico, pues consolidó su posición como uno de los factores fundamentales del desarrollo de la región en todos los órdenes.

El director convenció a los organizadores de la convención de que realizaran una de sus sesiones en las instalaciones del periódico, y a mí me encomendó transcribir la historia de Rotary International. Nos llamó un poco la atención que el director ordenara encender los crisoles y la Reuter y que tuvieran lista la prensa a cargo del maestro Cleofas. El fotograbador, Zeferino Leandro se mantuvo de guardia, lo mismo que el personal del taller.

La sesión transcurrió con toda normalidad en un espacio acondicionado al fondo del edificio. Los discursos y aplausos podían escucharse en todo el recinto y cada uno de nosotros cubría la parte del evento que le fue asignada. Uno debía escribir la crónica de la sesión, otro haría un resumen de los discursos de los gobernadores de distrito, uno más haría una nota “de color” y yo debía redactar la nota general y el discurso del presidente rotario visitante. Cuando llegó la hora de la comida, el director dio la orden de que todos cumpliéramos con lo encomendado, pero en lugar de meternos a la Redacción debíamos dictar las notas directamente a los linotipistas que ya ocupaban sus puestos. Eran Leopoldo Ochoa, Andrés Rauda, Héctor García Bravo y “el Grillo” Durán. Los formadores tenían todo listo para armar las planas y los crisoles de los linotipos tenían el metal fundido. En pocos minutos

la prensa empezó a rugir al mismo tiempo que un equipo de sonido reproducía música adecuada a la naturaleza de la reunión. Cuando los rotarios dieron por concluida la sesión y se disponían a abandonar las mesas, cada uno recibió un ejemplar del periódico acabado de imprimir, con las fotografías de los asistentes, las del fundador de Rotary y las semblanzas de los socios más destacados del rotarismo en la historia. Los visitantes estaban verdaderamente impresionados, sorprendidos y muy satisfechos por los logros de la convención y atención especial de *El Sol del Norte* al evento y a sus personas. Fue un gran golpe, producto de una idea genial de Rosillo.

Se casa Benjamín Wong

Benjamín Wong Castañeda nació en Charcas, San Luis Potosí, pero su familia se fue a vivir a Cárdenas, el segundo centro ferroviario más importante del estado. Luego se mudó a la capital porque los jóvenes necesitaban estudiar una carrera profesional y la universidad estaba allí. Era sumamente discreto y apartado, aunque le gustaba figurar en sociedad y podía hacer amistad con gente de mejor nivel. En la capital solía reunirse con Miguel Barragán y con las cronistas de sociales, lo mismo que con los compañeros que ya tenían un título profesional. Los primeros reporteros contratados por un señor que llegó de la Ciudad de México y a quien nadie había visto antes fueron: Francisco Salazar Hernández, quien estuvo a punto de recibir las órdenes sacerdotales pero al final de cuentas abandonó el seminario; Salvador Cavada Andrés, un estudiante de derecho, inteligente y capacitado; Miguel Barragán Torroella, descendiente del general Juan Barragán, nieto de Miguel Barragán, ex presidente de la República; la abogada Liliana Cardona Muñoz y yo. El caricaturista Luis Chessal y los cronistas de deportes habían sido llamados por Ignacio Rosillo. Esa contratación tuvo lugar en septiembre y desde entonces comenzó a imprimirse *El Sol de San Luis*, aunque no salía a la calle. Gente especializada cotejaba la edición con lo que publicaba *El Herald* y *El Sol* llevaba las mejores notas. Los sinodales eran Carlos Malzárraga, Fausto Antonio Marín, el señor Flores, jefe de Sociales de *El Sol de León* y Antonio Estrada Salazar, primer director de *El Sol de San Luis*, quien contaba ya con un jefe de Redacción que era Tomás Rodríguez, proveniente de *El Universal* y cuñado del famoso tenista “el Pelón” Osuna. Estrada tenía ya una secretaria que era Emma María Correa. El desconocido que nos contrató era Oscar Guerra Gómez, vecino de Monterrey y socio del coronel José García

Valseca, cuyo nombre llevaba la cadena de periódicos a la que pronto se incorporaría *El Sol de San Luis*.

Entre noviembre y diciembre se incorporaron a la Redacción Benjamín Wong, Aniceto Silva, José Alvarado Martínez y Gamaliel Aguilera Barragán, quien hablaba algunas palabras en alemán y se rumoraba que venía de Guatemala, donde había pertenecido al ejército. Otros sostenían que venía de Michoacán, pero nadie prestaba especial atención a esas habladurías porque todos éramos muy jóvenes y nos identificábamos por un mismo ideal: el amor al periodismo y el servicio a la sociedad.

En Saltillo seguíamos siendo una familia y el trato era muy cordial y de estrecha amistad, aunque Benjamín se mantenía un poco apartado. En una ocasión me invitó a tomar una copa y accedí de inmediato, aunque un poco extrañado porque Benjamín no solía beber. La entrevista era para informarme que había decidido contraer matrimonio con la secretaria del director, una bella saltillense de piel muy blanca, cabello castaño claro y ojos azules, llamada Constanza Cavazos, conocida en los círculos sociales de Saltillo como la “Beba Cavazos”. Su hermano Baltasar Cavazos Flores fue durante muchos años apoderado jurídico de la Confederación Patronal de la República Mexicana. Durante la plática previa al asunto principal, Benjamín me confesó que él consideraba ser el portador de la herencia genética de su padre, inmigrante chino, en un 75 por ciento, y sólo un 25 por ciento de su madre. Se refería a la influencia de la mentalidad oriental en su personalidad. Luego me reveló el motivo principal de la reunión.

Agradecido por la deferencia de Benjamín al informarme de su trascendente decisión personal y solicitar mi opinión, me sentí obligado a poner algún leve reparo sólo para no aprobar el proyecto sin discusión. Habíamos tomado dos copas de tequila durante la plática y nadie po-

dría decir que estábamos ebrios ni mucho menos. Ante mi premeditada objeción Benjamín me rogó:

—No me digas nada, Marín... no me digas nada; sólo sé que la quiero y me voy a casar con ella.

Elogié la belleza de *la Beba* y aprobé la decisión de Benjamín. La boda reunió a lo mejor de la sociedad de Saltillo porque el padrino fue el gobernador y el obispo ofició la ceremonia. Años después la pareja se fue a vivir a México y procrearon un hijo inteligente y saludable.

La que andaba mal de salud sin que nadie lo supiera era *la Beba*, quien padecía de una insuficiencia cardíaca que finalmente la llevó a la tumba. En una ocasión conversaba sobre el asunto con Joaquín Antonio Peñalosa en San Luis y el sacerdote me pidió: “Dile que se case. No está bien que viva solo”. Pasaron años para que yo tuviera la oportunidad de dar el recado, pero Benjamín no se interesó. Ni siquiera contestó.

Comunicación y rotarismo

En una sesión del Club Rotario de Saltillo presentamos hace décadas el artículo que se reproduce a continuación parafraseando en parte a otros autores.

Los que gustan de ir al fondo de las cosas dicen que hace dos millones de años el hombre hacía denodados esfuerzos para comunicarse entre sí. Para ello utilizaba gestos, mímica, sonidos onomatopéyicos y sonidos guturales inarticulados. Las voces con que se comunicaban cuando cazaban o enfrentaban un peligro en grupo eran también un principio de comunicación.

Ya el *homo sapiens* pudo comunicarse por señas y ruidos articulados, así logró sobrevivir y evolucionar durante siglos, haciéndose entender a duras penas de sus semejantes.

No fue sino hasta hace unos veinte mil años antes de nuestra era que el hombre comenzó a utilizar los puntos, los bastoncitos, los rayos y las cuñas, hasta llegar a Mesopotamia e India a los pictogramas y el alfabeto hace unos diez mil años.

No todos los pueblos alcanzaron simultáneamente el mismo grado de civilización. En realidad, se ignora cuáles fueron los primeros hombres en alcanzar un cierto grado de articulación en lo que pudiera llamarse un lenguaje más o menos estructurado. De lo que estamos seguros, es que las lenguas más antiguas que se conocen son el sánscrito, el hitita, el copto, el germánico, el itálico y el indoeuropeo.

Aquellos ancestros nuestros que durante siglos pensaron que el griego, el latín, el indoeuropeo y el hebrero eran lenguas madre, han tenido que rectificar sus viejas ideas a regañadientes, una vez que se enteraron de que ni siquiera el germánico, ni el baltoeslavo son verdaderas lenguas-raíz, éstas, al igual que el itálico, el celta y otros, tienen raíces mucho más antiguas y más profundas pero sus orígenes e integración primordial se pierden en la noche de los tiempos. Por eso llama la atención que el hombre no sea capaz de hacerse entender a cabalidad aún en nuestros días, a pesar de que se han necesitado miles de años para inventar una lengua mediante la cual pudiesen comunicarse entre sí.

Estudiosos como Ferdinand Saussure, Martinet, Burckhardt y otros, han dedicado muchos de sus años en buscar los orígenes de la lengua. De este modo han llegado a la conclusión de que en la actualidad hay más de mil lenguas en uso en el mundo, aparte de muchísimos dialectos en los que se confunden el sustantivo con el adjetivo; dialectos que carecen de sufijos y afijos, o que todavía dependen en gran medida de la entonación de las vocales para que una palabra cambie de significado.

Ante esta realidad, sólo nos queda admitir que el hombre no encuentra todavía un instrumento universal de comunicación por medio de la palabra hablada.

Un esfuerzo realizado hace unos decenios para conseguir que el esperanto se convirtiera en un lenguaje universal acabó en el más rotundo fracaso, pero no porque la lengua careciera de una noble finalidad, sino porque el esperanto adolecía de una estructura formal y de la suficiente amplitud para alcanzar el grado de universalidad que sus creadores se proponían. Ése instrumento que se esperaba fuese usado por los habitantes de toda la Tierra, no alcanzó los objetivos deseados.

Es decir, el propósito y la lengua eran buenos en sí, pero el esperanto no se podía acomodar el esperanto a todas las raíces culturales y diferencias sociales. Tampoco se acomodaban los nuevos vocablos a los intereses políticos y económicos de todas las naciones y de todos los sistemas. Esa fue la verdadera causa del fracaso del esperanto.

Pero hay lenguajes que son universales, como la música y el amor.

Esas lenguas no necesitan de la morfología ni de la semántica. Tampoco requieren, como quería Edward Sapir, de complicadas definiciones de los conceptos básicos; derivativo, concreto y de relación. No. El lenguaje de la comprensión y del amor a la humanidad no requiere de reglas gramaticales. Basta con estar animado de la más buena intención para comunicar lo que se desea en la propia lengua, ésa que usted habla, porque es la que le enseñaron sus padres.

Quizá pudiera afirmarse que el rotarismo es por sí mismo un lenguaje universal, porque está inspirado en la noble y generosa idea de “Dar de sí antes que pensar en sí”. Y la generosidad es uno de los grandes distintivos de Rotary International, porque el rotario concibe al hombre como el principio y fin de la existencia humana. Rotary International tiene al hombre como horizonte. Trabaja por el progreso y bienestar de la comunidad convencido de que junto con la paz y el bienestar social son bienes inalienables de la humanidad entera.

¡Ése es el lenguaje universal de nuestros días!

Padrino de la Luz

Don Francisco Martínez de la Vega aprobó la propuesta del ingeniero Héctor Ruiz Elías, gerente de la Comisión Federal de Electricidad, y colocaron un tanque de gasolina vacío para que yo me trepara en él y pudiera alcanzar el switch que dotaría de luz eléctrica a los habitantes de Tierra Nueva. Hasta ese día el pueblo disponía de la escasa energía que durante dos horas de la noche les proporcionaba una planta portátil propiedad de un particular que les cobraba el servicio. A partir de ese momento todos los vecinos tendrían energía eléctrica de día y noche. Era un poderoso motivo para el regocijo popular. El pueblo me aplaudió con gran entusiasmo y acto seguido se sirvió una cena en honor del mandatario y su comitiva, por supuesto, de los trabajadores de la Comisión Federal de Electricidad que se distinguieron durante el gobierno de Martínez de la Vega por la increíble hazaña de dotar de luz eléctrica a numerosos poblados que a mediados del siglo XX carecían de ese indispensable servicio en San Luis Potosí. La mayoría de esos trabajadores vino de San Pedro Piedra Gorda, una alejada comunidad del estado de Zacatecas. Entre esos trabajadores destacaban Fernando Pilo Márquez, Carlos Pichón Ruiz y M. Márquez, todos ellos emparentados con J. Isabel Rodríguez Elías, destacado político zacatecano que llegó a ser gobernador de aquel estado en tiempos de Díaz Ordaz.

Héctor contaba posteriormente y con legítimo orgullo una anécdota de su primo: el cacique de Zacatecas era Leobardo Reynoso, viejo político revolucionario famoso por su carácter fuerte y estilo autoritario. Rodríguez Elías asumió la gubernatura de Zacatecas y cortésmente invitó a desayunar a don Leobardo. El encuentro transcurrió de principio a fin dentro de las normales reglas de la cortesía y el respeto, pero

al final del desayuno Rodríguez Elías le dijo al cacique regional: “Señor, yo le agradezco cumplidamente que me haya hecho el favor de aceptar este desayuno; estoy convencido de que su sabiduría y su experiencia le serán muy útiles a mi gobierno, pero le ruego que si yo no pido su consejo usted se abstenga de dármelo. Sólo en caso ofrecido le daré la molestia de llamarlo para consultarle algún asunto; mientras no lo haga no se moleste”... y ese día se acabó el cacicazgo de Reynoso.

Yo conocí al viejo cuando Francisco Espartaco García recibió el poder de manos de José Minero Roque y el representante del Presidente Ruiz Cortines en esa ceremonia fue el senador potosino Antonio Rocha. En esos días yo trabajaba en *El Herald* de Aguascalientes y al término del acto le pedí un aventón a don Leobardo, quien se ofreció de inmediato a llevarme en el mismo auto en que viajamos Benito Palomino Dena, Luis Ortega Douglas y yo. Don Leobardo me pidió que lo acompañara a su hotel y cuando se quitó el saco descubrió la .45 en la cintura.

—¡Achis! ¿Dónde hay guerra? —dije fingiéndome sorprendido.

—Tú qué sabes, —contestó don Leobardo y luego me recomendó con Ortega Douglas, allí presente, sugiriéndole que me ayudara. “El Jorobado” le dijo que sí pero nunca me dio una mano, aunque sí me dispensó su amistad y mantuvimos buenas relaciones por conducto de Mario Mora, su jefe de prensa.

Volviendo al tema de la luz y al compás de la música y el baile establecí una estrecha relación de amistad con mi bailadora, que luego se convirtió en amor y fue uno de los más completos de mi vida, aunque yo tenía que viajar hasta allá todos los días en mi flamante *Dodge Kingsway* color amarillo y blanco, como huevo cocido.

Los vecinos me recibían con afecto y respeto porque me conocían como “el padrino de la luz” y hasta me aplaudían al llegar. El amor entre ella y yo duró algún tiempo, fue edificante y hermoso. En una ocasión el maestro Pepe Hernández, que era director de la orquesta del Hotel Panorama, me acompañó a llevarle serenata y ella me contó después que con sus hermanas se puso a bailar, como lo hicieron muchas de las vecinas jóvenes del barrio.

Periodistas y artistas

Ignacio Rosillo compró la concesión o el permiso de la radiodifusora XESL y construyó un pequeño auditorio en donde posteriormente estuvo la oficina del Aviso de Ocasión y ocupó toda el ala derecha del edificio del periódico, hasta el fondo de la propiedad, donde después fue la oficina de la Dirección cuando Rosillo asumió el puesto. El edificio de enfrente funcionaba una escuela particular y poco después fueron las oficinas de la Federación de Trabajadores del Estado (CTM).

El pianista Luis H. Martínez tocaba en la difusora XECZ pero Rosillo lo invitó a que amenizara un programa en vivo por la noche. El cantante a quien el maestro Martínez Acompañaba en la “Z” era Javier González, “el tenor de la voz de oro que triunfa hasta el momento”, tal como lo anunciaba F. Liñán, buen locutor quien además hacía una excelente impostación de su voz.

En la XESL el locutor era Manuel López Ávila y la “prima donna” del programa nocturno era la bella y muy joven señora Magdalena Vázquez Bacconnier, excelente bolerista de buenos modales y fino trato, hija de don Gregorio Vázquez Cortés, a quien yo entrevistaba con frecuencia porque era el jefe de la Casa Redonda, el taller principal de los Ferrocarriles. En ese tiempo, además de los banqueros y empresarios, los funcionarios del ferrocarril formaban la clase alta de la sociedad potosina, las reinas y princesas de los clubes sociales eran hijas de oficiales ferrocarrileros.

El cuadro artístico se completaba con el fotógrafo José Sacramento Arreguín y Gregorio Marín como cantantes, mientras que José Alva-

rado Martínez declamaba con una voz muy parecida a la de Manuel Bernal Jiménez, el de la W. José se llamaba Guadalupe, pero nunca usó ese nombre. Estuvo en el seminario y tal vez por eso soltaba de repente algunos latinajos. Escribía una columna que tituló: “Así eres tú” y era novio de Imelda, la más chica de las Guevara, quien estudiaba en la Escuela Normal que funcionaba en el edificio que luego fue de la Acción Católica. También fue alumna del Colegio México, de las Madres Josefinas, pero acabó casándose con Guillermo H. Vázquez, de los hermanos Raúl y Oscar H. Vázquez. De las hermanas Guevara Ninfa y Consuelo trabajaban en *El Sol*.

Después de don Luis H. Martínez el pianista de la XESL era el maestro Pedro Luis López, quien en una ocasión me acompañó al piano en la interpretación de *Quisiera ser*; una dulce canción que me salía bien y que le dediqué a una secretaria de la Tesorería. Hubo telefonemas de felicitación. La radiodifusora duró muy poco en *El Sol* porque Rosillo la vendió o regresó a los concesionarios. Pero fue una bella experiencia.

Reporteros gráficos

Javier Vallejo Coronel terminó la secundaria el 27 de noviembre de 1952 y el 4 de diciembre siguiente formó parte del grupo de fundadores de *El Sol de San Luis* invitado por Ignacio Rosillo, quien para fines prácticos se encargó del reclutamiento de todo el personal. Hasta es posible que él haya contratado a la señorita Emma María Correa, la secretaria del primer director del periódico, don Antonio Estrada Salazar.

Junto con Javier Vallejo entró su tío, Manuel Leal Coronel, quien hasta entonces era el laboratorista en el negocio de fotografía de don Luis G. Coronel Grageda, excelente fotógrafo que tenía el don natural más importante y útil en el ejercicio de esa hermosa profesión que es una de las ramas del arte: el sentido de la luz. Recuerdo que en una ocasión platicábamos de fotografía, actividad en la que siempre fui un aficionado, y el maestro Vallejo me dijo:

—Yo puedo hacerle un Rembrandt con esta luz.

Don Luis Gonzaga Vallejo se refería a que con la combinación exacta de la luz, el diafragma, velocidad y tipo de película fotográfica que estuviera usando, él podía dar a la fotografía, producto de esa combinación, el conocido contraste y los efectos de luz de los aguafuertes del famoso pintor y grabador holandés. Por supuesto que el elemento básico de la obra es el manejo de la luz, en lo que Vallejo era experto.

Cuando yo era reportero de Policía, cubría toda la información de esa sección, pero también cubría ferrocarriles y los accidentes, como el derrumbe ocurrido en una mina de mercurio en el municipio de Guadalcázar, a donde nos trasladamos el fotógrafo Manuel Leal Coronel y yo para

hacer el reportaje. Prácticamente tuve que obligar a mi fotógrafo a entrar a la mina, yendo por delante, para hablar con los sobrevivientes. Ya de regreso, impresionado por mi arrojo al meterme sin ninguna protección al tiro principal, Manuel me apodaba “El Spirit”, en alusión al personaje de uno de las tiras de acción que se publicaba en aquella época.

Javier, por su parte, se hizo famoso por la serie de fotografías que eran un relato fiel de un asesinato. Él caminaba en un barrio de León, Guanajuato, cuando escuchó los gritos desaforados de una mujer que estaba siendo acuchillada por su marido. El fotógrafo se protegió tras un árbol y tomó la foto del homicida ebrio, saliendo de su vivienda con el cuchillo ensangrentado en la mano derecha, con la mirada torva y el rostro descompuesto. Otra foto de la mujer saliendo por la misma puerta, sangrando y pidiendo auxilio; otra cayendo al suelo y otra que mostraba al hombre todavía con el arma en la mano y buscando una ruta para huir.

Finalmente, la foto de la policía en el momento de la aprehensión del sujeto. Esa impresionante serie se publicó en todos los diarios de la Cadena García Valseca, en revistas y otros medios impresos en todo el país y el extranjero.

En aquel tiempo no existían los productos químicos que ahora nos son familiares, ni las cámaras digitales hoy tan comunes. Los fotógrafos y los aficionados elaborábamos nuestros propios compuestos con bromuro, hidroquinona, hiposulfito de sodio, enol y otros. Javier inventó una fórmula con sosa cáustica como acelerador del revelado, y un porcentaje adecuado de ácido acético para el fijador. Todo a la temperatura correcta. Para proteger sus fórmulas Javier las escribía en caracteres griegos. Después fue corresponsal de guerra en Vietnam y jefe del Departamento de Fotografía de *El Sol de México*, él es un orgullo para el periodismo potosino.

Otros fotógrafos de *El Sol*

Otros reporteros gráficos de *El Sol de San Luis* eran: Magdaleno Uribe, empleado de la Compañía de Luz; Rubén Vallejo, callado, discreto; hacía poco contacto con los demás en la Redacción y prefería acompañar a Liliana Cardona, María Elena Becerra y María Luisa Olivo cubriendo los eventos de sociedad. Al principio, sólo en muy contadas ocasiones Sergio Vallejo y Agustín Ortiz hicieron fotos para *El Sol*. Ambos en temas de sociales.

Roberto Méndez Alcaraz cubría fuentes locales, de preferencia policíacas. En una ocasión entregó las fotografías de un cadáver pero sólo se veía la mitad de la cabeza. Los compañeros exageraron el incidente que se debió tal vez a la prisa y nerviosismo del fotógrafo, pues por primera vez tomaba una escena de muerte. El caso es que los compañeros le pusieron a Roberto el apodo de “el Verdugo”.

José Sacramento Arreguín fue también de los primeros reporteros gráficos de *El Sol*. En una ocasión tuvo un disgusto con el reportero Víctor Ramón Ortiz y se dieron unos puñetazos a unos pasos del periódico, al empezar la calle Lerdo de Tejada. El fotógrafo resultó con todo el rostro hinchado a puñetazos y faltó varios días al trabajo, pero su vocación era la de policía y llegó a ser comandante.

José Amado Macías Espinosa fue también de los fundadores de *El Sol*. No le gustaba su nombre y por eso todos le decíamos simplemente “Pepe”. Usaba una cámara Retina II que en una ocasión, con unas copas encima, metió adrede en su tarro de cerveza y por ese motivo bautizó a su cámara como “la borracha”. Era un excelente compañero que años después se cambió al área de publicidad con su esposa Lupita Delgadillo, quien llegó al periódico como cronista de sociales y lo hacía bastante bien.

Agustín Arenas Monjarás se especializó en deportes y su trabajo era justipreciado por don Cuauhtémoc Bustos cuando éste asumió la jefatura de la sección, sobre todo en la fiesta de toros y en el fútbol. También acompañó a Tomás Kemp en sus entrevistas con boxeadores famosos, toreros y deportistas.

Miguel Zárate Guzmán, hermano de Emilia, también fotógrafo pero de *El Herald*, fue otro de los “magos de la lente”. (Ella tomó la foto de Manuel Álvarez López cuando salía furtivamente por la puerta de atrás del palacio de gobierno, mientras miles de potosinos lo insultaban por el frente del edificio en un mitin en la plaza de Armas y le ponían un disco con el corrido *El ojo de vidrio* y le exigían que renunciara). Temo nos ponía apodos a todos, a David Neave Torres, quien ingresó al periódico como chofer (igual que Temo), le puso “el Plátano”, a Miguel Zárate “el Tarro”. Ambos eran chaparritos y ligeramente sobrados de peso y volumen. Miguel y Emilia eran hermanos del presbítero Sebastián, buen sacerdote, modesto y muy respetuoso. El fotógrafo Miguel andaba siempre de buen carácter, animoso, servicial y dicharachero. Lo mismo le entraba a las fotos de sociales que a las de policía. Fue mi compañero en muchos eventos reporteriles difíciles, igual que Roberto Méndez cubriendo los mítines, cónclaves y manifestaciones callejeras del navismo.

Ellos fueron los primeros fotógrafos de *El Sol de San Luis*. Después ingresaron los de la nueva generación, por eso quedan fuera de este relato.

Aprendices de reportero

**Llegó al “Paricutín” chusma menuda:
Díaz de león (“¡Viva Villa!”), Silva y Paco;
Iba también Uribe, ese *Gran Buda*
y Miguel Barragán, el *Gran Zotaco*.**

Así comenzaban unos versos escritos por el autor de *Tiempo de hablar*, refiriéndose a los compañeros que integraban la planta de reporteros de *El Sol de San Luis* y que solían reunirse en alguna cantina después de entregar sus notas del día.

El Paricutín era una cantinucha ubicada en la calle Escontría, frente a una plazoleta descuidada y donde estaban otras cantinas del mismo jáez, como *Le Rat Mort*, a dos puertas, el *Bar Modelo*, en la siguiente cuadra y al lado de la terminal de camiones los Altos, de don Santiago Padilla. Íbamos al *Paricutín* porque el dueño era el padre de Aniceto Silva, muy joven y con una extraordinaria facilidad para escribir su información. En cuarenta minutos despachaba cinco o seis notas que había recabado en sus fuentes, en tanto que los demás tardábamos una hora o más.

José Díaz de león Santana, originario de Arandas, Jalisco, llegó al periódico como trabajador del taller de formación, pero en el periodo de prueba que tuvo lugar en el periódico antes de salir a la luz, período que comenzó en septiembre y culminó en diciembre, se colocó como reportero y cubría con buen éxito las fuentes educativas. Nunca hizo un brindis formal, sino que alzaba su copa y exclamaba: ¡Viva Villa! con lo que nos invitaba a chocar los vasos y beber sin compasión. Era el

mayor de todos y se casó con la secretaria de una de las oficinas de sus fuentes: Juanita Olvera, con la que engendró dos hijos a los que se refería llamándoles “Los tales por cuales”, en relación con una tira cómica de ese nombre que contaba las travesuras de unos niños demasiado inquietos.

Aniceto Silva se casó con María Loreto, una mujer que nos atendía en el *Café Tokio*. Formó parte del equipo de reporteros de *El Sol de el Norte*, en Saltillo, y cuando rompimos con Rosillo emigró a Aguascalientes junto con el autor y Miguel Mora. Posteriormente se fue a vivir a Guanajuato y años después lo encontré por casualidad en la calle y me informó que estaba haciendo un periodiquito que era el órgano de información de la CTM. Mi presencia en esa ciudad era muy destacada porque yo acompañaba a Ignacio Rosillo, quien era director regional de la cadena de periódicos García Valseca y llevaba el encargo de arreglar un asunto de publicidad con el gobernador Juan José Torres Landa. El pretexto era que íbamos a cubrir un evento de la Confederación Nacional Ganadera que allí tenía lugar. Rosillo arregló su asunto, salió del despacho privado del gobernador con un maletín en el que llevaba doscientos mil pesos, correspondientes al pago de publicidad atrasada, y yo aproveché para pedirle al mandatario que ayudara a mi amigo Aniceto, quien el mismo día recibió el nombramiento de Jefe de Prensa del Gobierno de Guanajuato. No volví a ver a Aniceto y él nunca se enteró de mi gestión en favor suyo.

Magdaleno Uribe era empleado de la Compañía de Luz y Fuerza del Centro, pero se desempeñó como fotógrafo del periódico desde los primeros días, junto con Manuel Leal Coronel, tío de los hermanos Rubén, Sergio y Javier Vallejo, y Roberto Méndez Alcaraz, quien ingresó al periódico un día antes de que saliera a la calle el primer número. Rubén tomaba fotos igual que los demás, pero Javier sólo atendía el laboratorio y revelaba los rollos de todos. Era un adolescente. En ese

laboratorio recibía las fotos que enviaba la Redacción central para las secciones Nacional, Internacional y Espectáculos, pero pocos años después se convirtió en uno de los mejores fotógrafos de prensa de México. Su labor trascendió cuando, al pasar por la calle en un pueblo del Bajío escuchó los gritos de una mujer y ella salió de su humilde vivienda con las ropas ensangrentadas, herida de muerte, y su asesino detrás, evidentemente ebrio, con la mirada torva y el cuchillo en la mano. Javier tomó las fotos protegido tras el tronco de un árbol. Después fue corresponsal de guerra en Vietnam, junto con Benjamín Wong.

Roberto Méndez se ganó el apodo de “el Verdugo” porque tuvo la mala suerte de tomar la fotografía de un cadáver y, nervioso en su novatez, al oprimir el botan disparador le tembló la mano y al desenfocar la cámara el cuerpo apareció en la foto sin cabeza.

Francisco Salazar Hernández era un hombre chaparro y mayor de 30 años. Había sido seminarista y estuvo cerca de recibir las órdenes sacerdotales. Quizá fracasó porque tenía ideas muy extrañas, pero era el más pulcro en su escritura, muy ilustrado y no tenía rival cubriendo la información religiosa. Roberto le hacía bromas pesadas aprovechándose de sus preferencias y todos las celebrábamos. Paco se había asimilado al grupo y también disfrutaba del juego. No recuerdo cómo ni cuándo, pero falleció, era un buen compañero de trabajo.

Miguel Barragán Torroella era hijo de don Pablo, descendiente del general Barragán quien fue presidente de la República. Algunos historiadores dicen que la de Barragán fue una espada virgen y que llegó al generalato porque era bonito, igual que nuestro compañero en la Redacción: blanco, de 1.55 de estatura y cuerpo de niño. En el libro anterior contamos que en una ocasión vinieron periodistas y caricaturistas de México y lo confundieron con el jefe de la Policía Infantil de la Ciudad de México. Escribiendo era bueno y fue el columnista

de, “Tunápolis”, que ganó fama y credibilidad en la región. Como tenía nombre rimbombante y aires de aristócrata intelectual, lo embromábamos llamándole “Miguel Barragán Torroella de 33 y 12”, añadiendo a su nombre el número de teléfono del periódico. Cuando me desempeñé como secretario de redacción de *El Heraldo* a mi regreso de Aguascalientes, Barragán fue a dar al periódico como reportero y en una ocasión Mauricio Bercún me ordenó que lo enseñara a “formar” (así se decía para indicar que sabía esquemar páginas), y luego lo envió como director a *El Heraldo de León*. Para entonces Barragán ya estaba casado Con Teresa Mireles, hermana de un excelente periodista potosino, Juan Mireles Calderón. Años después nació el periódico AM y Miguel fue invitado a ocupar la dirección, que desempeñó con buen tino durante años. Yo no lo volví a ver.

Reunión de caricaturistas

Yo era el presidente de la Asociación Potosina de Periodistas y por iniciativa del gobernador interino, Francisco Martínez de la Vega, amigo del presidente de la República Adolfo López Mateos, vinieron a San Luis Potosí los caricaturistas Eduardo del Río *Rius*, Alberto Huici, “Rosas” y “El Nene”.

Organizamos una exposición de caricaturas en el mismo local de la asociación, ubicado en la planta alta del Edificio Herrera, que don Filiberto me rentaba en trecientos pesos mensuales. La exposición tuvo un éxito extraordinario por los trabajos de los caricaturistas y la nutrida asistencia convocada por los reporteros y la jefatura de prensa del Gobierno del Estado. Don Luis Chessal armó un caballete para montar en él una de sus mejores caricaturas, el rostro sonriente del mandatario dibujado con una sola línea, es decir, sin levantar el lápiz de principio a fin. Hicimos un brindis en el que estuvo el gobernador durante unos minutos departiendo con todo el mundo.

Ya solos se nos sumó José Natividad Rosales, el periodista lagunero que escribía en *Siempre*, así como el abogado Roberto González Martínez, protegido del gobernador. En notorio estado de ebriedad todos hablábamos al mismo tiempo. Roberto presumía de que estaba escribiendo un libro sobre filología que, según afirmaba, era su fuerte en la suma de sus conocimientos. Otros criticaban a Víctor Rico Galán porque aún cuando fue amnistiado por el presidente López Mateos se negó a salir de prisión, merced que si aceptó el coronel David Alfaro Siqueiros. Todos presumíamos de algo, pero yo acababa de regresar de Cuba y exageraba hablando milagros de Fidel

Castro y de la Revolución Cubana. Huici y Rius me habían hecho sendas caricaturas en las que quedaba de manifiesto su simpatía hacia mí, pero tanto les cargué la mano con la Revolución Cubana y lo que yo consideraba sus aspectos positivos y justos, que Natividad Rosales me acusó de “chauvinista” y Rius dejó sin efecto la primera caricatura en la que yo aparecía sonriente y de aspecto agradable y la cambió por otra en la que aparezco con la cara de indio, mal encarado y con la mirada torva. Le añadió una dedicatoria que dice: “Pal buen Bola de Humo. Este papelito y doscientos dólares valen para regresar a Cuba. (La pura ida...)”.

Todos los reporteros, fotógrafos, caricaturistas y cronistas de los dos únicos diarios de la ciudad en aquel tiempo, eran miembros de la Asociación Potosina de Periodistas que yo formé con muchas dificultades. Cuando el director de *El Herald*, Antonio Estrada Salazar, se enteró de que promovía la Asociación, pensó que se trataba de un sindicato y me citó en su oficina para prohibirme continuar con las gestiones. Le expliqué que ya había un Sindicato Nacional de Redactores de Prensa pero que no teníamos ningún interés en pertenecer a él, sino que nuestra intención era formar una asociación de carácter local, pero Estrada Salazar, instigado por el gerente Ramiro de la Colina, se negaba rotundamente a autorizar el proyecto y, en virtud de mi insistencia, acabó despidiéndome.

Acudí al siguiente día y en una plática a solas le expuse las ventajas de contar con una asociación que en la práctica operaría como un club social bajo mi dirección y su orientación y consejo. No tendría qué lidiar con treinta elementos, sino que se entendería nada más conmigo, tendría la seguridad de que no seríamos un factor divisionista sino un enlace colaborador y de confianza. Al cabo de una hora de discusiones cedió y me autorizó a continuar con el proyecto.



CUBA,
SIEMPRE CUBA,
VIVA CUBA,
LA CUBA LIBRE

ALBERTO HUICI
CARTELÓN DEDICADO CON
TEQUILA A ...
MARIN

Caricatura hecha por Alberto Huici.



PAL
BUEN
BOLA
DE
HUMO.

(ESTE
PAPELITO
Y
DOSCIENTOS
DÓLARES
VALEN
PARA
REGRESAR
A CUBA)

(LA PURA (DA...))
Rius

Caricatura hecha por Rius.

El problema se repitió en *El Sol de San Luis*, donde Ignacio Rosillo tuvo la audacia de hablar con el notario público Octaviano Gómez Gutiérrez y le prohibió continuar los trámites de registro y notariado de las escrituras respectivas. El notario me informó de la posición de Rosillo, lo regañé y le ordené cumplir con su trabajo sin atender a opiniones de terceros. El notario continuó con los trámites y me extendió el protocolo y registro correspondiente con el sello y número de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Para cubrir los honorarios del notario recurrí a las cuotas de los agremiados, que eran de veinte pesos mensuales y contra la entrega del recibo correspondiente. Quede aquí constancia de que el notario no cobró por su trabajo.

La directiva quedó encabezada por mí como presidente electo en la asamblea constitutiva, Miguel Barragán Torroella como vicepresidente y Miguel Mora Martínez secretario, Miguel de los Santos Hernández tesorero, y como vocales, José Díaz de León Santana, Celia Ramírez, la abogada Liliana Cardona y Gamaliel Aguilera, reporteros y cronistas.

Meses después llegó don Francisco Martínez de la Vega como gobernador interino y asignó a la asociación un subsidio de mil pesos mensuales que se aplicaban al pago de la renta, una secretaria, teléfono, consumo de luz y agua. Había que pagar también por la papelería y otros gastos, por lo que yo cubría los faltantes con parte de mi sueldo, que era de veinte pesos diarios. El secretario particular de don Francisco, Alberto Peniche Blanco, me dispensaba amistad y respeto porque sabía que yo no aceptaba propinas ni “mordidas”. Al principio, recién llegado con el gobernador, fuimos a una gira de trabajo a la huasteca y convocó a los reporteros en el hotel, donde les dio un billete de cien pesos a cada uno. Cuando me tocó el turno yo decliné cortésmente diciéndole que yo traía para cubrir mis gastos, o sea los cien pesos que me daba el periódico.

Don Alberto añadió otro billete a la oferta y volví a declinar. No volví a ofrecerme propina pero me dispensaba un trato especial, que era una mezcla de reconocimiento, amistad y respeto. En una ocasión que me vio cabizbajo y con el semblante triste me preguntó:

—Qué le pasa ¿Tiene algún problema?, —me estrechó contra su costado.

—¡Éstos cabrones! dicen que me estoy robando el dinero.

—No haga caso. ¡Se roba donde hay!, —dijo sonriendo al mismo tiempo que me soltaba.

Fuimos amigos durante muchos años, aún cuando era subsecretario de Gobernación con Manuel Díaz Bartlett, junto con Fernando Pérez Correa y Fernando Elías Calles.

San Luis, el nopal y la tuna

A fines del Cenozoico, abundante en mamíferos y testigo de las primeras plantas y flores nacidas en esta porción del globo, el territorio de lo que es hoy el estado de San Luis Potosí estaba ya formado tal como lo conocemos. Este periodo tuvo una duración de sesenta millones de años.

Para entonces habíamos pasado ya por cinco grandes edades que suman, en conjunto, unos mil millones de años, desde el Azoico hasta el Mesozoico. Este último, que duró ciento cuarenta millones de años, comprende el Triásico, el Jurásico y el Cretácico.

En el Cenozoico, el territorio potosino sufrió, como el resto del mundo, las transformaciones orogénicas del período Terciario, que comprende el Paleoceno, el Eoceno, el Oligoceno, el Mioceno y el Plioceno. Así, llegamos al cuaternario, cuya duración alcanzó apenas dos millones de años, y en cuyo transcurso hace su aparición el hombre para enseñorearse de la tierra por mandato divino. Los antiguos llamaron a esas edades *Soles* y según la leyenda, actualmente vivimos bajo el *Quinto Sol*.

No le ha sido fácil, pues ha tenido qué educarse a sí mismo antes de aprender a dominar los elementos. El aprendizaje le ha costado miles de años y muchas dolorosas magulladuras, pero aquí está ya, incansable en la lucha y decidido a continuar trabajando para dejar un mundo mejor para las generaciones venideras.

De este territorio que se llama San Luis desde el 3 de noviembre de 1592, casi toda la porción occidental era conocida desde antes de la

conquista por los españoles como el Tunal Grande. Es una faja de tierra de unos doscientos kilómetros de ancho y con una longitud que abarca, de sur a norte, desde San Miguel Allende hasta una buena parte de Zacatecas, pasando por Ahualulco. Esto quiere decir que toda esta extensa región del territorio mexicano era productora de tunas, de todas las variedades conocidas y que daban sustento a miles y miles de chichimecas, habitantes de esta zona. Hasta qué punto no sería codiciado este succulento y nutritivo fruto, que tribus nahuatlacas hicieron repetidas incursiones tratando de apoderarse de estas tierras y de sus productos, venían desde el sur y el suroeste. Los invasores conocían muy bien el espíritu indomable y guerrero de los chichimecas, pero sabían también que valía la pena el intento.

¿Cuál era la tuna que más codiciaban los de afuera? Nada menos que la del nopal cardón, *Opuntia streptacantha*, que es utilizada también para elaborar la mejor melcocha y el colonche más sabroso. Ni qué decir del queso fabricado con esta variedad de tuna.

Por cierto que la grafía correcta, en la lengua náhuatl, es “tunalli”, lo cual nos hace pensar que los antiguos mexicanos se apegaron estrictamente al idioma cuando pronunciaban: “Gran Tunalli”, porque en la lengua náhuatl la doble “l” se pronuncia como simple; éste es el caso, por ejemplo, de “teocalli”, “atolli”, “tollollan”, “malinalli”, etcétera.

Pues bien, durante miles de años, nadie sabe cuántos, los chichimecas, huachichiles, zacatecas, pames y muchas otras tribus se alimentaron principalmente de tunas, pitayas y nopales, miles de años antes de conocer el maíz. ¿Dijimos nopales? Pero ¡qué ingratos somos los descendientes de aquellos antiguos mexicanos! Es, precisamente el nopal, de donde nace la tuna, nuestro primer alimento, que es don gratuito de la tierra misma y que aseguró la supervivencia de los primeros habitantes de esta parte del mundo.

Una enseñanza antiquísima de los mexicanos que vivieron hace muchos siglos, dice: “y llamaréis a la tierra vuestra madre”. Porque de nuestra madre Tierra emerge el nopal —que es alimento— y la tuna, que es alimento y golosina. El árbol, ése de poderosos y fibrosos brazos que se multiplican en forma de redondas y jugosas paletas verdes cubiertas de filosas espinas, ese, llámese “Tenoch”.

“Permaneceréis vigilantes hasta que veáis que una águila se posa en el tenoch y devora una serpiente”, ordena el sacerdote de Huitzilopochtli para ubicar el sitio donde habrá de fundarse le Gran Tenochtitlan. Porque “nochtli” es el nombre de la tuna roja y la partícula “tlan” significa “lugar”, lo mismo que “co” y “pan”. De allí que los nombres de incontables pueblos, aldeas y ciudades de nuestro hermoso país terminen en “tlan”, “pan” y “co”, como México, cuya pronunciación correcta deberá ser “Mé-xi-co”, porque “mexitli” significa ombligo y se refiere al ombligo del maguey, eso que nosotros en San Luis llamamos “quiote”. La raíz es el sustantivo náhuatl “Méxi”, que en ese idioma al formar con otra sola palabra pierde la última sílaba pero mantiene el adverbio de lugar, es que “co”. La primera sílaba: “te”, corresponde al náhuatl “tépetl”, que significa roca, piedra, cerro, y es de donde emergía el nopal donde se posó el águila que devoraba la serpiente, símbolo de la victoria de las fuerzas superiores sobre las inferiores.

El vocablo fue deformado por los primeros españoles, que eran extremeños y no podían pronunciar la letra “sin”, que en hebreo es la “s” y en náhuatl corresponde a una de las dos pronunciaciones de nuestra equis, como en Xóchitl o como en Xoco.

De todo lo anterior resulta que México y los mexicanos debemos nuestras raíces a los cactus. Nuestras raíces y la vida, que ya dijimos que durante miles de años no hubo otro alimento para nuestros ancestros que el nopal y la tuna, la melcocha y el queso, ni otra bebida que

el aguamiel y el pulque. Fue hasta mucho después que nuestros antepasados aprendieron a destilar el sabroso mezcal y el tequila emborrachador. Con cuánta razón los potosinos estamos orgullosos de haber nacido bajo un nopal, y de que uno de estos árboles sea el símbolo de la mexicanidad, impreso desde siempre y para siempre en el centro del escudo nacional.

Por si fuera poco, científicos japoneses han descubierto excelentes propiedades medicinales en la mexicanísima planta, y se ha comprobado que el hombre puede prevenir y estabilizar los trastornos de la diabetes con sólo comer nopales en cualquier forma. Por cierto, un entusiasta potosino, Humberto Navarro, cuando era delegado del Departamento del Distrito Federal en Milpa Alta, publicó un folleto que contiene docenas de recetas para cocinar los sabrosos y nutritivos nopalitos.

A mas de cuatrocientos años del encuentro de dos mundos, desde esta pujante nopalera, que por obra de Dios da frutas y mieles del desierto y por el trabajo tesonero de sus hombres, contribuye al progreso de México; los potosinos vivimos un presente de promisorias realidades y vislumbramos un futuro de paz y bienestar para todos los mexicanos.

Respeto al periodismo

Tal vez por los abiertos y violentos ataques al cacique Gonzalo N. Santos, a quien todos los reporteros y columnistas acusábamos de asesino, sátrapa y otros epítetos injuriosos, por la novedad y porque el periódico de la competencia vivía rezagado y exageradamente conservador, los lectores recibieron a *El Sol de San Luis* como un vocero de la libertad y la justicia. Yo, inconsciente y atrabancado igual que mis compañeros de aquel tiempo, llegaba a las oficinas de la policía con aire de suficiencia y tomaba el libro de registro donde aparecían los nombres de los detenidos en las últimas horas del día anterior y durante la noche.

— Sácame a este y a este, le ordenaba yo al oficial de barandilla señalándoselos con el dedo.

Todos los días entrevistaba a los reos cuyos casos me parecían dignos de interés para los lectores. Conocí a verdaderos delincuentes y desde entonces aprendí que en todas las sociedades los aficionados al delito son los mismos. Por eso un policía con un mínimo de vocación y muchas ganas de desquitar el sueldo puede realizar un trabajo eficaz y eficiente al tener presente los estilos de “trabajar” de cada malhechor y su especialidad: el carterista, el que roba en las casas, el “descontenero”, el “cristalero”, el “mariposero” o ladrón de bicicletas, el “aletero”, el “piñero”, el “paquero”, el que se especializa en “el dos de bastos”, el escalador y el que se enjaula. Un buen policía conoce los nombres del “ponedor” y de sus cómplices.

Como reportero entablé amistad con algunos de ellos porque al ser encargado de toda la información de la fuente de policía, visitaba también

la penitenciaría donde el director era el capitán Faustino Petriz Toledo, originario de Oaxaca y uno de los pistoleros de confianza de Gonzalo Santos. Su segundo era Cutberto Acevedo y por allí merodeaba un individuo conocido como “el Chueco” Melgarejo, porque era renco.

Petriz Toledo y Rafael Hernández Palacios le aplicaron la “Ley Fuga” al presunto delincuente Arturo Blancas Moheno a la altura de Escalerillas.

Tal como lo hacía en las oficinas del entonces llamado Servicio Secreto, llegaba a la penitenciaría y con una seña le ordenaba al que cuidaba la reja central que quitara el candado y el centinela obedecía porque ya tenía instrucciones del director. Yo entrevistaba a los reclusos y, como ya había conocido a algunos en la preventiva o en las celdas de la judicial, me proporcionaban información y a veces me vendían alguna pieza artesanal fabricada por ellos mismos, lo que afianzaba la amistad. Fueron más de dos los que me ofrecieron sus servicios en el caso de que quisiera vengarme de algún agravio o desquitarme de una afrenta. Nunca sentí esa necesidad pero todavía les agradezco su buena disposición.

En los juzgados me prestaban los expedientes que yo solicitaba, por eso aprendí bastante de procedimientos penal y civil. Cuando el jefe de la Policía era el licenciado José Luis Vera, quien después fue procurador y luego secretario general de la Confederación Nacional de Organizaciones Populares. Mantuvimos una relación de amistad y respeto y, cuando era dirigente del sector popular del PRI su nombre “sonaba” como posible candidato a gobernador del estado. Era un abogado inteligente y respetado, precisamente por eso le estaba vedada la gubernatura, según me enseñó el excelente político regiomontano Noé Guadalupe Elizondo, cuando estuvo en San Luis como delegado de su sector:

—La política se hace con los pendejos. José Luis Vera no va a ser gobernador, pero tu compadre sí.

Años después cuando yo cubría la información de la comandancia de la Zona Militar también entraba directamente con el comandante, desde que estaba Conrado C. Salido Muñoz hasta que el general Ponce de León ocupó el puesto, pasando por los generales Antonio Federico Limón Jara, sobrino del general Heriberto Jara, Alberto Zuno Hernández y Rodolfo Aceves. Lo digo porque también entonces entraba sin detenerme y cuando el sargento de guardia trataba de impedirme el paso me limitaba a decir con voz fuerte: ¡Prensa!, y ni lo miraba, por lo que no le daba tiempo de reaccionar.

Lo que quiero decir es que el buen reportero tiene la obligación de hacer respetar a su periódico, respetarse a sí mismo y al oficio. Todo esto bajo la condición de ser honesto y manejar la información con seriedad, profesionalismo y sentido de responsabilidad.

Quiénes hicieron *El Sol de San Luis*

Los convocados reporteábamos y escribíamos nuestras notas todos los días pero no se publicaban. Yo comencé desde el día 13 de septiembre junto con Salvador Cavada Andrés, Francisco Salazar Hernández y Lupita Gómez. Los demás unos días después. El hombre que nos llamó tenía unas hojas de papel en la mano y con solemnidad iba leyendo:

—Francisco Salazar Hernández, dijo en voz alta, y mirando al que respondía irguiéndose calificó: “¡Tres veces bien!”.

—Salvador Cavada Andrés, muy bien!

—Gregorio Marín ... buen reportero; pula su redacción.

—Miguel Barragán ... bien.

—A partir de ahora ustedes forman parte de la Redacción de *El Sol de San Luis*. Les deseamos buena suerte y que sea para bien.

El hombre que nos había reunido para informarnos que estábamos contratados para ser miembros de la plantilla de Redacción se presentó diciendo ser Oscar Guerra Gómez y que venía en representación del coronel José García Valseca. La entrevista tuvo lugar una mañana a mediados de noviembre. El caricaturista Luis Chessal Robledo estaba en el mismo lugar, a pocos metros de distancia de nosotros, platicando con Ignacio Rosillo. Nosotros estábamos en donde ahora es la oficina del Aviso de Ocasión y que entonces se hallaba todavía en trabajos de acondicionamiento, en la etapa de pintura y revoco. Había restos de material de construcción por todas partes.

Guerra Gómez estaba recargado sobre la cubierta de un escritorio y nosotros de pie, frente a él.

Rosillo contrató mas personal

Después nos enteramos de que el gerente, Ignacio Rosillo Sánchez, había contratado por su parte a los cronistas de deportes: licenciado Rubén Téllez Fuentes, Jesús “la Chucha” Blanco Ornelas, Faustino Rodríguez “Paquín” y el ingeniero Luis Díaz de León “la Colasa”. Días después ingresaron Angelito Vázquez Robledo, José Covarrubias y Ángel Almendárez.

Como trabajadores del taller figuraban: José García Bravo, Rubén Jiménez, Manuel Ortiz Cuéllar Rogaciano Sierra, Silvestre Montante, el maestro Cleofas como jefe de Prensa; a quien sucedió Rafael Segura; Zeferino Leandro, Rafael Galván y Julio Izaguirre en el departamento de Fotograbado y, como choferes: David Neave Torres, encargado de viajar a la Ciudad de México cada fin de semana para traer el suplemento con los “monitos”; Cuauhtémoc Bustos, quien después fue cronista deportivo y jefe de la sección; José “el Guangoche” y Félix Torres “el Petoko”.

Los linotipistas eran: Ignacio “Chico” Rosillo Rodríguez, Andrés Rauda, Alfonso Álvarez Berrones, José “el Grillo” Durán (le apodaban así porque tenía la joroba en el pecho), Juan Monreal, Constantino Guillermo “el Bikila”, Juan “el Memín” Villalpando y Leopoldo Ochoa.

El primer director de *El Sol de San Luis* fue don Antonio Estrada Salazar, quien invitó al periodista lagunero Leandro Martínez Bernal como jefe de Redacción y al cronista deportivo Tomás Rodríguez como secretario de Redacción. Tomás era cuñado del famoso tenista “el Pelón” Osuna y trajo como compañero al cronista Marco Antonio Reyes. La secretaria de Estrada Salazar era Emma María Correa. La primera

secretaria de Ignacio Rosillo fue María Eugenia Pérez Maldonado, a quien pronto relevó Socorrito Saucedo, una adolescente morena y bonita. Posteriormente Belencita Martínez ocupó el puesto hasta la salida de Ignacio Rosillo en 1976. El primer portero fue don Julián Cruz.

Se enriquece la redacción

El mismo día que salió a la luz pública *El Sol de San Luis*, lo que ocurrió el 4 de diciembre de 1952, o pocos días después, figuraban en la planta de reporteros: Benjamín Wong Castañeda, Aniceto Silva Segura, Gamaliel Aguilera, Víctor Ramón Ortiz, el locutor Cipriano Gálvez de la Rivera, Magdaleno Saldívar y José Alvarado Martínez. El corrector de estilo era Jesús Liñan, quien pronto se casó con Ninfa Guevara, del área de Contabilidad y hermana de la cajera, Consuelo Guevara, quien renunció para formar un hogar con Oscar H. Vázquez y la suplió Angélica Ruiz, quien estuvo en el puesto hasta jubilarse.

La primera cronista de Sociales fue Lupita Gómez, alegre y con mucho dinamismo. Luego se incorporaron Liliana Cardona Muñoz, Celia Ramírez, Alicia Buenrostro del Hoyo y María Elena Becerra, lo mismo que María Luisa Olivo, quien empezó cubriendo “Religiosas” y luego se hizo reportera de Locales.

Los encargados de recibir la información de agencias de noticias por la radio eran los telegrafistas Nicolás Cruz Campos y su hermano Licurgo.

Los primeros fotógrafos eran Rubén Vallejo Coronel, Manuel Leal Coronel, Magdaleno Uribe, José Amado Macías y Roberto Méndez Alcaraz y su hermano J. Guadalupe. Después se incorporaron José Sacramento Arreguín, Agustín Arenas y Miguel Zárate Guzmán. Don Agustín Ortiz, un hombre ya maduro que tenía un negocio de fotografía en céntrico local, tomaba gráficas ocasionalmente. Muy jovencito, Javier Vallejo Coronel se incorporó como encargado del Laboratorio

de Fotografía al día siguiente de que terminó la secundaria, en 1953, y con el tiempo llegó a ser un excelente fotógrafo, jefe del Departamento de Fotografía de *El Sol de México* y corresponsal de guerra en Vietnam, junto con Benjamín Wong.

El distribuidor era Miguel Esparza, padre de quienes luego fueron buenos reporteros, Federico y Fernando. El responsable del aseo era Gabino Valero; luego archivero.

Ofrezco disculpas a los compañeros que no menciono y les cuento que escribo en el 2016 como producto de un ejercicio de memorización. A tantos años de distancia las omisiones son explicables.

Apuntes complementarios

Belén Martínez, quien prestó sus servicios al periódico durante 20 años y fue secretaria de Ignacio Rosillo, leyó nuestro artículo publicado en uno de tantos domingos y nos proporcionó otros datos que compartimos con ustedes a continuación:

El cuerpo de Redacción se enriqueció con los reporteros Florencio Ruiz de la Peña, Miguel Mora Martínez, Francisco de Paula Muñoz, Rodolfo Franco Reyes, Martha Eugenia Ortiz Elizondo, Aurelio Ventura Escobar, J. Refugio Gutiérrez Guillén, Juan José Rodríguez, Fausto Zapata Loredo, Joaquín Rocha, Alfonso Álvarez Berrones, Elvia Duque, Héctor Rodríguez, Octavio Rostro Pico y José Luis García.

Los dibujantes fueron Arturo Medellín, Emiliano Sánchez, Ricardo Zapata, R. Durán y Carlos Alonso Liñán.

Columnistas cuyos trabajos eran seguidos por muchos lectores fueron el padre Rafael Montejano y Aguiñaga, quien firmaba como “El Cid Campeador”; el padre Joaquín Antonio Peñalosa, Jesús Eloy Vázquez

Leos, José Rodríguez Caballero, quien escribía “Minimovilidad” con el seudónimo de “Pepe Roca”; Miguel Barragán, con “Tunápolis”, Gregorio Marín “Aquí, San Luis”, “Prisma” y la dominical, de plana entera: “Ágora”, que comenzaba con una especie de editorial y terminaba con temas variados; Agustín Rentería Medina publicaba epigramas firmados con el acrónimo: “Armendia”; el también profesor Gabriel Oros Castillo publicaba sentidos poemas románticos.

La sección de Sociales creció con Licha Buenrostro del Hoyo, Lupita Delgadillo, Esther Marín Morales de Vázquez, Alicia Villasús y Maru Bustos.

Hugo Suárez del Real, padre, y el profesor Beltrán, eran los correctores de estilo.

Los cobradores eran José Cuéllar y Constantino García.

En Contabilidad estaban Raquel Valencia, Mario Galavíz, Martina Pedraza y Alicia Azpetia..

En Publicidad estuvieron Leobardo Puebña, “la Güera” López, Ignacio Rosillo padre, Emma García Loreda, Lupita Rosillo Sánchez, Guadalupe Delgadillo de Macías y su esposo José Amado Macías. Griselda M. y Marcela Leticia González.

La bella Morena Lucía Castro fue por poco tiempo secretaria de Ignacio Rosillo y al contraer matrimonio la sucedió Belencita Martínez.

En la sección de Deportes el equipo se fortaleció con los hermanos Miguel, Paco y Tino Portillo Quijano, junto con Rubén Ferrer (q.e.p.d.).

Entre los choferes olvidamos mencionar a Úrsulo Gómez, quien fue de los primeros y permaneció en el periódico aún después de la salida

de Rosillo. Luego pasó al servicio del Canal 13 de la Televisión local como chofer de José Morales Reyes junto con “Tano”.

Los últimos en la Prensa fueron Eduardo y Alejandro Godina y Rubén Martínez. Es decir, de los que nos acordamos.

Asociación de Periodistas

Ramiro de la Colina era el gerente de *El Heraldo* y un día se le ocurrió una idea para ahorrar dinero a la empresa: dispuso que los fotógrafos ya no cobrarían un sueldo, sino que el periódico les pagaría a razón de siete pesos por foto publicada. De nada valieron las tibias objeciones de los trabajadores de la lente: aceptaban el cambio o se iban a sus casas.

Así que decidí formar una agrupación que defendiera los intereses del gremio y propuse un plan a los compañeros de confianza, quienes me alentaron en el propósito y puse manos a la obra. Acudí al notario público Octaviano Gómez Gutiérrez para protocolizar las escrituras constitutivas de la agrupación, que se llamó Asociación Potosina de Periodistas. Uno de mis más fieles seguidores era Miguel Barragán y en la asamblea constitutiva lo propuse como vicepresidente con la aprobación unánime de los asistentes.

Unidos en la defensa de sus intereses, los empresarios potosinos son muy solidarios cuando enfrentan lo que ellos consideran una amenaza. Ramiro de la Colina consiguió que el director de *El Heraldo*, Antonio Estrada Salazar, se opusiera al proyecto y me llamó a su oficina para exponer su posición desautorizando el movimiento. Defendí mi plan y tras una breve discusión Estrada me amenazó: “¡Entonces ya mañana no venga!”. Me puse de pie y dando media vuelta me salí sin despedirme, pero unas horas después regresé, conciliador, y le expliqué que estaba equivocado al pensar que nuestra intención era formar un sindicato. “Ese ya existe a nivel nacional. Bastaría con que nosotros nos afiliáramos”, le dije; a continuación le planteé las ventajas de discutir conmigo cualquier asunto relacionado con el gremio,

dándole por anticipado que llegaríamos a un arreglo amistoso. “Usted tendrá la ventaja de solucionar conmigo cualquier desavenencia sin verse obligado a acudir a otra instancia.” Inteligentemente, Estrada cedió. Pero al día siguiente el notario me llamó para informarme que Ignacio Rosillo desaprobó el proyecto y que no continuaría con los trámites. Lo regañé y lo obligué a cumplir con su trabajo. Debo decir que no sólo siguió de frente, sino que nunca nos cobró por sus servicios. La Asociación se sostenía con una cuota de veinte pesos mensuales que aportaba cada miembro.

Fue así como nació la Asociación Potosina de Periodistas con socios tan destacados como Luis Chessal, Emiliano Sánchez, Benjamín Wong, Gamaliel Aguilera, Miguel Mora, Sergio Federico López, Raúl Sánchez Maya, Federico Monjarás Romo, Víctor Ramón Ortiz, José Alvarado Martínez, Francisco T. Berrones, Roberto Durán Cruces, Rodolfo Franco Reyes, Manuel Zulaica Bonilla, Agustín Arenas Monjaráz, Heriberto Corpus, Gabriel del Campo, David Neave Flores y, distinguidas damitas como Liliana Cardona Muñoz, Teresita González Faz, Lupita Wongñis Monsiváis, Irma Josefina Chávez, Alicia Buenrostro del Hoyo, Esther Marín de Vázquez Valdivia, María Elena Becerra Olloqui y Celia Ramírez. Escribo de memoria y cuarenta años después, por lo que pido perdón a quienes olvido mencionar.

La buena suerte quiso que unos meses después don Francisco Martínez de la Vega asumiera el Gobierno del Estado y me llamara a platicar sobre temas generales. Sin que yo lo pidiera asignó a la Asociación un subsidio de mil pesos mensuales con los que se pagaba la renta del local, el sueldo de la secretaria, teléfono, luz, agua y la indispensable papelería. Por mediación de don Francisco establecimos una excelente relación con la Asociación Mexicana de Periodistas encabezada por Antonio Sáenz de Miera y Armando Parellón. Nos enviaron muebles de oficina, libros y otros apoyos, lo mismo que periodistas como Alber-

to Domingo, José Natividad Rosales, Roberto Blanco Moheno y otros, a dictar conferencias, tuvimos visitas de caricaturistas como “Huici”, “Rius”, “Rosas, “el Nene” y otros, quienes vinieron a exhibir sus trabajos.



El gobernador del Estado Francisco Martínez de la Vega con los integrantes de la Asociación Potosina de Periodistas.



Integrantes de la Asociación Potosina de Periodistas. Entre ellos Federico Monjarás, Gabriel del Campo, Miguel Barragán, Roberto Durán, Gregorio Marín, Gamaliel Aguilera, Raúl Sánchez, Heriberto Corpus, David Meave, Manuel Zulaica, Miguel Mora, Liliana Cardona, Irma Josefina Chávez, Teresa González y Lupita Agundis.

Marihuana en la cárcel

Hacía años que yo no cubría las fuentes de policía porque la Dirección me cambió a las fuentes patronales, que son las cámaras de comercio y de la industria de transformación, el centro patronal, los bancos privados y otras dependencias relacionadas con empresarios e inversiones.

Yo escribía una columna en la primera plana en la que abordaba todos los temas y por eso la titulé “Casillero confidencial”, ya que en ese espacio publicaba asuntos que iban desde un simple chisme hasta información de interés general que no tenía la importancia de una noticia integrada. Esa columna se ganó la confianza de muchos lectores de todos los sectores sociales, culturales y deportivos, así como de personas de todas las profesiones y oficios.

Un buen número de esos lectores se convertía en colaborador del periódico porque enviaban información que siempre tenía cabida en mi columna. Fue así como me llegaron escritos apenas entendibles por la mala letra y la incorrecta sintaxis; de modo que a veces era necesario adivinar lo que querían expresar los remitentes, que por lo regular eran ejidatarios con poca o ninguna instrucción escolar, obreros víctimas de un mal patrón o un líder sindical abusivo. Entre esos corresponsales espontáneos surgió un presidiario que en retazos de papel de envoltura me enviaba datos relacionados con el tráfico de marihuana en la penitenciaría del estado. Nunca me callé la información, por lo que publicaba que había un “clavo” en el segundo patio, al pie del árbol fulano; o que a la crujía mengana había llegado “un guato” (un envoltorio) con marihuana; o que desde la calle perengana, a un costado o desde la parte posterior de la penitenciaría estaban arrojando pelotas de yerba

hacia determinado punto del patio interior; en fin, que la columna contaba con información de primera mano sobre el particular.

La comunicación duró algunas semanas, hasta que un día ese corresponsal me llamó por teléfono y me advirtió con un tono muy respetuoso pero con voz clara y contundente:

—Ya no publique nada, hay orden de matarlo. Se clausuró la corresponsalía y nunca supe quién era.

Poco después fue asesinado el director de la penitenciaría cuando se detuvo a comprar el periódico en un puestecito en el jardín de San Juan de Guadalupe. Fue un profesionalista capaz y honesto, que combatió el tráfico de drogas en el interior del penal.

El profesor Fausto González

En un acto cívico en honor del general Lázaro Cárdenas, su hijo Cuauhtémoc asistió como invitado de honor del Gobierno del Estado. En la ceremonia estuvo también el profesor Fausto González Ramírez y cuando pasó caminando frente a nosotros el gobernador me dijo en voz baja:

—Mira, son hermanos y mientras que aquel es el centro de atención a éste nadie lo pela.

Fausto me dispensaba su amistad desde que don Francisco Martínez de la Vega lo agregó a su comitiva cuando era gobernador del estado. Lo mismo fuimos a poner en marcha o inaugurar obras en la Huasteca que a comer caldo de res en el mercado Hidalgo o tomar una copa de mezcal con botana de cueritos en vinagre en la cantina *La Montaña*. El profesor siempre lo acompañaba.

Una vez coincidimos al esperar turno para que nos asearan el calzado en los portales del Ayuntamiento y el maestro, quien en ese entonces seguía siendo director de Educación Física del Gobierno del Estado, comenzó a platicarme de su familia notoriamente orgulloso de su padre, el general de Jiquilpan, Michoacán. En un momento dado sacó de su cartera una pequeña fotografía y me la enseñó, señaló con el pulgar al general, pero también estaban él y su madre.

Ya he platicado que en San Luis todo se sabe. Hace unos días me encontré en la cantina con un abogado que, ya ebrio, me dijo: Yo sé más de tu vida que tú mismo. Le creo porque San Luis es un pueblo de chismorreos y por eso conozco secretos de otros que nunca he revelado.

Una bella señora originaria de la zona media que en una ocasión nos invitó a comer en su casa al director de *El Sol*, a su esposa y a mí, me confió cuando platicábamos en otro lugar y en diferente ocasión:

—¿Ya sabes que a ti te dicen “el Padrecito”?

—¡Ah, caray! Primera vez que lo oigo. ¿Por qué?

—Porque contigo todos se confiesan.

En efecto, mucho antes de mi encuentro con el profesor Fausto González bajo los portales de la presidencia municipal, mi amigo Amado Vega Robledo me platicó en una reunión a solas que su esposa, la simpática, amable y bien educada Monis era nieta de Lázaro Cárdenas e hija del profesor Fausto.

Sí, por mi condición de periodista guardo muchos secretos.

ANECDOTARIO

2

Cabo de Santa Marta

Durante el gobierno del profesor Manuel López Dávila, originario de Ahualulco, el gobierno de Brasil intentó establecer un sistema de transporte marítimo permanente con puertos del Golfo de México y pensaron que su principal punto de desembarco podría ser el puerto de Tampico. Hacia allá se dirigió el mandatario potosino, y *El Heraldo* me comisionó para cubrir la información.



El reportero de *El Sol* era José Díaz de León Santana, quien ingresó al periódico como operario del taller y luego se convirtió en un excelente reportero especializado en ferrocarriles y educación. Se casó con Juanita Olvera, secretaria del profesor J. Merced Cuevas Lara, titular de Educación del Estado. Nos encontramos trabajando a bordo del barco de cabotaje Cabo de Santa Marta, de matrícula brasileña. El capitán y los oficiales, encabezados por el embajador de Brasil en México, se reunieron en el puente de mando con las autoridades del estado de Tamaulipas y con el gobernador de San Luis Potosí



sí, invitado especial. Luego ellos y los reporteros bajamos a la cubierta donde nos separamos del grupo para aceptar una rica cerveza brasileña que los marineros llamaban “sobeja”, cerveza, en portugués, su idioma.

Los fotógrafos del barco y los del puerto anfitrión tomaron muchas fotografías, mientras que José y yo seguíamos platicando y tomando cerveza con los marineros.

Nuestras informaciones satisficieron tanto a los directores y jefes de información que nos pidieron permanecer en el puerto y trabajar para los respectivos periódicos, nos pagaban cien pesos diarios y nos asignaron fuentes importantes, aunque ninguna del gobierno. Ambos nos esmerábamos en nuestro desempeño reporteril y los jefes estaban satisfechos. El gobernador y su comitiva estuvieron sólo unas horas en las ceremonias protocolarias y nosotros nos fuimos a comer al hotel y a seguir con “la tomadera”. Todos los días entregábamos la información y después de comer José se quedaba a beber mientras yo me iba a conocer el puerto y sus atractivos turísticos.

Ocho días después nos costó trabajo que los jefes aceptaran nuestras despedidas, José y yo nos regresamos a San Luis con las felicitaciones de los directores. El mío era Vicente Villasana López, buen periodista y excelente amigo.

Poco tiempo después, a José se le paralizó el corazón cuando tomaba su imprescindible tequila (¡Viva Villa!) en el bar *Ezgodí* y don Felipe González ordenó a los meseros que sacaran el cuerpo y lo colocaran afuera del establecimiento.

Salvador Díaz Macías

Comencé a tratar personalmente a don Salvador Díaz Macías cuando entré a trabajar como reportero en *El Herald*o, siendo director Francisco Juaristi.

A mi regreso de Aguascalientes yo era reportero y ayudaba esquemando las planas de Sociales. El director era don Antonio Estrada Salazar, uno de los mejores periodistas de México. Por azares del destino se fortaleció el trato con el personal del taller: Carlos el Capitán Robledo, don Pepe Rodríguez y otro trabajador cuyo nombre no recuerdo; de quien sí me acuerdo bien es de José Luis Chávez Baeza, linotipista casado con una mujer de Rioverde y delegado del sindicato que lideraba Díaz Macías. El trato con Salvador Díaz duró muy poco tiempo porque él resultó electo secretario general de la Federación de Trabajadores del Estado.

Como reportero yo visitaba al dirigente de la CTM, cubriendo la fuente de información. Un día me invitó don Salvador a tomar una copa. Acababa de terminar su periodo como diputado local y habíamos establecido una buena amistad. Nos dirigimos al bar Arturo's y me invitó coñac, lo que no me causó extrañeza por

su condición de diputado y el acostumbrado buen trato y las atenciones entre políticos y reporteros.

Ya habíamos chocado las copas varias veces y ambos estábamos “achispados” y muy metidos en una plática de amigos cuando don Salvador adoptó un profundo aire de tristeza y me confesó que se sentía muy decepcionado de la vida y de una mujer.

—Mire usted —comenzó diciendo mi anfitrión— en la Cámara (de Diputados) me dieron veintiséis mil pesos por concepto de retiro. Yo tenía desde antes una invitación del gobernador de Tabasco, y me dio mucho gusto contar con ese dinero porque no tengo pagos pendientes; así es que le comuniqué la buena nueva a mi amiga y la invité a disfrutar unos días allá o, si lo deseaba, a quedarnos a vivir juntos en Tabasco; pero ella no sólo rechazó la invitación, sino que me confesó que tiene una relación con fulano y que se siente realizada y feliz, por lo que no podía aceptar mi ofrecimiento. Enseguida me sugirió buscar otra acompañante.

A don Salvador se le quebraba la voz pero en ningún momento lloró. Yo lo escuché con atención y respeto. Cuando pensé que había terminado y que estaba controlando su profundo dolor, volví a chocar las copas y cambiamos la

conversación mientras en la rockola se escuchaba *Cuando calienta el sol*. Comprendí que me había invitado a beber porque sentía la imperiosa necesidad de darle un cauce a su pena compartiéndola con un amigo de confianza, gesto que yo le agradezco más al paso de los años.

La Santísima Trinidad

Por la notable influencia que adquirieron bajo el gobierno del profesor Carlos Jonguitud Barrios, y que ejercían a plenitud, los reporteros bautizamos a Héctor González Lárraga, Helios Barragán López y Antonio Almazán Cadena con el apodo de “La Santísima Trinidad”, y les gustó.

Tito era el secretario general de gobierno, Helios fue designado presidente del Partido Revolucionario Institucional y Antonio Almazán se desempeñaba como titular de Educación, aunque la dependencia no alcanzaba en ese tiempo el rango de Secretaría, como resultado de un convenio que otorgaba a la SEP federal el control de las tareas educativas en el estado.

Tito era de carácter alegre y despreocupado. La primera vez que me ordenaron entrevistarlo le hice la pregunta necesaria y me contestó burlón:

—¡No *mamáis!*

Insistí en la pregunta y repitió la respuesta una y otra vez. Perdida mi paciencia le mostré mi orden de trabajo y ni así me dio una respuesta. Fuera de su papel junto al profesor Jonguitud,

todo le importaba un comino. Inclusive, siguiendo el ejemplo de su jefe, trataba con menosprecio y les faltaba al respeto a “los circunspectos y mochos empresarios potosinos”, como él los calificaba, y quienes en una ocasión se sintieron tan contentos con los apapachos del gobernador durante una entrevista, que antes de salir de la oficina uno de ellos se quejó de que el secretario general de gobierno se expresaba con tanta falta de respeto que intercalaba maldiciones en la conversación. Divertido, el mandatario le ordenó a un ayudante en presencia de los que ya se iban y en tono perentorio:

—¡A ver, ¡háblale a ese hijo de la *tiznada*!

Los visitantes se despidieron atropelladamente y salieron asustados de la oficina del mandatario, quien ya a solas reprendió con una risa de complicidad a su colaborador.

Siendo candidato a diputado por un distrito electoral con cabecera en Rioverde, los políticos de allá se atrevieron a protestar diciendo que González Lárraga ni siquiera conocía las calles de la población. Con la sonrisa de burla que le era característica, Tito respondió a los reporteros que le plantearon el asunto:

—¡Voy a ser diputado. No voy a ser cartero!

Con la eficiente colaboración de la bella profesora Ruth Martínez Villordo, el profesor Almazán Cadena hizo un buen papel en Educación y

ambos manejaron con buen tino el canal estatal de Televisión, que operaba bajo las siglas TRM (Televisión Rural Mexicana).

Por lo que respecta al profesor y político Helios Barragán, destacó su papel obteniendo el apoyo y la cooperación de burócratas y ciudadanos para construir un edificio de cuatro pisos, que es la sede del PRI.

Forzado cambio de tren

En el libro *Tiempo de Hablar* conté que estando el presidente Adolfo López Mateos comiendo en casa del tesorero general del estado, Humberto Castañeda Azcárate —originario de Matehuala—, el secretario particular del presidente se encorvó por encima de mí para informarle a don Humberto:

—¡Tocayo, se arregló tu asunto! Te llama el presidente.

Frente a mí, en la misma mesa, estaba don Roberto Gómez, hombre maduro que gozaba de la confianza del gobernador Francisco Martínez de la Vega. Junto a él, a su izquierda, se hallaba el tesorero general del estado, quien se levantó para atender la llamada de López Mateos, quien comía junto al gobernador a tres lugares de distancia. El mensajero era Humberto Romero, secretario particular del presidente de la república.

Don Adolfo llamaba al matehualense para decirle que juntos, él y don Francisco, habían decidido que el tesorero fuera el candidato a gobernador cuando terminara el interinato del famoso periodista potosino. Solamente yo, en una plática con don Humberto Castañeda, quien me dispensaba su amistad y su confian-



Humberto Castañeda
Acárte, Tesorero general
del Estado.

za, supe después que don Francisco escuchó la propuesta del presidente López Mateos, pero no se atrevió a contradecirlo en el momento. A Castañeda sí le dijo después:

—¿Vine a acabar con un cacicazgo y empezar otro?

Mis experiencias en La Lira

En la cantina El Peñasquito, de don José Betancourt, nació la Peña Bohemia La Lira, el 22 de mayo de 1964, cuando yo era reportero de *El Heraldo*, pero no asistí al alumbramiento ni me enteré del suceso sino mucho después.

Yo soy bohemio de nacimiento, es decir, soy un romántico incorregible nacido en una época en la que prevalecía el tango en la música popular de México. Por eso me aprendí la letra de *El choclo*, *La cumparsita*, *Caminito*, *Volver*, *Noche de reyes*, *Por una cabeza*, *A media luz*, *Arráncame la vida*, *Mi Buenos Aires querido*, *Cantando*, *El penado 14*, *Cuesta abajo*, *Uno*, *Quiero verte una vez más*, *Tango negro*, *El día que me quieras* y otros que mis hermanas y yo cantábamos en la sala de la casa. Había un confidente donde se sentaba el público (dos niños, que éramos nosotros) que aplaudían al intérprete o se exponían a un coscorrón por distraídos.

Luego vinieron los boleros que también interpretábamos ante un público cautivo y aplaudidor. Audiencia de dos, y a veces, nada más uno: *Adiós Mariquita linda*, *A la orilla de un palmar*, *Marchita el alma*, *Mujer*, *Aventurera*, *Noche de ronda*, *¿Dónde estás corazón?*, *Bésame mucho*,

Junto al mar, La cita, Amor, amor, amor, Hay unos ojos, Acuarela potosina, Nunca, nunca, nunca, La zandunga, Mis ojos me denuncian, Hay qué saber perder, La número 100, Amor perdido, María Elena, Mi tormento, No llores, Somos diferentes, en fin, que mi espíritu bohemio y romántico se formó desde mi niñez bajo la influencia de la XEW, la XEB, la XECZ, la XEBM, las radiolas de las cantinas que se escuchaban desde media cuadra y mis hermanos mayores.



América Wong, Gregorio Marín y “el Venadito” durante el Homenaje al autor, en La Lira.

Bohemios de corazón

Ya adulto me sumé al grupo Bohemios de Corazón y cantaba con América Wong, Paco Artolózoga Noriega, Mercedes Morales, Jesús Pereda, María Elena Abud, Karen Smith. Juvenal Charó, Oscar “El Pichu” Páramo, Pablo Aldrett, Zoila Rubio, Santiago Hernández, Fernando Chino González, Marcos Govea (de Tierra Nueva), Raymundo García, Angelita Medina, Esperanza Mayita Martínez Ponce, Ana Lilia Vázquez Viggiano, Diana Araceli Monreal, Pepe Cardona, Imelda Andrade de González, Paco Puente, Cuquita Lomelí, Pedro Ibáñez, Vicente Colmenares, don Alejandro Soto tocando el piano, Vicente Guerrero, Joaquín Muñoz, Clemente Sabanita Rivera, Jerónimo y Rodrigo González Méndez, Eduardo “El Venadito” Barberena, don Arcadio Alonso tocando su saxofón, Fernando “El Frijolito” Estrada, extraordinario trompetista que tocaba a petición mía *Jornada sentimental* y *A través de los años*, Hortensia Galván, Antonio Zamarrón, Sofía Martínez Compeán, Elvira Martínez, María Elena Agundis, Silvia Olvera, Betty Chamir, Adriana Cortés, Liliana del Conde, Marina Melgarejo, el maestro Abraham Velasco y sus hijas, Héctor Araiza y muchos más. A mí me acompañaban en los palomazos el Tigre Correa, Fito López, el Chino Mazurca, Miguel

Gutiérrez o algún espontáneo con la suficiente paciencia y habilidad. Todas las veladas se clausuraban, como en el fin de fiesta del teatro, entonando todos *La negra noche* como un rito obligado, herencia de don José Betancourt.

En otras ocasiones, y en nuestras correrías por bares y restaurantes, cuando mi amigo J. Carmen García Vázquez llevaba consigo su guitarra, yo interpretaba un bolero o recordábamos juntos canciones viejas. Él me acompañaba con su instrumento porque yo nunca aprendí a tocarlo.

Me ofrecieron un homenaje

Es por mi condición de periodista, más que como artista, que mis compañeros bohemios me ofrecieron un homenaje, en el que confesé fortalezas y debilidades. Dije que quienes formaron mi carácter y le dieron rumbo a mi vida fueron: Dostoievski, Honorato de Balzac, León Tolstoi, Pierre Loti, Henry Miller, Francisco María Arouet, los autores de la novela de la *Revolución Mexicana*, José Joaquín Fernández de Lizardi, Mijaíl Shólojov, Henri Marie Beyle (Stendhal), el conde de Chateaubriand, Ernesto Renán, Descartes. La Moral a Nicómaco y Así habló Zaratustra, dos libros que me obsequió don Jesús Mejía Viadero; Baltasar Gracián, Artemio de Valle Arizpe, Juana de Asbaje, Eusebio, Tomás de Kempis, *El quijote de la mancha*, B. Traven, (su verdadero nombre era Traven Thorsvan); el autor anónimo de *El lazarillo de Tormes*, José Rubén Romero y su Pito Pérez, Agustín Yáñez, Martín Luis Guzmán, el general Urquizo, Mariano Azuela, Miguel de Unamuno, José María Eca de Queiroz, los Evangelios, algunos libros de La Biblia, Alejandro Dumas, Anatole France, Lope de Vega, Hermes Trismegisto, Leonardo da Vinci, Aristocles (apodado Platón), Sócrates, Aristóteles, Santo Tomás de Aquino, San Agustín, Amado

Nervo, Calderón de la Barca, Ramón López Velarde, Manuel José Othón, Manuel Gutiérrez Nájera, San Juan de la Cruz, Rubén Darío, Gutierre de Cetina, Federico García Lorca, Salvador Díaz Mirón, Luis G. Urbina, Guillermo Aguirre y Fierro, José de Espronceda, Gustavo Adolfo Bécquer, Miguel Hernández, Gilberto Owen, Jorge Cuesta, José Martí, Antonio Machado y todos los demás poetas de habla hispana; *El cantar de los cantares*, toda la obra de Alejandro Carpentier, Luis Spota, Carlos Fuentes, Jesús Silva Herzog, entre muchos otros.

Escribo de memoria y no puedo esconderlos a todos, pero he leído miles de libros desde que aprendí a leer y mi biblioteca es bastante respetable. Siendo niño, recogía y leía las hojas sueltas de periódicos o revistas tiradas en la calle o en los basureros. Así leía hojas sueltas de *Los Pardaillan*, *Chamaco chico*, *Memín Pinguín*, *Los supersabios*, *La familia Burrón*, *La Paquita*, *Cumbres borrascosas* y muchos otros.

Lenguaraz incorregible, con el pretexto de que mi pecho es bodega, en *La Lira* confesé también que soy un fiel devoto de nuestra señora del pecado y de la virgen de medianoche. Doy gracias a Manolo Betancourt por el inmerecido homenaje en *La Lira* y muchas gracias por los aplausos de mis comprensivos compañeros bohemios.

Felicidad sin complicaciones

En un punto donde es ahora la avenida Salvador Nava, cerca de los tanques de la tenería y de Los Chales, había otro estanque de agua que era de don Pepe Azanza. Junto a ese depósito natural de agua se fabricaban adobes y ladrillos de barro.

Siendo yo un adolescente era abonero, es decir, recorría un sector de la ciudad llevando unas tarjetas en las que figuraban nombre y domicilio de deudores. Mi trabajo consistía en recoger los abonos de la cuenta, que eran de entre dos y cinco pesos. Así llegué en una ocasión a la ladrillera y al primer trabajador le pregunté por el deudor. El obrero, que se afanaba amasando barro con los pies, gritó hacia el fondo del solar:
—¡Dotor! —sin la “c”.

El del fondo, que rellenaba bastidores de madera con barro, contestó con otro grito:
—¡Yeah!

Vino a donde yo estaba con la tarjeta con su nombre y me pagó los dos pesos de su abono.

En mi primera visita a la huasteca como reportero, y después de hablar con varios indígenas

en sus chozas al pie de los cerros, le dije a mi compañero fotógrafo:

—Ellos, aislados en sus rústicas viviendas son más felices que nosotros porque sus preocupaciones son elementales, primitivas, de mera supervivencia.

Y es lo mismo en las serranías, en las inhóspitas llanuras o en las zonas urbanas cuando la forma de vida es sencilla, sin inquietudes, sin ambiciones y sin saber más de lo necesario. Eso es lo que en verdad dijo Sócrates cuando alguien le hizo notar sus profundos conocimientos filosóficos: “Sé lo suficiente para mi uso”. Nunca dijo “Yo sólo sé que no sé nada”, como repiten algunos ignorantes.

Vivía yo temporalmente en la ciudad de Zacatecas como corresponsal de *El Sol de México* y decidí asear mi calzado. Había dos sillones elevados vecinos, propiedad de sus respectivos aseadores de calzado, frente al Palacio de Gobierno. Ocupé el sillón que quedó vacío a mi llegada y al poco rato se desocupó el otro, ubicado a unos tres metros de distancia. El vecino sin cliente tomó un periódico y comenzó a leer, callado. De repente exclamó sorprendido:

—¡Achis! Cárdenas, Tabasco.

Mi bolero interrumpió su trabajo y, mirándolo con aire de suficiencia, y con el trapo de lustrar en ambas manos le contestó, con tono de solemnidad:

—Ello es así, así le pusieron, así se llama ahí.

—No se hable más, concluyó con seriedad
el del descubrimiento. Y reanudó su lectura.

Mi bolero también retornó el ritmo con su trazo.

El Rincón de Justiniano

En una casa del licenciado Miguel Romero Ruiz Esparza, ubicada en la esquina de Filisola (ahora llamada León García) esquina con Fernando Rosas, se fundó hace tres lustros El Rincón de Justiniano, un lugar dedicado a la bohemia pero con un grupo en el que figuraban principalmente jueces y abogados postulantes. Entre los fundadores figuran, además del mencionado, Ramón Andrade Velázquez, el magistrado Marco Antonio Aranda, Jesús Medina Romero, el doctor Salomón Leyva Sáinz, el contador Humberto Vaquero, el magistrado Alfredo Sánchez Rendón, el licenciado Eduardo Izar Robles, el licenciado José de Jesús González Hernández, José Luis Sánchez Rendón, Gerardo Quirino Muñiz, Virgilio Garza y Garza, el huasteco Antonio Esper Bujáidar, Baltasar Castillo Mena, Efraín Álvarez Méndez, el profesor Briones, Lorenzo López, José Luis Briseño y Raúl Guillén, entre otros.

Al principio las reuniones eran periódicas y muy concurridas, casi siempre con la presencia del presidente del Supremo Tribunal de Justicia y siempre con la contribución de Esper, Emilio Ress, Virgilio Garza y Eduardo Izar, con las botanas y bebidas de todos los colores y sabores.

Eran verdaderos banquetes y se disfrutaba de las canciones y declamaciones de los bohemios, especialmente de Ramón Andrade Velázquez, Medina Romero, J. Carmen García y el doctor Salomón Leyva. Por lo menos en una ocasión asistieron como invitados el gobernador Fernando Silva Nieto, quien nació a dos cuadras de distancia del lugar, cerca de la esquina de Zamarripa y Zenón Fernández, el rector Mario García Valdez y el entonces director de *Pulso*, Florencio

En el Rincón de Justiniano con Jesús Medina Romero, Virgilio Garza, Miguel Romero Ruiz, Ramón Andrade, Salomón Leyva, Efraín Álvarez entre otros.



Ruiz de la Peña, José Antonio Arriaga y su trío amenizaron el convivio en varias ocasiones.

Medina Romero, Salomón y yo declamábamos. También solía echarme un palomazo en el que me acompañaba Miguel Gutiérrez con su guitarra. Así interpreté *Redención* como complacencia a Pedro Manuel de la Fuente, quien me contó que esa canción le gustaba a su madrecita. Una vez el licenciado Garza cantó *Martha* acompañado al órgano por el licenciado Gerardo Quirino Muñiz.

En una ocasión llegó J. Carmen García, siempre de traje y corbata, medio achispado con unas copas encima. Había terminado la comida y estaba en la sobremesa bohemia. Aunque todos los presentes eran priistas, el aplauso de bienvenida fue unánime, por lo que J. Carmen, de pie y junto a la puerta de entrada, declaró sonriente:
—Nada más lo ven a uno guapo y con dinero, y hasta le aplauden.

Se le ofreció un asiento y continuó la reunión con el ambiente festivo y animado de los mejores días en El Rincón. El lugar ha venido a menos por el deceso de algunos de los fundadores y por azares de la política.

Estimado amigo del Rincón de Justiniano

En un invierno del 2004, Federico Garza, dedicó unas líneas a los integrantes del Rincón de Justiniano, las que transcribo a continuación:

Este tiempo, estos días, esta era, este siglo, nos consumen y nos hacen caminar, en ocasiones, a la deriva, sin reflexión alguna, valorando lo material y haciendo un lado lo espiritual; vemos con tristeza como la vida se nos va sin darnos cuenta, como se esfuman los días y como se pasan los años.

Nos preguntamos: ¿Porqué... existe poco tiempo para reflexionar? ¿Qué a caso no será posible detener nuestra marcha, para ver nuestro camino andado? ¿Podremos entender que la vida no depende de nosotros, si no por el contrario, nosotros dependemos de la vida?

Así las cosas, no queda otra máxima que la que hay que vivir la vida, gozarla y disfrutarla, sin la más mínima comparación con la de los demás, ya que hacerlo podría traer consigo nuestra propia amargura y frustración, si... siempre hay personas mas grandes y mas pequeñas; por ello, es importante vivir nuestra propia vida, a nuestra manera, con nuestras virtudes y defectos, con nuestras carencias y comodidades, con nuestros sins y desatinos, con nuestros principios y valores, con nuestra capacidad y destreza, con plenitud y alegría, dando gracias a Dios, por cada amanecer.

Estemos consientes de que cuando tengamos que partir ello no dependerá de nosotros, porque nosotros no somos capaces de evitarlo, de impedirlo o postergarlo, son causas ajenas que no están a nuestro

alcance y son ellas las que hacen la diferencia entre la vida y la muerte; por ello hay que estar en paz con Dios, con uno mismo y con el prójimo, para que de llegar ese momento nuestro equipaje este completo y a tiempo.

Ante esa realidad, es tiempo de rectificar, pensando ante todo en que cada día que vivimos tenemos la oportunidad de enmendar nuestra vida, nuestras actitudes, nuestro comportamiento, nuestra forma de actuar y hasta la de pensar.

Recordemos ante todo que somos criaturas de un Dios; si... De se Dios que esta en todas partes, de ese ser supremo al que tanto pedimos y poco agradecemos, de ese Dios que tiene en sus manos nuestra vida y nuestro destino, de ese Dios que día a día nos da la oportunidad de rectificar, de pensar de arrepentirnos, de pedirle y de agradecerle, de ese Dios con quien debemos estar bien, porque sin duda alguna, algún día estaremos ante el para rendir cuentas de todo aquello que conformó nuestro existir.

Con esta reflexión deseo a usted y su apreciable familia, una muy feliz Navidad, un año lleno de ventura, salud y fe.

Sinceramente
Federico Arturo Garza Herrera

Me invitaban a *Momento*

Todos los accionistas potosinos del periódico *Momento* comían en el restaurante La Virreyna, de la anfitriona sin par “Chita” Rodríguez, mamá de “Pastelito” García. Yo llegué al lugar con Miguel Ángel Humara y estábamos terminando de comer cuando ellos me llamaron a su mesa. Han pasado muchos años y solo recuerdo al ingeniero Zendejas, a Carlos González Ramírez, Mario Lozano, Mariano Niño... Eran unos diez.

Me informaron que estaban ahí para buscar una salida al problema que para ellos representaba la pretensión de un periodista que logró echar a Ignacio Rosillo de la editora de *Momento* y reclamaba para sí la dirección del diario, a lo que ellos se oponían terminantemente, por lo que me ofrecieron el puesto. Discutimos muy poco porque acepté después de que se esgrimieron por ambas partes algunos temas secundarios.

—¿Cuánto quiere ganar? —preguntó uno de ellos sin rodeos.

—Diez mil pesos, —respondí con la misma firmeza.

—Yo se los pago, —declaró Mario Lozano, contundente.

Discutimos un poco más sobre aspectos poco importantes, y cuando ellos dieron por acordado el negocio yo advertí levantando el dedo índice:

—Nada más que yo tengo dos condiciones.

—¿Cuáles?

—Que yo me entienda con uno solo de ustedes. Como en conciliábulo, hablaron ellos entre sí, en inglés.

—De acuerdo, ¿cuál es la otra?

—Que el periódico sea potosino. Esto lo dije porque la mayoría de las acciones de *Momento* estaban en poder de regiomontanos encabezados por A. Junco de la Vega, y yo quería manejar un periódico potosino.

—Yo le compro a Valladares, dijo uno de ellos. Otro intervino, yo le compro a Jonguitud, y uno más, yo le compro a Quintín y a Rosillo.

Dimos por terminada la sesión. Mi amigo Humara ya se había marchado, sin despedirse, y caminé a mi casa sin darle demasiada importancia al asunto. Ninguno de los accionistas que mencionaron aceptó venderles su parte, por lo que el proyecto quedó en el aire y el *Momento* continuó en manos norteñas con “El Flaco” Langarica en la dirección.

Los Maracaibos

Al concluir el sexenio de don Antonio Rocha, quien bajo su gobierno dio preferencia a los abogados y formó patronatos exclusivamente con miembros de la iniciativa privada que elaboraban los proyectos y administraban la obra, un grupo de jóvenes aprendices de la política acusó al maestro Jonguitud de estar integrando su gabinete con puros profesores y pusieron el grito en el cielo calificando de magisteriato a la administración pública estatal.

Alguien había convencido a los muchachos de que tenían derecho a asumir puestos de primer nivel en el gobierno y estaban tan persuadidos de ello que cada día arreciaban su campaña mediática en contra del mandatario. Era tan ruidosa su querrela como pequeño el grupo, de modo que el columnista Fidel Briano los bautizó como *los Macabeos*, apodo que adoptaron todos los medios de comunicación.

Azuzados por sus titiriteros, los quejosos solicitaban una audiencia con carácter de urgente al gobernador estimulados por el secretario particular del mandatario, Carlos Ramírez Muñoz Ledo, recién desempacado de Francia y por el dirigente nacional de las juventudes priistas,

José Ramón Martell. El mandatario dejaba correr el tiempo sin incomodarse por los señalamientos de los jovencitos, pero un día —que seguramente se sentía de buen humor— aceptó recibirlos en audiencia y, cuando los tuvo juntos preguntó displicente:

—¿Así es que ustedes son los Maracaibos?

Uno de los ofendidos por la premeditada y maliciosa equivocación del profesor Jonguitud se atrevió a corregir:

—Macabeos.

El gobernador los escuchó como un profesor de primaria escucha a sus alumnos alborotadores. La audiencia concluyó cuando les ofreció incorporar a sus dirigentes en puestos de su administración. Fabián Espinoza Díaz de León, uno de los más alborotadores, obtuvo la promesa de figurar en la lista de diputados del PRI y el gobernador le cumplió, aunque lo ubicó en el noveno lugar de los plurinominales, es decir, fuera de la jugada. Con tan “trascendentes y comprometedores” acuerdos, Carlos Jonguitud puso punto final a la alharaca de *los Macabeos*.

Ellos eran: Juan Ramiro Robledo Ruiz, Miguel Martínez Castro, Enrique Márten, Felipe Aurelio Torres, Pedro de Jesús Olvera, Alejandro Leal Tovías, Miguel Ángel Martínez Navarro y los ya citados Carlos Ramírez Muñoz Ledo y Fabián Espinoza Díaz de León.

Primero dígame quién dice

Buenos para el chismorro, algunos potosinos acudían ante el gobernador Francisco Martínez de la Vega a sabiendas de que a todo el mundo recibía en audiencia, pero algunos aprovechaban la oportunidad para denostar al prójimo o inventarle faltas.

El mandatario escuchaba a todos y los despedía caballerosamente una vez transcurrido un tiempo prudente, pero al cabo de poco tiempo se dio cuenta de que muchos de los informes que le proporcionaban con el pretexto de que había pasado muchos años fuera del estado, eran chismes malintencionados y como siempre comenzaban con el consabido “dicen...”, don Francisco adoptó la costumbre de preguntar previamente al chismoso, antes de que continuara la plática:

—Primero dígame quién dice.

Como si el mandatario aplicara una fórmula mágica, el chismoso cambiaba de tema o daba por terminada la audiencia. Convencido de que él mismo era objeto de la maledicencia de algunos potosinos, don Francisco Martínez de la Vega se quejó conmigo de esa situación y terminó diciendo:

—Una de las cosas malas de la política es que anda el nombre de uno como zacate en el hocico de los burros.

El periodista no es autoridad

En este mundo enrevesado que nos tocó vivir, casi todas las cosas andan patas arriba: los reporteros Jesusa Cervantes y Esteban David Rodríguez publicaron un trabajo periodístico de investigación bajo el encabezado “El narco en el Congreso”.

Ofendidos, los coordinadores de los principales grupos parlamentarios firmaron —a nombre de sus respectivos partidos— un escrito defendiendo la integridad moral de los legisladores cuyos nombres aparecieron en la información, con lo que acrecentaron el impacto político y social del reportaje.

Cuando nos iniciábamos en este hermoso oficio aprendimos de los viejos una sentencia que dice “mientras más se rasque, más comezón tendrá”. Uno de los ofendidos llegó al extremo de exigir la comparecencia de los periodistas ante la máxima tribuna de la nación y enseñar las pruebas de lo publicado. La reportera aclaró en una entrevista de noticiario radiofónico que se trató de un trabajo de reporteros y no de una acusación ante autoridad judicial.

En efecto, una nota periodística, cualquiera que sea el tema, tiene el valor que los lectores quieran atribuirle. En estos días, cuando se festeja la libertad de expresión, es pertinente recordar que el reportero no es fedatario ni agente del Ministerio Público. Es simplemente, un informador que, si tiene la autorización para mencionar la fuente y lo considera pertinente, tanto mejor, requisito que, por cierto, cumplieron los compañeros Jesusa y Esteban; pero no es obligatorio pues está de por medio el secreto profesional.

Ahora bien, en éste —como en otros casos donde surgen protagonistas ofendidos— cabe aplicar una premisa inventada o descubierta por el prestigiado reportero y excelente amigo Miguel Reyes Razo, según se la enseñó a la columnista Margarita Basáñez:

—¿Quién te dijo que el periodismo es una ciencia exacta?

Los Nibelungos

La anécdota que relato a continuación no sucedió en mi tiempo. Me la contaron quienes de algún modo conocieron los hechos y al protagonista, político de los tiempos de la Revolución, originario de Ciudad del Maíz y en ese entonces presidente municipal de San Luis Potosí capital.

Era costumbre que los políticos se apropiaran de los bienes públicos que les gustaran y que estaban bajo su custodia. Así fue como don Marcelino Zúñiga desprendió los gobelinos que figuraban en el techo del salón principal del palacio, que fue la sede del obispado cuando el jerarca de la iglesia católica en esta Diócesis era don Ignacio Montes de Oca y Obregón, preclaro jalisciense que admiraba a los griegos de la antigüedad y adoptó el seudónimo Ipandro Acaico.

Dueño de vidas y haciendas, como era la costumbre de los políticos revolucionarios, don Marcelino adornó con los gobelinos las recámaras de su casa, un chalet ubicado en la esquina de Reforma y Madero: dos pisos con fachada de mármol blanco y en los balcones una parte de la balaustrada de la presa San José, que

el señor consideró apropiados para enriquecer la arquitectura de su residencia, pero fue tan ruidosa la protesta de los católicos potosinos y la denuncia pública en contra del munícipe, que no sólo perdió el empleo, sino que una autoridad superior lo obligó a devolver el valioso botín al que don Marcelino se refería como *Los Nibelungos* cuando rindió su declaración ante el Ministerio público. Y también, como era la costumbre, don Marcelino Zúñiga fue asesinado tiempo después a balazos en la acera frente a su domicilio a pleno día.

La política: hermosa mujer

El profesor Jorge Márquez Borjas vivía en el Internado Damián Carmona, que antes era conocido como Escuela Hijos del Ejército, del que era el director. Allí se reunían los políticos más importantes de México a finales de la década de 1950 y principios de 1960. Yo visitaba el lugar invitado por el profesor Márquez porque allí se reunían los dirigentes políticos del sistema educativo en San Luis Potosí. La gente pensaba equivocadamente que el jefe político del magisterio era el profesor José Flores Mercado, pero el jefe de Flores Mercado era Márquez Borjas, según me consta porque yo asistía a las reuniones.

Fue allí donde conocí al “Profe Cari”, como le decían todos con respeto y cariño al profesor Caritino Maldonado, originario de Guerrero y líder del magisterio nacional, uno de los políticos más completos de México. Era bajito, prieto y de tez curtida. Conocí también a Carlos Hank González, alto, de buena presencia y carácter decidido, y a Edgar Robledo Santiago, al Colorado Sánchez Mireles, Enrique Olivares Santana, la profesora Aurorita Arrayales —quien a mi petición le asignó una plaza a una educadora pariente política mía—; Jesús Robles Martínez, Leopoldo Sánchez Célis y Noé G. Elizondo, entre otros. A esas reuniones asistían pocos políticos locales. Los visitantes eran, generalmente, delegados del Comité Ejecutivo Nacional del PRI.

Yo era un reportero novato, pero me había ganado la confianza del Chato Márquez Borjas y me invitaba una copa de coñac mientras los adultos platicaban sobre sus asuntos. No obstante, a veces me enteraba de los temas cuando la plática se generalizaba y ellos ignoraban al intruso. En una ocasión el sinaloense Sánchez Célis contó:

—La política es como una mujer hermosa a la que el pretendiente lisonjea, le obsequia joyas y vestidos; la lleva a cenar y a bailar. En fin, le dedica tiempo, la colma de atenciones, la corteja y la mimas de mil maneras, y ella le corresponde con sonrisas alentadoras y gestos de coquetería. Pero un día, sin razón aparente, esa bella mujer se va con otro.

Cuando el gobernador del estado era don Francisco Martínez de la Vega, el candidato a diputado por el distrito de Rioverde era don Luis Aguilera Alférez, presidente del PRI y uno de los políticos profesionales mejor preparados del estado. Llevaba a cabo su campaña con todas las de la ley y con apego a los estatutos del partido.

En una ocasión se anunció con el tesorero general del estado cuando yo platicaba con el funcionario, que lo hizo pasar de inmediato. Don Luis y yo fuimos buenos amigos; ahora tenía el aspecto de un hombre cansado y desaliñado. Iba por el subsidio que el gobierno entregaba mensualmente al partido, y en breve plática le confesó al tesorero:

—Ando tan jodido que ya ni en la casa hago el amor.

Más jodido debió de andar unas semanas después, cuando el panista Alfonso Guerrero Briones, potosino trabajador y honrado, le ganó la diputación holgadamente. La mujer hermosa se había ido con otro.

El Heraldo y el navismo

Arreció la campaña navista y se llegó a un encono y enfrentamiento político y social como nunca se había visto en San Luis Potosí. Hubo rupturas entre miembros de una misma familia y mientras que unos defendían al PRI, por ser empleados del gobierno, otros arremetían contra todo y contra todos.

Fiel a su línea, *El Sol de San Luis* atacaba abiertamente a los navistas mientras que *El Heraldo* mantenía una postura independiente y objetiva. En un momento dado *El Sol* se vio amenazado y fue necesario instalar un piquete de soldados frente a su edificio ubicado a la vuelta de *El Heraldo*, que a pesar de su política editorial objetiva no quedó a salvo de ataques y manifestaciones de navistas como Salomón H. Rangel y un estudiante apodado “el Pilotito”, de nombre Óscar, que en una ocasión se apostó frente al periódico respaldado por un centenar de navistas y en un discurso incendiario comenzó diciendo “Estamos frente a una letrina, estamos frente a un estercolero”.

Ocurrió la balacera de la noche del 15 de septiembre y vino a San Luis don Vicente Lascuráin, inteligente y moderado periodista español que era director de la Asociación de Periódicos Independientes (API), de la que formaban parte *El Heraldo de Chihuahua*, *El Mundo de Tampico*, *El Heraldo de Aguascalientes* y *El Heraldo de San Luis Potosí*. Asumió la dirección del periódico y revisaba todo el material, especialmente el de contenido político. Él mismo escribía comentarios en una plana entera con el título situado en el centro de la página dentro de un cuadro a tres columnas y el título “Touched”. Agudo, inteligente y centrado pero con una extraordinaria capacidad de crítica, don Vicente utilizaba parte de las notas de los reporteros y el material que él mismo reunía mediante un buen trabajo de reportero.

A tres días de su llegada me nombró coordinador de la redacción, con la obligación de revisar todas las notas de mis compañeros y rehacer las que contrariaban la política de imparcialidad del diario. Por la presión del tiempo, a veces sólo reescribía los dos primeros párrafos, pero con frecuencia era necesario rehacer la nota completa o echarla al cesto de la basura, que nosotros apodábamos archivo muerto. De ese modo *El Heraldo* se ganó el respeto de los lectores inteligentes, aunque en una ocasión, caminando sobre la banqueta de Sears a la altura de la joye-

ría *La Esmeralda*, nos encontramos de frente Salvador Nava y yo, poco después de las nueve de la mañana, y el galeno me dijo, poniendo su mano derecha sobre el bolsillo izquierdo de su camisa: “¡Aquí traigo dos millones de pesos para comprar su periódico!”

Yo sonreía siempre que me topaba con un conocido en cualquier lugar y, sonriendo, le contesté: “Con eso apenas ajusta para el enganche”. De todos modos nos dimos la mano al saludar y continuamos cada quién por su camino.

Era costumbre en ese tiempo que el reportero entrevistara personalmente a los funcionarios de sus fuentes, y yo cubría la Presidencia Municipal cuando el alcalde era Salvador Nava. La entrevista era casi todos los días. En una ocasión dio un manejo equivocado a un asunto y le señalé el error. Se defendió diciendo que a juicio suyo había actuado bien, por lo que insistí en que cometió un error político.

—Yo no soy político, Marín, declaró cortante.

—Ya lo sé, pero ocupa un puesto político y debe actuar como político, le advertí.

En una ocasión lo invité a tomar un café en un establecimiento situado frente a la casa de Ángel Rivero, en Venustiano Carranza. El café se llamaba Santo Domingo. Platicamos largo rato y en ese lapso se equivocó dos veces llamándome Manuel; me confundía con Manuel Clemente Montiel —director del periódico *La Tribuna*—, decía “No, Manuel... usted, Marín”. Yo le propuse escribirle sus discursos para que ascendiera en la política del estado y rechazó la oferta diciendo: “Mire, Marín, yo me paro en una esquina y digo puras pendejadas, y la gente me aplaude”. Era cierto, los potosinos, en su mayoría mujeres, lo seguían no como a un líder, sino como a un mesías.



El general Zuno Hernández, comandante de la Zona Militar, el suboficial Salcido y el reportero, libreta en mano, durante la lucha navista.

Manuel López Dávila

Muy pocas ocasiones cubrí como reportero la fuente de gobierno. Ocurrió nada más cuando el titular se enfermaba o salía de vacaciones. El profesor Manuel López Dávila llegó a San Luis Potosí procedente de Chihuahua, donde se desempeñaba como oficial mayor del gobierno de aquel estado, a donde llegó en 1931 como uno de los maestros huelguistas que salieron de San Luis huyendo de la represión de las autoridades, acostumbradas a encarcelar, desterrar o asesinar a los insubmisos. Contrajo matrimonio allá con la profesora Carmelita Chacón, miembro de una familia tradicional mexicana y, por tanto, fiel observadora de esas tradiciones y buenas costumbres.

Conocí a López Dávila porque era el candidato del Partido Revolucionario Institucional al gobierno del estado, y siendo ya gobernador electo asistió a la ceremonia del Grito de Independencia en el Palacio de Gobierno, días antes de que Francisco Martínez de la Vega le entregara el mando. Por instrucciones de la redacción, yo debía escribir la crónica con los nombres de los héroes que el todavía mandatario mencionara, por lo que pensando en ganar tiempo y escribir mi nota para retirarme en seguida a descansar, bajé de la planta alta cuando se iniciaba la ceremonia. Me detuve en la puerta del palacio para tomar allí los apuntes correspondientes. Repentinamente se apagaron todas las luces y segundos después volvieron a encenderse. Presuntos navistas comenzaron a disparar desde la azotea del Palacio Municipal, que está frente al de gobierno, al otro lado de la Plaza de Armas. Yo podía mirar los fogonazos azules cuando cayó muerto un agente de la policía de apellido Palomo, por una bala que entró por la ventana enrejada de la Procuraduría, a un metro a mi derecha. Otro agente apodado “el Chori” —de apellido Villanueva— cayó herido un metro detrás de mí.

Yo continuaba mirando con toda claridad los fogonazos azules frente a mí cuando volvieron a apagarse momentáneamente las luces y ya se escuchaban disparos de metralleta en la azotea del edificio Córdoba, contra esquina de la Catedral. Una bala atravesó de arriba abajo el casco de un soldado que estaba de guardia en la banquetta, pegado a la pared, pero milagrosamente sin lesionarlo. Se encendieron las luces y comencé a correr sobre la Plaza de Armas parapetándome con el quiosco de cantera bajo las balas de los de enfrente. De repente sentí que alguien corría junto a mí y a la altura del quiosco gritó: “¡Ya me dieron!” y se llevó la mano a la mejilla. Era Manuel Antonio Méndez, que se barrió conmigo en el piso de mosaico. Se apagó la luz otra vez y cuando se encendió de nuevo se acabaron los disparos. Nos incorporamos y Manuel Antonio se sobaba la mejilla, percatándose de que lo que él pensó que era una bala era solo una rajuela de cantera que el proyectil arrancó del quiosco y pegó en la cara del reportero.

El diputado huasteco Tomás Medina se nos unió en el andador de la Plaza de Armas y caminamos juntos fuera del área de tiro, pero alcanzamos a ver algunos cadáveres sobre la banquetta del Hotel Plaza y el restaurante Papagayo. Estaba pálido-verdoso en su traje negro. Ya en la redacción me di cuenta de que en la barrida bajo los alambres de púas del jardín perdí una de mis mancuernillas. Manuel Antonio me contó que cuando comenzó la balacera, Ignacio Gómez del Campo se metió debajo de un escritorio cerca del balcón central y Martínez de la Vega permaneció en el balcón junto al escritor Martín Luis Guzmán, y que él alcanzó a escuchar que López Dávila, gobernador electo, gritó encorajinado:

—¿Por qué de una vez no les damos en la madre?

López Dávila, nativo de Ahualulco, era un hombre tranquilo, sabio y dueño de una paciencia infinita, como pude constatarlo en las pocas ocasiones que tuve de platicar con él supliendo a Sergio López, el titu-

lar de la fuente. En una ocasión me confesó que le dolían las críticas e insultos de algunos ciudadanos y me explicó:

—Yo no quería venir aquí, yo siempre he sido segundas manos.

En efecto, tiempo después me enteré de que en México no hallaban a una persona que viniera a enfrentar la difícil situación política de San Luis, provocada y sostenida por los navistas. La clave fue la amistad entre la profesora Carmelita Chacón de López Dávila y doña Eva Sámano de López Mateos, ambas mentoras por vocación. Carmelita sirvió de enlace para que don Manuel, sin ser político, viniera a soportar injustamente los insultos y el desprecio de los potosinos durante seis años.

Los potosinos son muy inclinados a menospreciar al prójimo, criticar al gobierno y ponerles apodos a los gobernantes. Al profesor López Dávila lo apodaban “el Chihuahuero”, en referencia a los perros originarios de aquel estado, y algunos maliciosos cantaban aquella vieja canción que decía:

*Entre tú y yo
se interpone un abismo.
Entre tú y yo
una sombra palpita*

En realidad, los malvados juntaban dos palabras y de ello resultaba decir: “Entre tú y yo se interpone un navismo”. La maledicencia, el menosprecio y el criticismo negativo forman parte de la idiosincrasia de los potosinos que, por cierto, viven en constante pleito enfrentados y divididos unos contra otros, aún entre miembros de una misma familia, pero todo por debajo del agua, disimulando y guardando las formas convencionales; ahora porque unos eran priistas y otros navistas.

Don Manuel me redujo a la mitad la compensación que Martínez de la Vega me asignó por supuestos servicios prestados al gobierno, práctica

muy generalizada entre los gobernantes y periodistas de su simpatía y, cuando le platicué al profesor —ya siendo exgobernador— que Antonio Rocha simplemente suprimió esas compensaciones con el pretexto de que “el estado es muy pobre y no se pueden distraer los fondos públicos” el prudente profesor me informó:

—No tenía razón. Los subsidios para ustedes sumaban en total once mil pesos. No había motivo para suprimirlos.

Aquí cabría la definición de don Daniel Cosío Villegas en *El estilo personal de gobernar*.

El compadre Fonseca

Cuando nos conocimos, ninguno de los dos nos imaginábamos que algún día sería el gobernador del estado. Yo era reportero de *El Herald* y él era titular de la Agencia del Ministerio Público Federal, cuya oficina estaba ubicada casi enfrente del diario, en la planta alta del edificio de Telégrafos, que a fines del siglo XIX y principios del XX era la casa de la familia Martí. Como reportero yo cubría esa fuente de información y mis notas eran siempre favorables a su labor. Las secretarías eran Carmen Farfán y no recuerdo el nombre de su compañera.

Guillermo Fonseca Álvarez vivía en una vieja casona de la calle Vallejo y me contó que la ocupaba en calidad de prestada. Cuando me invitó a su casa nos tomamos una botella de whisky él, su hermano Carlos y otra persona de cuyo nombre no recuerdo. Estuvimos sentados en el suelo y la mesa era cuadrada, muy bajita y de madera rústica, sin barnizar. Le pedí al abogado que llevara mi hijo recién nacido a bautizar, lo que aceptó con mucho gusto y sellamos el compadrazgo con la ceremonia religiosa y una cena, modesta sin más concurrentes que los compadres y las pequeñas hijas de ellos, Laurita y Pilucha, Pilar, como la abuela paterna.

En diversas ocasiones he platicado que los potosinos viven en continuo pleito unos con otros. Mi compadre me pedía que atacara en el periódico a otro abogado y yo accedí siempre a lo que todos me pedían, con la única condición de que la información fuera cierta. Pero el enemigo de mi compadre tenía su oficina a media cuadra de distancia y como yo no tenía nada personal en contra suya, nos tratábamos como amigos, sobre todo porque ese abogado y yo nos conocimos desde la escuela

primaria y nos frecuentábamos cuando él estudiaba en la Normal del Estado y yo cubría la fuente. Una vez me detuve a platicar con el profesor y licenciado en la puerta de su oficina y mi compadre nos vio cuando llegaba a su trabajo. Tal vez por eso me llamó “hipócrita” cuando le hablé por teléfono para solicitarle una información. Pareciera ser que los potosinos están obligados a ser enemigos de los enemigos de otros.

Luego fui yo el que se enfrió porque en su papel de fiscal federal ordenó la aprehensión de ferrocarrileros vallejistás, es decir, seguidores de Demetrio Vallejo en su movimiento de oposición a las autoridades, que eran buenos amigos míos porque entre mis fuentes figuraban las superintendencias de las Divisiones de San Luis y Cárdenas, todas sus dependencias y el sindicato. Ya dije que en aquel tiempo los reporteros acudíamos todos los días a recoger la información en las dependencias que teníamos asignadas, por lo que se establecía una buena relación con nuestros informadores.

Fonseca es gobernador

Don Antonio Rocha solía reunirse en el café con los licenciados Ramiro Robledo Treviño, Guillermo Fonseca, José Álvarez Mosqueda y Félix Dauajare Torres, entre otros, antes de que alcanzara la nominación como candidato a la gubernatura del estado. Siendo ya mandatario mantenía esas relaciones y era obvio que había escogido a Ramiro y Guillermo como sus sucesores en el gobierno, por lo que hizo diputado federal a Robledo Treviño, pero éste se zafó del padrino político y se sumó al grupo de Amado Treviño en la capital del país, por lo que el gobernador Rocha se concentró en la formación política del licenciado Fonseca.

Nos reuníamos el precandidato, su secretario en la Agencia del Ministerio Público —Ángel Rubio Huerta—, Pedro Teniente Méndez y yo, para poner en práctica las instrucciones del licenciado Rocha. Los

primeros contactos fueron con Rodolfo González Guevara, que se mantenía en comunicación telefónica personalmente con Guillermo recién instalado en un modesto departamento de la avenida Cuauhtémoc. Todo el mundo se sorprendió de que, en cinco años, durante el mandato del licenciado Rocha, Guillermo Fonseca fue presidente del PRI en San Luis, presidente municipal, diputado federal y senador de la República, para acabar siendo candidato a gobernador y primer mandatario del estado.

Años después el licenciado Rocha me platicó que la gubernatura era disputada por Gonzalo Martínez Corbalá, Carlos Jiménez Macías, Fausto Zapata Loredo y otros de menor peso, y que él le pidió al presidente Gustavo Díaz Ordaz el apoyo para Fonseca. Recuerdo que esgrimió el argumento de que él no protestó cuando Díaz Ordaz favoreció a Salím Nasta o algo así. También le recordó otro agravio y luego le pidió el apoyo para Fonseca. En otra ocasión me presumió de que Jonguitud Barrios no pudo dejar heredero “y yo sí”, refiriéndose a las gestiones fallidas del líder magisterial en su intención de heredar la gubernatura al profesor J. Refugio Araujo del Ángel. Esto sucedió desayunando en el restaurante Lady Hamilton, en la planta baja del hotel Guardiola de la Ciudad de México, con el Chapo Rodríguez, con quien Rocha ya tenía compromiso cuando yo le llamé por teléfono y me invitó a sumarme a la mesa.

El caso es que yo acompañé a mi compadre Fonseca en su campaña para gobernador nada más en la primera etapa, en la Fracción de Bocas y en un mitin en la Arena Coliseo. Supongo que se dejó influir por los chismes a que son muy dados muchos potosinos, porque habiéndome encontrado una vez de casualidad en los portales del ayuntamiento con Pedro Teniente, mi estimado amigo expresó una idea sugiriendo que mi compadre me había perdido la confianza. Yo no le di importancia al asunto ni hice comentario alguno, pero Fonseca y yo nos mantu-

vimos a distancia durante casi todo su mandato. A sugerencia del licenciado Rocha tuvimos una breve entrevista a pocos meses de concluir su sexenio y me concedió un pequeño apoyo económico. Él dejó el gobierno siendo rico, según se lo reveló en una entrevista al reportero Ángel Soriano, del diario *Excelsior*. Luego se fue a vivir a la Ciudad de México y fue oficial mayor de la Secretaría de Salubridad con el doctor Kumate. No volvimos a vernos.

Amor de estudiante

Sus compañeras del equipo de básquetbol universitario la apodaban Estrellita. De carácter chispeante, alegre, inteligente y entregada a su deporte favorito, hacía las delicias de quienes tenían la oportunidad de admirarla en los entrenamientos o en los torneos oficiales. A otro entrenador le hubiera parecido imposible que diera tan buen rendimiento porque medía apenas un metro sesenta centímetros de estatura. En realidad era una venus en miniatura, por la perfección armoniosa y bien proporcionada de sus formas.

Morena y de graciosa mirada, que ella hacía todavía más expresiva acentuándola con una artística y discreta línea de maquillaje en su párpado superior, Estrellita acrecentaba con su presencia el número de asistentes a los entrenamientos y las competencias formales. Sus movimientos en la cancha eran al mismo tiempo rápidos y graciosos. Con el balón en sus manos se transformaba en un solo elemento productor de puntos. El entrenador estaba feliz de contar con ella en el equipo.

Yo tuve el privilegio de encontrarla en mi camino porque un compañero la invitó a trabajar en el periódico y ella de inmediato demostró tener dotes naturales para desempeñar el oficio más hermoso del mundo.

Sabiendo que las intenciones del intermediario eran las de conquistar y seducir a la jovencita, estudiante del segundo semestre de la carrera, me mantuve al margen del asunto, pero a dos semanas de su incorporación a la redacción ella comenzó a coquetear conmigo con la misma gracia con la que se movía en el resto de sus espacios vitales. Yo me abstenía de participar en el juego, incluso fingía no mirarla y a veces ni siquiera

la saludaba. Le habían asignado un escritorio casi enfrente del mío y como mi trabajo consistía en formar planas una vez entregadas mis notas de reportero, yo mantenía mi mirada en la página que esquemaba mientras ella continuaba escribiendo su material.

En una ocasión la redacción se quedó semivacía momentáneamente y quedamos solos Estrellita y yo.

—Psst, psst, para llamar mi atención. Yo no levantaba la cabeza y continuaba absorto en mi tarea. Ella repetía:

—Psst, psst... pistache.

A la tercera o cuarta vez y cuando ya había entrado o salido alguno de nuestros compañeros y uno de ellos me obligaba a levantar la cabeza, Estrellita aprovechaba la oportunidad para decir cualquier cosa o, simplemente, para despedirse dándome las buenas noches. Estrellita se dirigía a mí llamándome siempre por mi apellido y anteponiendo el señor, pero sus bromas y el trato cotidiano habían relajado mi actitud siempre respetuosa y distante.

Un día me pidió que le sugiriera una forma respetuosa y amable de demostrarle a nuestro compañero de la redacción su agradecimiento por haberle conseguido el empleo. En un plano social y en consideración al respeto que Estrellita se había ganado en el periódico —y fuera de él— por su eficiencia y formalidad, le dije que lo aconsejable era obsequiarle una caja de pañuelos, una corbata o una loción. Ella se decidió por la corbata y me pidió que la acompañara a escogerla.

Cumplido su propósito, nuestro compañero interpretó el gesto de agradecimiento como una señal de aquiescencia para el tipo de relación que él perseguía desde el principio. Su asedio pudo obligarla a

buscar una salida de emergencia. El caso es que en esos días se cumplió un aniversario más de la publicación del diario y la empresa acostumbraba organizar un festival popular que servía de marco a la entrega de un regalo importante que se rifaba entre los lectores y suscriptores. El festival se iniciaba en la tarde y culminaba con la rifa que tenía lugar al final, cerca de la medianoche.

Como reportera, Estrellita debía cubrir una parte de la información, tal como hacíamos los demás. En el transcurso del evento de celebración y corriendo ambos de un lugar a otro recogiendo impresiones sobre la actuación de los artistas, opiniones en torno a la labor del diario al servicio de la sociedad, entrevistando personalidades e intercambiando datos para los pies de las fotografías, se había establecido entre nosotros una clara empatía y una firme amistad. Ella estaba visiblemente abrumada por la fatiga, que es normal en el oficio, pero a la que ella estaba poco acostumbrada.

Pasaba de la medianoche cuando la Dirección ordenó que trasladaran a Estrellita a su casa en uno de los vehículos de la empresa, pero los choferes ya se habían marchado, igual que el resto del personal. Ella me informó de las circunstancias y yo me ofrecí a llevarla. A pesar del cansancio, cuando llegamos a su casa me pidió que nos estacionáramos a unos metros de su puerta, y allí —mientras por el parabrisas del auto nos miraban las estrellas en una noche que invitaba al amor y el sosiego—, Estrellita me hizo saber que estaba enamorada de mí y que no quería enredarse con nuestro compañero, quien era el jefe de Información.

Traté de explicarle los inconvenientes del caso y como a cada argumento respondía restándole o negándole importancia, acabé hablando de mi respeto. Estrellita, la basquetbolista y reportera más graciosa del mundo, me rodeó con un brazo y con una sonrisa capaz de desarmar a un dragón me ordenó: “¡Piérdame ese respetillo!”. Y me dio un respetuoso beso de buenas noches.

Fausto Zapata y Antonio Rocha

Al final de los acontecimientos del navismo regresaron a San Luis Potosí reporteros y fotógrafos de periódicos y revistas de circulación nacional. Fausto Zapata mantenía su inquietud por incursionar en alguno de esos medios y saltar de ahí a la política, por eso pidió el apoyo de Carlos Zapico, de *La Prensa*, Arnulfo Uzeta Ramos, del *Universal Gráfico*, y otro compañero de apellido Soriano. Fue Zapico quien lo ayudó a entrar en *La Prensa*, donde pronto logró que le publicaran una columna de contenido político.

Como reportero le asignaron la fuente de la Procuraduría General de Justicia de la Nación, cuyo titular era el abogado potosino Antonio Rocha Cordero, reconocido como jurista destacado y eficiente, además de una honestidad a toda prueba, como honesto era el presidente de la república, licenciado Gustavo Díaz Ordaz. En México, los políticos deben disfrutar de la confianza del presidente para obtener los cargos más importantes, como era el caso de Antonio Rocha.

Yo mantenía mi contacto con Zapata, quien venía algunos fines de semana a San Luis para visitar a sus padres y siempre nos reuníamos para platicar. A veces era yo quien lo visitaba y fue en una de estas ocasiones que me invitó a acompañarlo a reportear.

Llegamos a la Procuraduría y él me presentó con Rosales Miranda, el subprocurador, con quien se quedó platicando mientras yo daba unos pasos hacia un pasillo oscuro, de cuyo fondo salió un grito a manera de saludo: “¡Jefe Marín!”. Sin saber quién era el gritón, seguí caminando en la semioscuridad y al toparme con el saludador y recibir un afectuoso abrazo —que inclusive me levantó en vilo— me percaté de que se

trataba de José Zamora, quien me preguntó de sopetón:
—¿Quieres ver al jefe?

Y sin esperar la respuesta abrió la puerta del privado de Rocha y me empujó hacia adentro. El procurador se puso de pie y me recibió con una sonrisa afectuosa. Comenzábamos a platicar cuando entró Fausto y la plática se hizo amena. Dijo que el periodismo debía ser un ejercicio cotidiano de planteamiento, de denuncia, de exposición de los problemas sociales con propuestas de solución. Habló como un maestro que alecciona a sus alumnos.

Nos despedimos con un abrazo y tiempo después volvimos a coincidir cuando el licenciado Rocha llegó a San Luis como candidato al Gobierno del Estado. Para entonces yo había escrito varias veces en mi columna que “a partir de ahora San Luis ve su futuro color de Rocha”. En su momento recibí instrucciones de publicar adhesiones a su candidatura “de la periferia hacia el centro”, porque Antonio Rocha se enorgullecía haciéndose pasar como nativo de la cabecera municipal de Cerritos, aunque yo siempre he sospechado que nació en Tierra Nueva y tuve un indicio cuando, siendo gobernador del estado, designó como presidente municipal de ese lugar a un sobrino suyo que llevaba el mismo nombre. Como era la costumbre, Rocha Miranda fue electo candidato del PRI y realizó la consabida campaña.

Otra plática ilustrativa

Ya era Antonio Rocha el candidato oficial bajo las siglas del PRI cuando Fausto me invitó a acompañarlo en la etapa de campaña que correspondía al mitin de apoyo que el sector campesino ofrecería al candidato en la cabecera municipal de Matehuala, a 200 kilómetros al norte de la capital del estado. Siguiendo la costumbre, el partido acarreó a cientos de priistas desde ejidos y comunidades del altiplano, que vito-reaban incansables al futuro gobernador.

Después de la cena Rocha nos invitó a Fausto ya mí a platicar en su cuarto. Fue otra reunión salpicada de consejos y anécdotas, pero ésta vez muy ilustrativa porque hablamos de política, filosofía, economía y de la problemática general del país. Don Antonio se declaró hegeliano y también nos confió su pensamiento social diciendo, por ejemplo, que todos debíamos de despojarnos de egoísmos y del sentido de propiedad para pensar más en el prójimo. Habló de justicia social y dijo, por ejemplo, “yo para qué quiero el agua de la presa si nada más me voy a tomar cuatro vasos diarios. En lugar de pensar en los bienes como propiedad debemos decir: el uso de mi dinero, el uso de mi automóvil, el uso de mi reloj, y así”.

Los tres manifestamos con libertad nuestras propias ideas, de tal modo que nos dieron las dos de la mañana y ninguno dábamos muestras de cansancio, pero fue Rocha quien nos despidió satisfecho de la charla. Pocas horas después fui el primero en llegar al sitio del desayuno, donde ya estaba el candidato con Antonio Madrazo, gerente de La Forestal; con el doctor Francisco Padrón Puyou, diputado federal, y con Juan Antonio Ledesma. El licenciado Rocha se levantó de la mesa y vino a recibirme diciendo de buen talante y con el tono de orador que lo caracterizaba:

—A ver cuándo me vuelve a desvelar como lo hizo anoche.

—Señor, es que su plática es muy interesante, respondí a manera de disculpa mientras le estrechaba la diestra. En ese momento se nos unió Fausto y desayunamos todos juntos.

Al final del desayuno, Fausto informó que debía regresar a la Ciudad de México por motivos de trabajo y todos salieron a despedirnos a la puerta del restaurante, donde nos esperaba el automóvil Mustang de Zapata, ya con el motor encendido. Unidos todos a las puertas del hotel, y a punto de emprender la marcha, Juan Antonio Ledesma le hizo una recomendación en voz alta al conductor:

—Vete con cuidado, Fausto, llevas una carga preciosa. El doctor Padrón asintió con un movimiento de cabeza.

Cuando llegamos al periódico le pedí a mi amigo que me esperara un minuto porque presentía lo que iba a pasar. En efecto, salí y le mostré la tira de papel que Juan José Rodríguez acababa de entregarme, imponiéndome una suspensión de tres días como castigo por haber ido a Matehuala. Después de leerlo Fausto me lo entregó diciendo:

—Si te sigue fregando le damos en la madre. Se refería a Ignacio Rosillo.

Ignacio Rosillo poderoso

Ignorante pero astuto y de carácter decidido, Ignacio Rosillo conoció el poder del periódico y supo ejercerlo. Hacia adentro se manejaba con obediencia y respeto incondicional ante el coronel José García Valseca, y al exterior sabía medir fortalezas y debilidades. Es posible que por estas razones me haya llamado a reincorporarme a la redacción cuando supuso que yo me aliaría con Juan Muñoz Silva en su contra. El caso es que me entregó la columna Prisma, de primera plana, y la redacción de la columna Ágora dominical, de plana entera.

Desde que nació *El Sol de San Luis*, don Nacho le dictaba la columna a Benjamín Wong. Bueno, eso de le dictaba es un decir, porque Rosillo era incapaz de hilar un párrafo con claridad, de modo que el amanuense debía arreglar prosodia y sintaxis sobre la marcha. En mi caso, jamás le permití que metiera su cuchara porque ni siquiera le informaba sobre los temas que pensaba escribir, y él me hizo el favor de respetar el material, carácter y estilo. Debo señalar que Rosillo nunca me dio una orden directa, porque siempre me decía: “Oiga, Marincito, le voy a suplicar que”, y me daba la orden; También usaba “le voy a pedir que”, y me impartía el mandato.

Como yo escribía mis notas o comentarios con plena libertad, a veces raspaba intereses de grupos o personas. No faltaba un compañero chismoso que me delatara. En esos casos los supuestos afectados acudían a hablar con el director y don Nacho escuchaba la queja con atención, luego chasqueaba los dientes y decía:

—¡Ah, qué Marincito, éste Marincito! Meneando la cabeza como si le preocupara.

Es de suponerse que con esa actitud se daba tiempo para medir la respuesta, porque luego de unos instantes prometía con aire decidido:

—Voy a hablar con él, y al cabo de unos segundos de aparente reflexión exclamaba:

—¡Pero el periódico necesita publicidad! Se sostiene nada más con la publicidad, no más de los anuncios.

—Sí, señor Rosillo, ¿y qué anuncio podemos poner?

—Bueno, tengo un paquete de veinticinco mil pesos que ustedes pueden aprovechar como una oferta especial y bla, bla, bla.

En una ocasión la secretaria de García Valseca envió a un hermano suyo a informar a Ignacio Rosillo que el coronel había ordenado hacer una auditoría al periódico. Rosillo sabía que tenía doscientos mil pesos en cartera vencida. La secretaria —creo que se llamaba Esperanza Salazar— le dijo también que su hermano estaba sin trabajo, y le pidió de favor que lo acomodara. Don Nacho lo incorporó a la nómina, pero como no desempeñaba ninguna tarea, se la pasaba comiendo en los restaurantes y tomando la copa con Ignacio Rosillo Rodríguez. Tanto que en una ocasión coincidimos en un restaurante; el hermano de la secretaria y yo salimos de pleito y nos salimos a pelear afuera del local. Él me insultaba diciéndome enano y yo ripostaba mostrando mi guardia y blandiendo los puños “pinche garapiñado”, porque tenía el cutis como granuliento. Chico Rosillo me suplicaba desesperadamente que evitara los golpes y finalmente accedí.

Antes de que llegaran los auditores, Rosillo me ordenó escribir un artículo atacando directamente al gobernador, después de que el mandatario le negó los doscientos mil pesos del problema. El mismo director me dio los argumentos que debía usar en el escrito, y al día siguiente lo publicó en la primera plana bajo el título de Editorial. El gobernador

Manuel López Dávila le envió el dinero y Rosillo cubrió por completo el monto de la cartera vencida. Ya no era necesaria la presencia aquí del hermano de Esperancita, así es que don Nacho debe haberle dado unos centavos para que se regresara por donde había venido.

El fotógrafo Miguel “el Tarro” Zárate Guzmán, me dijo cuando salimos a trabajar juntos después del incidente: “en San Luis hay dos gobernadores, compadre: el gobernador y el señor Rosillo”.

La sospecha y la envidia

El profesor Jorge Márquez Borjas y yo habíamos hecho una sólida amistad y me dispensaba toda su confianza. En su casa conocí a los mejores políticos del país en aquel tiempo. Él quería ser diputado y consideraba que había hecho los méritos suficientes, pero su partido le ofrecía una regiduría en el Ayuntamiento de San Luis Potosí. Abrumado por la frustración, trabajosamente contenía la ira cuando me describió la situación y me confió su decisión de rechazar el puesto, pero al cabo de una larga discusión, y como resultado de una firme insistencia de mi parte, logré persuadirlo de que aceptara la regiduría.

En política es un error quedarse fuera de la jugada, porque hay barcos que pasan una sola vez en la vida. La disciplina de partido es una virtud, aunque nos duela su rigidez. Esa disciplina parece arbitraria e injusta, pero es necesario acatar las reglas si uno quiere prevalecer. Fueron los argumentos que más le repetí al profesor junto con otros adecuados a las circunstancias. Lo visitaba casi a diario en el Internado Damián Carmona, del que era director. De él aprendí mucho de política y ésta vez no hacía sino aplicar sus enseñanzas. Después fue regidor.

Yo solía esperar sentado en un rincón a que me recibieran los presidentes municipales, porque el Ayuntamiento era una de mis fuentes. El profesor Márquez llevaba un rato en el balcón observando pensativo el tráfico de automóviles y personas hacia la calle de Los Bravo. Cuando me le uní, descubrí estacionado en la acera un hermoso automóvil color amarillo canario con el capacete blanco:

—¡Qué bonito carro! Exclamé con admiración.

—Se lo vendo, propuso.

—¡No!, ¿pos con qué?

—En abonos, me lo paga en abonos.

—¿Cuánto?

—Veinticinco mil pesos. Me da diez de enganche y el resto en abonos de quinientos pesos mensuales.

—Trato hecho.

Yo tenía un automóvil Plymouth modelo 1950 y acababa de comprar un Chevrolet 1937. Alguien necesitaba deshacerse de él porque no tenía dónde guardarlo y yo le ayudé. Le vendí el Plymouth a Miguel Zárate en siete mil pesos y la carcachita a David Neave en tres mil. Se hizo la operación y a nadie le conté nada, mis compañeros me colmaron de sospechas y críticas envueltas en un grueso montón de envidia. El lujoso automóvil del Chato Márquez era un Dodge Kinsway modelo 1957. Ahora de mi propiedad. Las críticas y calumnias de mis compañeros estaban en su apogeo y yo continuaba ignorándolas. No pedir perdón ni dar explicaciones eran parte de mi modo de ser. ¡Que digan misa!

Procurar la amistad del tiempo y cuidar la salud son los objetivos más valiosos, importantes y permanentes de la vida, “sabia virtud de conocer el tiempo”, pero no sólo para amar y desatarse, sino en todos los órdenes de la existencia, “porque el tiempo es buen amigo, buen amigo de verdad, porque paga y porque cobra, porque cobra y porque paga, porque quita y porque da”.

A finales de ese año se iniciaron las negociaciones entre *El Herald* y el sindicato para renovar el contrato colectivo de trabajo. Como es costumbre, el principal punto a discusión era el incremento salarial.

—No hay dinero, informó tajante Ramiro de la Colina a la representación sindical.

Mi situación en la redacción era tan tensa que llegó al extremo de que ninguno de mis compañeros me dirigía la palabra. Yo ya ni les saludaba porque nadie me contestaba. Al cabo de unos días de discusiones, la posición de la empresa era la misma, pero con excepción de Sergio Federico López ningún elemento de la redacción pertenecía al sindicato y Sergio, que siempre se mantuvo aparte, esta vez tampoco tomó partido. Tiempo después supe que en lo más agrio de las discusiones contractuales uno de los dirigentes del sindicato reclamó:

—¿Cómo van a tener dinero, si tienen reporteros consentidos a los que les pagan unos sueldazos!

—¿Como quién?

—Como Gregorio Marín.

El gerente mandó llamar al contador Zárate y le pidió los libros. Demostró que mi sueldo era el mismo que se pagaba a los demás reporteros: 13.50 pesos diarios. La representación sindical exigió una amplia explicación acerca de mis ingresos y la empresa les mostró los mismos libros de contabilidad: Gregorio Marín percibía el mismo sueldo que los demás, pero en ese año había cobrado treinta y cuatro mil pesos por concepto de comisiones de publicidad.

Desde antes de incorporarme al periodismo me dedicaba a vender anuncios. Comencé en la revista *Actualidad* en las oficinas de don Luis

Chessal, ubicadas en la planta alta de Iturbide 505, a ochenta pesos la plana. La revista era de don Federico Monjarás Romo, donde me dieron un block de órdenes de publicidad y me pagaban el veinte por ciento de comisión por cada orden entregada. Allí conocí a don Juan Muñiz Silva, don Emiliano Sánchez, la bella señora Esther Ortuño de Aguiñaga y otras personalidades. Yo tendría 16 años. Recuerdo que una vez conseguí vender la contraportada de la revista en un contrato por un año con el gerente de la cerveza *Tecate* en el estado. La señora María Esther Ortuño de Aguiñaga, quien fungía como administradora, me felicitó entusiasmada y exclamó:

—Ay, Marincito, me dan ganas de darle un beso.

La esposa de don Ignacio Aguiñaga, directivo de ferrocarriles, era muy guapa y de ojos verdes, pero a mi edad sólo me inspiraba admiración como señora y no como mujer.

La parte relativa a las discusiones contractuales y los reclamos sobre mis percepciones me la contó a detalle, tiempo después y espontáneamente, mi amigo Juan Palacios Pérez, uno de los trabajadores del taller en *El Herald* y en esos días integrante de la representación sindical. Yo lo ignoraba todo. Supe también que cuando le llevaron el chisme acerca del automóvil a don Juan Muñiz, con toda la mala leche que caracteriza a muchos potosinos, mi maestro de periodismo comentó, decepcionado: “¡Es un vividor!”. Su comentario me causó mucho dolor y vergüenza, pero yo no comenté nada, como de costumbre.

Mi situación cambio por completo cuando llegó don Rodrigo Villasana como director de *El Herald* y a los pocos días me llamó a la dirección donde a puertas cerradas me platicó en tono amistoso:

—Sus compañeros no lo quieren, pero es por envidia. Me platicaron que usted recibe dinero de Leobardo González (esposo de doña Soledad Torres Arpi), del doctor Padrón, del señor Hopper,

del gobernador y hasta de Fidel Castro. Ya investigué y nada es cierto. Lo que sí es cierto es que usted es amigo de Martínez de la Vega y, para mí, esa es su mejor carta de presentación. Siga trabajando como hasta ahora y no se preocupe por lo que digan sus compañeros.

A partir de ese día mis notas volvieron a ocupar las ocho columnas cuando lo valían, como antes.



El auto de la envidia, un Dodge Kingsway modelo 1957.
Vehículo de mi propiedad, que me había
vendido "el Chato" Márquez.

Se bifurcan los caminos

Cuando ambos éramos reporteros en *El Heraldo*, Fausto me propuso formar un grupo político para que él alcanzara un cargo público y jalara a los demás hasta llegar juntos a puestos de relevancia. Le respondí: “Fórmenlo ustedes, yo sigo en el periodismo”.

Desde que Fausto se fue a trabajar a México, nos mantuvimos en contacto. Yo lo visitaba en el periódico *La Prensa* donde hice buena amistad con el reportero Andrés Razo. Después de que Fausto me presentó con Mario Santaella, el presidente de la cooperativa y director del diario, me platicó que era el tipo más hipócrita que había conocido en su vida. En otra ocasión me dijo que ya estaba escribiendo una columna con temas políticos y posteriormente vino a San Luis y me pidió que lo llevara con los principales navistas y sostuvo interesantes entrevistas con Salvador Nava, David Lozano, Carlos González Ramírez, Salomón H. Rangel y otros. En su columna mencionaba a un “señor mala lengua” como su informante.

Vino a casarse aquí con Carol Miller Salazar, reportera de la *Revista Life*. La ceremonia tuvo lugar a las siete de la noche en el Baptisterio de San Francisco, de donde Gustavo Sandoval, Memo Marx y dos o tres amigos más nos trasladamos al estudio fotográfico de Sergio Vallejo, donde los recién casados se tomaron la foto de la boda. Sergio le puso un cajoncito a Fausto para que se subiera en él porque era más bajito que la novia. Luego hubo una cena familiar en casa de don Fausto y la maestra Conchita Loredo.

Fausto continuaba su carrera en ascenso y siempre que tenía una oportunidad y venía a San Luis, me buscaba y platicábamos sobre la situación política potosina y chismes en general acerca de amigos y conocidos. San Luis es un pueblo de chismorreos. En una de mis visitas a la Ciudad de México me invitó a comer a su casa en la calle Tintoreto, y Carol y yo platicábamos mientras él se duchaba. Ella se sentó en el suelo frente a mí junto a su gatita siamesa que no se movió para nada, tenía puesto un sencillo sari que le sentaba bien. Cuando Fausto salió del baño ella le informó regocijada:

—¡Habla muy bonito!

—¡Claro, vieja, es mi maestro!

Comimos oyendo buena música y al final le pedí que me regalara un disco de Joan Báz que estuvimos escuchando. Ella protestó cuando Fausto lo tomó y me lo entregó, pero él le prometió reponerlo. Le di las gracias al mismo tiempo que me acordé de que él se llevó un disco de nuestro departamento de solteros grabado con la orquesta de Juan García Medeles que, entre otras melodías, ejecutaba *La vida en rosa*. Era mío y me gustaba mucho.

Durante una Feria Nacional Potosina, Fausto llegó a mi casa acompañado de un grupo de amigos: Gustavo Sandoval, Guillermo Marx, Leopoldo Stevens y los hermanos Martínez Ita. Nos tomamos dos botellas de whisky y nos fuimos todos apretujados en mi lujoso Kingsway a la feria, que en ese tiempo se desarrollaba en la Alameda Juan Sarabia. Fue una animada francachela.

Tras el “destape” de Rocha vino por mí para viajar juntos a Matehuala y aplaudir al candidato en la asamblea del sector campesino del PRI. Fue cuando platicamos Fausto, Rocha y yo hasta muy entrada la madrugada y con don Antonio se declaró hegeliano.

—A ver cuándo me vuelve a desvelar como lo hizo anoche, me dijo don Antonio levantándose de su lugar para venir a mi encuentro cuando yo entraba al restaurante del motel Las Palmas. Él estaba desayunando con el gerente de La Forestal, Antonio Madrazo; el diputado federal y delegado del Seguro Social, doctor Francisco Padrón Puyou y el licenciado Juan Antonio Ledesma.

—Es que su plática es muy instructiva y amena, respondí yo mientras estrechaba su mano. En ese momento se nos unió Fausto. Los caminos se habían bifurcado pero las vidas eran paralelas.

Muñiz intentó suicidarse

Yo estaba suspendido en *El Heraldo*, —que es una forma de castigo inventada por los patrones—, como resultado de una maniobra que yo supongo fue represalia del jefe de información porque no le presté cinco mil pesos. Por eso no me di cuenta de que Juan Muñiz Silva trató de quitarse la vida cortándose las muñecas de ambos brazos en una cantinucha bajo los efectos del alcohol.

Muñiz escribía una columna diaria en la edición vespertina de *El Sol de San Luis* en la que copiaba las cabezas de la edición matutina haciendo gala de mucha agudeza mental interpretando la noticia de tal modo que exageraba su significado y alcance. Por ejemplo, en nuestros días hubiera copiado la cabeza del siguiente modo: “Ejército y Marina exhiben aviones y helicópteros en el zócalo”. Su comentario habrá sido el siguiente: “Son ejercicios militares para evitar que grupos de descontentos vuelvan a ocupar el lugar”.

Era previsible que la empresa reaccionara drásticamente despidiendo al columnista al cabo de unas semanas y por órdenes superiores. En mi primer libro hablo de que *El Sol de San Luis* siempre ha sido gobiernista.

De las oficinas de la policía llamaron al periódico para informar del suceso y Joaquín Rocha, el reportero de la fuente, transmitió la noticia a la cronista de sociales María Elena Becerra, buena compañera de todos y amiga de Muñiz Silva, por lo que ambos se trasladaron de inmediato a la cantina, que estaba a cinco minutos de distancia y consiguieron una ambulancia que trasladó al periodista a un hospital y le salvó la vida.

Yo lo ignoraba todo, pero unos días después del incidente coincidí en un bar con Muñiz Silva y otro compañero me relató lo sucedido. Ahora no lo recuerdo, porque escribo varias décadas después, pero el compañero pudo haber sido el mismo Rocha. Lo que sí recuerdo con plena claridad es que don Juan trató de justificarse conmigo diciendo:

—¡Es que tú no sabes lo que es llegar a la casa el sábado con las manos vacías!

Porque don Juan Muñiz Silva era un periodista honesto y nunca tuvo otro ingreso pecuniario que no fuera su sueldo, con excepción del cochupo que Gonzalo Santos les enviaba a él y a Monjarás por conducto del ingeniero González. —No hay razón para aceptar una “mordida” que no te va a resolver ningún problema, nos había dicho años atrás a Salvador García Moreno y a mí, cuando rechazó los 20 pesos que un empresario nos ofrecía como regalo al despedirnos después de una entrevista.

Con el patrocinio del mismo empresario de la “mordida”, según me enteré días después, Juan Muñiz Silva publicó un pasquín donde denunciaba la injusticia de su patrón y, cuando éste se enteró de que nos reunimos y platicamos en el bar, me mandó llamar y me ofreció empleo con notables ventajas, incluido el encargo de escribir la columna “Prisma”, de primera plana.

Rosillo me invita a trabajar

No recuerdo cómo fue que coincidimos en el bar *El Pinín* Muñiz Silva y yo a los pocos días de que lo despidió Ignacio Rosillo y de que él trató de quitarse la vida cortándose las venas de las muñecas en la cantina *El Radio*. Lo que sí recuerdo es que Muñiz me obsequió un ejemplar del periodiquito que publicó con el apoyo financiero de don Cenobio Meza Pacheco, hombre trabajador y honrado que hizo una pequeña fortuna como bracero en Estados Unidos y compró el Hotel Jardín en

la calle Los Bravo, frente al Jardín Escontria y la terminal de camiones de Los Altos, transporte foráneo de pasajeros que administraba don Santiago Padilla.

Don Cenobio nos enseñaba una credencial de sargento revolucionario y criticaba al rico empresario Filiberto Herrera de la Rosa porque, después de ser telegrafista en un tren villista, años después consiguió un nombramiento de mayor del Ejército Mexicano. Como yo publiqué la noticia, don Cenobio me echaba en cara que hubiese hecho hincapié en el grado de mayor y me decía que el señor Herrera era “mi mayor”, pero “mi mayor chingón”. Para estas fechas don Cenobio había construido con sus propias manos otro hotel en el municipio conurbado de Soledad y era feliz protegiendo y estimulando a los periodistas. Llamó al nuevo establecimiento *Motel Jardín*. En una ocasión fuimos a saludarlo don Juan Muñiz, Salvador Emilio y yo. Al despedirnos después de tomar un refresco, el viejo albañil y próspero hotelero nos ofreció un billete de veinte pesos a cada uno. Muñiz y yo declinamos pero Salvador Emilio arrebató los tres billetes y cuando salimos don Juan recriminó al compañero y él se limitó a comentar guardándose el dinero:

—Todo lo que escurra es miel.

Debo mencionar, no obstante, que por la amistad y el respeto que me unían a don Cenobio, cuando yo tenía todo listo para viajar a Cuba la primera vez acudí a informarle del asunto y me preguntó:

—¿Cuántos días va a estar en Cuba?

—Nueve.

Don Cenobio, quien durante la huelga de estudiantes universitarios enviaba por conducto nuestro, pan y comida a los huelguistas, igual que lo hacía Miguelito Ishima y que introducíamos por la puerta de Arista, sacó varios billetes de un dólar y contó:

—Uno, dos, tres, cuatro ... hasta llegar a nueve y me los entregó diciendo:

—Estos son para comer, uno cada día porque se va a dormir en el *Hotel Cuatro Vientos*, allá hace calor.

Pues bien, don Cenobio pagó la edición del periodiquito de ocho páginas tamaño revista, en el que Muñiz Silva hacía señalamientos en contra de Ignacio Rosillo, llamándolo explotador, negrero, ignorante y otros epítetos por el estilo. Por supuesto, hacía extensiva su queja al coronel José García Valseca.

Seguramente Rosillo se enteró de mi encuentro con Muñiz Silva porque me mandó llamar y me ofreció trabajo. La nueva relación resultó muy fructífera porque me tomé la libertad de presumir cuando platicamos en su casa diciéndole que estaba adquiriendo “buena pluma, buen muchacho”, pero no espere que a todo le diga que sí.

Me asignó las “fuentes patronales” y la columna “Prisma”, que solía dictarles a otros compañeros pero a mí me dejó el espacio libre, sin su intromisión. Estaba tan satisfecho con mi labor que a las pocas semanas me hizo acompañarlo a Guanajuato y a una entrevista con el gobernador Juan José Torres Landa, quien estaba atrasado en sus pagos de publicidad y se puso a mano con gran satisfacción de la dirección general, que nombró a Rosillo director regional.

El día anterior a la entrevista con Torres Landa me encontré por casualidad en la calle con Aniceto Silva Segura, excelente compañero y gran amigo, quien me mostró un periodiquito que él hacía para la Confederación de Trabajadores de México de allá. Nos despedimos efusivamente porque hacía años que no nos veíamos. Yo aproveché la entrevista con el gobernador y, al despedirnos, le recomendé a don Aniceto Silva y después supe que Torres Landa, excelente gobernador,

lo nombró jefe de Prensa del Gobierno de Guanajuato. “Cheto” nunca se enteró de mi intercesión.

Se ofreció para matarme

—Ése es el que te iba a matar, me dijo al oído el fotógrafo David Neave, señalando con la mirada a un hombre gordo, muy moreno, de baja estatura, labios y anteojos gruesos. Tengo la idea de que era inspector de comercio o comandante de policía, pero en la delegación de Bocas. Nunca me importaron las amenazas ni los hechos.

Yo era un adolescente y trabajaba de mozo en una cantinucha de barrio a una cuadra de la Quinta Tamuín cuando Salvador González, uno de los caballerangos de Gonzalo Santos, en estado de ebriedad, me puso el cañón de su pistola en el pecho y estaba a punto de jalar el gatillo cuando mi patrón, don Cuco Estrada, le llamó la atención pero, “ya encarrerado el ratón”, Salvador disparó su arma hacia arriba y agujeró el techo. Luego, bajando el tono de la voz y como le habla un padre a su hijo, don Cuco reconvinó al joven, que siempre iba a la cantina con don Frumencio, otro caballerango ya viejo; pero esa vez Salvador andaba solo.

Ya conté que como reportero de policía recibí amenazas directas de elementos que se sentían ofendidos por mis notas; y que una vez los jefes policíacos Gustavo Rodríguez y Efrén Ramos Rico me encerraron en un cuarto de torturas y dispusieron los elementos acostumbrados para los “interrogatorios”. Me jalaron las ropas y hacían silbar en el aire una varilla de acero forrada de cuero con la que golpeaban a los detenidos. Desistieron cuando vieron que yo no me arredraba. Gustavo Rodríguez fue asesinado en una cantina.

En una ocasión y en tono amenazante, Tomás López Flores, pistolero de Gonzalo Santos y en esos días jefe del Servicio Secreto, me enseñó

su Colt .45 y las calaveras grabadas en el cañón. Me hizo que las contare, eran 18 y me explicó que esos eran los muertitos que llevaba en su cuenta como matón.

Enrique Villegas Montes me agredió una vez en la calle temprano, atribuyéndome la autoría de una nota que escribió Heriberto Corpus en la que lo señalaba como arbitrario o corrupto.

El jefe de Estado Mayor de la Zona Militar publicó un desplegado en un cuarto de plana acusándome de mentiroso por una información que muy probablemente él le dio a Miguel Mora sin estar autorizado para hacerlo. El militar estaba tan enojado que hasta me insultaba diciendo que mi estatura moral se correspondía con mi baja estatura física (mi amigo y compañero Morita es de mi estatura: un metro con sesenta centímetros, máximo).

Tampoco me asusto de buenas a primeras. En una ocasión el licenciado Santiago Vivanco, a la sazón Secretario de Desarrollo Económico del Gobierno del Estado, me invitó a viajar a Charcas, yo como reportero, él con la representación del gobernador Francisco Martínez de la Vega, a la inauguración de la feria del lugar, en su avioneta Cessna XEBIB, y cuando volábamos a unos ocho mil pies de altura, platicando, repentinamente sacó la llave del switch y, sonriendo, se me quedó mirando durante unos instantes. Luego metió otra vez la llave del motor y me dijo, tranquilo: —Nada más quería ver qué cara ponía. Con el motor muerto el desplome era inevitable. El licenciado Vivanco, potosino muy inteligente e hiperactivo, era también un hombre temerario. En una ocasión fuimos a México en su automóvil cuando la carretera tenía sólo dos carriles y él hizo tres horas y media hasta el bosque de Chapultepec. Rebasaba tocando el claxon cinco veces como si dijera “cinco arbolitos” mientras Alfonso Herrera, Chito Díaz Infante y Rodolfo Estrada se acurrucaban en sus asientos sin atreverse a reconvenir al piloto.

Yo tampoco pronuncié una palabra. El automóvil era un Oldsmobil de ocho cilindros y estructura metálica. En esta ocasión que les cuento del vuelo rumbo a Charcas, esperó allegar a un claro en el semidesierto potosino, y ya sobre el terreno, hizo un tirabuzón en el aire y aterrizó en apenas cien metros. Muchos años después se suicidó.

En muchas ocasiones sobreviví a numerosos peligros, como cuando viajaba en el “tren de auxilio” para obtener la información de un descarrilamiento en plena oscuridad, chapoteando en el aceite derramado de la locomotora y entre los cadáveres de la tripulación. En los incendios me metía entre las llamas y las mangueras de los bomberos buscando un punto de referencia para encontrar la causa del siniestro.

Ahora, cuando David Neave Torres, antes mi compañero como fotógrafo del periódico y ahora empleado del Ayuntamiento, me señalaba al pistolero que se ofreció para matarme en desagravio de alguna ofensa que a juicio suyo le hice al presidente municipal, me limité a mirarlo con indiferencia. Ya antes David me había contado cómo se frustró el asesinato y fue de la manera más simple: el pistolero y su cómplice se equivocaron de domicilio.

Margarito Ledesma

Cuando leí el libro me sentí fascinado como sucedió en los tiempos de mi niñez con el Cri-Cri pedagogo, moralista y sencillo. Ahora me topé con un autor ingenuo, romántico y claridoso como Margarito Ledesma, profundo enamorado del arte, de la mujer y de Chamacuero, Guanajuato. En su libro repite que su deseo más ardiente es morir “en esta bendita tierra que me vio nacer y donde vi la luz primera”.

Ama tanto y con tan gran fervor a Chamacuero que reclama para ese pueblo el título de “Cuna de la Independencia” porque una vez estuvo allí el cura don Miguel Hidalgo y Costilla y “mientras disfrutaba de una sabrosa tamalada que le ofrecieron las familias del lugar, vio que la corriente del río de la Laja corría libre y sin mucha resistencia” y ante esa vista “comenzó a nacer en la mente del libertador la idea de lograr la independencia para los mexicanos”.

Sólo en dos ocasiones salió Margarito de su pueblo con un profundo dolor en su corazón. Primero cuando tuvo necesidad de acudir a un juzgado en la cabecera del distrito judicial, en Celaya y, posteriormente, para pagar una manda a la virgen de San Juan de los Lagos porque salió con vida de un accidente en el excusado de su casa. La ausencia más prolongada fue de ocho días.

Honesto en extremo, Margarito le envía su manuscrito al editor y le informa que de su inspiración ha escrito “una hermosa poesía” o “una agradable composición”. Confiesa que en algunos casos contó con la ayuda y las correcciones de Pancho, el secretario del Juzgado Único municipal, pero ya en el cuerpo del libro menciona también

a sus compadres Bardomiano Muñoz y Antonio Magaña como sus asesores literarios.

Se queja de los “envidiosos” y “lenguas largas” del pueblo, pero comienza su obra advirtiendo:

*No me importan las burlas de los necios.
Ni las burlas y habladas de algún tonto,
pues siempre a los combates estoy pronto
llevando como lanza mis desprecios.*

El prólogo del libro fue escrito por el licenciado Leobino Zavala y fechado en San Miguel de Allende, Guanajuato, el 28 de junio de 1920, aunque se añade otro prólogo de su compadre Melitón Palomares, que a la letra dice: “Mi compadre Margarito es de lo mejorcito que tenemos por estos rumbos para eso de hacer versos. Mucho que le entienda a eso y es reteestudioso y es un hombre de muy buena voluntad y muy caritativo y muy alegador, que defiende mucho al pueblo desvalido y quiere mucho a esta población y, además, es mi compadre muy estimado y por eso no puedo negarme en hacerle este prólogo, pues él porfió mucho que se lo hiciera y que se lo hiciera, y lo hago con mucho cariño, aunque salga mal, solamente por darle gusto a mi señor compadre y fiel amigo. — Su inútil y seguro servidor, Melitón Palomares. — Una rúbrica”.

Me costó trabajo obtener el permiso de mi director pero al cabo pude viajar a Guanajuato y entrevistar al licenciado Leobino Zavala, quien no sólo me autorizó a publicar lo que yo escogiera de la obra de Margarito, sino que me proporcionó fotografías originales suyas y del poeta.

A continuación algunas muestras:

Margarito Ledesma
(Humorista involuntario)
Poesías

La partida

*Adiós, Chamacuero hermoso,
Id., rincón bendecido,
tú que fuiste el humilde nido
del aguilucho poderoso.*

*Adiós, paraíso encantado,
vergel de sabrosas limas,
a ti van mis humildes rimas
hoy al partir de tu lado.*

*Con el alma entristecida
y el corazón acongojado,
hoy me alejo de tu lado
como el que pierde la vida.*

[...]

El regreso

*¡Salud, Chamacuero hermoso!
¡Id., rincón bendecido!
Otra vez vuelvo a este nido,
feliz, contento y dichoso.*

*Al partir, los fieros males
me hirieron con mucho anhelo
y lloré sin un consuelo
en el Empalme de González.*

[...]

*Pero donde mi alma cobarde
tuvo la mayor batalla
fue al apearne allá en Celaya
como a las seis de la tarde.*

Remembranzas

*Para Jesusita Sánchez
"Amorosamente"*

*Tus ojos son dos globos de topacio,
que se ven relumbrar desde muy lejos
y que echan resplandores y reflejos,
cual la iluminación de algún palacio.*

*Tu boca es de esas urnas celestiales
resguardadas por angélicas milicias,
y bastante ajuariadas de delicias,
como la miel de los panales.*

[...]

*Cuando miro tu cuerpo, no vacilo:
clarito veo que un parecido toma
al de la Venus que fundió allá en Roma
un escultor que se llamaba Milo.*

[...]

Margarito Ledesma suele enriquecer sus temas con anotaciones al pie de página, como la que se transcribe a continuación:

Yo calculo que el mero nombre de este escultor ha de haber sido Emilio y que sus amigos y conocidos le han de haber dicho Milo por puro cariño, como aquí le dicen Lalo a don Ulalio el maicero. Yo, francamente, no hallaba qué hacer, y al fin me decidí a decirle Milo [...] no vayan a pensarse que soy muy ladino y que nomás me gusta andar de igualado y confianzudo con las personas [...]

Horas de pasión

Para Macrina

*Era una noche silenciosa y fría,
el trueno con su ruido ensordecía
y se oía por dondequiera
la música callejera
del fuerte aguacero que caía.
Se sentía un fuertísimo calor,
el calorón que anuncia las tormentas,
y descargas eléctricas violentas
caían alrededor.*

*Todo callaba, todo estaba quieto,
y sólo por momentos
se veían los relámpagos violentos
de aquel aguacero tan escueto.*

*No había faroles en la población,
todo estaba apagado, todo en calma ...
sólo yo aquí, adentro de la alma,
miraba una gran iluminación.*

*¡Sí!... La iluminación de la ventura,
la iluminación de la dicha y el placer,*

*porque yo tanteaba que aquella mujer
tenía que amarme con locura.*

[...]

*Y entre aquel aguacero tan espeso,
en medio de aquella noche tan oscura,
se oyó una demostración de ternura,
es decir, el tronido de un beso.*

*Y otra vez nuestros labios se juntaron
para darnos otro beso.
Yo se lo di en el pescuezo,
y entonces... ¡la llamaron!*

Sic transit gloria mundi

Para una ingrata

*Te amé, te amé; mi amor era infinito
y cuando de mí dudabas,
¿te acuerdas...? Me preguntabas:
—¿Me quieres mucho, Margarito?*

*Te amé, te amé con embeleso
y tú deveras me amabas,
pues yo te pedía un beso
y nunca me lo negabas.*

*¡Mas todo en vano... !
Hoy, con mi paño en la mano
y bastante decepcionado de la vida,
te veo y te digo: —¡Adiós, mi vida!*

Copié estas estrofas sólo para justificar la transcripción de la consabida nota, que dice: “Don Nacho el de la botica fue el que me aconsejó que le pusiera este nombre. [...] siempre me entró algo de recelo; pero ni modo de negarme porque mucho me porfió y me porfió [...] si al caso resulta que no está bien el letrado, para que sepan quién tiene la culpa [...]”.

Infame traición

*Yo quisiera que hubieran visto aquello,
para que vieran lo que es una traición.
Me dejó la alma casi sin resuello
y todo avejigado el corazón.*

*Todavía la noche antes del suceso,
sin creer que iba a jugarme esa cautela,
estuvimos los dos junto a la escuela,
platicando nomás y beso y beso.*

*Y al otro día, que amaneció llovido,
muy tempranito en la mañana supe
que con un tío del Güero Guadalupe,
la misma madrugada se había hullido.*

*¿Qué les parece? Sentí tanta muina
que hasta quería la tierra me tragara,
ya ninguno le quise dar la cara
y me fuí a soterrar a la cocina.*

[...]

La nota explicativa dice: “Hace mucho tiempo que sucedió esto, y los más ya ni se han de acordar de tan triste suceso; pero, como ya me lo es-

peraba y lo anuncié en mi poesía, siempre volvió la ingrata el día menos pensado, toda trasijada, socrosa y mal vestida. Y todavía tuvo el descaro de quererme encandilar de nuevo; pero... ¿dónde ven?”

Las elecciones

*Yo no había visto elecciones
como las nuevas de ayer:
Gritos, palos, mojicones
y pedrazos a más ver.*

*¡Las urnas de votaciones
no eran urnas ni eran nada,
pues eran unos cajones
con la tapa desclavada.*

[...]

*A todos los que votaban
en contra del candidato
mucho que los carniciaban
pasando así muy mal rato.*

*Y todo fue para nada
porque, echando maldiciones,
llegó al fin una parvada
y se robó los cajones.*

*Pues llegaron los malditos
nomás de golpe y porrazo,
echando pedradas, gritos
y hasta uno que otro balazo.*

*Y de estos modos tan tristes
se acabó la función.
La verdad, para esos chistes
mejor que no haya elección.*

Nota: “Ni tantito así me cuadraron esos nuevos modos de elecciones. Todo el santo día se lo pasaron grite y grite y dícese y dícese cosas, sin asunto mayor, y hasta dicen que don Ambrosio manumitió a uno de los Olalde y le sacó la sangre de las narices nomás porque era del otro partido. Yo, al ver esos destorlongos, pensé ponerle un ocurso a la autoridad [...], pero como calculé que no habían de hacerme caso, urdí mejor poner esta fuerte poesía, para ver si así les cala tantito [...]”.

El trovador

*Para mi buen amigo el simpático don Bruno, como recuerdo
de nuestras paseadas.*

*Soy trovador ardiente.
Siempre traigo en la frente
un sies noes de inquietud.
Soy trovador altivo
y siempre ando muy vivo
entre la multitud.*

*Mis lánguidas canciones
producen emociones
y son como la miel,
y con mis dulces versos
asusto a los perversos
y les redamo la hiel.*

*A las hermosas damas
les pregunto: “¿Me amas?”,
y ellas responden: “¡Sí!”;
y, con amor ardiente
me acarician la frente
con mucho frenesí.*

*Todititas me buscan,
pues mis versos ofuscan
y dan harto esplendor;
y yo, siempre altanero,
sólo saco mi acero
por mi dama y mi honor.*

*Así sigo el camino,
desafiando al destino
al són de mi laúd,
altanero y altivo,
pero vivo, muy vivo,
entre la multitud.*

Nota: “Esta hermosa composición que lleva el escogido título de *El trovador*, fue revisada, corregida y aumentada, así como recogida en algunas partes, por otro pujante poeta de altos vuelos de esta misma bendita tierra que me vio nacer y donde vi la luz primera, a quien le vivo muy agradecido, tanto por ese favor como también por haberme ayudado a hacer esta nota, y cuyo famoso nombre no lo miento aquí por habérmelo suplicado muchísimo el interesado [...] quiero de todos modos que conste y figure esta declaración para que, mañana o el pasado, no vaya a resultar algún envidioso malalma, de esos lenguas largas que nunca faltan y más en poblaciones chicas como esta bendita tierra que me vio nacer y donde vi la luz primera [...]. Y también quie-

ro que conste [...] el trabajo que le dio corregirme esta hermosa composición, pues duró como dos meses y [...] le quitó bastantes palabras y le puso otras, [...] y por todo eso le estoy muy agradecido. Gracias”.

A Juan Silvete

*En su viaje a esta bendita
tierra que me vio nacer.*

*Cuando empezaron los murmullos
de que venía el gran Silvete,
todos estaban en un brete
y hasta decían: ¡Esos son chanchullos!*

[...]

*Pero que al fin, señor de mi alma
se llegó siempre ese gran día,
y allí en la orilla de la vía
a Juan le dimos nuestra palma.*

[...]

*El indio, tieso y muy gargoso,
con un vestido muy planchado,
dio cuatro vueltas en el coso,
como caballo alborotado.*

*Cuando se asoma el primer miura,
Juan se le hincó como en el rezo,
y que lo agarra del pescuezo
y que lo tumba en la basura.*

*Luego, enojado el cornupeto
con mil trabajos se levanta
y al ver al indio, hasta se espanta
de verlo hincado y quieto, quieto.*

*y Juan, con ojos muy ufanos
como diciendo: “¿De qué tratas?”
que se le mete por las manos
y que le sale por las patas.*

[...]

*Aquello fue el sanseacabó,
todos torteábamos las manos
y don Procopio el de “Los Llanos”
hasta la blusa le aventó.*

*Luego agarró los reguiletos
y con mucha arte y mucho aplomo,
que va y que le arde todo el lomo,
banderillándolo con cuetes.*

*Luego llegó la hora suprema,
cuando se sabe lo que es bueno,
y entonces Juan, con mucha flema
se paró enmedio, muy sereno.*

*y que se quita la montera,
y que la avienta entre las gradas,
y aquello fue una torteadera
como si fueran cachetadas.*

[...]

*Y luego al fin, con mucha miga,
al pobre toro dejó tieso
de una estocada en el pescuezo
que le salió por la barriga.*

*Y entonces todos muy de acuerdo
con estocada tan pareja,
hasta le dieron una oreja,
para que la alce de recuerdo.*

[...]

Nota: Esta hermosa poesía me ha dado muchos calentaderos de cabeza, pues no faltan envidiosos que nomás la critican y la critican y dicen que no es cierto que Silvete se quitó la chaqueta y se la aventó a don Santiago, que lo que le aventó fue el capote de pasearse, y que no es cierto que se le metió al toro por las manos y le salió por las patas, que fue un cambio de rodillas, y que no eran miuras, que eran toros del rancho de San Elías, y que la oreja no se la dieron para que la alce de recuerdo, sino que ese es la costumbre cuando quedan bien, y que yo no entiendo nada de toros, y que nunca he visto nada, y que soy ratón de un abujero (sic), que nunca ha salido de aquí y que por eso no entiendo nada ni he visto nunca nada y otras muchas cosas y críticas que no vienen al caso y que para qué se las digo, pues ya todos las saben.

Es muy cierto que yo no sé nada de toros y que es la primera corrida que veo y que nunca he salido de esta bendita tierra que me vio nacer, ni tampoco pienso salir, aunque le pese a muchos, pues ya saben que aquí pienso morirme de viejo o de alguna otra enfermedad; pero yo digo las cosas como las vi, [...] y yo vi clarito que Juan Silvete se le metió al

toro por las manos y le salió por las patas, hincado y como gateando, y también vi que le aventó a don Santiago una chaqueta grande que traía cobijada como sobretodo, y si vi mal porque estaba muy lejos o porque tengo mala vista, yo no tengo la culpa y eso no quiere decir que eche mentiras; y tocante a las demás críticas, pues era mejor callarme y no decir nada; pero no quise quedarme callado para que no vayan a creer que soy más tonto de lo que piensan y que me quedé callado por eso.

Y, por otra parte, no puedo cambiar el argumento de mi poesía porque así se la mandé regalar a Silvete, y si se la pido que me la devuelva de nuevo, dirá que si andamos jugando o qué [...]. Entonces, de qué se admiran.

Mejoras materiales

Para mi hermoso pueblo

[...]

*Si de noche los coyotes
quieren meterse a las huertas,
hay que cerrar bien las puertas
y tener buenos garrotes;
y si el remedio no basta
y quieren cenar gallinas,
que les pongan una pasta
compuesta con estrigninas.*

*Si en la calle los borrachos
siguen con sus orinadas,
que paguen unos muchachos
que les avienten pedradas;
y si ni así se moderan*

*y obligarlos es preciso,
entonces, ¿para qué hay cárcel?
Yo creo que por algo se hizo.*

*Y si los presos se saltan
por las bardas del corral,
llevándose el nixtamal
y muchas cosas que faltan;
que al meterlos al encierro,
en vez de darles petates,
los amarren con mecates
y les pongan allí un perro.*

*Si los gendarmes se embriagan
con mezcales y aguardientes
y los faroles se apagan
y se testerean las gentes;
un remedio convendría
que da muy buen resultado:
¡Que presen la policía
y quiten el alumbrado!*

*Si del kiosco de la plaza
se caen los músicos luego,
mejor que le prendan fuego
y se vayan a su casa [...]*

*Hay otras muchas mejoras
que pide la población
y que, por poca atención,
hasta hoy sólo han sido piores,
y que, según he sabido,*

*aunque alguien haga espamentos,
sólo por puro descuido
no hacen los Ayuntamientos.*

Historia fatal

¡Tan, tan, tan!

—¿Quién toca en el zaguán?

—¡Yo!

—¿Quién es yo?

—¡Margarito!

—¿Cuál Margarito?

—¡Ledesma !

—¡Lárguese de aquí, que no lo necesito,
y no vuelva en toda la Cuaresma!

*Así pasó la historia, se los juro;
así sucedió todo.*

*Sólo malas razones y mal modo
fue lo que me saqué del triste apuro.*

*Yo iba tranquilo, con mi pecho sano,
como todo un caballero,
no a pedirles favores ni dinero,
sino a pedir su mano.*

*Y ya hasta me encontraba aprehendido
para comprar las donas,
pues no esperaba ser mal recibido
por aquellas personas.*

*Ni pensé fuera infiel y engañadora,
como al fin sucedió,*

*pues a la hora de la hora
ella misma fue la que me corrió [...]*

*[...] y yo sentí como si fuera un can
que le prenden un cuete.*

[...]

*No quiero mentar nombres ni dar quejas,
ni verla ni acordarme de aquel hecho.
Cuando la veo se me adultera el pecho
y empiezan a zumbarme las orejas.*

*Supe después que se casó muy pronto
con cierto rancherón boca de palo
que dicen es ya viejo, feo y tonto [...]*

*Que, cuando anda bebido, se avalienta
[...] que a la mujer la sanjuanea de un hilo
y luego hasta los oídos le revienta.*

[...]

*Pero eso sí les digo, porque es cierto
y hasta les puedo presentar testigo,
que en este mundo hay premios y castigos
y que Dios no se ha muerto.*

*Y no crean que por este sucedido
le agarre algo de tirria a Chamacuero.
Aquí me puso Dios, aquí he vivido
y aunque a muchos les pese, aquí me muero.*

El ínclito poeta de “la tierra que me vio nacer y donde vi la luz primera” dedica una poesía “al gran Napolión” y a otras tragedias amorosas, pero también escribe una poesía en desagravio a Carmelita, porque en la ceremonia de su coronación como Reina del Carnaval, un oscuro poeta y el orador oficial se dirigen a ella diciéndole señora, “delante de toda la gente, cuando todos sabemos que no es casada”; menos mal que ella disimuló tan grave falta gracias a su buena educación.

En lugar de una nota, yo termino este hermoso recuerdo y la copia de tan bellas poesías de don Margarito Ledesma, haciendo una sentida exhortación a mis paisanos de San Luis Potosí, rogándoles que hagan un esfuerzo para sentir tanto y tan fuerte amor por nuestro estado como Margarito Ledesma lo sintió siempre por Chamacuero de Comonfort. Ese sería el premio más hermoso a mi trabajo. Gracias.

Una aventura empresarial

Antonio Rocha era el gobernador del estado cuando cubrí un evento que tuvo lugar en la planta alta del café *La Parroquia*. Mi posición profesional era muy sólida pero yo no tenía conciencia de ello. La gente me respetaba y me temía por la contundencia de mis escritos pero yo lo miraba como algo perfectamente normal y natural, de modo que yo correspondía con respeto y buen ánimo a sus elogios sin darles importancia. Entre los asistentes se formó un grupo en el que estaban los licenciados Félix Dauajare Torres, Jesús Medina Romero y Adalberto Noyola Vázquez, y los ingenieros Gonzalo Martínez Corbalá, Guillermo González Escamilla y Jesús González Urriza. Me mandaron llamar y acudí como siempre, respetuoso y con buena disposición. Al final de una breve plática, el ingeniero Martínez Corbalá me pidió que lo visitara en su oficina de la Ciudad de México.

Acudí a los pocos días y me propuso hacer un periódico para el que contaría con un apoyo de cuatro mil pesos mensuales, cantidad que me entregó en el acto. Su empresa se denominaba Ingeniería y Administración y se ubicaba en Insurgentes Sur 1767. Yo conocía al ingeniero desde años atrás porque fue delegado del sector popular del PRI en una campaña anterior. Los políticos de la época se reunían en el Internado Damián Carmona, conocido popularmente como Escuela para hijos del Ejército, donde los alumnos aprendían algunos oficios al tiempo que cursaban la instrucción primaria.

El director era el profesor Jorge Márquez Borjas, con quien yo mantenía una especial amistad y me invitaba a esas reuniones. Fue allí donde conocí al famoso “jefe Cari”, el profesor Caritino Maldonado, quien fue

delegado general del PRI en el proceso de sucesión de don Francisco Martínez de la Vega y falleció al caer su helicóptero cuando hacía su campaña para gobernador del estado de Guerrero; al “Colorao”, Rómulo Sánchez Mireles, a Edgar Robledo Santiago, Carlos Hank González, Enrique Olivares Santana, Aurorita Arroyales, Leopoldo Sánchez Celis y Jesús Robles Martínez, dueño de una moderna empacadora de carne en Ciudad Valles.

Yo andaba a la mitad de los veintes y ya era el reportero más destacado de San Luis Potosí. Desde luego, yo no participaba en sus pláticas, pero aprendía mucho de política sólo con escucharlos. Recuerdo que Sánchez Celis, quien después fue gobernador de Sinaloa, les aconsejó en una ocasión, señalándome a mí:

—Nunca hagan pleito con un periodista.

El caso es que yo tenía ya los recursos necesarios para emprender una aventura personal en el periodismo, que es mi oficio y vocación. Al día siguiente de mi regreso de la Ciudad de México, me encontré en la calle al padre Joaquín Antonio Peñalosa, quien me dio clases de literatura; atropelladamente le informé del proyecto y él comentó:

—Has sembrado prestigio, respeto y amistad, ya es hora de que empieces a cosechar.

Le pedí una colaboración e hizo el favor de regalarme dos cuartillas para cada número. En una ocasión no tenía nada escrito y me pidió que lo esperara en el zaguán y en diez minutos me entregó el artículo.

Mi relación con Martínez Corbalá había dado fruto años atrás, cuando un vecino recién casado me pidió que lo ayudara a conseguir un empleo en Petróleos Mexicanos. Era un joven recién egresado de la Escuela de Ingeniería de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí, concretamente de Geología. Martínez Corbalá nos dio una carta

de recomendación y nos mandó con don Jesús Reyes Heróles, quien era entonces director de Pemex. Don Jesús nos remitió con Jorge de la Vega Domínguez y mi vecino salió de esas oficinas con un empleo. En aquella ocasión le pronostiqué a Martínez Corbalá: “Usted va a ser gobernador de San Luis”.

Un soporte: la Asociación de Periodistas

Consideré que era de elemental cortesía presentar varios proyectos de cabecal para el periódico al ingeniero Martínez Corbalá y él escogió *La Bujula*, pero yo me decidí por *La Hora* y con ese nombre salí a la luz pública. Obtuve el permiso de Ignacio Rosillo para dejar temporalmente mi trabajo de reportero y puse manos a la obra.

Como suele suceder en estos casos, yo era el propietario, director, gerente, editor, publicista, fotógrafo y cobrador, aunque tenía dos colaboradores importantes que eran Víctor Ramón Ortiz, presidente de la Asociación Potosina de Periodistas, y Miguel Mora Martínez. Un colaborador más era David Neave Flores, fotógrafo y chofer. Ninguno percibía un sueldo.

Ante la imposibilidad de que los diarios locales, que entonces eran nada más *El Sol de San Luis* y *El Herald*, accedieran a imprimir el órgano de “la competencia”, hice un contrato verbal con el dueño de una imprenta de la Ciudad de México donde se editaba, entre otras publicaciones, la revista *Cine Mundial*, en offset. Escogimos un papel couché y nos decidimos por la misma medida de la revista: tamaño tabloide.

Conseguí publicidad en firme con *Herrera Motors*, *Farmacia y Droguería La Perla*, la tienda de ropa *El Número Seis*, dulcerías *Costanzo* y otras, pero vendía planas enteras aprovechando eventos como el aniversario del Club Deportivo Potosino, que coincidía con su tradicional torneo de tenis. La planta piscícola de la presa *El Peaje* constituyó otro apoyo en publicidad mediante mi amistad con el ingeniero Javier Silva

Staines, ex presidente municipal de San Luis Potosí, quien mantenía buenas ligas con el director de Pesca de la Secretaría de Industria. Los anuncios chicos costaban trescientos pesos, como el de *Herrera Motors*. La plana entera se vendía en dos mil pesos, pero no teníamos oficinas y armábamos las planas en una de la planta baja del Palacio Municipal. Era una verdadera hazaña y muy arduo el trabajo.

Se safa Martínez Corbalá

No recuerdo cómo fue que al ingeniero Martínez Corbalá “se le volteó el barco”. Parece que era presidente del PRI del Distrito Federal y lo “bajaron del caballo”, el caso es que a los tres meses suspendió su aportación. Me explicó que estaba en bancarrota y hurgando entre varias chequeras descubrió un saldo de quinientos pesos, cantidad por la que me expidió el último cheque. Su situación era tan precaria que estaba vendiendo su casa y me pidió que buscara un comprador entre mis amistades de San Luis.

Sin identificar al vendedor, logré que don Jesús Díaz Infante se interesara en la compra y de ello le informé a Jorge Rosell antes de entrar a la oficina del ingeniero Martínez Corbalá, pero nunca mencioné el nombre del interesado. El ingeniero salió furioso junto con Rosell y ya en el auto rumbo al centro de la Ciudad de México, me regañó por haber revelado su problema financiero a terceras personas. Yo sabía que a nadie le había dicho nombres y tampoco le conté a él sobre el comprador, pero colegí que Rosell me había acusado de indiscreto y pendejo. Martínez Corbalá, muy enojado, añadió al regaño la siguiente expresión: —Aquí somos más cabrones que bonitos—. Yo continué callado y me despedí donde me permitieron descender del vehículo. El apoyo había durado sólo tres meses.

Después de batallar durante unos meses más, Víctor Ramón ofreció las oficinas de la Asociación Potosina de Periodistas, organismo

que yo fundé diez años atrás venciendo muchos obstáculos. Lo más difícil fue lograr el permiso de las empresas y librar al notario Octaviano Gómez Gutiérrez de las presiones de Ignacio Rosillo para que no extendiera el protocolo y las escrituras correspondientes. A mí me despidió Antonio Estrada Salazar pero esa misma tarde sostuvimos una plática en la que lo convencí de la inocuidad del proyecto y mi lealtad al periódico.

La impresión de *La Hora* costaba siete mil pesos y los gastos incrementaban con el pago de la renta del local, la secretaria, el teléfono, la gasolina, el agua, la luz, la papelería y el abono del coche. Además, yo tenía que llevar algo a la casa para comer. Era demasiada carga financiera y de trabajo sobre el lomo de un solo burro.

La línea editorial era, como siempre, independiente y crítica. Víctor Ramón y yo éramos blanco de asedios y presiones provenientes del sector oficial. Él dejó de escribir sus colaboraciones y renunció a la presidencia de la asociación y a mí me embargaron el auto por demora en los abonos. Acudí ante el gobernador a pedir publicidad y la respuesta fue un rotundo no. El mandatario aprovechó la entrevista para sugerirme buscar en los diarios de la Ciudad de México un horizonte más amplio que el que me ofrecía San Luis Potosí. Le contesté que no tenía ninguna intención de salir de mi estado. Como ya antes me había insinuado la invitación, en esa ocasión me preguntó:

—¿Por qué no quiere irse usted a la Ciudad de México?

—Será por atavismo, —le contesté.

—No creo que con su cultura no pudiera vencer ese atavismo.

Ya no respondí, me despedí tendiéndole la mano.

Diez meses duró *La Hora*

Miguel Mora y yo trabajábamos hasta la madrugada para llenar el periódico en el que incluíamos artículos y reportajes de mi amigo y colaborador. En uno de los números pusimos en la portada una fotografía espectacular de uno de los pases portentosos que solía dar Manolo Martínez a sus astados. En las páginas interiores iba la entrevista que el mismo Mora le hizo al matador, quien era entonces el más famoso de la fiesta brava en México y el mundo de la tauromaquia.

Yo mismo llevaba el material a la imprenta de la Ciudad de México y recogía el periódico impreso el mismo día en la tarde para regresar a la media noche o en la madrugada del día siguiente. Salíamos a la calle puntualmente cada quince días y vendíamos todo el tiraje en dos de los puestos de periódicos de los portales del Ayuntamiento con la colaboración de un excelente voceador apodado “la Hueca”. Al cabo de ocho meses, Mora y yo constituíamos ya el capital total, financiero y personal de la noble empresa. Fiel a su costumbre represora y persecutora, el gobierno recurrió a presiones sobre los anunciantes y nos retiraron la publicidad. Para colmo de males nos llegó una requisitoria del Instituto Mexicano del Seguro Social que nos exigía darnos de alta como empresa conminándonos al pago de las cuotas correspondientes.

Ya no teníamos apoyos en ninguna parte, pero yo había hecho una sólida amistad con el doctor Francisco Padrón Puyou desde que era el médico de mis hijos, tenía un pequeño consultorio en la primera calle de Damián Carmona, entre la Refaccionaria Herrera y unas casas particulares. Después fue delegado del Seguro Social y tuvo la nobleza de enviar él mismo el escrito de respuesta, donde explicaba que el periódico era el órgano oficial de la Asociación de Periodistas, sin fines de lucro ni obligaciones patronales.

Yo hice todavía un último esfuerzo y obtuve un préstamo de seis mil pesos con mi amigo Arturo Meade, pero el dueño de la imprenta no autorizó la impresión de fiado y al cabo de diez meses Miguel Mora y yo nos quedamos con el material de la última edición como un bello recuerdo de nuestra aventura empresarial. ¡Lástima! Porque entre las fotos inéditas quedaron las que yo mismo tomé a la bella potosina Bertha Cerda Vessi. Gracias, Bety.

Interés de la biblioteca de la UASLP

Ya se habían publicado varios números de *La Hora* cuando recibí la siguiente carta:

Diciembre 27 de 1967
Señor Gregorio Marín
Director de La Hora
Apartado Postal 540

Hemos recibido cinco ejemplares de cada uno de los números del 1 al 6, inclusive, de la publicación periodística intitulada La Hora, editada bajo su dirección, que ha tenido la deferencia de obsequiar a esta biblioteca atendiendo nuestra súplica contenida en la anterior, que le dirigimos con fecha 7 de los corrientes; ejemplares que ya se procede a insertar en la Sección de Bibliografía Potosina.

Así mismo, me permito reiterarle la súplica en el sentido de que se sirva tener a bien favorecer a esta institución con el envío oportuno de los subsecuentes números.
Al renovarle las gracias por el favor de su envío, me es grato repetirme como su atento y seguro servidor",

Lic. Salvador Penilla López (Rúbrica)

Carta política potosina

Terminada la aventura de *La Hora* me dediqué a editar una Carta política potosina, porque en los últimos meses había establecido una amplia relación con los políticos de entonces y sentía una clara inclinación al manejo de los asuntos públicos. No deseaba regresar derrotado a *El Sol de San Luis* con el riesgo de que Rosillo me rechazara con cualquier pretexto.

En 1967 mantenía contacto con don Francisco Martínez de la Vega y un amigo que teníamos en común me invitó al homenaje que le rendía la clase política nacional junto con los intelectuales de renombre de aquel tiempo. De San Luis Potosí acudimos el profesor Fausto González Ramírez, el escultor Joaquín Arias, el reportero Víctor Ramón Ortiz y yo. En el convivio había más de cuatrocientas personas entre políticos, funcionarios públicos, escritores, periodistas y cronistas deportivos de alto nivel. Frente a mí estaban don Manuel Tello y Antonio Andere (a quien don Francisco llamaba tío y lo trataba con mucho respeto). Escribo a muchos años de distancia y no recuerdo a los vecinos de mesa cercanos, con excepción de Alfonso Martínez Domínguez y Elenita Poniatowska, muy joven y bella, lo que sí recuerdo con claridad es que Víctor Ramón y yo platicamos mucho con don Manuel, quien fue secretario de Relaciones Exteriores de México, zacatecano prudente y sabio.

Repartieron ejemplares de un libro de don Francisco de Ediciones Solidaridad que tenía como título simplemente *Escritos de Francisco Martínez de la Vega*, y al final de la comida se invitó a los que tuvieran un ejemplar y desearan añadirle la acostumbrada dedicatoria, se lo llevaron al homenajeado.

Por modestia y cortedad no me moví de mi lugar, pero repentinamente sentí el impulso de llevarle mi ejemplar a don Francisco, él me trató con gran afabilidad y muestras de amistad a pesar de que me interpuso abruptamente y todavía estaban formados en fila muchos invitados con su libro en la mano. Don Francisco escribió: “A Marín: buen periodista de mi tierra y amigo de muy fina sensibilidad”. Lo conservo como uno de mis más preciados tesoros.

La Carta política potosina constaba de un par de hojas de máquina dobladas por mitad, y su contenido resultaba de gran atractivo por la variedad de temas, la profusión de nombres y el estilo crítico y combativo. De manera accidental guardé pocos ejemplares pero la mayoría se perdió. De casualidad encontré dos entre mis papeles viejos y decidí incluir una parte de ese material en este libro.

CARTA POLITICA

POTOSINA

DIRECTOR: GREGORIO MARIN — Año I — No. 2 — Agosto de 1968

- () CHISMES AL GOBERNADOR
- () CORONA DEL ROSAL Y EL
LIC. ECHEVERRIA: KAPUTT
- () ¡VIVA CHECOESLOVAQUIA!
- () MANIOBRA CONTRA SALVADOR DIAZ
- () AGUSTIN OLIVO MONSIVAIS

¡SE HARA EL MERCADO!

¿Se acuerda usted del mercado que la administración municipal del ingeniero Javier Silva Staines pretendía construir en la Colonia San Luis? Pues bien, se hará bajo la administración del licenciado Guillermo Fonseca Alvarez pero mucho antes de lo que usted está pensando. Es decir, las obras se iniciarán al próximo primero de octubre sobre una superficie de 18,000 metros cuadrados (leyó usted bien: dieciocho mil metros cuadrados, o sea: cinco veces la superficie del Mercado Hidalgo). Bueno, no todo el terreno se utilizará en la construcción del centro de abastos, dos millones de pesos del FOVI en la construcción de otras mil pues la Urbanizadora Industrial (que maneja ahorita treinta y casas allá por El Saucito), hará setenta y cinco casas, una guardería infantil y un monumento cuyo prócer no ha sido seleccionado. La inversión será de diez millones de pesos y los locatarios que se vayan al nuevo centro de abastos no pagarán un centavo durante seis meses. Otra cosa: no se sorprenda usted, amable lector, si un alto funcionario del Gobierno Federal viene a colocar la primera piedra de ésta que será la obra más importante del Ayuntamiento en funciones. Conste que aquí lo dijimos primero.

CARTA POLITICA

POTOSINA

DIRECTOR: GREGORIO MARIN — Año I — No. 3 — 13 de Septiembre de 1968

- INFORME DE TRABAJO
- EL FAMOSO ARTICULO 145
- PESCADO PARA EL PUEBLO
- NOMBRES EN LA POLITICA

En el Próximo Número:

- ¿QUENES SON LOS PRESUNTOS
PARA LA CAMPAÑA EN PUERTA?

INFORME DE TRABAJO

Cumpliendo con un precepto legal, el Gobernador Constitucional del Estado, licenciado Antonio Rocha, rendirá su primer informe de trabajo como jefe del Ejecutivo potosino.

Estará presente, durante la lectura del informe el licenciado Julio Santoscoy, Subsecretario del Trabajo. A su regreso, dirá al señor licenciado Gustavo Díaz Ordaz que San Luis es un Estado tranquilo y patriota, laborioso y unido.

Será un documento sin adornos. El licenciado Rocha no gusta de la retórica donde es innecesaria.

En cierto modo no habrá lugar para frases poéticas. Lo que pudo haber sido un período de mero acomodamiento se aprovechó fructíferamente en la iniciación de obras de infraestructura económica, indispensables para mejorar las condiciones de vida de los potosinos.

Y las perspectivas son de lo más halagüeño.

El documento pondrá de manifiesto que el Estado de San Luis Potosí se encauza ya por las vías de un progreso real y de ritmo áuradereo. El rumbo es el mismo: México.

¡VIVA CHECOESLOVAQUIA!

Ni los comunistas rusos, ni los imperialistas del otro bando, ni los granaderos de México podrán asesinar el espíritu de libertad que anima a los hombres de todas las latitudes. ¡Viva Checoeslovaquia!

Acababa de estallar la Segunda Guerra Mundial cuando Edward Newman escribió: "De todos los países creados o confirmados por los tratados de paz de 1919, ninguno justificó su existencia en forma tan completa como Checoeslovaquia; tal vez por esta razón fue el primero en desaparecer."

"El país era un oasis de tolerancia y de libertad en la Europa Central; las ideas de tolerancia y libertad tienen la mala costumbre de cruzar las fronteras para penetrar en los estados vecinos. He aquí una razón más que suficiente para que los nazis eliminaran a Checoeslovaquia".

En realidad antes de 1919 no existía Checoeslovaquia como estado independiente, pero su origen, sus tradiciones y su organización política y cultural se remonta a los primeros años de la Era Cristiana. Más allá, si nos atenemos al origen eslavo de los primeros pobladores de la Rutenia que luego habrían de colonizar Eslovaquia, Moravia, Bohemia y la pequeña franja septentrional de la Silesia.

Hubo serbios y croatas en la región, pero en una minoría insignificante.

Sus orígenes como estado podrían considerarse hacia la creación del famoso reino de Bohemia, con una organización política formal y una gran influencia austriaca. La casa de los Habsburgo supo del florecimiento de las artes, la literatura, el comercio y la artesanía de Bohemia, la tierra de Juan Huss, de Lutero, de Calvino y de Wycliffe. Ciertamente, hubo un Rey Wenceslao a quien amaban todos los checoslovacos, pero murió a los 22 años. La tradición lo ha idealizado y una figura barbada del buen Wenceslao es el Santa Claus de los Checos en Navidad.

Los checoslovacos han sido siempre hombres buenos, que aman por encima de todas las cosas la religión y la libertad. A Bohemia llegaban, en los primeros siglos del cristianismo, colonos de Austria, de Alemania, de Hungría, de Polonia y del sudeste. Todos eran recibidos como hermanos de la misma raza y gozaban de los mismos privilegios que los nativos.

En los siglos XIII y XIV, la Universidad de Praga, una de las más antiguas de Europa, estaba teóricamente dividida en cuatro "naciones": Bohemia, Polonia, Baviera y Sajonia. Lo heterogéneo de esta organización y el triunfo de Austria sobre los Checos en la guerra religiosa que duró ciento cincuenta años, hizo que peligrara el estado checo después del año 1620, cuando Austria do-

NOMBRES EN LA POLÍTICA

OFICIALMENTE, la Cámara de Diputados al Congreso de la Unión designó a la diputación potosina, cuyo jefe es el doctor Francisco Padrón Puyou, como representante de ese organismo al Informe que rendirá el Gobernador Constitucional del Estado, licenciado Antonio Rocha, el 15 por la noche... ESOS DIPUTADOS son, además del doctor Padrón, el profesor Jorge Márquez Borjas, el ingeniero José de Jesús González Lárraga, el licenciado Florencio Salazar Martínez y el periodista Fausto Zapata Loredo... Viene también el licenciado José del Valle de la Cajiga, representante popular por un Distrito de la Capital; y el general Fernando Vázquez un viejito que es diputado por el PARM y representa a Ciudad del Maíz... POR CIERTO que ahora sí están muy chameadores los diputados y no faltan a ninguna de las sesiones del Congreso a menos que deseen ver mermadas sus dietas, pues les descontarán todas las faltas injustificadas... En estos castigos no se tomarán en cuenta las ausencias por consigna, originadas por la estrategia del PRI... OJO: es muy posible que el ex Gobernador del Estado, profesor Manuel López Dávila, acepte una invitación de Oscar Flores para colaborar con él en la nueva administración pública de Chihuahua. Esto, en el aspecto educativo... Por ahora MLD escribe sobre temas pedagógicos, que es su merc fuerte... VIENE EL LICENCIADO JORGE ECHANIZ acompañado del estudioso Juan Luis Sifuentes, a poner en manos del pueblo potosino la Planta Piscícola más grande de América Latina: El Peaje... De allí darán peces a los campesinos para ponerle a los nopalitos... NO DIJO Valentín Hernández "esta boca es mía" cuando, hace unos días, cumplió cuarenta años de ser permisionario de autos de alquiler en La Compañía. La verdad es que Valentín está políticamente muerto y enterrado, sobre todo por la torpe ponencia de la última asamblea estatal de los autotransportistas... "EN LA UNIÓN está la fuerza". La Comisión Constructora de Salubridad y el licenciado Ramiro Robledo Treviño (léase: la Secretaría de Obras y Servicios por Cooperación) decidieron unir sus esfuerzos para construir veinte aulas en diversos municipios del altiplano, en los próximos tres meses. El acuerdo se pactó entre el mencionado funcionario estatal y el arquitecto Leonardo Saucedo, teniendo como testigo al promotor Gilberto Mendoza... A propósito de RRT, su labor eficiente y fructífera se perfecciona cada día con un mejor conocimiento de las necesidades y las posibilidades de la entidad... EL SABADO 14 estará en Dolores Hidalgo, Gto., un grupo de prominentes Leones de los Distritos B-3, B-4 y B-5 para anticiparse a "dar el Grito"... En efecto, lanzarán allí como pre-

Corresponsal de AMEX

Sorprendida subió mi esposa a decirme que un desconocido preguntaba por mí. Bajé de prisa pensando en salir por la puerta del jardín a la verja de la calle, pero el hombre estaba de pie, a mitad de la sala, bien vestido, de buena presencia y seguro de sí mismo.

—Luis Javier Solana, —se presentó dándome la mano con cortesía.

Me invitó a salir a la calle y caminando me informó que venía con el propósito de abrir en San Luis una corresponsalía, por lo que me pedía que le ayudara a conseguir una oficina en el centro de la ciudad. Lo llevé a la tienda de ropa de don Luis López Palau en la calle Hidalgo, dueño de muchas propiedades y famoso porque cada día compraba más predios. Nos recibió con gran afabilidad y ofreció una oficina en la planta alta del edificio Fundadores, calle Díaz de León número 100, a 40 metros de la Plaza de Los Fundadores, a una pequeña cuadra detrás del palacio de gobierno. La oficina contaba con todos los servicios y el costo de la renta ascendía a 500 pesos mensuales.

Luis Javier le había informado que venía en representación de la Agencia Mexicana de Noticias, don Luis no tuvo ninguna duda porque manteníamos buen trato, pues era presidente de la Cámara de Comercio y yo reportero de la fuente. Se cerró el trato y Solana pagó el primer mes de renta por adelantado. El viajero me pidió que lo condujera a donde pudiera asearse los zapatos, fue testigo de los gestos de camaradería y buen trato de quienes nos encontrábamos en la calle y de los mismos boleros. Luego recordó que tenía algo que hacer en la estación de Ferrocarriles y también vio cómo los trabajadores y oficinistas me

saludaban con afecto y respeto. Despachados sus asuntos llegó la hora de comer, me pidió que lo llevara a un buen lugar, por lo que nos dirigimos al café *La Lonja*, que administraba don Miguel Armijo, pero antes de saludarlo a él, quien me dispensaba su amistad, dos de los comensales se pusieron de pie para recibirme uno de ellos era el gobernador Antonio Rocha, quien me dio un abrazo y me presentó con su compañero de mesa, José Isabel Rodríguez Elías, gobernador de Zacatecas.

Luis Javier y yo comimos, al terminar me informó que tenía instrucciones de contratar mis servicios como corresponsal de la Agencia Mexicana de Noticias y la única condición era abstenerme de manifestar mis ideas personales en el material informativo. Mi jurisdicción abarcaba los estados de Durango, Zacatecas y San Luis Potosí, el contrato era de exclusividad, es decir, no debía prestar mis servicios a otra publicación.

—El hecho de que el gobernador lo hubiera saludado con un abrazo carece de importancia. Lo que sí cuenta es que los boleros, ferrocarrileros y gente de la calle lo traten con amabilidad y respeto, que empresarios como el dueño de la oficina, le tengan confianza y lo respeten, —me dijo el señor Solana, y se despidió de San Luis y de su servidor.

Tras el fracaso de mi aventura editorial, que había terminado unas semanas antes porque ya no tuve con qué pagar la impresión de *La Hora*, yo estaba sin trabajo, de modo que el ofrecimiento de la corresponsalía me cayó de perlas. El encuentro con Luis Javier Solana, excelente periodista, escritor y ejecutivo con un alto grado de inteligencia y cultura, tuvo lugar en noviembre de 1968.

Fui uno de los fundadores

Luego supe que la Agencia Mexicana de Noticias, S A. acababa de nacer y que la dirección general estaba a cargo de Luz María Díez Caneja, bella e inteligente mujer de carácter resuelto y finos modales.

El director era Joaquín Sánchez Nadal. Mi primer sueldo llegó puntual en diciembre, vía telégrafo, que era la misma que yo utilizaba para enviar mi información. Vinieron a San Luis el mismo día el secretario de Comunicaciones y Transportes, ingeniero José Antonio Padilla, el director de los Ferrocarriles, Eufrasio Sandoval Rodríguez, y el licenciado Guillermo Martínez Domínguez, también funcionario federal. En la entrevista con Padilla Segura conseguí que me autorizara una línea de Telex y el aparato correspondiente. La entrevista con Martínez Domínguez duró pocos minutos, pero después de un recorrido por las instalaciones locales del Ferrocarril acompañé a don Eufrasio en un recorrido en “armón” hasta cerca de Querétaro, sin haber desayunado y sin dinero para gastos, tuve que regresar en autobús sin haber comido.

El mío fue el primer Telex del estado y lo instaló Rogelio Zúñiga Castillo, a quien Padilla Segura le dio las instrucciones del caso. El mismo Rogelio me enseñó a operar el aparato. El 23 de enero de 1969 recibí un comunicado informándome que el licenciado en administración de empresas, Gabriel J. Obregón, fue designado jefe de Servicios Administrativos de AMEX; Joaquín Sánchez Nadal era coordinador y jefe de la Oficina de Corresponsales Nacionales y Francisco Álvarez jefe de la Oficina de Servicios; Gonzalo Carrillo era el contralor y el licenciado Roberto Casellas director de Corresponsalías Extranjeras.

Sobre la marcha se crearon puestos y se dio instrucciones a los corresponsales de separar la información de cualquier asunto administrativo, de modo que era necesario llevar por separado las cuentas de la renta, el teléfono, los gastos de oficina, los gastos de la corresponsalía, la renta del Telex, etcétera. Con el Télex en operación, yo tenía que perforar la cinta para enviar la información y los comunicados administrativos, de tal modo que yo era director de la Corresponsalía, reportero, administrador y perforista.

Se me vino el mundo encima

Pronto comenzaron los problemas porque me desbarataba cumpliendo con el trabajo, pero el señor Obregón empezó a demorar el envío de mi sueldo, lo que me acorralaba por todos lados y me obligaba a enviar recados con justificados reclamos. Llegó la situación a tal grado de deterioro que tardaban más de un mes en pagarme, pero los gastos “no sabían” de retrasos.

Se efectuó una convención nacional de algo que no recuerdo y tuvo como escenario principal el Teatro de la Paz, muchos reporteros de medios nacionales cubrieron el evento, envié la nota correspondiente a fines de abril o principios de mayo. La verdad es que la mejor nota fue la mía, así que la Dirección me envió por Télex una merecida felicitación, pero se mantenía el retraso de mi sueldo y de los gastos de administración, por lo que decidí viajar a la Ciudad de México y fui directamente a las oficinas de AMEX en Paseo de la Reforma 107, segundo piso.

Eran cerca de las once de la mañana y todos los directivos estaban en una importante junta de trabajo. La oficina de Luis Javier Solana estaba separada de la principal y al saludarlo me informó que era el cumpleaños de Luz María, la directora general. Salí de manera apresurada del edificio y compré un arreglo de flores que me costó cien pesos, regresé a entregárselo a la directora, quien lo recibió con muestras de reconocimiento y alegría.

Aproveché la ocasión y pedí permiso para hablar exponiendo mi caso, llevado por mi desesperación, critiqué el hecho de que la Agencia se estuviera expandiendo con corresponsalías en Tokio, Sao Paolo, Nueva York, Los Ángeles, etcétera, sin antes consolidar su posición en México. Haciendo a un lado la diplomacia y los buenos modales, llegué al extremo de pronosticar el fin de la agencia, que al paso que iba “acabaría explo-

tando en el aire como una burbuja de jabón”. Se armó una batahola con voces de desaprobación y me salí sin despedirme. Era a fines de mayo.

Dos días después vino Sánchez Nadal a despedirme, acusándome de haber faltado al respeto a la señorita Díez Caneja y asegurando que eso era imperdonable. Yo estaba seguro de que en mi perorata me dirigí a todos los presentes y jamás falté al respeto a la directora general. Como en realidad no tenían un motivo para despedirme, luego me enviaron una carta acusándome de que no estaba cumpliendo cabalmente con mi trabajo, entonces les recordé la felicitación que ellos me enviaron unas semanas atrás por escrito.

El diablo mete la cola

Por los retrasos en el pago de mi sueldo y porque se acumularon tres recibos en los abonos de mi automóvil, la agencia me reclamó el pago total del saldo, que ascendía a quince mil pesos. Para reforzar la gestión el abogado de la agencia acudió con el actuario del Juzgado a embargar los útiles de trabajo y entonces le dio a AMEX un excelente pretexto para acusarme por “falta de probidad”.

Solicité el consejo de un abogado que era en ese tiempo diputado federal y había establecido nuevas relaciones en la Ciudad de México. Como buen abogado me aconsejó que demandara a la parte patronal por despido injustificado y me recomendó a sus amigos del despacho Gómez y Méndez, de la avenida Juárez número 30, cuyos servicios contraté acompañado del amigo de ambos. Pero confiando más en Dios que en ellos, conseguí un préstamo personal con mi amigo Ramón Zamanillo y acudí a pagar la cuenta al despacho del apoderado legal de la agencia automotriz.

—”Poderoso caballero es don Dinero”, —me dijo el abogado cobrador al mismo tiempo que contaba los billetes.

Entonces le pedí una carta en la que explicara que jamás señalé los muebles de la oficina de AMEX como objeto de embargo y el licenciado me hizo el favor de extenderme la misiva allí mismo, con lo que quedaba sin efecto la acusación de falta de probidad.

Desvanecido ese argumento, la parte patronal me acusó de que no cubría las fuentes, por lo que obtuve una carta firmada por el gobernador Antonio Rocha haciendo constar que siempre estuve al pendiente de la información.

Pocos meses después los abogados de la Ciudad de México me enviaron una carta informándome que el fallo de la Junta de Conciliación me resultó favorable y que podía cobrar el monto de la indemnización por despido injustificado mediante el pago de una fianza de siete mil quinientos pesos. Como no tenía dinero para la fianza ni para viajar a la capital del país, lo más probable es que los abogados cubrieran la garantía y se quedaran con el dinero de la indemnización. Jamás lo averigüé, pasaron años antes de que yo visitara de nuevo la Ciudad de México; el abogado que nos conectó falleció y, casi al mismo tiempo, quebró la Agencia Mexicana de Noticias “como burbuja de jabón”, tal como lo pronostiqué.

Mis visitas a La Lonja

Por mi popularidad como reportero destacado y por la naturalidad con que me desenvolvía en todos los sectores sociales, no me di cuenta que estaba fuera de lugar mi presencia en el club social más antiguo y exclusivo de México: La Sociedad Potosina La Lonja. Recuerdo que quién me introdujo allí casualmente fue don Héctor *el Güero* Meade, fui bien recibido en el bar, donde el cantinero Silvestre me ofreció una bebida que, según me informó, era de su invención y su especialidad.

Yo había platicado en varias ocasiones con don Pedro Corsi de la Maza y dos o tres veces con su esposa, doña Matilde Cabrera Ipiña, lo mismo que con Marucha Bárcena y muchos socios del exclusivo centro social, pero siempre en función de periodista. Todos me trataban con gran deferencia y como si fuésemos amigos, pero nunca se referían a *La Lonja* ni me hacían invitaciones formales. No obstante, como reportero me asomaba a eventos tradicionales como aquellos en los que se bailaban *Las Cuadrillas*, *Los Lanceros* y otras danzas que eran el orgullo de la alta sociedad potosina. Varias veces estuve en el *Salón de los Candiles* como comensal, cubriendo al mismo tiempo los respectivos eventos. Tal vez por estos roces no me fijé en la diferencia cuando alguien me introdujo a la cantina y eso se repitió muchas veces, de modo que platicaba allí con Ernesto, el “Chato Olalla” (casado con una de las mujeres más bellas de San Luis, Gloria de la Torre, blanca, fina, alta, de ojos azules y un carácter dulce y amigable, “Mayo”, uno de sus hermanos menores, fue entrañable amigo de mi infancia, y mi primer gran dolor cuanto falleció en un accidente); Daniel Medina, don Francisco Artolózaga, Héctor *el Güero* Meade, que era presidente del club, sus hermanos Alejandro *el Chapo* Meade,

Edgardo *el Gordo* Meade, otro al que apodaban “Medel” y el más joven, Arturo. A la pandilla solían sumarse Antonio el Prieto Pacheco, y Francisco el Chaparro Cabral, que solían poner el desorden cuando se les pasaban las copas.

Recuerdo que en una mesa aparte y junto a la pared jugaban dominó, muy callados, el general Federico Amaya Rodríguez, comandante de la Zona Militar, y don Blas de los Heros. Con la ayuda de mi amigo don José Rodríguez Caballero, recuerdo que eran asiduos asistentes don Rafael Pérez, Teodoro Torres, Edmundo Elorduy, hijo de don Aquiles y hombre desparpajado y de carácter alegre. El “Chaparro” Cabral le apodaba “el Garufa” Rafael Pérez, Harold Meade Esteva, Víctor Cardín, Guillermo Borbolla, Chelín y Quico Ramírez; Paco Villanueva, Héctor *el Gato* Gordo, Nicolás Lamadrid, Jesús Espinoza Díaz de León, el doctor Jesús N. Noyola, José E. León, Armando Lasso de la Vega, Marco Antonio, Javier y Pepe Garfias y Manuel Toledo, entre otros.

Don Francisco Artolózaga tocaba el piano con maestría, su especialidad eran los tangos y se sabía casi todos. En una ocasión llegó de noche, solitario, un diputado federal del que sólo recuerdo su nombre: Salvador. Dijo que venía de paso, desde Sinaloa, donde se desempeñaba como legislador a pesar de que era originario de Michoacán, a donde se dirigía para pasar la Navidad con su familia. Al ver que don Francisco era experto en tangos le pidió que tocara *Clavel del aire* y, ¡Oh, sorpresa! El señor Artolózaga no se sabía la letra ni solía cantar, pero yo, que era “bueno de metiche”, como me decía “el Chaparro” Cabral, me ofrecí a cantarlo y con la paciencia y habilidad del maestro Artolózaga complacimos al visitante. No sé cantar, pero soy bohemio de nacimiento, sé muchas canciones y tangos gracias a mi excelente memoria. Por ejemplo, escribo esto a decenas de años de distancia y, como dijo Amado Nervo: “Muy cerca de mi ocaso...”

Creo que sólo yo sé que la canción favorita de don Francisco Artolózoga era *Alborada*, secreto que no me confió a mí, sino a una bella damita. En otra ocasión, también ya bastante anochecido llegó a la cantina de *La Lonja* un señor solitario quien se presentó diciendo que era hijo de Nicolás Urcelay y se ofreció a cantar pero los asistentes declinaron su oferta, aunque le ofrecieron una copa y lo despidieron. Los extraños no eran bien vistos en *La Lonja*, a menos que fueran políticos de buen nivel o militares de alto rango.

Estoy seguro de que allí conocí a muchos potosinos distinguidos de mediados del siglo pasado, pero es costumbre en la sociedad potosina, lo mismo que en otros estados y ciudades, que los asistentes a determinados lugares formen pequeños grupos y se aparten de los demás. Esta costumbre es más rigurosa tratándose de mujeres. Además, al paso de los años algunos de los que me demostraban amistad y simpatía fallecieron, como fue el caso de el “Chapo” Meade, cuyo deceso ocurrido en un accidente automovilístico me dolió mucho. También fallecieron “Medel” y el muy estimado y respetado Héctor, quien era socio del presidente municipal, ingeniero Javier Silva Staines en Perforaciones Técnicas del Centro, por mi relación profesional con el alcalde, hice buenas migas con el entonces presidente del club.

En una ocasión, por encargo de mi director escribí un reportaje sobre la historia de *La Lonja* y en esa tarea me ayudaron algunos de los socios de mayor antigüedad, como la señora Cabrera Ipiña de Corsi y Marcha Buerón, pero ya no recuerdo lo que escribí. Quizá porque el tema me era ajeno, pues una cosa es el Gran Salón y otra es el bar.

Entrevistas memorables

Recuerdo haber entrevistado a los tres miembros más destacados de la familia de don Julián Carrillo, empezando por el patriarca, quien tuvo una participación relevante en un programa cultural celebrado en la Ciudad de México y en la que se dedicó un día a San Luis Potosí, el gobernador en ese entonces era el profesor Manuel López Dávila, originario de Ahualulco. El maestro ejecutó su sinfonía *Horizontes* con los elementos del Sonido Trece. Nadie volvió a acordarse de tan importante actuación de don Julián.

Manuel Romo Trujillo era familiar de don Julián y tal vez por eso llegó a ser diputado y regidor. Era de pocos alcances en lo que respecta a inteligencia y conocimientos, era sencillo y buena persona. Fuimos buenos amigos porque yo cubría la información de la presidencia municipal y tenía estrecha relación con los políticos de la época.

Entrevisté al doctor Nabor Carrillo, matemático y experto en mecánica de suelos, vino a San Luis a un evento académico en calidad de rector de la Universidad Nacional Autónoma de México. Me dijo que las reservas petroleras del país durarían solo treinta años más porque ascendían a “9 Q” y me explicó cuántos millones de barriles representaban un “Q” pero ya sólo me parece recordar que equivalían a unos setenta mil millones de barriles. Era un hombre de corta estatura, igual que su padre, muy sencillo y modesto.

Otro miembro de la familia Carrillo a quien entrevisté fue don Antonio Carrillo Flores, cuando era embajador de México ante el gobierno de Estados Unidos de América. Vino a San Luis acompañado de di-

plomáticos del vecino país del norte, tuve el honor de entablar amistad con algunos de ellos, como Richard Deanmade Carter y Leonard Harris, quienes luego me enviaron libros biográficos de Abraham Lincoln, Benjamín Franklin, Benito Juárez y otros.

Otra entrevista que me gustó fue la que le hice a don Luis Jiménez de Azúa, distinguido jurista español quien defendió en nuestra plática los famosos Juicios de Nuhremberg, con el argumento de que “la justicia de la Revolución es diferente a la justicia común”. Entrevisté a Luis Gómez Z, Fidel Velázquez (la entrevista se reprodujo íntegra en el periódico *Ce Te eMe*, órgano oficial de esa central obrera); a Fernando Solana (sin que yo se los pidiera me dio los números de sus teléfonos y me invitó a que lo visitara en la Secretaría de Educación con la posibilidad de que me sumara a su equipo de colaboradores), a Demetrio Vallejo durante el histórico movimiento ferrocarrilero (me dio la dirección de sus oficinas en la calle Hidalgo de la Ciudad de México y me invitó a que lo visitara), a Carlos Bosch, al minero Teodoro Torres, al arquitecto Carlos Lazo, a Benito Coquet, Raúl Salinas Lozano, José Antonio Padilla Segura, Gilberto Hoyos, Emma Susana Speratti y al escultor Juan Francisco Olaguíbel, autor de la Diana Cazadora, quien me regaló fotos originales de él y sus modelos trabajando en su taller. Me contó que utilizó como a quince mujeres diferentes para lograr la figura que deseaba, pero hubo una que fue la principal modelo e inspiradora. “Ella aparece entre las asistentes al acto en el que la estatua fue despojada del calzón que le añadieron por capricho de la persignada esposa de un expresidente”, me confió el maestro, pero no me reveló la identidad ni yo pensé en arrancarle su valioso secreto, que seguramente será descubierto por algunos de los que lean este libro y examinen las gráficas del mencionado acto en los periódicos de la fecha. Yo escribo de memoria a varias décadas de distancia. La entrevista y fotos se publicaron en mi bisemanario *La Hora*, en 1968. Es probable también que la dama en cuestión aparezca en una de las fotos que me regaló el escultor.

Siempre se ha rumorado que la estatua que vemos en el Paseo de La Reforma es una copia de la que hizo el maestro Olaguíbel, pues un ex jefe del Departamento del Distrito se llevó la original a su pueblo en el estado de Hidalgo. Víctor Ramón Ortiz y yo entrevistamos en Cuba a Fidel Castro, Ernesto el Che Guevara (era director del Banco de Cuba: alegre, despreocupado, jovial y contento de platicar con mexicanos), Raúl Roa, secretario de Relaciones Exteriores y resentido con periódicos mexicanos, sobre todo con *Excélsior*, al que calificó de “estercolero” y, parafraseando su lema dijo “el periódico de la vida colonial”. Sin entrevistarlos, tomé fotos de Osvaldo Dorticós, Armando Hart, Cepero Bonilla y otros, en un acto masivo efectuado en la Plaza José Martí, donde me senté en medio de Vicente Lombardo Toledado, siempre con su traje negro raya de gis y de David Alfaro Siqueiros, acompañado de su esposa Angélica Arenal (después los entrevistamos en el hotel Sevilla); a una grada debajo estaba Renato Leduc, siempre platicador con sus vecinos de lugar. Llegamos a La Habana en el mismo vuelo y platiqué mucho con “el Coronel” pero no publiqué la entrevista. Ellos eran invitados del gobierno de la Revolución recién triunfante y el grupo iba encabezado por don Lázaro Cárdenas, quien estaba en el presidium cerca de Fidel. Algunas fotos se publicaron en mi primer libro *Tiempo de Hablar*, editado en 1988.

En una ocasión me mandaron entrevistar al excelente actor español Ángel Garasa, compañero de Cantinflas en muchas de sus películas y por las que yo lo conocía en la pantalla. Cuando llegué al teatro a la hora del ensayo me recibió con gran sencillez, me presenté diciéndole:

—Me mandaron a entrevistarlo pero yo no sé nada de teatro.

—Yo tampoco —me contestó don Ángel como disculpándose; pero con su ayuda la entrevista resultó bastante aceptable.

Recuerdo haber entrevistado a Silvia Pinal, ella era muy joven aún. Siempre ha sido muy bella, me trató con simpatía y benevolencia. Entrevisté a estrellas como Elvira Quintana, Alicia Encinas (guardo fotos de la rubia de ojos verdes, ella y yo, solos), me contó que en las películas doblaban su voz para eliminar su marcado acento norteño. A propuesta suya desayunamos vodka y huevos rancheros. Luego la llevé caminando a visitar *El Sol* y las más impresionadas fueron la “Güera” López y Angélica Ruiz, además de los varones. Elsa *Caramelito* Cardiel, que no usaba sostén; Rebeca Silva, a petición mía se quitó la ropa y se puso nada más una camisa que le pidió prestada al “Pichi”; Sasha Montenegro, a ella le dije que era la mujer más bella que había visto en mi vida, cuando lo hice su guarura estaba a cuatro metros de distancia, pero ella me agradeció el piropo; Helena Rojo “cuando apareces tú se llena la pantalla”, le dije. Me contestó que ese era el piropo más bonito que le habían dicho; Raúl Ramírez presumió que él inventó eso de “aquí entre nos” y que sólo a él le permitían decir algo fuera del “script”, como cuando le decía “Bonita” a la bella michoacana que era su compañera en una telenovela; Pedro Infante, quien hizo escala en el aeropuerto rumbo a Durango, a donde iba a filmar acompañado de la española Sarita Montiel (graciosa, morena y bajita de estatura); Enrique Ramal, Roberto Cantoral, Raquel Olmedo, María Elena Becerra, Víctor Segura y yo bebimos en Le Chatelet hasta embriagarnos, Oscar Chávez, Gloria Lasso, con ella brindé con cognac y me regaló su libro *Rompiendo el silencio*; Francisco Córdoba de una impresionante sencillez y clara inteligencia; Irma Serrano, ese día usaba una minifalda supuestamente de charra bordada con lentejuelas, la foto de los dos, poniéndome ella el dorso de su mano derecha en el pecho, se publicó en *El Sol*, en la nota elogí sus muslos morenos y redondos; Lucía Méndez, Alma Muriel, quien insistía en que nos tomaran fotos “actuando” y me abrazaba para besarme, yo me rehusé; Jacqueline Andere era muy alta y de bello rostro, con las caderas angostas; la extraordinaria bailarina Pilar Rioja, de fino trato y mucha experiencia, formada artísticamente

en España con una beca del Gobierno de Manuel Avila Camacho; Los Impalas, la cantante María de Lourdes Pérez, originaria de Ríoverde (comimos ella y yo en el Cactus, y Jesús Delgado *El Colorín*, nos tomó fotos cuando ella me convidaba de su postre en la boca); Armando Soto “la Marina”, “El Chicote” (criticaba a Televisa y sus “vetos”, por eso no escribí la entrevista), me quedé con las ganas de entrevistar a otros artistas famosos como Agustín Lara, Gloria Marín, Blanca Estela Pavón, Carmen Montejo, Susana Alexander y Diana Bracho.

Peligro a once mil pies

José Luis Cervantes, secretario de Educación del Gobierno de San Luis Potosí me dijo:

—Usted se regresa con nosotros en el avión.

Se refería al KAOY I un avión pequeño de cuatro plazas utilizado por funcionarios del gobierno potosino para vuelos de emergencia y de corta duración. Nos hallábamos en Tamuín, cerca de Ciudad Valles, casi en el extremo oriente del estado. Habíamos participado en un acto oficial presidido por el gobernador Carlos Jongitud Barrios, originario de Coxcatlán y dueño de un extraordinario poder político, en ese entonces era al mismo tiempo dirigente moral del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación, con alrededor de un millón de afiliados y el más grande de América Latina. El licenciado Cervantes era el responsable de la educación en el estado, amigo de confianza del mandatario y hombre poseedor de un buen nivel de inteligencia. con gran sentido político que me dispensaba su amistad y confianza. Los otros ocupantes del avión eran el secretario general de Gobierno, Héctor González Lárraga, y el secretario de Finanzas, Lorenzo Sánchez Mendoza.

Era una mañana fría, con una llovizna pertinaz y un techo de nubes que se ubicaba probablemente a cuatro o cinco mil pies de altura; hasta allí con una visibilidad aceptable. El reloj marcaba unos minutos después de las once de la mañana. Estábamos todos a bordo cuando el ingeniero González Lárraga agarró su enorme maletón de cuero, un porta trajes y su grueso portafolios:

—Yo me voy por tierra, les tengo miedo a los aviones —dijo a manera de disculpa y se bajó de la aeronave bajo la llovizna.

El capitán Rodas tenía ya el motor andando y enfiló hacia la pista para levantar el vuelo. Nada parecía amenazar el viaje y todos nos acomodamos lo menor posible sin hablar. Después de unos veinte minutos de vuelo la nubosidad se hizo más densa y desde menor altura, fenómeno que aumentaba a medida que avanzábamos en el aire. Una hora después del despegue, la temperatura bajaba con alarmante velocidad y la visibilidad era nula a partir de los extremos de las alas. Desde nuestros asientos vimos que el piloto comenzaba a operar los mandos con dificultad y manipulaba rápidamente botones y palancas. Había guardado silencio desde el despegue pero ahora trataba de comunicarse con los pilotos de otras aeronaves. No había nadie más en el aire, por lo menos no en las proximidades. El capitán Rodas parecía estar pensando en hallar un lugar para efectuar un aterrizaje de emergencia, pero no encontraba siquiera una orientación y decidió regresar al punto de partida, para evitar estrellarse con alguna montaña era necesario subir hasta el techo de vuelo del avión, que era de once mil pies, eso fue lo que hizo. A la altura de Tamuín enfiló hacia el oriente y volábamos sobre el puerto de Tampico cuando descubrió que el clima empeoraba, por lo que regresó tierra adentro. Por las ventanillas, los pasajeros vimos como el hielo se acumulaba en los tirantes de las alas y unos a otros lo señalábamos haciendo señas, era evidente que el miedo y la zozobra se apoderaban de nosotros, sobre todo porque escuchábamos al piloto que trataba de guiarse sintoniizando las estaciones de radio de la tierra. El hielo de afuera, que seguro se amontonaba también en timón de cola, enfriaba los ánimos y la temperatura de adentro. Sin decirlo, todos comenzamos a temer que se congelaran los instrumentos de vuelo. Continuábamos volando a ciegas y el tiempo seguía su inexorable marcha. El silencio era presagio de una posible tragedia y nadie se movía cuando yo, que

mantenía la nariz pegada a mi ventanilla, exclamé como si estuviera de palique en un animado bar:

—Pues yo de este lado no veo más que puro chile.

Todos soltaron la carcajada rompiendo el silencio sepulcral y por unos instantes nos reanimamos y los rostros recuperaron signos vitales, pero luego volvimos a ubicarnos frente a lo que parecía un inminente desenlace fatal. Lorenzo iba en el asiento del copiloto pero sin meter las manos. Estábamos ateridos de frío y paralizados por el terror. Llevábamos más de dos horas en el aire yendo de allá para acá cuando el capitán Rodas anunció que desde una estación de radio de Irapuato se ofrecieron a guiarlo hacia un espacio donde podría hallar un hueco entre las nubes, que para entonces ya eran menos densas y pasaba de las dos de la tarde. Rodas comenzó a descender con mucho cuidado y de repente descubrió un agujero entre las nubes y por allí se coló enfilándose hacia el norte, al aeropuerto de San Luis Potosí, donde nuestro piloto realizó un aterrizaje perfecto entrando por la pista principal.

Todos estallamos en una jubilosa y espontánea ovación premiando la pericia y la sangre fría del piloto aún antes de que detuviera el avión y apagara el motor. Pocos minutos antes el capitán Rodas había anunciado nuestra llegada y un automóvil oficial nos esperaba en la pista y se colocó frente al estribo de la puerta. Nos despedimos del capitán Rodas con un fuerte apretón de manos y un profundo agradecimiento al cabo de horas de zozobra y miedo. El automóvil nos condujo directamente a la casa de Lorenzo, que era el de mayor jerarquía, amablemente nos invitó a pasar y tomar una copa, pero los demás sólo pensábamos en reintegrarnos lo más pronto posible a la seguridad y el calor del hogar y procedimos a despedirnos.

Ninguno de mis compañeros de aventura se percató de que Tito González Lárraga nos salvó la vida cuando se bajó del avión con su

maletón y demás equipaje, cuyo peso, sumado al suyo y al del hielo muy probablemente hubiera desplomado la aeronave desde los once mil pies de altura.

El capitán Rodas perdió la vida años después, al estrellar su avión en un lugar de Chiapas, su tierra natal, sin nosotros a bordo, ¡gracias a Dios!

El Mago Medellín

Se llamaba Ignacio Medellín Espinosa de los Monteros, pero era más conocido simplemente como “el Mago”. Se decía que era poeta, aunque el poema que más se le conocía era “No eras tú la soñada”, que era muy celebrado entre los intelectuales de su tiempo.

Yo lo miraba en alguna cantina, siempre solitario y pensativo. En una ocasión me senté en su mesa sin pedir permiso y comenzamos a platicar de su vida y su poesía. Es posible que nos hayamos visto en el Bar Intimo, del violinista Pepe González, quien fue solista en la orquesta de Agustín Lara. Ese bar estaba en la calle Manuel José Othón, frente al costado sur de la catedral. Recuerdo que “el Mago” escribió unos versos en un pedazo de papel de estraza, como le llamaban al papel que usaban en los tendajones, pequeñas tiendas de abarrotes y misceláneas, para envolver la mercancía, y me lo regaló, pero lo perdí mucho tiempo, como perdí otro que me escribió el obispo don Gerardo Anaya y Diez de Bonilla cuando lo entrevisté en su casa, ubicada en la segunda calle de Escobedo, frente a donde estaban antes las oficinas de Telégrafos Nacionales. Cuando nos despedimos me dio su bendición sin que yo la pidiera.

No recuerdo por qué motivo me mandaron a entrevistar a otro celebrado poeta, aunque era más conocido por su capacidad como abogado postulante, seguramente por un asunto de leyes. Se llamaba Luis Castro y López y lo entrevisté en su casa de la avenida Venustiano Carranza, por donde son ahora las oficinas del Infonavit. Luis Castro y López compuso unos versos burlándose del “Mago” Medellín:

*No eras tú la soñada;
"La Soñada" tenía
una carpintería
llenita de aserrín:
en la esquina del "Delfín".*

El Delfín era una tienda de abarrotes bien surtida, ubicada precisamente en la contra esquina de la carpintería de la frustrada novia del Mago, en Vallejo y Comonfort. Del licenciado Castro y López recuerdo unos versos que decían:

*Ha mucho tiempo que, arrepentido
de haber mi novia dado al olvido
su sepultura vengo a buscar.
Tú la conoces, sepulturero,
tú la anidaste bajo ese alero;
tú me la puedes desenterrar.*

Eran tiempos de poetas y leyendas en este hermoso San Luis Potosí, donde se concentraban y enriquecían las historias de amor y tragedias del México de antaño y de ciudades circunvecinas. Me permito ofrecer al lector los manuscritos del "Mago" Medellín que había extraviado; unos están firmados sólo con sus iniciales y de su puño y letra.

*Himno a Othón
Entonemos este Himno
a la memoria de Othón
nuestro máximo poeta
en gran consagración.
Que nuestro canto vibre
de aquesta generación
a todas las venideras*

*con sublime entonación,
para que propios y extraños
voten por aclamación
que se convierta en tributo
de perpetua admiración
a su obra incomparable,
de suprema inspiración
descriptiva del paisaje
que amaba de corazón.
¡Gloria inmortal! ¡Gloria eterna!
Al insigne y sabio autor
del gran Himno de los
Bosques Espejo de la Creación!*

I.M. E.(vuelta)

*y San Luis Potosí, tu Patria Chica
su misión ha cumplido justiciera
de honrar tu memoria que le diera
un lustre que la exalta y glorifica.
Que el traslado triunfal de tus despojos
de nuestro gran poeta potosino
deslumbre con su pompa nuestros ojos
y viva como un astro inolvidable
en la mente de todo su cortejo,
y a la opinión se ponga como espejo
de un anacronismo inexplicable
para el mundo de hoy, materialista,
que extraña ese homenaje tan hermoso
a todo el que no lucha sin reposo
para lograr del dólar la conquista.
Quiera Dios que el traslado victorioso*

*de los restos del ínclito poeta
le conduzca por fin hasta la meta
que merece su estro portentoso.*

I.M.E.

(Homenaje lírico a Manuel José Othón, dedicado al señor ingeniero Javier Silva Staines, presidente Municipal de la capital de nuestro estado y deudo del gran poeta potosino Ignacio Medellín Espinoza de los Monteros, desde el Hospital Central le envió estos versos un poco inconsciente por el deterioro que causa la enfermedad).



35. Manuel José Othón, en 1903. Retrato publicado en "El Mundo Ilustrado", al frente de los Cuarenta de *capantos*.

Con el texto de El Mago Medellín

El "Mago" Medellín escribió también una sentida despedida a quien yo bauticé en mi crónica sobre el traslado de sus restos a la Rotonda de los Hombres Ilustres, en la Ciudad de México, como "El príncipe de la poesía potosina", crónica que me elogió don Vicente Lascuráin cuando se la entregué en las oficinas de la Asociación de Periódicos Independientes. Conservo el texto de esa despedida en unas hojas amarillentas, con la fecha junio de 1964.

Verdades y mentiras en la historia de México

Raíces de nuestra mexicanidad

Nadie es dueño de la verdad. En última instancia, la verdad se construye con muchas verdades, pero los mexicanos arrastramos mentiras, inexactitudes, errores y deformaciones en lo que conocemos como Historia de México. En descargo de culpas debemos admitir que las deficiencias son producto de lo que podríamos llamar “deformaciones culturales originales”. Así como nacimos con un “pecado original”, arrastramos muchas deformaciones culturales de origen en nuestra formación como personas y como integrantes de una Nación.

Deliberadamente dijimos pecado original, porque es uno de los principales elementos deformadores de nuestra cultura y nuestro desarrollo como seres humanos. Pero ese sería tema de otra plática. En esta ocasión vamos a referirnos a lo que se sabe, oficialmente, de los orígenes de nuestra nacionalidad.

Para más o menos entender la historia es indispensable estudiar los códices Mendocino, Vaticano, fray Diego Durán, Boturini, Ramírez, fray Bernardino de Sahagún y los escritos de Bernal Díaz del Castillo, fray Toribio de Benavente, Francisco del Paso y Troncoso, Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, y las versiones de los primeros cronistas como Francisco Javier Clavijero, Joaquín García Icazbalceta, y todos de los que después abrevaron quienes escribieron la historia que aprendimos en las aulas. Atando cabos podemos juntar datos históricos con las tradiciones orales, leyendas y recuerdos de los primeros descendientes de la india y España, como es el caso de Fernando de Alva

Ixlilxóchitl, cuarto descendiente de Netzahualpilli, quien dejó un valioso legado en los Anales de Cuauhtitlan. Hagamos un intento:

Remotísimos, nuestros orígenes

Muchos pueblos con raíces hundidas en profundidades insondables, como los egipcios, chinos, incas e indios (me refiero a los nativos de la India, a quienes a veces nos referimos de manera equívoca como hindúes, pues el hinduismo es una religión y no una raza); en esta plática es importante tener presente siempre que el epíteto de indios deriva de la bien conocida equivocación de Cristóbal Colón, quien murió convencido de que en su viaje de dos meses en mar abierto había llegado a la India y nunca se enteró de que descubrió otro continente. Pues bien, esos pueblos, lo mismo que los antiguos mexicanos, tienen raíces mezcladas con la mitología, la astronomía y la magia. Así, la tradición oral y los escritos mexicanos más antiguos enseñan que las primeras razas que ocuparon el Anáhuac descienden de seis hermanos, a su vez, de Iztacmixcóatl y su mujer Ilancuey; la primera palabra se refiere a la Vía Láctea, en tanto que Ilancuey significa “rana vieja”, la rana es el símbolo más antiguo de nuestra cultura representativo de la madre tierra. Pues bien, uno de los seis hijos de la primera pareja celestial es Otómitl, cuyos descendientes ya estaban allí cuando llegaron los nahuatlacas. Los otros hijos fueron: Xelhua, Tenoch, Olmécatl, Xicaláncatl y Mixtécatl. La tradición dice que “Iztacmixcóatl tuvo una segunda esposa, pero de ella sólo nació un hijo al que le pusieron Quetzalcóatl”, a quien los Toltecas rendían tributo como su dios. Según los toltecas, “Tloque Nahuaque fue el creador de la primera pareja, y antes del de su tiempo (el de los toltecas), hubo cuatro soles, es decir, que la humanidad había perecido en su totalidad en cuatro ocasiones: la primera fue a causa de abundantes lluvias que inundaron la Tierra y acabaron con el género humano. Ese sol se llamó Atonatiuh. “Se formó luego una raza de gigantes pero todos perecieron a causa de fuertes terremotos. Ese sol se llamó Tlatonatiuh.” “Una tercera raza pereció cuando fuertes tem-

blores y huracanes hicieron que cayeran el Sol y la Luna y los pocos supervivientes quedaron convertidos en monos. En esta era vivieron los Xicalancas y los Olmecas, que fundaron la ciudad de Cholula y se extendieron hasta Tabasco. Fue cuando apareció Quetzalcóatl”. La cuarta era “se llamó Tleltonatiuh o Sol de Fuego y terminó con una conflagración general”. En nuestro último libro sostenemos que por una de las muchas deformaciones culturales e históricas que arrastramos desde hace muchos siglos, en la escuela nos enseñan mitología, y nos inducen a considerar esa información como mero producto de la ingenua imaginación de quienes nos antecedieron en el conocimiento de la historia. Nosotros estamos convencidos de que esa noción de la mitología constituye un error, porque ese importante canal de la historia contiene datos que pueden conducirnos al conocimiento de la verdad y de los orígenes de la vida y del hombre.

Regresemos a nuestro tema:

Peregrinaje de los aztecas

Vinieron de Aztlan Chicomóztoc. Nadie sabe dónde queda ese legendario lugar. Algunos historiadores lo ubican en una geografía tan remota como California. Otros dicen que era un pueblo situado frente a las costas de lo que ahora es el estado de Nayarit, y fundamentan su aserto en el hecho de que Aztlan, en nahuatl, significa “lugar donde hay garzas”, pero existen muchos sitios con esas características. Lo más probable es que vinieran del noroeste.

En lo que respecta a la palabra *Chicomóztoc*, también en lengua náhuatl, su significado es “grutas”, “cuevas”, o “cavernas” (Considero oportuno subrayar un dato que tiene estrecha relación con la historia y la cultura de muchos pueblos primitivos, y es el número siete. Se trata de una superstición, pero los antiguos mexicanos eran muy supersticiosos, como los de ahora. Por lo pronto relacionemos siete tribus con siete cuevas, supuestamente cada una ocupada por cada

grupo). Queda establecido, pues, que los fundadores de México-Tenochtitlán llegaron del norte-noroeste al cabo de una peregrinación de muchísimos años. Eran siete tribus nahuatlacas (nahuatlaca quiere decir: “el que habla con claridad”), que salieron en tiempos escalonados de Aztlan-Chicomóztoc. Primero los xochimilcas, luego los chalcas, en seguida los tecpanecas, después los colhuas y les siguieron los tlahuicas. Los penúltimos en salir fueron los tlaxcaltecas. Se supone que transcurrieron muchos años de intervalos entre la salida de una tribu y la otra.

Transcurrido el tiempo de la última emigración salieron los de la tribu Azteca, que según la tradición se distinguían de las otras por su carácter guerrero y su buena organización. Cada tribu era encabezada por un caudillo, sacerdote o hechicero como guía. El dios de los aztecas era Huitzilopochtli, quien les ordenó fundar el que sería su asiento definitivo en un lugar donde vieran una águila con las alas abiertas, parada sobre un nopal y devorando una serpiente. Fueron tantos años de peregrinaje que muchos de sus guías fallecieron en el camino o en donde se estacionaban temporalmente.

“Meéxitli”, raiz de nuestro México

Uno de los guías se llamaba *Méxitli*, que en náhuatl quiere decir “ombligo del maguey”, es decir: quiote, y todos los que nacimos en esta tierra sabemos que México es tierra de magueyes, como lo prueban sin lugar a dudas el tequila, el aguamiel, el mezcal y el pulque, entre otros productos cien por ciento mexicanos.

Un escritor extranjero que vino a conocer nuestra historia hizo sus propias deducciones y, al desconocer las cosas locales, usos y costumbres y de nuestra mexicanísima planta, tuvo la ocurrencia de decir que *México* significa “el ombligo de la luna”, confundido por la palabra *metztli*, que tiene tres significados: luna, mes y pierna. En esta última acepción

se refiere a “la parte del cuerpo situada entre el pie y donde termina el muslo, lo mismo entre los cuadrúpedos, que entre las aves y el hombre. Para diferenciarla de los primeros significados se pronuncia fuerte en la segunda sílaba de derecha a izquierda”; así lo enseñan los nahuatlato.

Además, la palabra *luna*, en náhuatl, se escribe con la letra “tz” y, como llevamos dicho, la palabra “méxitli” no lleva esa letra. Hacemos la aclaración porque hemos escuchado a conductores de televisión y locutores de radio que repiten el error del escritor extranjero. A ese señor alguien debió de haberle invitado un buen jarro de pulque para que conociera la diferencia entre luna y maguey.

Fundación de México-Tenochtitlán

La historia dice que en las últimas etapas conocidas de la peregrinación azteca fueron guiados por cuatro sacerdotes sucesivamente, aunque no necesariamente en el orden que los vamos a mencionar. Ellos eran: Tezacoatl (quien cargaba un “quimil” con la imagen de Huitzilopochtli), Cuauhtécatl, Apanécatl y la hechicera o sacerdotisa Chimalma.

Cuando llegaron a Colhuacan su guía era Méxitli, quien les dijo que en adelante debían llamarse “mexicas” y, según el Códice Ramírez, allí “les puso un parche con trementina y plumas en las orejas [...] y les entregó flechas, arcos, rodela y todo lo que es necesario para la guerra” (Elvira de Loredo y Jesús Sotelo Inclán, *Historia de México*).

Los aztecas anduvieron de aquí para allá, peregrinando. Se tiene la certeza de que pasaron por territorio de Xalixco y que vivieron durante veintidos años en Tepeyacac antes de establecerse por un tiempo en Chapultepec. Recuérdese que cuando llegaron a lo que hoy conocemos como Valle del Anáhuac ya estaban allí las toltecas, zapotecas, totonacas, mixtecas, olmecas, teotihuacanos, chichimecas, otomíes, purépechas y, en el extremo sur, los maya-quichés.

Historiadores de prestigio como los autores de *México a través de los siglos*, señalan que los otomíes son la raza más antigua entre los pobladores de lo que hoy es el centro de la República Mexicana, abarcando parte de los actuales territorios de Querétaro, Michoacán, estado de México, Hidalgo y San Luis Potosí. Los mexicanos los llamaron “otómitl”, pero ellos sostienen que su verdadero gentilicio es el “xia-hiú”, una de las razas más antiguas de la altiplanicie americana.

Volviendo a nuestro tema de la fundación, los mexica, igual que las demás tribus del México antiguo, vivieron durante centurias enfrascados en guerras e invasiones entre unas y otras. En todo ese tiempo se registraron muchos asesinatos de señores y caciques urdidos y ordenados por unos contra otros (dicen que todavía sucede). El caso es que en una de esas guerras y después de que los aztecas fueron rechazados sistemáticamente como vecinos por las tribus ya establecidas en el Anáhuac debido a su carácter belicoso, tuvieron la fortuna de recibir un pedimento de ayuda de parte del señor de los colhúas, que tenían su asiento en Texcoco y enfrentaban una guerra contra los xochimilcas. El espíritu guerrero de los marginados fue decisivo para obtener la victoria, pues aunque no les dieron armas ni escudos hicieron miles de prisioneros y el huei tlatōani de los acolhúas premió a los aztecas permitiéndoles establecerse en un islote del lago.

Es en este punto donde se juntan la leyenda, la tradición e historia, y se cumple el mandato de Huitzilopochtli porque cuando los aztecas llegaron al lugar encabezados por su sacerdote de la última etapa, Tenochtli, encontraron una águila con las alas abiertas, parada sobre un gran tunal que tenía sus raíces entre el agua rodeada de grandes rocas. La majestuosa ave sostenía entre las garras una serpiente que destrozaba con su poderoso pico.

El águila devorando la serpiente simboliza la victoria de lo espiritual sobre lo material, de lo celeste sobre lo terrenal, en tanto que el tunal con sus dos grandes pencas en forma de corazón representa el corazón de la tierra, mismo que brota de las entrañas de Coatlícue.

Era el mes de agosto de 1325, en los Anales de Cuauhtitlan, uno de los primeros escritos de la Historia de México, se lee: “Nican Cuauhtitlan (aquí en Cuauhtitlan)” ... acabando de contar el nacimiento de los mixcoa, que amamantó méxitli, agregó: “yeica in axcan timexica, yece amo timexica, sino mexitin” (Por eso ahora somos mexicanos, pero no mexica, sino Mexitin”).

Deformaciones de la historia

No debemos olvidar que los primeros pobladores del actual continente americano son tan antiguos como los de otras latitudes. Es importante tener en cuenta que los continentes que ahora están separados por el mar hace muchas centurias estuvieron unidos en algunas de sus partes, y lo que ahora ocupa el hombre de la meseta estuvo sumergido en el mar por lo menos hasta el jurásico. Es oportuno recordar también la leyenda de la Atlántida que, como todas las leyendas, tiene su base y raíz en una parte de realidad.

Los restos del hombre de Tepexpan fueron fechados con once mil años de antigüedad, pero se han encontrado restos de humanos que vivieron en lo que ahora es territorio de México desde hace más de catorce mil años, y las historias que se contaban entre descendientes casi centenarios de antiguos mexicanos, hace todavía dos siglos, se referían a la cosmogonía de nuestros ancestros y remontaban la historia, precisamente, catorce mil años atrás, hasta finales del Pleistoceno americano.

Crece el señorío de los aztecas

¿Por qué los mexicas bautizaron su señorío como México-Tenochtit-

lan? Muy sencillo: ya dijimos que el sacerdote que en esa jornada guiaba a los aztecas se llamaba Tenochtli. Permítasenos aventurar la hipótesis de que la partícula “te” es la primera sílaba de la palabra *tépetl*, que en náhuatl significa “piedra,” roca,” “cerro” y *nochtli* quiere decir “tuna”. En la lengua náhuatl, cuando con dos palabras se forma un solo vocablo, la primera palabra pierde la última sílaba por aféresis, como en *Tecalli*, templo. Quizá los fundadores de lo que después se convirtió en el gran señorío azteca daban ya trato de dios a su sacerdote-guía y por eso escogieron la palabra “nochtli” para designar a la ciudad que sería el centro de su señorío. Por lo demás, se sabe que las terminaciones “tlan,” “co,” “pan” y “can” entre otras, son indicativos de lugar y pueden entenderse como en, de, con y, por cierto, no llevan el acento que nosotros les inventamos. La pronunciación correcta es Tenochtitlan, Tamoanchan, Coyoacan, Teotihuacan, etcétera.

Como el islote en el lago de Texcoco era pequeño y no había espacio suficiente para edificar casas ni para cultivar la tierra, pues todo estaba rodeado de agua, los aztecas inventaron un sistema de siembras sobre chinampas que ellos mismos fabricaron rellenando amplias esteras con tierra de las orillas. Lo primero que construyeron fue el templo a Huitzilopochtli en el centro del islote y luego la ciudad con cuatro “calpullis”, uno en cada uno de los puntos cardinales o barrios, distribuidos alrededor del templo (a propósito, los antiguos mexicanos consideraban cinco puntos cardinales: los cuatro geográficos y, el más importante: aquel que ubicaba al hombre como centro del cosmos, de donde estaba parado hacia el cenit). Las primeras casas eran chozas de carrizo con techos de tule. Los barrios se llamaron Moyotla, Tecpan, Zoquiapan y Cuepopa.

La imaginación y creatividad de los nuevos vecinos despertó la admiración de los texcocanos, que los respetaban también por su valor y audacia. Cuando todavía eran tributarios del señorío de Texcoco, los az-

tecas eligieron a Acamapichtli como su primer Huey tlahtoani, que en náhuatl significa, “gran señor”, “el de la voz principal” “el que empuña el bastón de mando”. Había en el territorio azteca, ya organizado política, económica y socialmente, clases y niveles: los de las familias principales, los sacerdotes, los comerciantes y los del pueblo bajo. El equivalente de señor era tecuhtli, el de gobernador era tlahtoani, el tesorero era petlacatl, el recaudador era calpixe, el calpulelque, era el jefe del calpulli o barrio, el comerciante era pochteca y el tlamamani era el cargador, el hombre que acarrea los costales con mercancía en el tianguis. Un macehualli era un simple plebeyo.

Los mexica hicieron la guerra a las tribus vecinas y fueron ensanchando su dominio de tal forma que en menos de doscientos años habían sometido a todas las tribus que ocupaban el resto del Anáhuac. Precisamente la palabra *Nicaragua*, con su correspondiente deformación lingüística, quiere significar “hasta aquí el Anáhuac”: nican aquí y, nahuac Anáhuac. En la lengua náhuatl no existe la letra “erre”.

Somos orgullosamente mexicanos

Por una deformación cultural de las muchas que arrastramos desde nuestra primera infancia, y por descuido de los responsables de la educación de los mexicanos, hemos aceptado como verdades irrefutables las enseñanzas de nuestros mayores, que nos han impuesto nuestra propia historia con definiciones heredadas de los conquistadores. En el señorío de nuestros antepasados remotos no había reyes, emperadores, princesas, capitanes y, mucho menos, caballeros. ¡cómo, si no había caballos! Los soberanos eran “señores” y los miembros de las familias principales ocupaban un lugar especial en la sociedad pero sin títulos de nobleza. Como hemos dicho, los gobernantes eran caciques o tlahtoani.

Se contaba con el árbol genealógico de las familias de alcurnia y había un catálogo de tradiciones y buenas costumbres. El respeto hacia

los adultos mayores era verdaderamente reverencial, lo mismo que el amor y cuidado de los niños. La higiene era prácticamente un rito entre nuestros ancestros.

Muchas de las deformaciones, errores o mentiras de nuestra historia derivan de las dificultades de los ignorantes frailes que tradujeron los primeros jeroglíficos que conocieron. Si recurrimos a nuestras propias experiencias cuando tratamos de comunicarnos por primera vez con alguien que habla otro idioma, podemos imaginarnos cómo se confundían los extranjeros que interpretaron el nombre de Cuauhtémoc como “águila que cae”, cuando los indígenas les decían por señas que Cuauhtémoc significa una águila que desciende. Los pobres frailes ignoraban que para los mexicanos águila es sinónimo de sol y que al hacer la seña de que desciende es, simplemente el sol en su movimiento descendente, el sol de la tarde.

¿Otro ejemplo? Sí, el de manajo, atado, que los primeros conquistadores tradujeron por gavilla y lo aplicaban al xiuhtelalpilli, el período de 52 años del siglo lunar de los aztecas. Pero lo más simpático es cuando nos enteramos de que los primeros españoles nos endilgaron la traducción de tzentzon como cuatrocientos. Seguramente hacían señas para expresar muchos y, como no alcanzaban a establecer una cifra, lo dejaron en cuatrocientos. ¿Se imaginan ustedes a los conquistadores traduciendo que los indígenas mexicanos decían que el cielo tiene “cuatrocientas estrellas”? Tzentzon citlalli. Nosotros les hubiéramos dicho nada más que en el cielo hay “un chingo” de estrellas.

Pues bien, esos son los orígenes de México y de nuestra mexicanidad, de la que debemos sentirnos justamente orgullosos porque México-Tenochtitlan fue una civilización perfectamente acabada, con dioses propios y una religión integrada; un gobierno con estructura completa y un sistema ejemplar y honesto en la procuración y administración de

justicia; arte y cultura propias, un sistema de educación con escritura jeroglífica bien estructurada que se enseñaba en calmecas mexicanos; conocimientos exactos en astronomía y un sistema completo para medir el tiempo con calendario y fiestas religiosas con suficientes dioses, templos y danzas rituales. Vivimos trecientos años sojuzgados por una potencia extranjera y tuvimos éxito en la guerra de Independencia. Superamos las vicisitudes de una Guerra de Reforma y vivimos una de las primeras revoluciones populares del siglo XX.

Tenemos el gusto de celebrar ya más de doscientos años de nuestra Independencia. Que conste: más de doscientos años de independencia de España, no de ser “orgullosamente mexicanos”. De eso hace más siglos.

¡Viva México!

La educación y la identidad nacional

El siguiente trabajo fue escrito hace varios decenios. Rogamos al lector ubicarse en el tiempo y espacio correspondientes. Nos escudamos en la libertad de expresión.

Por Gregorio Marín

La historia es maestra infalible. A los mexicanos de hoy les pesa sobre la espalda siglos de dominación imperial precortesiana. Vino luego la dominación española y un doloroso mestizaje que conjuntó las dos corrientes culturales que formaron la nación.

Somos una raza tozuda, soberbia y de espíritu aventurero, que ya había asimilado la influencia de las mezclas árabe y judía, y las que dejaron en España las frecuentes invasiones de godos, visigodos, celtas y sarracenos; incluso grupos de gitanos se enseñorearon de importantes porciones de la península ibérica durante un tiempo.

El resultado de esa mezcla tan disímbola se fundió después con los diferentes grupos que ocupaban el territorio dominado por los aztecas. Entre las razas sometidas por ellos estaban los toltecas, los olmecas, los zapotecas, los mixtecas, los cuextecas (ahora los llamamos equivocadamente huastecos, pero el nombre original deriva de que esa extensa región se distinguía de otras por su gran número de 'cues', que son pequeños túmulos o altares dedicados a sus dioses), los otómitl, los náhuatl, los chichimecas, los zacatecos, los huachichiles, los tlaxcaltecas, los totonacas y los purépechas, entre otras.

Los aztecas no eran originarios del Anáhuac, ellos venían de Aztlán y tuvieron que asentarse en la periferia de la ciudad ocupada por los mexicas.

Todo esto nos da una idea de la compleja mezcla de razas, tribus y las diferentes raíces culturales que sirvieron de base a lo que ahora se llama nación mexicana. Las raíces disímbolas explican por qué todavía a estas alturas no se ha conseguido la integración social y cultural del país; por qué a veces nos miramos como extraños entre los habitantes de un estado y otro; sucede aún dentro de una misma entidad. Por ejemplo, en San Luis Potosí, Sonora, Chihuahua, Michoacán, Chiapas, Nayarit y Yucatán, en los que todavía sobreviven minorías étnicas, por cierto ya muy mermadas, arrinconadas en la sierra o en lugares inhóspitos y marginados.

En muchas de estas comunidades las clases privilegiadas penetran sólo para saquear las riquezas naturales, como ocurre con los bosques de la sierra Tarahumara, en las huastecas hidalguense, potosina y tamaulipeca, y con la exuberante región del sureste, que es riquísima en maderas finas, tropicales y exóticas.

Herederos de la rapacidad española, los mexicanos de hoy tenemos una marcada tendencia al atesoramiento. En busca de un enriquecimiento rápido nos acercamos al gobernante en turno para medrar a su sombra, o nos dedicamos a negocios como la usura y la construcción.

Hace falta espíritu nacionalista

No existe ahora, como no existió antes, un sentido nacionalista ni una mística de raza. Los blancos “hacen menos” a los prietos. Los prietos discriminan a los “indios”.

Con la excepción de ciertos periodos, no ha habido unidad ni continuidad en un programa educativo verdaderamente nacionalista mexi-

cano, como las etapas en las que nos inculcaba el respeto y veneración a Cuauhtémoc, a Moctezuma Ilhuicamina y a los héroes de la Independencia, después de Juárez nos ha faltado un Gandhi o un Tagore.

Si el derecho mexicano es una copia del romano, la educación tuvo sus bases originales en las ideas y sistemas de Rébsamen, Montessori, Lasalle y otros pedagogos extranjeros, tan extraños como ajenos a los programas, idiosincrasia, costumbres y modo de ser natural del mexicano. Es como si los ingleses hubiesen tratado de imponer sus sistemas educativos a Etiopía o los holandeses a los habitantes de sus posesiones en África. No obstante, programas y contenidos tenían un sello nacional, como cuando Melchor Ocampo fue el primer Director Nacional de Educación en 1833.

Incongruencias y desarticulación

En el colmo de las incongruencias, en México se han puesto en marcha programas educativos que cambian cada sexenio y, en algunos casos, ni siquiera han completado lo que dura un presidente en el poder. Así, durante algunos años se aplica el método onomatopéyico, enriquecido por la experiencia y el genio del maestro Gregorio Torres Quintero; luego, al principio de otro sexenio se cambia al ecléctico. En el siguiente se impone el método de la lectoescritura y luego se regresa al onomatopéyico o natural. Últimamente nos vemos inmersos en un sistema globalizador que en algunos casos hace a un lado la instrucción y la educación para someter a los alumnos a una preparación técnica y manual útil a las nuevas empresas. Incluso se han inventado “universidades e institutos tecnológicos”. Aquí cabe recordar que durante siglos los mexicanos aprendieron a leer y escribir en las escuelas parroquiales con la pizarra y el silabario de San Miguel dentro de un sistema cuya base era la formación humana y la integración familiar.

Ahora se usa la misma cartilla para enseñar a los niños de las zonas urbanas y a los del Valle del Yaqui o de las costas de Michoacán; lo mismo a los xi'oi del altiplano central que a los tzotziles; a los tarahumaras que a los huastecos o los peninsulares del sureste. En el territorio nacional existen 56 grupos étnicos diferentes, según nos informan los profesores Rafael Aguirre Álvarez y Francisco Zárate Villegas, enviados a San Luis Potosí por el Centro de Cooperación Regional para la Educación de Adultos en América Latina y el Caribe (Crefal), y a todos se les enseña con la misma cartilla. Tagore sostenía que un sistema educativo como éste se equiparaba a una enlatadora.

Cuando la enseñanza en zonas rurales estaba a cargo de verdaderos apóstoles de la educación, personas pertenecientes al mismo nivel social y económico de los educandos, la instrucción rural mexicana se ganó el reconocimiento y admiración de muchos países. Desafortunadamente, los campesinos empobrecieron cada vez más y al cabo de algunos decenios se estableció una amplia diferencia de clase que convirtió a los maestros en “leídos y escritos” y a los campesinos en “ignorantes”. Los recursos económicos del país se quedaron muy por debajo de las necesidades de la educación, que estableció el crecimiento demográfico. Además, a los gobiernos revolucionarios les resultaba más productivo atender a las exigencias de los inversionistas locales y foráneos y de los ricos de las ciudades, que a la gente del campo.

Hay millones de analfabetas

El resultado de este nuevo fenómeno sociocultural fue que a mediados del siglo XX había 13 millones de analfabetas en la República Mexicana. Algunos estados como Oaxaca, tenían hasta 42 por ciento de sus habitantes en la ignorancia. Las cifras no han disminuido mucho a pesar de la propaganda oficial, en la que el Instituto Nacional para la Educación de los Adultos (INEA) asegura que ha levantado “bandera blanca” en algunas entidades. El falso eufemismo significa

que en esos lugares ya no hay gente iletrada. Donde se ha izado esa bandera, no es cierto. No sólo sigue habiendo millones de mexicanos que no conocen las letras, sino que varios millones más son analfabetas funcionales; es decir, aquellos que aprendieron a leer y escribir pero jamás han tomado un libro o periódico tras abandonar la escuela en alguno de los grados de la educación primaria. Este fenómeno se ha acentuado en los últimos años como consecuencia de las crisis económicas que nos afectan y la pobreza obliga a los niños a dejar las aulas para trabajar en algo que les produzca unos pesos para su propia manutención.

Si los niños se ven obligados a desertar de las aulas, con mucha mayor razón lo hacen los adolescentes supuestamente reclutados por las brigadas alfabetizadoras, sobre todo en las áreas rurales. Pero el aparato burocrático no sólo se sostiene, sino que crece y gasta cada año muchos millones de pesos que al país no le reditúan ningún beneficio. En el mejor de los casos, si algunos miles de adultos aprenden a leer y escribir, su número es tan reducido que no justifican la existencia del gigantesco aparato ni los recursos financieros que se le destinan.

¿Cómo puede haber una integración cultural o educativa en una nación con tantas diferencias étnicas, geográficas, económicas, culturales y hasta de índole histórica? Es urgente una articulación entre las diferentes etapas de la educación: de preescolar a primaria, de primaria a secundaria y luego de educación media superior a superior.

Riesgosa extranjerización

Esto explica también las grandes traiciones de la historia, el individualismo y el valemadrismo de algunos mexicanos. Hace unos años se rumoró que Estados Unidos de América planeaban anexarse varios estados del norte de la República Mexicana. Un periodista me dijo: “Ojalá recorrieran de una vez la frontera hasta acá para que San Luis Potosí

quedara dentro de territorio estadounidense.” Meses después un sacerdote me expresó la misma opinión: “Ya es bastante malo que usted sea sectario para que, además, me resulte antimexicano”, le respondí:

—La culpa es del gobierno, por supuesto. No sólo no ha sabido preservar y fortalecer el sentido de identidad mexicana, sino que hace muchas décadas que tampoco ha creado y llevado a cabo un plan integral que promueva el desarrollo económico y social a largo plazo. Cada seis años se reinventa el gobierno y se adopta un lema diferente. Se llega al extremo de abandonar lo bueno que hizo el antecesor por motivos políticos o intereses financieros.

El gobierno mexicano ha permitido que sectores poderosos de dentro y fuera deformen la poca conciencia de identidad nacional que pudimos adquirir en la infancia. Ya hace varios lustros que la televisión agrede cotidianamente la escasa formación cultural propia de los mexicanos con programas abiertamente extranjeros, incluso en inglés.

Programas para niños y adultos imponen modelos norteamericanos por medio de los héroes de la moderna mitología americana. Las características generales son que la violencia, la fuerza y la tecnología están al servicio del bien para derrotar al mal. *He-Man* y *She-Ra* han sustituido a Superman y a la Superniña en la lucha eterna del bien contra el mal, que antes se envolvía en los superpoderes del antihéroe y ahora se apoya en los sofisticados adelantos de la tecnología, de las computadoras y los rayos láser. La agresión cultural es global, en un programa matutino de cobertura nacional se difunde el pronóstico del tiempo abarcando los mapas de Estados Unidos y México, quizá, dicen extremistas maliciosos, preparando el terreno ante la eventualidad de que llegaremos a ser una sola nación. Incluso se pronostica la temperatura en grados Fahrenheit y se usan las palabras en inglés, tal vez para que sea más rápida y natural la transculturización del televidente.

Muchos productos alimenticios, golosinas y juguetes se anuncian por sus nombres en inglés y esta práctica es más notoria en determinados programas con duración de hasta tres horas. Desde luego, los patrones de consumo son estadounidenses y muchos de los anuncios que se transmiten en la televisión mexicana son producidos en dicho país.

Una moderna evangelización

Por otra parte, hace más de quince años que organismos oficiales del vecino país, así como algunas iglesias no católicas, realizan libremente tareas de adoctrinamiento en territorio mexicano, sobre todo en zonas habitadas por minorías étnicas que hablan difícilmente español.

Los misioneros utilizan la razón, la lógica y el sentido común para desbaratar los viejos dogmas de la iglesia católica, que durante siglos ha sido la dueña de las conciencias en México. Los niños ya no creen en ellos porque están aprendiendo a razonar a más temprana edad gracias a los medios de comunicación disponibles en la actualidad. Ese fenómeno se acentúa en las zonas geográficas donde han penetrado los nuevos evangelizadores. Niños y adultos también han perdido el amor y respeto por los símbolos patrios. De esto se encargan catequistas enviados por organizaciones de diferentes iglesias y sectas estadounidenses e instituciones de asistencia social.

Sacerdotes de la Iglesia católica consultados opinan que ésta es una nueva forma de adoctrinamiento, mucho menos místico y sin los dogmatismos que trajeron hace más de 400 años fray Bartolomé de las Casas, fray Toribio de Benavente, apodado Motolinia, fray Juan de Zumárraga, Vasco de Quiroga y los demás. No vienen a llevarse el oro, las mujeres y las piedras preciosas de México, por el contrario, traen comida y trabajan hombro con hombro con los indígenas locales en el mejoramiento de la comunidad.

El trabajo social es positivo

Los esfuerzos de culturización y mejoramiento de los niveles de vida de los mexicanos no son necesariamente negativos, como no lo son en ningún otro país. De hecho, con este trabajo sólo pretendemos llamar la atención del gobierno y los particulares para que se tomen medidas encaminadas a la defensa de lo nuestro como nación. Muchos jóvenes y no pocos adultos se avergüenzan actualmente de ser mexicanos. Miles de compatriotas que viven y trabajan en Estados Unidos de América han sufrido la humillación y el desprecio no sólo de los yanquis, sino de mexicanos que llegaron allá antes que ellos. Les llaman “Bill Hill” y los marginan. Pero los que consiguen un buen empleo y al cabo de un tiempo aprenden a hablar inglés son autosuficientes. Estos, aún sin proponérselo, hacen comparaciones sobre sistemas de gobierno, estilos de vida, etcétera y en todos los casos salimos perdiendo.

¿Qué pueden argumentar en defensa de lo mexicano? ¡Mucho! Pero la escuela mexicana de nuestros días no educa, sólo produce mano de obra sin procurar la formación humana integral. Como antes dijimos, no existe una articulación pedagógica entre el jardín de niños y la primaria, como no la hay entre la secundaria y la preparatoria. Por cierto, los programas de este nivel educativo son muy cuestionables. Por esto y por las deficiencias en los primeros niveles, el joven llega a la universidad con un deficiente grado de conocimientos y si las bases son endebles, es fácil adelantar un juicio sobre la calidad de la enseñanza profesional. Sobresalen sólo aquellos alumnos que poseen una inteligencia superior natural y una sólida disposición para el estudio.

Es explicable que quienes con mucho esfuerzo logran alcanzar un título universitario sólo piensan en ganar dinero para compensar las penurias de tantos años improductivos. Pero de que hay argumentos para defender a México, los hay.

Nuestra historia es envidiable

México, al llegar los españoles, ya tenía una cultura propia, un sistema educativo integral, un gobierno constituido y una organización social y política bastante avanzada. El pueblo vencido duró 300 años sometido bajo el gobierno colonial, pero al cabo realizó su Guerra de Independencia, coronada por la victoria. En busca del perfeccionamiento de su sistema político y social, hizo la Guerra de Reforma y, posteriormente, una revolución popular de sentido eminentemente democrático que garantiza las libertades inalienables del individuo como ser humano, persona y ciudadano. ¿Qué otra nación podría presumir de haber pasado por todas estas etapas en su desarrollo histórico, político y social?

Ahora bien, el bracero que se ve repentinamente enfrentado a una nueva realidad y cuyo grado de escolaridad es muy precario o nulo, no puede menos que acomplejarse al darse cuenta de que él es el resultado de una gran riqueza histórica y cultural desperdiciada por falta de organización, ¡pobre resultado!

Rescatemos valores y tradiciones

Aún estamos a tiempo de rescatar nuestra identidad si volvemos al reconocimiento de nuestros valores históricos y culturales, a las tradiciones familiares, entre las que destacan el respeto a nuestros mayores, rescatemos la obediencia en el seno del hogar como base del acatamiento de las órdenes de la autoridad y las leyes. Pongamos en práctica, otra vez, la ética y la moral que aprendimos de nuestros padres, y ellos a su vez de nuestros abuelos y tatarabuelos.

Pongamos los valores del espíritu por encima de lo material y pasajero, abramos los ojos para ver que voluntariamente nos hemos convertido en esclavos de lo que el papa Juan Pablo II calificó de “capitalismo salvaje”, aquel que nos explota y oprime; que nos induce a consumir compulsivamente hasta lo superfluo, con lo que a los empresarios los

hacemos más ricos y, por ende, más poderosos, mientras que nosotros nos seguimos hundiendo en la explotación y la opresión por medio de las deudas y sus intereses. No permitamos que otros nos sigan imponiendo obligaciones y decidiendo por nosotros. Seamos cívicamente más participativos y menos sumisos.

El problema es de educación. En otras ocasiones hemos sostenido que un país que ofrece a sus ciudadanos educación, empleo, salud y seguridad no tendrá problemas de delincuencia y criminalidad. Buena parte de la responsabilidad es de los ciudadanos; cuando los hombres y mujeres de México lleven al gobierno a mexicanos bien educados y honestos no habrá ladrones, asesinos ni prevaricadores. Que en el futuro la inteligencia, la capacidad, la moral y el amor al país y al prójimo inspiren los actos de los gobernantes.

La Catedral

La Catedral de Zacatecas se encuentra en donde primero se construyó el templo parroquial dedicado a Nuestra Señora de los Zacatecas. Aunque es de adivinarse que las construcciones eran muy rudimentarias, pues para fines del año 1549 se habían construido cuatro parroquias y a la fecha no existen vestigios de ninguna de ellas.

En efecto, aunque fray Juan de Teresa llegó al pie del cerro de La Bufa el 8 de septiembre de 1546, la ciudad no se fundó sino hasta el 20 de enero de 1548, cuando el fraile había invitado a Baltasar Teñido de Bañuelos, don Diego de Ibarra y Cristóbal de Oñate, a que lo acompañaran a explotar los ricos yacimientos de oro y plata de los que le habían dado noticias los indios y, tal como lo hacía Hernán Cortés, Juan de Teresa llevó consigo cuatro religiosos franciscanos cuyos nombres se desconocen con excepción de fray Jerónimo de Mendoza, sobrino del virrey don Antonio de Mendoza. Ellos sirvieron de capellanes hasta la llegada de un párroco, que tuvo lugar en 1550.

Se encontraron con una feligresía organizada y cuatro parroquias, a cargo del vicario, el capitán don Antonio Jiménez, del señor cura don Juan de Urbina y del presbítero don Pedro Rodríguez, quienes enseñaban religión a blancos e indios; la de Tlacuiltapan, que administraban los padres franciscanos y atendían a españoles, indios y mulatos; la de San José, administrada por noventa y un clérigos e indios y, la de Chepinique, en la que los padres agustinos adoctrinaban a los indios.

La historia nos dice que pronto hubo muchos religiosos en Zacatecas, además de los franciscanos, había dominicos, con ocho religiosos; agustinos, con otros tantos; ocho mercedarios; doce sacerdotes jesuitas que se dedicaban a la enseñanza; el convento de San Juan de Dios con ocho religiosos y el del gran centro franciscano de Guadalupe, Zacatecas, con treinta y ocho religiosos. De estos templos, conventos y parroquias dependían unas diez cofradías, lo que ayudaba mucho a una mejor administración de la feligresía y una buena práctica de la vida cristiana.

De acuerdo con lo que nos dice una relación del excelentísimo y reverendísimo señor obispo don Ignacio de Ascencio y Moreira (que en paz descanse), asistente al solio pontificio, publicada en 1946 con motivo del cuarto centenario de la fundación de la ciudad de Zacatecas, la devoción a la virgen María ha sido la base de los católicos zacatecanos.

La santa iglesia Catedral, flor del barroquismo, comenzó a erigirse en 1565, tardó 17 años en ser terminada y, 20 años después se terminó la única torre de que constaba cuyo costo fue de tres mil pesos.

Dice el historiador Salvador Vidal que la parroquia fue derruida por causas ignoradas y que el 28 de julio de 1612, el señor cura vicario y juez eclesiástico, don Cristóbal de Covarrubias, bendijo y colocó la primera piedra del nuevo templo en el mismo sitio que ocupaba la anterior y que se dedicó solemnemente a Nuestra Señora de los Zacatecas el 8 de septiembre de 1625.

Amenazaba derrumbarse este nuevo templo parroquial y hubo de ser demolido para erigir otro. La primera piedra fue colocada y bendecida por el señor Marqués de Uluapa, chantre de Guadalajara y visitador del Obispado, el 8 de septiembre de 1718. Sin embargo, en 1730 fue arrasado todo lo que se había construido para introducir algunas modifi-

caciones en los planos originales con el fin de que la nueva parroquia fuese de tres naves. Una vez terminada, fue dedicada solemnemente el 15 de agosto de 1752 y es la que existe hasta nuestros días.

Dado que era parroquia, no requería dos torres, como lo establecen los cánones de la Iglesia, por lo que la torre del lado sur era la única que existía. El edificio se terminó de construir el 4 de enero de 1782, con un costo aproximado de cinco mil pesos. La campana mayor de esta torre, que tuvo el mismo costo, pesaba ciento treinta y cuatro quintales y algunas libras. Fue fundida en 1782 y colocada entre los años 1790 y 1805. Lleva el nombre de José Ventura del Sacramento. Fue don Ventura Arteaga uno de los fieles que más contribuyó con dinero para su fabricación.

Finalmente, la torre del lado norte fue construida en 1904 con un costo de quince mil pesos, pagados por la acaudalada señorita Josefa Brilanti y Feraiza. Lleva el nombre de la Torre de la Inmaculada y fue director de la obra el maestro Dámaso Muñetón, originario de Villa García, Zatecas, según nos cuenta el ya citado historiador Vidal.

La Toma de Zacatecas

Gregorio Marín fue enviado por *El Herald* a cubrir una recreación de la Toma de Zacatecas por tropas de Francisco Villa, evento realizado con fuego real y miembros del Ejército Mexicano y que presenció el presidente Adolfo López Mateos desde el cerro de La Bufa, donde estuvo también el reportero. Éste es el reportaje que se publicó en aquella ocasión.

“¡Victoria, ya ganamos!”, decía el primer parte, oficial enviado por el general Felipe Ángeles al general Francisco Villa, quien se encontraba en su tienda de campaña en Bracho, que durante todo el día fue su cuartel de operaciones. La noticia se recibió a las 17:30 horas, es decir: sólo siete horas y media después de iniciada la batalla decisiva, que acabó con el ejército federal y determinó la derrota del usurpador Victoriano Huerta.

En el campo de batalla quedaron siete kilómetros de cadáveres que el general Gabriel N. hacinó en un lugar cerca del cementerio municipal después de informar que hubo seis mil setecientas veintidós bajas. Los cuerpos fueron conducidos allí en carretas, en hombros, tablones o a lomo de mulas, según como fuera posible.

Más de cincuenta cañones de los cuales entraron en acción cuarenta y ocho, destrozaron totalmente la resistencia federal formada por doce mil hombres perfectamente atrincherados y apoyados por trece cañones con municiones francesas. Las fuerzas atacantes se calcularon en más de doce mil hombres, que eran lo mejor de la División del Norte, mandados por su propio caudillo, el general Francisco Villa. Participó,

además, lo que quedaba de las fuerzas de Pánfilo Natera, que fueron rechazados dos días después de realizado el primer ataque de los revolucionarios a las fortificaciones federales el 12 de junio.

Hubo un hombre que recibió inquieto las noticias. El movimiento de tropas de la División del Norte se llevó acabo en contra de sus deseos, bajo el mando directo de Francisco Villa y no del general José Isabel Robles, como él había ordenado. La tropa salió de Torreón, debidamente reorganizada y pertrechada, el 19 de junio y llegó a Estación Caldera, situada a veintiocho kilómetros de Zacatecas, en la mañana del mismo día; la artillería y elementos del general Felipe Ángeles viajó a bordo de cinco trenes y sólo uno fue ocupado por el divisionario, su estado mayor y el servicio de sanidad. Inmediatamente se inició un reconocimiento por parte del general Ángeles y su estado mayor. Ellos mismos tuvieron una escaramuza con patrullas de contrareconocimiento federal, en el rancho San Vicente, las que formaron una columna de aproximadamente veinte hombres del general Agustín Argumedo, quien, a su vez, trataba de obtener información de las fuerzas que llegaban.

Al principio, la situación era desfavorable para los revolucionarios, pero afortunadamente intervino el general Manuel Chao en apoyo de Felipe Ángeles, así como el general José Trinidad Rodríguez y el enemigo fue obligado a replegarse hasta sus posiciones de defensa.

El general Ángeles empezó a distribuir las tropas conforme la disposición probable que iban a mantener durante el combate. Hubo tiroteos por la zona de Calera, en los cuales las tropas del general Rodríguez actuaron brillantemente reduciendo los contrareconocimientos y patrullajes destacados por las fuerzas federales. La artillería quedó emplazada originalmente en Morelos, un pueblecito cercano a Zacatecas, por el grupo de Saavedra y Luévano. El general Maclovio Herrera atacó con buen éxito al enemigo, que estaba en Cieneguillas, obligándolo a replegarse hasta

los alrededores de Zacatecas. Por su parte, el general Trinidad Rodríguez empujó a las fuerzas que se encontraban entre Las Pilas y Hacienda Nueva, auxiliados por las tropas del general Tomás Urbina.

Simultáneamente, con estos movimientos, las tropas del general Maclovio Herrera y Manuel Chao, quienes recibían las órdenes de Urbina y Ángeles, se adelantaron con sus brigadas hasta Cieneguillas y San Antonio, situados al poniente de Zacatecas, por la parte del cerro del Padre. Esta presión de las tropas revolucionarias obligó al enemigo a replegarse delante de las tropas villistas, quemando forrajes y sin dejar de combatir, provocando una retirada ordenada hasta las posiciones ocupadas por el grueso de las fuerzas federales y protegidos por el grupo de artillería de estos. Sin embargo, hasta ahora no se ha generalizado el combate. De hecho, ninguno de los grupos ha demostrado su verdadera fuerza.

El día 20, el general Ángeles, escoltado por el general Pánfilo Natera y algunos elementos de sus tropas, alargó su exploración hasta Veta-grande, mina situada al norte de la ciudad de Zacatecas, y que queda más o menos frente a de los cerros El Grillo y La Bufa. Allí, y en el mineral de la plata fue conducida una parte de la artillería en dos grupos que a las órdenes del mayor Bazán debería batir al Grillo y a La Bufa. Se dictaron órdenes para que las brigadas de los generales Ceniceros y Villa los protegieran.

Cinco baterías de artillería fueron emplazadas allí, donde quedó también el observatorio general. El mismo día 20, el general Urbina ordenó que las tropas de los generales Natera, Arrieta, Triana, Contreras, Bañuelos, Domínguez y Caloca, bloquearan las líneas de abastecimiento y de retirada del enemigo, que se extendía hasta Guadalupe. Las fuerzas de los generales mencionados y de Manuel Chao fueron reforzadas con diez cañones. Por su parte, las patrullas de reconocimiento descubrieron fuertes contingentes federales en el cerro de La Bufa. Los

delataron sus posiciones. Hasta ahora ninguno de los cañones revolucionarios ha hecho fuego, a pesar de que han sido hostilizados desde ayer por las baterías enemigas. Tampoco ha llegado Pancho Villa, quien espera que entren las fuerzas de Tello y Orozco para batirlas con un movimiento envolvente.

El general Urbina ordena a los generales Martiniano Servín y Mateo Almanza que marchen hacia Loreto y Tierra Colorada para reforzar las tropas del general José Trinidad Rodríguez, quien está allí desde hace dos días al mando de la brigada Cuauhtémoc.

El día 21, Villa decide combatir y entra a la plaza ordenando dinamitar las vías ferroviarias de modo que no puedan llegar las fuerzas de Pascual Orozco y de Tello. Los Dorados se encargan de la tarea y las tropas federales quedan embotelladas en Berriozábal y Los Adames. Hay conferencia de generales y ahí se propone que el ataque se inicie por el frente norte, al que correspondía atacar las posiciones fortificadas de El Grillo y La Bufa. Para conseguir la victoria, se advierte, tendrán que batir y tomar antes los cerros de Tierra Negra, Tierra Colorada y La Serpiente. El ataque será apoyado por el que realicen desde el sur contra las fuerzas federales ubicadas en la estación del ferrocarril y el cerro del Padre. Desalojado al enemigo de sus posiciones, quedará indefenso y buena parte de sus fortificaciones quedará bajo el dominio de los revolucionarios. La población de Zacatecas quedará bajo el fuego de la División del Norte, obligando al enemigo a usar una de sus líneas de retirada por Guadalupe, con lo que sufrirá irremisiblemente el aniquilamiento de sus reservas.

Villa modificó en algunos detalles el plan: ordenó que, apoyadas por las baterías de mano del mineral de plata, fuerzas revolucionaras atacaran el cerro Tierra Colorada por el centro y a la izquierda, y que él, personalmente, atacaría por el lado derecho. Dispuso que la brigada

Morelos dejara de sostener la artillería emplazada en la mina de plata; que fuerzas revolucionarias atacaran y se concentraran a la izquierda del dispositivo para servir de refuerzo al primer escalón que iba a atacar el cerro de Tierra Colorada, y que la artillería fuera sostenida por la brigada Zaragoza. Además de que todos los comandantes de brigada recibieran una explicación detallada de su itinerario en la orden del día 23. Después de deliberar detenidamente a solas con Felipe Ángeles, se fijó para iniciar la batalla, la hora H. El general Villa recalcó: “juntas se moverán todas las fuerzas, nadie entrará ni un minuto antes ni un minuto después”.

El dispositivo general del combate quedaba: en Morelos los grupos de Saavedra, Jurado y Luévano, colocado en apoyo a la caballería de José Trinidad Rodríguez, que atacaría en la siguiente forma: desde las posiciones de Las Filas y Hacienda Nueva; por el oriente, rumbo a Guadalupe, Pánfilo Natera y los hermanos Arrieta por el sur, incluyendo a Triana, Contreras, Bañuelos, Domínguez y Caloca; por el sur, con orden de tomar el cerro del Padre y la Estación, las tropas de Maclovio Herrera y Manuel Chao; mientras que por el noreste continuaban mejorando su posición las brigadas Cuauhtémoc y Villa. De la región de Morelos fue reemplazada la brigada Zaragoza, del general Raúl Madero, hacia Vetagrande, conforme a las órdenes de Villa.

Las tropas de Toribio Ortega, que llegaron la mañana del 22, se desplegaron hacia San Antonio, para reforzar las de Herrera y Chao. En tanto que las del general Aurelio Aguirre Benavides y de José Isabel Robles recibieron la orden de tomar su lugar en el dispositivo de Veta Grande bajo las órdenes directas del general Ángeles. Francisco Villa tenía un puesto de mando en Morelos, pues todavía no se cambiaba a Bracho.

La orden de batalla disponía atacar desde Mina de plata y Vetagrande, de Tierra Negra y Tierra Colorada. La misión fue encomendada a los

generales Ángeles y Urbina, auxiliados por las de Ceniceros, Madero, Aguirre Benavides y el coronel González; un total de cinco mil hombres apoyados por las seis baterías al mando del valiente mayor Saavedra. El general Madero era apoyado por tres baterías al mando del mayor Jurado. Otros cinco mil hombres de José Trinidad Rodríguez y Rosario Hernández debían atacar el flanco del cerro de Loreto, bajo las órdenes directas del general Villa y apoyados por las baterías del capitán Quiroz.

Por el poniente y a la derecha de las tropas de Villa, los hombres deberían atacar el cerro de la Sierra, mientras que por el suroeste y el sur, desde San Antonio, partiría un ataque sobre las fortificaciones de la Estación y sobre el cerro del Padre. La misión debería ser desempeñada por Toribio Ortega, Maclovio Herrera y Manuel Chao, con tres mil hombres apoyados por las baterías del mayor Carrillo.

Por el sur y el suroeste, hay un ataque al cerro del Padre y cerro del Refugio por las fuerzas de los generales Natera, Bañuelos, Bonilla, Cervantes y Caloca, con más de cinco mil hombres bloqueando la retirada de las fuerzas federales, los generales Arrieta, Trisna, Carrillo y otros jefes de Durango con dos mil hombres.

Las fuerzas federales se fortificaban en los cerros de Loreto, El Grillo, La Serpiente, El Clérigo y La Bufa, a cargo de los generales Luis Medina Barrón, Antonio Cleo, Juan N. Velázquez, José Soberanes, Manuel Altamirano, Jacinto Guerrero, Antonio Rojas, Benjamín Argumedo, Jacobo Arotia y un famoso coronel llamado Lucio Gallardo, a quien apodaban el “Diablo Verde”, quien se podía nombrar especialmente por su valor excepcional.

El día 23 se sincronizaron los relojes a la hora H y bajo un cielo nublado que hacía el ambiente más sombrío, se inició el diálogo de fuego con el

enemigo. Veintiocho cañones de setenta milímetros desde Vetagrande y Mina de la Plata; diez cañones del dispositivo del sur y unas piezas montadas sobre plataformas, un cañón que los villistas adoraban y llamaban el Niño, desde estación Pimienta vomitaron sus dardos de fuego y sembraron la muerte, la desmoralización y la sorpresa entre las fuerzas federales, que sólo después de unos minutos pudieron contestar el fuego todavía sin localizar con claridad las posiciones de la artillería atacante. El tiroteo despiadado, calculado implacable, parecía venir desde todos los puntos cardinales y caer directamente sobre los defensores de la Estación, Clérigos, El Refugio, Loreto y Guadalupe, convirtiendo los peñascales desolados en un infierno de sangre y humo. Un poco abajo del crestón de La Bufa, la cañada que serpentea y va a ocultarse rumoreando en la falda de El Grillo, se tiñó en unos minutos con el púrpura tibio de la sangre vertida.

La infantería se lanza valientemente sobre las trincheras enemigas de las faldas del cerro de Loreto, mientras la artillería de Felipe Ángeles tiende su abrigo sobre los soldados revolucionarios obligando a las fuerzas federales a ocultarse en las laderas, y los atacantes desbaratan las posiciones enemigas detrás del grupo que lleva la bandera ondeando alegremente y no parará hasta que la clave sobre la misma cresta de la montaña. Transcurrieron veinticinco minutos desde que se inició el fuego y el empuje avasallador de los revolucionarios en nada menguó. Hubo, sí, una dolorosa baja, pues en el combate cuerpo a cuerpo al que fueron llevados los asaltantes de Loreto, encabezados ejemplarmente por José Trinidad Rodríguez, el joven militar, pundonoroso y valiente, fue la primera víctima del combate. Una bala le atravesó el cuello, pero él, sonriendo, mostró su temple de hombre de guerra y pidió un trago de aguardiente “para ver si la herida no era muy grave”. Sólo sobrevivió unos segundos. El general Francisco Villa confesó después que recibió la terrible noticia con lágrimas en los ojos.

Todos los generales de la División del Norte hacen gala de valor, disciplina y temeridad, pero destacan los generales Tomás Urbina y Felipe Ángeles, quien montado en su caballo alazán, ataviado con una casaca sport de color pardo y su gorra verde olivo de lado izquierdo, prendida la copa por una escarapela tricolor, arenga a sus soldados poniendo el ejemplo al galopar frente a ellos con el pecho descubierto y expuesto a las balas del enemigo.

Una vez que las tropas revolucionarias se apoderaron del cerro de Loreto, el combate se incrementó en el espinazo del cerro de La Serpiente. El general Ángeles ordenó que la artillería cambiara su emplazamiento y avanzara sostenida por las baterías del general Durán González. Para alentar a su gente, Villa y Ángeles, jinetes de leyenda, cabalgan como héroes invulnerables hacia el cerro de La Serpiente, acompañados sólo por sus escoltas. Los federales les hacen fuego pero están fuera de distancia. Se entabla un duelo de artillería y la División del Norte lanza sobre la Serpiente una fuerza de infantería de más de doce mil hombres y, mientras avanza, Francisco Villa señala personalmente dónde debe colocarse cada ametralladora que interrumpe su mortífero tableteo sólo para volver a colocarse en donde ha de hacer más daño a los defensores de La Serpiente, quienes en un acto muy valeroso permanecen en sus trincheras y reciben al enemigo en un combate cuerpo a cuerpo, causando numerosas bajas en las tropas del general Villa. La pelea es desesperada. Es una lucha por la supervivencia y en los momentos más angustiosos parece que todos quisieran tener el don de vomitar fuego como lo hace la metralla.

El capitán Durán lleva su batería a un magnífico emplazamiento y hace un disparo. Mide cuidadosamente el segundo y, a partir de ahí, las granadas explotan muy cerca del enemigo y el efecto mortal no se hace esperar: los federales huyen en retirada y las tropas de Villa, enardecidas, hacen sonar fanfarrias de la diana; hay gritos, aplausos, lágrimas de emoción, abrazos y maldiciones, expresiones desbordadas de alegría y

al poco rato una nueva bandera ondea en la cumbre de La Serpiente, sólo quince minutos después de iniciado el ataque contra el fortín.

Otro cambio de emplazamiento de la artillería: ahora el ataque se concentra sobre los cerros del Grillo y de La Bufa, que contestan con bravura. Una explosión accidental en un vagón villista siembra momentáneamente el desconcierto causando varios muertos y heridos, pero Felipe Ángeles impone el orden y la disciplina. El Grillo empieza a ser desalojado y las tropas villistas están cansadas a la una de la tarde, cuando sorpresivamente se agotó el parque de los defensores de La Bufa. El fuego se intensificó por parte de los revolucionarios que unas horas después presenciaban la retirada desorganizada de las tropas federales que defendían el cerro del Grillo.

Poco antes de las seis de la tarde el teatro de la Ciudad de Zacatecas ardía. Toda una manzana había sido volada por los federales en su huida, así como el edificio que albergaba las oficinas federales, la Estación y el cerro del Clérigo caían en manos de los atacantes.

A los federales les queda como último reducto el cerro de La Bufa y tiene lugar un duelo final de artillería que dura sólo unos minutos. Se hace evidente que los federales hacen desesperados tiros de hostigamiento y ya se ven por allá soldados de caballería que huyen a galope hacia Guadalupe. Los villistas que tenían la misión de cortar la retirada del enemigo, los aniquilan despiadadamente.

Esa misma noche, Pánfilo Natera es el primero en entrar victorioso a la ciudad de Zacatecas al frente de sus soldados, y es recibido con grandes expresiones de júbilo y simpatía por parte de la población. La noche es asaetada por gritos de “¡Viva Pancho Villa!” y por los disparos al aire de los jinetes que salieron con vida y salvaron a la patria de la nefasta dictadura huertista.

Yo le salvé la vida a Francisco Villa

Por J. F. Triana

(Dorado de la División del Norte.
Tal como se lo contó a Gregorio Marín)

Zacatecas, Zacatecas. 19 de junio. “Yo salvé la vida del general Francisco Villa en la acción de Columbus, de los Estados Unidos y fui dorado”, y todos me conocen en la División del Norte. Nuestro jefe máximo es el general de división Nicolás Fernández, quien mañana llegará aquí para asistir a la celebración del cincuentenario de la Toma de Zacatecas, en la que también participamos”.

Habla el capitán Juan Francisco Triana Contreras, de los famosos Triana de la División del Norte, con nuestro reportero Gregorio Marín, al tiempo de que se le aviva la voz y pestaña nervioso, esperando el relámpago del flash que cuidadosamente apunta a la cara el fotógrafo Rafael Anaya con la mano izquierda.

“A mí me decían ‘el Chamaco camisa colorada’. Le la voy a decir por qué: una vez nos encontrábamos en pleno combate, en Torreón, cuando descubrí a un artillero enemigo que tenía emplazada su pieza contra un importante reducto de nuestra infantería y, poseído de pánico, pero sabiendo que mi obligación era tratar de aniquilarlo, eché mi caballo encima de él casi de frente a la boca del cañón. Estaba cegado por el terror y por el fragor del combate. Ahora me doy cuenta de que obré maquinalmente cuando casi sin apuntar, jalé del gatillo de mi fusil de cañón corto, cuya boca quedaba bien cerca de la cabeza del artillero. El mismo foganazo de mi ‘dragón’ me permitió ver cómo saltaba, cortada de cuajo, la cabeza del enemigo, al tiempo que brotaban borbotones de sangre del cuello ennegrecido por la pólvora.

Seguí peleando hasta que tomamos la plaza, pero como le digo, yo peleaba con mucho miedo y no me da vergüenza decirlo, porque yo era un niño todavía. Me incorporé a las fuerzas villistas desde 1913 y todavía no cumpla 60 años. Cuando terminó el combate conté a mis compañeros lo ocurrido y les dije que no podía borrar de mi mente la imagen del artillero a quien cercené la cabeza; era un solo disparo de mi ‘dragón’. Siempre me hicieron bromas por eso”.

Mientras habla, Juan Francisco Triana, nativo de Zacatecas, mueve agitando los brazos y la cabeza. Es alto, delgado, pálido y nervioso. Está sentado. Tiene el sombrero texano sobre las rodillas y entre las piernas sostiene su bastón grueso de madera pintada de muchos colores. Posiblemente lo adquirió en Michoacán.

Lleva, como todos los “dorados” de Villa, un paliacate anudado a la garganta.

—Pero, cuéntenos lo de Columbus, por favor.

—Pos mire, mi general se sentía derrotado por lo de Celaya y nos obligó a avanzar hacia el norte a matacaballo. Tuvimos varios encuentros en el trayecto, pero generalmente terminábamos huyendo de nuevo. Entonces él decidió vengarse de los gringos, pues decía que por culpa de ellos perdió en Trinidad cuando lo enfrentó el general Obregón. Decía que los gringos se negaron a venderle parque y él cree que el que le dieron a base de ruegos era de mala calidad.

“El ataque a Columbus se inició como a las dos de la madrugada. Todo mundo dormía y estaba muy oscuro. Villa nos obligó a ser extremadamente cautelosos en la maniobra, pero no ser desconcertados, y así, arrastrándonos y conteniendo la respiración, llegamos hasta el centro comercial de la población y recibimos órdenes de incendiar cuanto encontráramos inflamable. Yo no me despegaba del general Villa, siempre

fui así, gracias a ello, cuando los elementos de la guarnición empezaron a contraatacar, nosotros nos dispusimos a servir las ametralladoras que habíamos colocado en los lugares que nos señaló el jefe. Los que no tenían trabajo en las ametralladoras atacaron a bayoneta calada. Tiburcio Maya se distinguió por su bravura y porque, al igual que yo, siempre estuvo cerca del viejo”.

“Repentinamente y en medio de las sombras me di cuenta de que un soldado yanqui, grandote, blandía su fusil tomado por el cañón y se disponía a descargar un golpe sobre la cabeza de mi general Villa que estaba inclinado, y casi sin darme cuenta disparé con tan buena suerte que hice blanco y maté al soldado, quien gritó al sentirse herido de muerte; yo no sé cómo le hizo, que Villa, rápido como un relámpago, se dio media vuelta desenfundando su revólver y todavía alcanzó a darle un tiro en la cabeza al que estuvo a punto de matarlo”.

Los ojos del teniente Triana relampaguearon vivamente al llegar a este punto de su relato. Miró al fotógrafo y al reportero y luego, volviendo a acomodar su bastón entre las rodillas, prosiguió, profundamente emocionado: “Villa me dirigió por un instante su mirada, que yo sentí muy tierna. Yo lo miré también pero como a un dios y, sin decir nada continúe batiéndome al igual que lo hizo él. La ciudad de Columbus ardía toda y las llamas se veían muy alto en el cielo. Mataron muchos gringos en unos cuantos minutos. El general dio orden de emprender la retirada hacia territorio mexicano pero sentimos mucho miedo porque sabíamos que de este lado de la frontera nos estaban esperando las tropas de Carranza. Sin embargo, el jefe de la División del Norte nos guió personalmente y pudimos entrar sanos y salvos a la patria. Luego huimos tierra adentro hasta que Villa nos ordenó dispersarnos y sólo permitió que lo acompañaran Tiburcio y otros ‘leones’”.

Sin ocultar la curiosidad, el reportero preguntó al teniente Triana si conoció personalmente a Tiburcio Maya. “Mayita, ¡cómo no! Era de los meros ‘leones’”. Creo que les decían Leones de San Pablo, aunque en realidad él nació en Ciudad Delicias, Chihuahua. ¡Era muy bragado!

—Debe ser un “paquete duro” saber que ha salvado la vida de alguien a quien muchos tienen como superhombre.

—Sí, cómo no. ¡Tiburcio también le salvó la vida una vez al general Matías Ramos Santos en Chihuahua! Bueno, en esa ocasión éramos varios: el mayor Dámaso Silva, Celedonio Ramos, quien era su hermano y yo. Resulta que en una acción de guerra en Cosgüirache, o algo así, en plena sierra tarahumara, el general Matías Ramos fue herido en una pierna. Todos peleábamos en la Brigada del Rayo, al mando de Lauterio Uribe. El jefe de las operaciones en Chihuahua era entonces el general Jacinto B. Treviño. En medio del combate, Celedonio, Dámaso y yo, levantamos en vilo al general Matías Ramos, quien se quejaba del fuerte dolor que le producía la herida y logramos ponerlo fuera del campo de batalla sin mayores contratiempos. Luego lo enviamos a Chihuahua para su curación. Tengo muy presente también a Martín López. Era de los ‘dorados de Villa’. ¡Muy valiente!”

—Y ¿cómo es que al haber sido tan buen soldado y teniendo en su hoja de servicios acciones tan valerosas, no es usted rico o por lo menos tiene un buen empleo en el gobierno?

—Pos, ya ve usted, uno mismo se discrimina.

Xantolo

En coordinación con autoridades estatales y municipales la Huasteca Potosina recibe cada año miles de visitantes con motivo de las festividades que se originan en la milenaria tradición de rendir culto a los antepasados, el Día de Muertos. Xantolo es una deformación de la palabra “santuario” debido a que en las lenguas de la Huasteca no existe la letra “r” del idioma español. Los misioneros católicos la pronunciaban en sus clases de adoctrinamiento y se produjo el sincretismo con las costumbres locales.

Como se hacía en muchos pueblos del mundo, en la Huasteca Potosina antes de la llegada de los españoles se celebraba una fiesta a partir del último día de noviembre llamada ‘tlacuamictomi’, que solían abreviar diciendo ‘melcomi’, que en la lengua náhuatl significa “la comida de los muertos”, porque además de los milenarios ritos que comienzan pidiendo permiso a la madre Tierra con una ceremonia especial, una parte importante de las fiestas consiste en compartir con los espíritus de los difuntos la comida que los deudos preparan ese día con especial esmero, ya que se trata de ofrecer al visitante los platillos que más le gustaban en vida, acompañados del aguardiente elaborado con el popular jobito de la región y el imprescindible tabaco.

Esto ocurre el Día de los Fieles Difuntos, pero un día antes, llamado “de los Santos Inocentes”, dedicado a las almas de los angelitos que partieron de este mundo siendo todavía niños, se les ofrecen en un altar juguetes, dulces y flores de vivos colores, junto con aguas de frutas.

A las almas de los adultos se les ofrece también cerveza, licores y cigarrillos, que se consumen en la misma mesa de los vivos teniendo como

fondo musical las canciones que más gusto provocaban en el ánimo del difunto.

Las festividades son muy vistosas y animadas en los municipios de Aquismón, Tancanhuitz, Axtla, Xilitla, Tanquián, San Vicente, San Martín Chalchicuauhtla, San Antonio y Tamazunchale, pero vale la pena ir a Huichihuayán y otros pueblos descendientes de las etnias tének y xi'oi. En todos esos lugares se levantan arcos de ramas, carrizo y flores por donde se supone que pasarán las almas de los difuntos para llegar a las que fueron sus moradas en vida. Son dignos de apreciarse los altares de muertos con sus variadas ofrendas y adornos de papel picado.

En algunos municipios las danzas, ritos y música del lugar se prolongan durante lo que ellos llaman 'ochavario', que son los ocho días siguientes a la fiesta principal correspondiente al mes de noviembre.

A los huastecos se unen en estas festividades, indígenas de la Sierra Gorda, de los estados de Hidalgo, Querétaro y Veracruz ataviados con sus indumentarias milenarias y llevando consigo sus propios platillos tradicionales, sonajas, huehues, atabales, chirimías y adornados con cascabeles y conchas marinas.

Xantolo, un viaje al pasado

Es sólo una reminiscencia y, si se quiere, un tocoso remedo de lo que fueron los ritos funerarios hace miles de años entre los indígenas mexicanos. Incluso, los danzantes tienen como fondo algo de música regional: sones huastecos, un poco de huapango y hasta aires modernos. Se baila día y noche sin parar.

Ya no hay teponaxtles, atabales, tamboriles, huehues ni chirimías. Tampoco se utilizan vestimentas lujosas ni adornos de obsidiana,

oro, jade y esmeraldas, o policromas y aromáticas flores de diferentes formas, ni capas principescas tejidas en algodón y bordadas con plumas de aves exóticas. No se ven los bastones de las mujeres con sonaja en el puño. Es más, los danzantes usan botines o tenis a veces ya muy gastados y con las marcas de fábrica a la vista. Llevan máscaras y la cinta roja fajada en la cintura como antaño, pero el pantalón gastado sobresale debajo de la falda. Los cantos fúnebres y los dolientes versos de los viejos han sido olvidados.

Los modernos ritos de Xantolo tienen sus raíces en las costumbres milenarias de sus antepasados en una docena de municipios de la huasteca potosina, entre los que destacan: Axtla, Coxcatlán, Tancanhuitz, Huehuetlán, San Antonio, Aquismón, Tanlajás, San Martín Chalchicuautla y Tamazunchale, habitados en su mayoría por descendientes de las tribus náhuatl y cuexteca, a los que por ignorancia los potosinos del altiplano les llamamos en forma generalizada *tének*, vocablo que se refiere al ‘malo’, es decir, al diablo.

En la zona Huasteca, formada por una veintena de municipios, habitan familias descendientes del grupo *xi’oi*, a la que, también llamamos equivocadamente ‘pame’.

Se puede usar la imaginación

Pero los escenarios en la ruta de Xantolo siguen siendo, en términos generales, muy parecidos a los de hace siglos, con los arcos de flores a la entrada de las comunidades, los caminos señalados con pétalos de flores a su vera, los altares a la puerta de la casa con alimentos, frutas, golosinas, juguetes, pan de casa y bebidas para los niños difuntos, y enriquecidos con aguardiente, fotografías y platillos especiales cuando el difunto es adulto. Tienen adornos con flores, en su mayor parte *cepa-súchil*, velas, veladoras e imágenes del santoral católico.

Arcos y altares participan en concursos auspiciados por las autoridades municipales y los jefes locales, por lo que constituyen un atractivo especial para los turistas. Lo grueso de las fiestas comienza el lunes, Día de los Santos Inocentes.

Si el viajero posee un aceptable nivel cultural y ciertos conocimientos de las costumbres y tradiciones indígenas, con un poco de imaginación puede cubrir los huecos y lagunas de los actuales ritos de Xantolo.

Vale la pena un viaje a la Huasteca Potosina para disfrutar las festividades de la temporada, que no son otra cosa que la milenaria costumbre de muchas culturas de todos los continentes de rendir tributo a los espíritus de nuestros visitantes difuntos. Que no a la muerte, conste.

Almas y espíritus nos visitan

Durante miles de años, en varios lugares del mundo ha prevalecido la creencia de que a partir de este día y durante todo el mes de noviembre, las almas de quienes se nos adelantaron en el viaje sin regreso estarán de visita entre nosotros, no sólo en Xantolo, sino en la casa de usted, en las calles del barrio y en cualquier rincón o hueco disponible.

Tribus nómadas y grupos sedentarios que habitaron lo que hoy es el continente americano hace más de catorce mil años, en el mes de noviembre rendían tributo a sus muertos. Los griegos no tenían la exclusividad de las piras funerarias, ni los egipcios la de enterrar a sus muertos junto con sus joyas, ofrendas y objetos que en vida fueron de su especial aprecio. Eso mismo hacían los miembros de muchos pueblos del Anáhuac siglos antes de la llegada de los conquistadores.

Desde sus orígenes, la iglesia se ha ido acomodando a costumbres, fechas y ritos populares mucho más antiguos que ella. El papa Gregorio IV (827-844), ordenó incorporar al Santoral católico las fiestas de los

Santos Inocentes y los Fieles Difuntos, cuyas raíces se remontan a miles de años atrás y se manifestaban en ritos y costumbres del paganismo estrechamente relacionadas con la agricultura, la astronomía, los fenómenos naturales y la mitología.

En esta ciudad, incluso en oficinas públicas se montan altares para recibir a las almas de los difuntos, lo que antes sólo se hacía en algunos templos y en domicilios particulares de barrios y colonias.

Origen del Día de Muertos

Hemos dicho aquí que en la más remota antigüedad la humanidad se regía por fenómenos astronómicos y ciclos agrícolas. No había fechas ni división del tiempo hasta que los babilonios establecieron hace más de ocho mil años la septimana. Luego los imitaron los egipcios, a quienes siguieron los griegos y romanos.

Nosotros somos herederos de conocimientos adquiridos a lo largo de miles de años, cuando ya existía un calendario y una división del día y la noche basada en el tiempo que tardaba la Tierra en dar una vuelta sobre su propio eje en relación con la luz del sol.

Así resultaba que el 28 de octubre concluía el ciclo agrícola primavera-verano y se hacían alegres fiestas para celebrar la recolección de las cosechas entre las razas y tribus del hemisferio norte, cuando no existía ni siquiera la noción de países o naciones. Algunas de esas tribus tenían la certeza de que por esos días las almas de sus antepasados venían de visita a la Tierra y por eso los esperaban con agasajos basados en los platillos y bocados que gustaban a sus ancestros y que incluían el licor y tabaco de su preferencia. Esas costumbres y creencias paganas que estaban extendidas por diferentes puntos de la Tierra, fueron adoptadas siglos después por algunas religiones con el objetivo de sumar adeptos a sus respectivas iglesias, pero al principio

de las civilizaciones y de la historia esas costumbres y tradiciones no tenían nada que ver con ellas.

Experiencia en el gobierno

—¡Eso ni lo diga!— me contestó azorado Fernando Pérez Correa en la Secretaría de Gobernación, cuando inocentemente le dije que yo había sido periodista durante más de 20 años.

La mayoría de los periodistas ignoran que no son bien vistos en el sector oficial. En opinión de los funcionarios son nocivos, metiches, perniciosos, indiscretos y molestos. En una ocasión y en reunión de trabajo, refiriéndose al gremio, un alto funcionario del sureste le dijo a mi jefe en un desayuno, sin saber que soy periodista: “¡Son unos hijos de la chingada!”; mi jefe, inteligente y discreto, sólo comentó: —Cumplen una función, y abordó el tema que les era común a ellos. Éramos nada más tres en la mesa y yo me mantuve respetuosamente al margen de la conversación.

Repito que muchos de los trabajadores de algún medio de comunicación ignoran que la gente del gobierno no nos quiere. Nos invitan a sus eventos sólo con el objetivo de asegurar que se publicará el asunto que les interesa y, mientras más nos halaguen y nos den muestras de afecto, más espacio esperan obtener en el periódico o la radio como compensación.

Ya había superado yo la experiencia que voy a relatar cuando, al regreso de cubrir una gira oficial de Desarrollo Integral de la Familia (DIF) entró María Luisa Olivo en la Redacción del periódico contando alborozada y en voz alta:

—¡Andaba con Lupita Rodea!

—Andabas detrás de ella porque ése es tu trabajo. Si pudiste acercártele es porque ella quería que escucharas lo que decía o para que fueras testigo de que abrazaba o acariciaba a un niño, —comenté yo, también en voz alta—.

María Luisa se refería a la profesora Lupita Rodea, esposa del gobernador Carlos Jonguitud Barrios y presidenta del DIF. Yo asumí esta actitud después de constatar la existencia de dos mundos disímbolos en la vida cotidiana de mi país.

Fui funcionario

Florencio Salazar Martínez me invitó a formar parte de su equipo de trabajo desde que llegó como candidato a gobernador del estado propuesto por el Partido Revolucionario Institucional (PRI), pero al ser un político profesional se limitaba a preguntarme si accedería a ayudarlo: —Ya sabes que sí, con mucho gusto. Tú me dices: “Cubre éste evento, haz esta entrevista, escribe esta nota y yo lo hago con mucho gusto”.

Florencio regresaba a su tierra al cabo de más de 20 años de ausencia, tiempo en el que se desempeñó como diputado federal y delegado del PRI en varios estados de la república. Su carta de presentación más importante desde el punto de vista oficial era el arreglo de un complicado conflicto político en Juchitán, Oaxaca. En su condición de precandidato, el periódico me envió a entrevistarle en su casa en la Ciudad de México, pocos días antes de que se conociera la decisión del partido y le gustó lo que escribí.

Por encargo del diario hice también la crónica de su llegada a San Luis y reseñé su primer discurso en la plaza de Los Fundadores. Fue el recibimiento multitudinario más numeroso, espontáneo y entusiasta en la historia política del estado, con miles de asistentes. En los días subsiguientes el periódico me encomendó la cobertura de las convenciones

de los sectores campesino y popular, en Matehuala y Ciudad Valles, respectivamente. En Matehuala, Florencio me dijo:

—Quiero que me cubras la campaña.

—Yo ya nada más llego hasta donde se acaba el pavimento, le contesté, y no le gustó la respuesta porque me insultó:

—Ha de ser por lo viejo. Y yo no contesté.

Ya como gobernador electo me invitó varias veces a desayunar y reiteró la propuesta que se había repetido ocasionalmente, pero sin decirme expresamente cómo y en qué forma deseaba que le ayudara. Mi respuesta fue la misma de antes. La última vez Franco Carreño fue testigo, porque casi terminado el desayuno se incorporó a la mesa que ocupábamos Florencio y yo. Pero el día anterior a su toma de posesión, casi a la media noche, me llamó por teléfono el licenciado Teófilo Torres Corzo:

—Maestro, el licenciado quiere hablar contigo.

—Pues dile que mañana, mira la hora que es. Ya estaba dormido.

—No, dice que ahorita.

Nos jaloneamos un rato hasta que Torres Corzo propuso:

—Vente en pijama. Mando por ti ahorita y yo mismo te regreso.

En efecto, envió una patrulla de la Policía Auxiliar y llegué a la media noche. Me introdujeron directamente al salón de consejo de las oficinas del licenciado Torres Corzo, donde el gobernador electo estaba solo frente a una mesa de seis metros de longitud y madera fina. Me recibió afablemente diciendo:

—Qué hay de lo que te dije.

—Ya te dije: Tú me dices: “escribe esta nota, haz este reportaje, cubre este evento y yo lo hago con mucho gusto.

Florencio picó tres veces con su dedo índice la cubierta de la mesa de consejo al mismo tiempo que me decía: —No, adentro. En ese momento sonó el teléfono y Florencio se levantó para contestar. Tardó apenas unos segundos que fueron suficientes para que yo recapacitara y pensara que estaba rechazando una orden del gobernador, quien después de colgar el auricular se quedó frente a mí y yo, todavía sentado le dije con tono de aceptación: —Está bien.

De pie, Florencio abrió toda la palma de su mano y echó el brazo hacia atrás como tomando vuelo. Entonces yo me puse de pie y chocando las manos sellamos el pacto. Fue así como empecé a conocer la otra realidad, la otra cara del mundo: la del funcionario público frente a los medios de difusión.

Al llegar a la redacción de *El Sol de San Luis* por la mañana mi orden de trabajo era cubrir la ceremonia de toma de posesión, y cuando terminé me formé en la fila del “besamanos” y en el momento del abrazo de felicitación me ordenó:

—Te espero en la casa, a las tres.

Me di mucha prisa escribiendo la nota de la toma de posesión y apremiando al fotógrafo para que me entregara las gráficas y redactar los pies de grabado. Por casualidad llegó a la redacción el padre Castillo. Ya estaba yo preocupado porque no traía automóvil para trasladarme al domicilio del gobernador y mi amigo me dio un “aventón”. Llegué justo a tiempo al lugar de la cita y Florencio me preguntó a boca de jarro: —¿Traes en qué apuntar?— Saqué del bolsillo mi libretita de apuntes y el gobernador me dictó los nombres y cargos de quienes desde ese momento serían los miembros de su gabinete. Cuando nombró

al director de Información y Relaciones Públicas, que era yo, hice un gesto de extrañeza y de interrogación. El mandatario simplemente me ordenó: —¡Pónlo! Cuando terminó de dictarme los nombres y cargos de los demás funcionarios me ordenó: —Te vas conmigo y tú lees los nombramientos frente a las cámaras de televisión y ante los reporteros.

Por mi novatez y el desconocimiento de los usos y costumbres del sector oficial, al siguiente día ya en el desempeño de mis funciones, dos veces le aclaré a un hombre que estaba en la Secretaría Particular y que se había anunciado para entrevistarse con el gobernador, que no soy abogado. Él insistía en llamarme “licenciado”, incluso cuando me dio la mano para despedirse: —No soy licenciado, repetí otra vez. Cuando el hombre salió de la Secretaría Particular del mandatario, la secretaria Consuelo me hizo una seña para que me acercara y en voz baja me explicó: —Aquí todos ustedes son licenciados y todas nosotras somos señoritas.

En los primeros días de labores, Florencio me llamó por el interfono y yo pensé que me iba a dar la agenda del día como solía hacerlo, pero cuando entré a su despacho él platicaba con Jacobo Payán, quien parecía cohibido. Me quedé cerca de la puerta sin saludar. Ellos tampoco me dirigieron la palabra. Florencio tenía un maletín gordo de cuero en sus manos y se lo entregó a Payán sonriendo y diciendo: —Ten, veinte millones para que le sigas prestando a Juan José, ¿por qué te pones colorado? — Yo me retiré sin que ninguno de los dos me hubiese saludado. Se rumoraba que Jacobo Payán le había prestado a Florencio 20 millones de pesos para cubrir gastos de campaña con la esperanza de recibir a cambio el nombramiento de tesorero general del Estado. No había compromiso hablado ni escrito y Florencio estaba pagando el préstamo. Mi presencia en el acto era como testigo mudo.

Sorpresivo aprendizaje

Me llevé una sorpresa al descubrir que la que ordenaba mi agenda sin

consultarme, era mi secretaria. Ella oprimía un botón colocado en su escritorio para abrir y cerrar la puerta de mi privado después de anunciarme la presencia de las personas que deseaban hablar conmigo y una vez aprobado el recibimiento. Jamás discriminé o rechacé a una persona, fuese quien fuese, y nunca inquirí sobre su filiación partidista o credo religioso.

Yo no tomaba café. Cuando salíamos los reporteros en grupo con nuestra orden de trabajo en la mano, solíamos caminar juntos hacia la Plaza de Armas chacoteando, al llegar al café todos se metían a disfrutar del aromático grano y conocer los chismes de la mañana, abundantes y malintencionados en su mayoría, costumbre muy potosina. Yo me apartaba para trabajar y recorrer mis fuentes, era el primero en llegar a la redacción y en marcharme después de entregar mi material.

Digo esto porque, debido a que Florencio no me asignó un centavo de presupuesto, la única preocupación de la secretaria consistía en gestionar un vale de cincuenta pesos cada mes para comprar café y azúcar, de lo que yo no estaba enterado. A los pocos días salí de mi oficina privada atendiendo una llamada del gobernador por el interfono y vi a Socorrito Blanc Ruiz acompañada de otras personas, esperando que la secretaria se tomara la molestia de anunciarlas. Saludé a esas personas y les rogué que me esperaran unos minutos. A mi regreso les ofrecí una disculpa y las atendí como todo el mundo se merece, con respeto. Comenté el asunto con Gerardo Ruiz Beltrán, chofer de la Dirección de Comunicación, quien me informó que era una costumbre que la secretaria decidiese a quién debía anunciar y a quién no. Me disgustó tanto que ordené quitar el control de la puerta, o sea, el botón del escritorio de la secretaria. Como ella se las arreglaba para retener a los visitantes, un día coloqué una silla como tranca, para mantenerla abierta. La secretaria se puso furiosa porque con ese gesto yo había eliminado su parcela de poder y presentó su renuncia diciéndole a Ruiz Beltrán:



Gregorio Marín con Florencio Salazar.

—Este señor no es jefe ni nada, nada más es comadrero y jotinchón. Así aprendí que la burocracia representa un poder dentro del poder y de ella depende en gran parte la imagen de la administración pública.

Malandrines y malandantes

Salvador Nava no era político, como él mismo me lo advirtió la primera vez que ocupó la presidencia municipal. Por eso se equivocó con las visitas protocolarias que Florencio le hizo primero como candidato y, después, para invitarlo a su toma de posesión. Salvador Nava era la primera autoridad municipal y ambas visitas fueron de riguroso protocolo, pero Nava y sus seguidores interpretaron ambas acciones como de simpatía hacia el movimiento navista.

Florencio ha sido el mejor candidato hasta la fecha. Y una decisión atinada expuesta en presencia del presidente Miguel de la Madrid en su toma de posesión, fue anunciar la inmediata desaparición del odiado “convoy de vigilancia”, encabezado por el jefe de la policía, Valdemar Inurrigarro, que todas las noches encabezaba una hilera de patrullaje que recorría las calles de la ciudad realizando detenciones arbitrarias de transeúntes. El anuncio de su desaparición le ganó al nuevo gobernador estruendosa ovación de los miles de asistentes. Pero al mismo tiempo Florencio rompió lanzas con el poderoso sector empresarial criticando duramente a Miguel Valladares, propietario del Hostal del Quijote donde funcionaba un bar denominado *El Malandante*. Era también el principal accionista del periódico *Momento*. Florencio lanzó un ataque frontal contra “los malandrines y los malandantes” y lo repitió cada vez que encontraba la ocasión. Una de sus primeras medidas fue ordenar al tesorero general del Estado, Carlos Mendizábal, entregar las acciones del periódico *Momento*, con valor de seis millones de pesos, que Carlos Jonguitud había dejado en la Tesorería. Por si esto fuera poco, Florencio eliminó el subsidio que Jonguitud entregaba, mensualmente a algunos medios

de difusión y en sus primeros días como gobernante despidió a varios funcionarios por supuestos actos de corrupción.

Bastaba la presunción o la sospecha. Por ejemplo, se enteró de que el Director de Obras Públicas había recibido el ofrecimiento de un lote de terreno si autorizaba la construcción de un fraccionamiento y el funcionario fue cesado sin más. Otros colaboradores renunciaron en desacuerdo con la política administrativa de Florencio y su notorio distanciamiento de Nava y su movimiento, pero los medios interpretaban todas las separaciones como renunciadas y desataron una campaña abierta contra el gobierno. Se llevaron a cabo encuentros entre el mandatario y los directores de medios sin resultados favorables para los intereses de los comunicadores, que exigían el restablecimiento incondicional e inmediato del subsidio. A mí el gobernador me prohibió estrictamente dar un centavo a los representantes de medios de comunicación, prohibición que resultaba innecesaria porque no me asignó ningún presupuesto. A mí me dijo: —Voy a acabar con la corrupción.

Critican su catolicismo

Distanciado de Nava y sus seguidores, peleado con los medios de comunicación y enfrentado con los empresarios, Florencio había cortado de tajo con el tabaco y la bebida desde los días previos a su nominación como candidato al gobierno del Estado. En cambio, junto con su esposa Socorro Mendoza, hija del cacique santista Genaro Mendoza, seguía siendo fiel a su catolicismo, por eso decidió pedir la asistencia de un sacerdote para realizar la tradicional ceremonia de la bendición de la semilla el Día de la Candelaria.

Hizo llevar los sacos y costales de semilla a un templo en la cabecera municipal de Catorce y primero escuchó la acostumbrada misa y participó en la sagrada comunión aliado de su compañera y miembros de su gabinete. ¡No lo hubiera hecho! Afuera del templo y presuntamente

pagados por alguno de los medios “resentidos” se apostó media docena de personas mostrando cartulinas con leyendas de repudio al gobierno por la supuesta imposición del presidente municipal y la exigencia: “¡Que se vaya!”. Los medios hicieron amplio eco a la manifestación y comenzaron una ruidosa campaña contra el mandatario por violar la ley relativa a la separación Iglesia-Estado, a la que se sumaron gustosos varios medios de todo el país reproduciendo una fotografía en la que el mandatario aparece en un reclinatorio frente al altar en fervorosa actitud de fiel creyente. Los ataques persistieron durante muchos días seguidos.

Permitida cierta corrupción con base en la costumbre

Antes de ese histórico acontecimiento tuvieron lugar elecciones de alcaldes y los navistas descubrieron una urna rellena de votos a favor del candidato del PRI, Guillermo Medina de los Santos, abogado del Centro Patronal, antes de que comenzara la jornada. Se desató un escándalo mayúsculo pero los responsables de la elección impusieron al candidato “oficial”. Miembros de la oposición azuzados por el navismo incendiaron la puerta del Palacio Municipal, de valor histórico y artístico, y saquearon las oficinas. Florencio perdió en parte el apoyo del gobierno federal y en la capital del estado arreció la campaña mediática en su contra.

Como si afuera no pasara nada, el mandatario aplicaba medidas personales en la administración pública sin tomar en cuenta al Congreso del Estado, que se puso del lado de la oposición. En el primer mes de gobierno yo platicaba 10 minutos cada día con el gobernador, quien me dictaba la agenda y en cierta medida atendía mis respetuosas sugerencias. Pronto suspendió esas entrevistas y tampoco las concedía a los medios. Llamó “pandilleros de papel” a periódicos y reporteros y llegó al extremo de eliminar las suscripciones de los periódicos que arreciaron la campaña. Se rumoraba que Jonguitud regalaba el papel



Teófilo Torres Corzo, Miguel Romero Ruiz, Florencio Zalazar y Alberto Mercado Araiza.

del SNTE a *El Heraldito*, que editó una edición vespertina en tamaño tabloide atacando al gobierno estatal. Mis encuentros con el mandatario comenzaron a espaciarse, pero cuando tenía la oportunidad de hablar con él, le contaba alguna anécdota orientadora con el tema político aplicable elegido con anterioridad. Por ejemplo, cuando noté actitudes de soberbia en su conducta, le conté que en una ocasión, conversando con don Agustín Olivo Monsiváis, le dije que el gobernador Antonio Rocha ordenaba a su chofer que introdujera el auto al patio del Palacio. Luego él descendía del automóvil y, para no dar la mano al saludar, cruzaba los brazos en la espalda y saludaba haciendo leves caravanas. Don Agustín chasqueaba la lengua en señal de desaprobación y me decía:

—¡Ah, qué Toño! Eso no se hace en nuestra tierra, con nuestra gente. Lastima el amor propio y hierde susceptibilidades... ¡Ah, qué Toño!

El mandatario no entendía los mensajes porque hacía comentarios descalificando a los protagonistas sin darse cuenta de que yo me refería a él y sus circunstancias. Yo tenía muy escaso margen de acción por mi posición de subordinado frente a mi jefe y gobernador.

En otra oportunidad y en relación con su actitud de rebeldía ante el gobierno federal, le conté que cuando yo acompañaba a los navistas en sus visitas a la Secretaría de Gobernación, una vez me detuve a platicar con Manuel Ferretiz, que era el encargado de pasar las solicitudes de audiencia al secretario. Comentando sobre la precaria posición política del entonces gobernador Manuel Álvarez López, Ferretiz me espetó: —¡Es que tu pinche gobernador no se deja ayudar!— Florencio, sin entender, me contestó que a Manuel Álvarez le faltaron “fuerzas” para sacudirse la tutela de Gonzalo.

Yo estaba enterado que desde antes de obtener la designación como candidato a gobernador, Florencio dejó de fumar y no bebía una copa de licor.

En la acostumbrada comida de aniversario del Sindicato de Trabajadores del Gobierno, Florencio volvió a arremeter contra “los malandrines y los malandantes” y en medio de estruendosos aplausos abandonó su lugar en la mesa principal y caminó rumbo a la salida dando grandes zancadas. Sumamente preocupado y midiendo las previsibles consecuencias en perjuicio del mandatario, yo me le atravesé y le grité procurando que me escuchara entre los aplausos y porras: —¡Ya párale con los malandrines y los malandantes!

El gobernador me dirigió una mirada de desprecio sin detenerse y siguió su camino hacia la salida. Supongo que con ese desplante mío se ahondó su desconfianza hacia mí. Los gobernantes no soportan las críticas de extraños y menos las de sus empleados.

Florencio se independiza

También los actos de cortesanía causan mucho daño en el sector público. Una vez entré sin anunciarme al despacho del gobernador para plantearle una emergencia y escuché a Miguel Rivera Cortés, director de Desarrollo Social, diciéndole con un tono zalamero y como justificando una decisión del mandatario: —Tú eres el gobernador, maestro. Descubrí que la cortesanía en el interior de las administraciones públicas es uno de los males de nuestra democracia.

Yo acudía secretamente a la Secretaría de Gobernación llamado por altos funcionarios. Los únicos enterados eran el mandatario y mi más cercano colaborador, Gerardo Ruiz Beltrán, quien gestionaba los boletos de avión. En una de esas reuniones y aprovechando que Manuel Bartlett había dicho que “los gobernadores que terminaron su período deben mantenerse apartados y guardar una actitud discreta,” escribí en una tarjeta de las que nos dieron a varios directores de comunicación en esa junta de trabajo: “Los gobernadores que ya terminaron [...] y añadí la pregunta: “¿Y CJB?”.

Al final de la reunión Manuel Bartlett me dijo aparte: —Jonguitud dejó el gobierno, pero no dejó el poder.

El presidente De La Madrid acudió a un acto oficial en otro estado y pronunció un discurso invitando a los mandatarios a mantener buenas relaciones con sus gobernados, especialmente con la clase empresarial. Seguro se refería a Florencio Salazar porque el potosino asistió a ese evento invitado por el primer mandatario de la nación y le ordenó publicar el discurso. A su regreso, Florencio me entregó la copia y tras un rápido vistazo le dije: —Se refiere a ti—, no pude decir más porque me ordenó secamente: —¡Publícalo!—, y yo obedecí.

Las relaciones entre el gobierno de San Luis Potosí y el resto del mundo continuaron tensas. El gobernador ya no sólo no tomaba las llamadas telefónicas de Gobernación sino que se fue de viaje a un estado del sur de Estados Unidos en una gira de trabajo para promover inversiones, ausencia que los diputados locales aprovecharon para “moverle el tapete”. Florencio regresó gozoso dando por hecho inversiones que, según dijo, eran fruto de las gestiones de los hermanos Rivera Cortés, uno de ellos cónsul en Estados Unidos de América y Miguel, director de Desarrollo Social en el gabinete.

A pesar de las dificultades y los desencuentros locales, el gobierno federal buscaba la forma de ayudar a Florencio pero él no daba lugar. El secretario general de Gobierno, Enrique Portillo Reyes, se quejó conmigo de que desde México le llamaban la atención porque el mandatario no tomaba las llamadas y Portillo Reyes ya no tenía argumentos para disculparlo. En uno de los últimos intentos, el subsecretario Fernando Lerdo de Tejada me llamó a mí pidiéndome: —Dile a tu gobernador que me tome las llamadas.



Presidium del Festival Musical Enrique Bádiz.

En México sabían que el gobernador estaba en la ciudad porque uno de sus agentes estaba permanentemente en las oficinas de la Procuraduría, en la planta baja del palacio, y les informaba.

Un jerarca de la iglesia me platicó que de una instancia superior le pidieron a Carlos Jonguitud el apoyo de sus “mapaches” magisteriales para asegurar el triunfo de un candidato difícil a la gubernatura de Nuevo León.

—Si, pero me quitan a éste. —Condicionó el líder magisterial, refiriéndose a Florencio. Y ganó allá el de la campaña emproblemada.

Aprovechando la ceremonia del 5 de mayo pude acercarme al mandatario porque ese mismo día apareció en *Excélsior* una entrevista en la que don Fidel Velázquez se refería a Florencio como “un hombre trabajador y honesto, aunque terco”. Yo era testigo de que ambas aseveraciones eran ciertas. Le sugerí al mandatario que hablara por teléfono con don Fidel y me respondió con acritud:

—¿Para qué?

—Para que le agradezcas la referencia favorable.

—¿Y será cierto?

—Excélsior es un periódico serio.

Florencio no simpatizaba con los periodistas ni con representantes de otros medios de comunicación masiva. No comentó nada pero ya en la tarde hubo otra ceremonia y le pregunté si había hablado con el patriarca cetemista. No me contestó.

La situación pareció mejorar el Día del Maestro y Florencio estuvo con miles de mentores en su acostumbrado convivio anual. La esposa del

mandatario llegó retrasada al aeropuerto y cuando me avisaron corrí a auxiliarla. Llegué cuando ya habían cerrado la puerta del avión pero conseguí que le permitieran entrar por la puerta de atrás. Alcancé al gobernador todavía en la comida y le informé del incidente. Allí me anunció un aumento de sueldo.

Dos o tres días después, Florencio me aseguró con aire de quien ha vencido a sus adversarios: —Les van a faltar manos para “acariciarnos”. Sin embargo, pocos días después me llamaron de nuevo a Gobernación. En esa ocasión fue cuando Pérez Correa se inquietó al saber que yo había estado en las filas del periodismo. En la entrevista, los titulares de la dependencia federal me dieron instrucciones para el gobernador y mi amigo don Alberto Peniche, uno de los subsecretarios, me dio un abrazo al despedirse, al mismo tiempo que me recomendaba: —Dile a tu gobernador que se acuerde de que él también fue periodista. Al regreso traté de informar al mandatario detalles de las instrucciones pero él me atajó de mal humor: —¡Bueno!, ¿Qué quieren?— Yo, impaciente y ofendido por su brusquedad, resumí las instrucciones en pocas palabras: —Que les demos las nalgas a los medios.

—¡Que se las den ellos!—, exclamó encolerizado y haciendo un ademán despectivo, y dando media vuelta me dejó parado en la antesala de su oficina, donde se suponía que yo iba a entrar.

Como seguía sin atender las llamadas telefónicas de México, dos días después lo llamaron a la Secretaría de Gobernación y cuando regresó llamó a cada uno de los miembros de su gabinete por separado, para informarles del resultado del viaje. A mí me dijo, mostrándome su solicitud de licencia (eran seis líneas en papel de máquina sin membrete y sin señalar límite de tiempo, detalle que la invalidaba legalmente, pero no hice comentarios): —A ti te lo digo como periodista: Dejo el gobierno—, y yo, que presentía el desenlace por todo lo relatado, di un

paso hacia atrás y abriendo los brazos le pregunté:
—Ora con quién te peleaste.

—Con nadie, yo no me peleo con nadie.

A los pocos minutos saqué de mi oficina lo único que era mío: una videograbadora en la que monitoreaba los noticiarios. Por orden superior, Florencio añadió posteriormente a su solicitud el detalle de la fecha: “10 meses”, que refrendó una y otra vez antes de su vencimiento. Así terminó mi experiencia del otro lado del escritorio, accidentada etapa que duró 18 enriquecedores meses de mi vida como periodista.

El gabinete de Florencio

Florencio Salazar Martínez integró su gabinete con los funcionarios que se mencionan a continuación: Enrique Sánchez Gutiérrez, secretario general de gobierno; Carlos Mendizábal Acebo, secretario de Finanzas; Antonio Álvarez Armendáriz, procurador general de justicia; Gregorio Marín Rodríguez, director de Información y Relaciones Públicas; Guillermo Medina Castillo, secretario particular; Héctor Ruiz Elías, secretario de Fomento Económico; Horacio Sánchez Unzueta, secretario de Programación y Presupuesto; Enrique Ress Saucedo, director de Servicios Administrativos; Juan Hernández de los Santos, director de Fomento Industrial; Óscar Meade Bustamante, director de Turismo; Emilio de Jesús Ramírez, presidente de la Junta de Conciliación y Arbitraje; Juan Ramiro Robledo, subsecretario general de Gobierno; Eduardo Vélez Barrera, director de Asuntos Jurídicos; Antonio Toranzo Noriega, director de Ingresos y Franco Carreño, representante del Gobierno en la Ciudad de México. Como es costumbre, todos los nombramientos fueron recibidos con el aplauso y la aprobación de los gobernados.

Otros funcionarios que se desempeñaron en diferentes dependencias federales y estatales durante el gobierno de Salazar Martínez fue-

ron: Jorge Daniel Hernández Delgadillo, Rogelio Orozco Castañón, Francisco Duque Medellín, en la dirección de Obras públicas; Ramiro Ramírez Cepeda, Enrique Aguilar Torres, Sergio Estrada Lara; Gonzalo de la Serna, Gilberto Humara Gómez, Jorge L. Vanegas, Miguel García Arteaga, Juan de Dios Gascón Ortiz, Felipe Mier Rangel, Pedro Luis Naif Chessani, Manuel García Vallejo, Pedro Hernández Gutiérrez, Abelardo González de los Santos, Miguel Naya Guerrero, Salvador Félix Espinoza, Manuel Aguirre Bravo, José Luis Cervantes, Fernando Méndez Romo, Elías Dip Ramé, Pedro Ramírez Amaya, Pedro Pablo González, Juan Palacios Pérez, Humberto González, Alfredo Reyes Castillo, Héctor Salgado Palmas, Vicente Augusto Guerrero, Daniel Saldaña Berrones, Florencio Hernández, Jorge Enrique Quintero, Valdemar Gutiérrez, Luis Fernando Vázquez, Eduardo Escobar Villa, Alfredo Reyes Castillo, Fernando Torres Leyva, Eduardo Hermosillo Duarte, Jacobo Payán Latuff, Eduardo Carrera Guillén, Raúl Guillén y José Olivo Méndez Rico.

El general de brigada, Juan Enrique Cobos era el comandante de la XII Zona Militar. El secretario de Finanzas fue sustituido por J. Guadalupe Rojas y luego por Carlos Martell Villasana; Francisco Duque Medellín fue despedido porque el mandatario se enteró de que una empresa de fraccionamientos le ofreció un lote a cambio de la autorización correspondiente. Enrique Sánchez se fue al PRI y en su lugar quedó Enrique Portillo Reyes. Un desconocido relevó a Guillermo Medina Castillo. Horacio Sánchez Unzueta, yerno de Salvador Nava, renunció tras la agresión a los navistas en la Plaza de Armas. Méndez Rico renunció y lo sustituyó el licenciado Alfonso Martínez.

Como sucede en todos estos casos, el gabinete inicial tiene poco que ver con el que termina, y así sucedió con el de Salazar Martínez, quien nació en la calle Manuel del Conde y no en la de Zamarripa, del barrio de San Miguelito, como muchos creen.

El hombre propone ...

Sucede que un candidato a gobernador tiene en mente una idea, plan o proyecto definidos acerca de lo que quiere realizar cuando ocupe el cargo. Lo más común es que repita las promesas acostumbradas en la política mexicana, que se refieren a la construcción de escuelas, hospitales y carreteras que los habitantes de una zona determinada han solicitado durante años y, al mismo tiempo, mantenga en secreto como carta de triunfo el plan o proyecto mencionados.

Lo que el candidato ignora es que cuando asume el puesto no es él quien decide lo que hay que hacer, sino los personajes que cubrieron en todo o en parte los gastos de campaña con el consabido interés y la suficiente influencia en un determinado sector de la sociedad. Alcanzado el objetivo, estos reclaman para familiares o protegidos, los puestos que les serán útiles para incrementar las ganancias en sus negocios o ampliar sus campos de acción.

Otro factor que obliga al cambio de ideas y proyectos del flamante mandatario es el de la burocracia, que constituye un poder dentro de la administración pública. Incluso existen grupos y corrientes al interior de esa administración que forman verdaderas mafias con el poder necesario para imponer planes y proyectos propios o imponerlos al nuevo mandatario. Una vieja costumbre burocrática es la de fingir obediencia y aprobación al programa de trabajo o plan de acción del gobernante: —Sí, señor—, pronuncia el funcionario menor o simple empleado al recibir la orden o las instrucciones del mandatario, pero simplemente no la aplican o la cumplen a medias.

De ese modo, algunas buenas intenciones y proyectos del que hasta hace poco era un entusiasta candidato se pierden en una compleja red de inercias, intereses y complicidades. A veces, en la nueva situación del político convertido en mandatario se favorece nada más a los colabora-

dores cercanos, a los recomendados y a quienes le ayudaron en la campaña, en un quehacer y una realidad muy diferente a la que prevaleció en los días de proselitismo y la búsqueda de colaboradores eficientes.

Al final de cuenta, lo que prevalece son los intereses creados, los compromisos políticos y la incapacidad del nuevo mandatario para imponer su voluntad frente a una dinámica que ni siquiera se imaginó cuando era un candidato soñador y ambicioso. ¡Total!, es dueño de la parte más importante del poder y objeto de la adulación de colaboradores y allegados, además de los jugosos ingresos en dinero, prestaciones y obsequios de los poderosos del sistema, que tienen el camino bien andado y sus ganancias aseguradas. “Uno para todos y todos para uno”.

Si lo ignoraban como candidatos, ya en el puesto, los políticos del sistema aprenden pronto que: El hombre propone y el sistema dispone. Esto lo supe cuando fui funcionario.

A propósito de proyectos

La voz popular dice que “se predica con el ejemplo” y si Florencio Salazar pensaba combatir la corrupción, (que, por cierto era el slogan, del Presidente Miguel de La Madrid), es posible que hubiera comenzado por él mismo. Me consta que es un hombre honesto porque tengo a la vista un documento oficial de la Tesorería General del Estado en el que consta que Florencio tenía en caja 13 827 537 649 pesos con 89 centavos a principios de enero de 1987 y ese dinero no se invirtió por motivos que ignoro.

Lo que sí sé es que casi todos los gobernadores cuando dejan el poder se llevan hasta el último centavo de lo que hay en la Tesorería. Fue del dominio público que cuando un mandatario santista concluyó su periodo, los reporteros hacíamos bromas porque trascendió que se le quedó una monedita de cobre de cinco centavos en la caja fuerte de la

Tesorería. “¡Se le quedó una Josefita!”, decíamos entre bromas y veras cuando nos reuníamos.

Ahora volvíamos a hacer chacota, porque a cuatro meses de que Leopoldino Ortiz Santos, sobrino del cacique huasteco, asumió interinamente el gobierno del estado tras la caída de Florencio, se comentaba que andaba pidiendo prestado para completar la nómina y pagar aguinaldos.

Cuando Florencio inició su sexenio, el Tesorero Carlos Mendizábal le llevó un paquete de acciones del periódico *Momento*, con valor de seis millones de pesos que Carlos Jonguitud dejó en la Tesorería supuestamente como parte del patrimonio del Estado. Florencio ordenó que entregaran ese paquete al exmandatario. Al mismo tiempo, el Partido Revolucionario Institucional me reclamaba a mí, en mi carácter de director de Comunicación, el pago de más de 11 millones de pesos por concepto de facturas de publicidad correspondientes a varios años atrás. Consulté el asunto con el gobernador y me ordenó pagar. Le hice la observación de que la cuenta incluía facturas de fechas muy atrasadas y me autorizó a seleccionar las que considerara justas. La cuenta se redujo a poco más de seis millones de pesos incluyendo unas de dos o tres años atrás.

Ya habíamos dejado los cargos que desempeñábamos en la administración pública cuando yo me enteré de que una de las primeras acciones del gobernador interino fue la de cubrir las facturas del PRI que yo rechazé. Es sabido que el partido no le rinde cuentas a nadie.

A la salida de Florencio se pagaron a unos 20 funcionarios cantidades que oscilan entre 10 000 y 100 000 pesos, según se rumoró entre miembros del gabinete saliente. El administrador Enrique Ress me dejó fuera de la lista, pero unos meses después y en pleno día yo estaba



Enrique Batiz con Florencio Salazar y la Orquesta Sinfónica del Estado de México.

parado en la banqueta, en la calle Coronel Romero, cuando me saludaron desde un automóvil en marcha. Levanté la mano respondiendo el saludo sin reconocer el vehículo ni a los ocupantes, pero el auto se detuvo y de él descendió Florencio para venir a saludarme de mano y me preguntó:

—¿Cómo estás?

—Jodido. Me dejaste como trompo chillador.

—¿No te dieron dinero?

—Ni un centavo.

Se disculpó y nos despedimos. En ese momento me percaté de que Enrique Sánchez Gutiérrez era el conductor del automóvil y me aproximé para saludarlo.

Dos semanas después me llamó por teléfono Enrique Portillo Reyes, último secretario general de gobierno de Florencio, para darme una dirección a donde debía acudir para que me entregaran dinero. En efecto, acudí a una oficina y firmé un recibo por 2 000 pesos que yo supuse correspondían a mi indemnización. No volví a ver a Florencio pero años después, platicando con quien fue procurador de justicia en su gabinete, el licenciado Antonio Álvarez Armendáriz, me platicó que unos meses después de la caída del mandatario tuvieron un encuentro casual y le preguntó: —¿Qué pasó?—, con la sonrisa de siempre el ex-gobernador respondió con una sola palabra: —Pasó—. Y se despidió.



Rodolfo Franco, Florencio Salazar, José Morales Reyes y Gregorio Marín.

La colonia española y los toros

Una de las primeras peñas taurinas de México se fundó en San Luis Potosí, los aficionados estaban muy enterados y se respetaban todas las suertes y sus respectivos tercios. Yo tuve el privilegio de conocer a Manolete porque estaba de visita en una vecindad de la calle Azteca, adyacente a la Plaza de Toros El Paseo. Yo tenía unos cinco años y andaba descalzo, deambulaba por la banqueta de la plaza, cuya puerta daba al norte, cuando se detuvo un vehículo del que descendió Manolete ya vestido con su traje de luces. Se echó el capote de paseo al hombro y caminó despacio hacia el interior. Era pálido, muy serio y callado. Nadie se interponía entre él y yo. Nunca olvidé la escena ni al personaje.

Muchos años después pude ver torear a Lorenzo Garza, Luis Procuna, los potosinos Gregorio García, Fermín Rivera y Raúl Iglesias; vi a Antonio Velázquez poner un par de banderillas parado en el estribo, citar al burel y poner un par de banderillas en todo lo alto, recargado en la barrera y entre los cuernos del toro que chocaron contra la madera. Conocí a un torero muy apuesto y de gran presencia que se parecía al artista de cine Jorge Mistral, al parecer era potosino. Una vez lo ví pasear por la acera frente a los portales del Ayuntamiento vestido con traje sevillano de color café. Se llamaba Manuel Iglesias, nunca lo ví torear pero era, por lo menos, novillero.

Tiempo después, cuando ya era reportero, hice amistad con Marco Antonio Garfías porque en alguna ocasión me mandaron a entrevistar a don Antonio, su padre. La señora Irene de los Santos me trató con gran dulzura, después de publicada la entrevista, Marco me invitó a ocupar un lugar en el palco de los ganaderos cuando los astados eran de la ganadería

de la familia. Nunca estuve en ese palco, no recuerdo cuántos toreros vi porque me convertí en un buen aficionado, pero entre los últimos me acuerdo de Eloy Cavazos, Manolo Martínez, Manuel Capetillo, Joaquín Bernardé, Manuel Benítez el Cordobés y Jaime Rangel, a quien ví fracasar en su primer toro con tremenda cojiniza en la plaza de Querétaro y luego realizar un faenón en su segundo, cortando orejas y rabo.

Nunca escribí una crónica taurina, pero en una ocasión el director me ordenó entrevistar a un señor que se las sabía de todas, todas. Era un modesto comerciante en frutas y verduras en el mercado de La Merced, pero la nota no se publicó a pesar de que era muy completa, quizá porque el entrevistado criticaba errores y omisiones de la fiesta, como ese de que “no había cambiador de suertes, se permitía a los picadores usar la vara sin cruceta y algunas omisiones del reglamento atribuidas al juez de plaza”, que en ese tiempo era el licenciado Emeterio López Alonso, desde mi juicio muy formal, justo y atinado.

Por mi afición a la fiesta taurina escribí un artículo sobre los Maletillas, que don “Temo” Bustos publicó en la primera plana de “Deportes”, tuvo una excelente acogida entre los lectores, a tal grado que el padre Joaquín Antonio Peñalosa, capellán de la Plaza de Toros, me envió una tarjeta escrita de su puño y letra que decía: “JAP saluda a su amigo Gregorio Marín y lo felicita por su reportaje sobre los Maletillas, tan hondamente sentido como bellamente dicho en imágenes y palabras”.

Fiestas de la Covadonga

La Colonia Española de San Luis Potosí es, quizá, la de mayor ablenigo y rancia aristocracia de México. Sus integrantes contribuyeron a enriquecer la cultura, buenas costumbres, religión y refinamiento de la sociedad. Han sido siempre pilar y sostén de nuestras mejores tradiciones con indeclinable respeto a la forma de vida de los mexicanos con raíces en el Anáhuac.

En los primeros años y hasta mediados del siglo XX las familias de origen español y sus descendientes, que luego se fortalecieron con los migrantes llegados a México, bajo la protección del gobierno de Lázaro Cárdenas durante la Guerra Civil española, se sentían firmemente arraigadas a la historia y las tradiciones de su madre patria y, por encima de todo, a la batalla de Covadonga, que ellos consideran como el principio de una guerra de reconquista de España frente a los moros, la cual dio lugar a otras grandes hazañas como el descubrimiento de América en 1492.

Uno de esos españoles fue Marcelo Rodríguez Meré, quien editó el libro *Grandezas de España* en la imprenta El Troquel, de don Heliodoro Jiménez, en San Luis Potosí, y quien dejó escrito que “hace 4000 años ya había seres humanos en lo que es ahora el territorio español, que se cobijaban en cavernas, se alimentaban con productos de la caza y de la pesca; se cubrían con pieles, eran polígamos y politeístas”. Líneas adelante, don Marcelo añade: “De pronto aparecieron los celtas, que venían de la tierra que hoy es Irlanda, desembarcando en el noroeste de España, entonces deshabitado. (Los iberos tenían su núcleo principal en el Oriente de la península). Explica que con el tiempo ambas razas se unieron y de esa unión surgió Celtiberia, que podemos considerar la base de la raza española. En otro párrafo dice que “después vienen los fenicios, más tarde los griegos, más adelante los cartagineses; pasados muchos años los romanos y, alrededor del año 300 de nuestra era llegaron los bárbaros. Al fin, en el año 712 llegaron los árabes que se mezclan con los españoles y al ser derrotados en 1492 ya estaban diluidos en la raza española”.

La leyenda y la historia

Don Marcelo Rodríguez Meré lo relata así, refiriéndose al inicio de la reconquista, que tardó más de setecientos años:

Sin tregua y sin cuartel, sin descanso, día tras día, un siglo y otro siglo, con súper humana perseverancia lucharon contra los mahometanos sin que éstos fuesen capaces de someter completamente a los indómitos españoles. Ni las terribles represalias, ni las feroces persecuciones a que se entregaron con furia inaudita los enemigos lograron la conquista de España. Llegaron a Asturias, y ya creyéndose vencedores, se toparon con don Pelayo, y aquí empezó el principio del fin...

En Asturias, cerca de la villa de Cangas, en la extremidad de un pequeño valle existe una cueva llamada Covadonga. Fue allí donde asediado por los moros se refugió don Pelayo con un pequeño ejército. Una y mil veces se arrojaron los mahometanos contra los cristianos y siempre fueron rechazados. Los españoles causaban a sus enemigos tremenda mortandad. A la cabeza de sus valientes y aguerridos soldados don Pelayo enarbolaba un estandarte con la imagen de la Virgen de la Covadonga y “de repente la Providencia acudió en auxilio de aquellos héroes: negras nubes cubrieron el sol, se encrespó el viento, retumbó el trueno y se desencadenó una terrible tempestad, se apoderó el pánico de los musulmanes y creció el sobrehumano empuje de los españoles. La derrota sufrida por los árabes fue espantosa. Según escritos de aquella época, no quedó con vida uno solo de ellos. Al siguiente día por toda la campiña asturiana se oía el grito jubiloso de los vencedores. La reconquista de España se iniciaba en esos momentos. Era el año 712 de la era cristiana y aunque la batalla se prolongó hasta el año 1492 los tozudos españoles están convencidos de que en aquellos gloriosos momentos” en que don Pelayo frenó el avance de los moros en la batalla de Covadonga se inició la reconquista de España.

De lo que hay comprobaciones históricas es de “la llegada de los griegos en el siglo VII a. C. y fundaron ciudades como Emposión en lo que hoy es Gerona y Hemeroscopio frente a las islas Baleares, en lo que ac-

tualmente es Valencia. Los griegos introdujeron el uso de la moneda y el cultivo de la vid, el olivo, la cerámica y el teatro”, dice una página de historia que tenemos a la vista. Pero de lo que hacían gala los españoles y sus descendientes potosinos es de la batalla de Covadonga.

Todo San Luis participaba

Eran muy vistosa y alegres las fiestas de La Covadonga a principios y mediados del siglo pasado. Comenzaban con un animado desfile de carros alegóricos representativos de diferentes regiones de España. Gran parte de los preparativos se hacían en el Casino Español y en la esquina Cinco de Mayo e Iturbide.

Ataviados con trajes de sus lugares de origen, hombres y mujeres tomaban parte en la tradicional parada y había música de gaitas y tambores. Grupos de bellas y alegres jovencitas lucían sus vestidos tradicionales con blusas blancas escaroladas y faldas amplias y medias blancas. En la tarde todos se reunían en el Parque España, que era un amplio campo ubicado en lo que es ahora la calle Amado Nervo, al norte de la avenida Venustiano Carranza a la altura de la parte posterior del colegio Motolinia. Era muy espacioso y se instalaban vistosos puestos muy adornados con motivos españoles, en los que se vendían todas las variedades de la rica cocina española, desde la famosa paella a la valenciana y los deliciosos volovanes hasta la fabada asturiana, los callos a la madrileña y el bacalao a la vizcaína.

Entre los destacados miembros de la colonia española recordamos a los hermanos Leboeiro, los hermanos Pérez, dueños de La exposición, los Beascoa, Martín e Indalecio Calleja, los hermanos Allende, dueños del Hotel Colonial, Miguel Ocejo, Herculano Piñero, José Vilet Brullet, Constantino Villalobos, Federico Alcalde, Francisco de la Maza, Francisco Villanueva, Francisco Izquierdo Albiñana, el señor Medrano, Francisco Alba Jaime, José Vilet Parera y, quizá, los progenitores de

don Federico Foyo y Manolo Poncela, excelentes y respetados amigos, considerando que estamos haciendo un ejercicio de memorización y por cuyas fallas y errores pedimos perdón por anticipado.

Poetas, cantantes y una princesa universitaria

La bella odontóloga María del Carmen Rodríguez Romero, quien había sido princesa de la Escuela de Odontología cuando tenía 17 años, solía reunirse con un pequeño grupo de poetas, cantantes, escritores y simples amantes de la cultura y las artes.

Como es costumbre entre grupos de todo el mundo, los encuentros acababan siendo alegres reuniones bohemias con declamaciones, cantos y música de guitarra en las que participaban José Carmen García Vázquez, Miguel Ángel Aguilar Fuentes, Fernando el Chino González del Castillo, Gabino Palomares, Manuel Lara Hernández, Gregorio Marín, David Soráiz y Arturo González Álvarez del Castillo “el Wanpole”.

José Carmen era periodista, escritor y político de un partido de derecha muy relacionado con personas del Partido Revolucionario Institucional, entre las que era muy estimado por su ingenio y franqueza. Él estaba enamorado de Carmelita, quien en el tiempo del relato era escritora e investigadora en la Facultad de Humanidades. En una ocasión el grupo organizó una manifestación de protesta callejera por cierto acontecimiento político que provocó descontento entre intelectuales mexicanos, en la que exhibieron cartulinas y pancartas con la leyenda: “Libertad para Cuba”, se consumieron bebidas alcohólicas y alguno fumó marihuana. Era un grupo muy unido por su amor a la cultura y el arte con un profundo sentido de solidaridad.

Manuel Lara Hernández, reportero y poeta originario de la comunidad de Estanzuela, perteneciente al municipio de Mexquitic, estaba orgulloso de sus raíces indígenas. En dos ocasiones fue el ganador de la



Gregorio Marín, María del Carmen Rodríguez y J. Carmen García Vázquez.

Flor Natural, una rosa de oro que se entregaba en los *Juegos Florales Universitarios*. Al enterarse de que yo viajaría a Cuba, me pidió que llevara unos poemas inéditos cuyos originales puso en una carpeta de cartulina, cuando ya estuve allá, en la hermana República, se los entregué al poeta Eloy Machado Pérez en la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba. Aprovechando que coincidimos en la reunión le obsequié al director de dicha Unión, Alfonso Quiñones Machado, un ejemplar de mi primer libro *Tiempo de hablar*.

En otra ocasión nos reunimos en casa de la doctora Rodríguez Romero con su amiga Amparo Ochoa, una famosa cantante vernácula originaria de Costa Rica, Sinaloa, quien por sugerencia mía concedió entrevistas a las principales radiodifusoras locales, incluida Radio Universidad. Al siguiente día cantó las *Saetas* en la tradicional Procesión del Silencio, después de visitar al director de Cultura, Norberto de la Torre y su equipo de trabajo. Un día después fue la velada en casa de la ex princesa universitaria, fue muy agradable pues estuvieron Miguel Aguilar y su esposa Rosa, e hicieron algunas interpretaciones el “Chino” González, Gabino Palomares, David Soráiz, otros integrantes de la capilla y, por supuesto, intervino Amparo, quien cantó dos veces *El colibrí* a petición del respetable público.

La mitad de los integrantes del grupo cultural y artístico falleció poco después y la capilla quedó sin oficiantes.

Una interesante biografía

María del Carmen Rodríguez Romero era la musa de los bohemios del grupo. Ella nació en un lugar que se llamaba Terminal de Providencia, un socavón en la ladera de una montaña que estaba en la extremidad de una mina de oro, plata, cobre, zinc y otros metales, que explotaba la compañía Peñoles por medio de su Unidad Ávalos. El lugar forma parte del Bolsón de Mapimí, perteneciente al municipio de Mazapil,



María del Carmen Rodríguez, J. Carmen García, Gregorio Marín, Amparo Ochoa,
N, Tere Palau y Norberto de la Torre.

Zacatecas, cerca de los límites con Nuevo León y Coahuila, a una hora de Saltillo.

Era una adolescente cuando vino a la capital del estado de San Luis Potosí con su familia a estudiar en el Colegio Hispano Inglés. Luego cursó en la Universidad Autónoma de San Luis Potosí lo que en aquel tiempo se llamaba bachillerato único, con acento en los estudios de ciencias y humanidades. En el segundo año de profesional, en la Escuela de Odontología, fue electa princesa en un proceso democrático por su belleza, inteligencia y carácter abierto y sencillo, con una marcada influencia liberal de su padre, don José Isabel Rodríguez Trejo, quien era uno de los administradores de la Unidad Ávalos junto con su tío Antonio. Por su parte doña María de la Luz Romero González, su madre, contribuyó a forjar el carácter de la bella estudiante.

María del Carmen quedó viuda y con dos hijas que heredaron su belleza y amor al estudio y el trabajo: Claudia, atractiva morena, y Adriana, heredera de sus ojos verdes. Ella era el refugio de los potosinos soñadores para quienes era la musa inspiradora de canciones y poemas.

En una ocasión fuimos ella y yo a un bar. Con unas copas encima le presumía mis uñas manicuradas y ella, decidida, rebelde y traviesa, preguntaba si me agradaba su perfume aproximando su muñeca a mi nariz. Manuel Lara Hernández le dedicó el poema que reproduzco a continuación:

*María del Carmen Rodríguez
Amanecían tus ojos verde-azul
y eras Reina de Los Álamos.
Luego... callada, en los atardeceres infinitos de nostalgia
tus manos escribieron voces de ternura,
o de rebeldía asombrada entre las flores.*

*Bajo soles absortos de lejanía inconclusa
Como Vedna (nuestra chichimeca sagrada)
te convertiste en trascendencia de árboles,
de piedras memorables,
de silencios azules
y meditación de tiempos...
La riqueza mineral fue tu sustento.
Y en los horizontes de alegría plural,
pletórica de sonrisas como el agua
llegaste a confirmar tu dicha
o tu oculta tristeza
en estos rumbos donde vemos tus ojos.*

*(Junio de 1992)
Manuel Lara Hernández*

A continuación, un trabajo literario de la doctora, princesa y musa:

*La Casa de los Álamos
Y descalzo como andaba
Muchas espinas pisando
Por donde él iba pasando
A sus enfermos curando.
Anónimo*

*Los espinazos rocosos de la tierra, a la que diste fama y dinero;
Fidencio Sintora Constantino, me recuerdas al viejo minero en-
fermo que nunca volvió. Pregoneros recorriendo caminos habla-
ban de tu rostro infantil, inmutable al paso del tiempo.*

*Como no tenías barba, ni bigote, por eso te llamaron Niño Fi-
dencio. También contaban que eras bien juguetón y llorón. Que*

*habías nacido con extrañas cualidades para curar animales.
Que habías iniciado con la gente, primero curando peones; des-
pués a dueños de haciendas.*

*Tu fama había volado tan lejos, que hasta el mismísimo presidente,
Plutarco Elías Calles, había llegado a ese tu remoto norte, desolado
y vacío. Que fue en el veintisiete. Hasta estampitas se te hicieron.
Corría el veintiocho.*

*Creció tanto la fama de tus habilidades que el Espinazo, tu tierra
llegó a tener miles de visitantes.*

Algunos fueron por pura curiosidad.

Muchos queriendo creer.

El tío Matías también fue.

*Hasta el socavón de Providencia, ya “la Casa de los Alamos”,
habían llegado los pregoneros.*

Y el viejo minero enfermo creyó.

La silicosis, “el mal de mina”, lo estaba secando, de poco en poco.

Su ropa olía a metales húmedos.

*Él bajó desde la punta brumosa del temeroso, “El perro encan-
tado”, arrullado por las voces del viento que suelen juguetear con
los pinos, los cedros y los abetos.*

*Caminando entre minas, por la tierra roja; escuchó el mágico
vuelo del águila real, el trino del pájaro azul y el murmullo suave
de la “cotucha”. Degustó también el olor del orégano.*

*Por las noches sintió el acecho del coyote, el aullido del lobo y el
canto de la cigarra; dejándose abrazar por la luna; la que pinta
todas las veredas de plata.*

*Y llegó hasta la hacienda de Bonanza; territorio del tiempo de la
Colonia, de Francisco de Urdiñola, Marqués de Aguayo.*

*“Bonanza”, cónclave de brujas huachichilas. Ni su capitana,
doña Tránsito, pudo curarlo.*

Por eso emprendió camino.

Iba en tu busca, Niño Fidencio. Más tarde, el agreste desierto, sus flores y sus frutos: palma datilera, lechuguilla, biznagas fioreadas, candelilla, agave, mezquites y pirules.

En Terminal —mi pueblo—, se dejó acariciar por otro viento; el que sabe a gobernadora, y a hojasé.

Te seguía buscando, Fidencio Sintora Constantino.

El tío Matías nunca se despidió, ni miró lo que dejaba.

(Es “mala leche” decir adiós, abrazarse... despedirse).

En los “minerales” —pueblos de alas— uno se da cuenta que se va, pero no sabe si vuelve.

El socavón es más oscuro que la noche.

Hay qué encender la lámpara de carburo.

Usar siempre el casco.

Contar, uno por uno, cada paso.

Estar al pendiente de la mecha que prende la dinamita... correr a tiempo.

Agarrar, bien fuerte, la sogá del malacate.

Saber soltarse en el momento preciso.

Cruzar los dedos o rezar en voz bajita, con la mente y el corazón; a la virgencita del Patrocinio, al Santo Niñito de Atocha... según la devoción.

De la tía Virginia tampoco se despidió. Sólo la acarició completita, con sus ojos color de tigre.

Evocaba esas noches.

Ella, despojándose de sus prendas, desbarataba la trenza de su larga cabellera negra, para invertir el rito y atrapar hechiceras.

Deshacía los siete nudos y rezaba la oración de las Siete Verdades a la inversa, para poder convertirse en la bola de fuego que prendiera otra hoguera. “Niño Fidencio:

su bendición me ha de dar,

*usted sabe que necesito,
camino y no dejo de caminar”...
En la cueva secreta quedaron a la espera la pala, el marro, el
zapapico.
Lo aguardan en la “Casa de los Álamos”, el casco y la lámpa-
ra de carburo.
Y entre los viejos árboles, peregrino, sigue morando el viento... y
el espíritu del tío Matías.*

*María del Carmen Rodríguez Romero
Julio, 1998*

Algo sobre Aurelio Manrique

Se llamaba Aagot Lindstrom, era viuda de Aurelio Manrique, quien fue diputado y efímero gobernador del estado. Ella era de nacionalidad noruega y estatura regular, era notorio que en su juventud fue atractiva, rubia, bien formada, de piel muy blanca y ojos azules. Ahora estaba gruesa pero tenía buen carácter y era muy observadora. Sabía español pero prefería expresarse en francés. Hicimos una gran amistad porque ella inició la conversación en el lobby del Hotel Mancera donde me hospedaba la mayor parte de las veces que iba a la Ciudad de México, al igual que muchos potosinos. Mis visitas eran una vez al mes y duraron años. La señora Aagot me confiaba todos sus pensamientos y opiniones, me contaba anécdotas de su marido cuando fue embajador de México en Suecia. Era la heredera de la biblioteca de don Aurelio compuesta por miles de libros guardados en decenas de cajas que probablemente ella guardaba en algún lugar. Me propuso donar esa valiosa biblioteca al estado de San Luis Potosí, bajo la condición de que el gobierno construyera un local especial con el nombre de su difunto esposo. Siempre he atendido las peticiones de todo el mundo y por eso transmití la propuesta al entonces gobernador Antonio Rocha, quien dijo que no contaba con el presupuesto necesario para hacer el edificio, pero propuso aprovechar un anexo al fondo de la Casa de la Cultura, propuesta que rechazó la viuda de don Aurelio.

Perdí las cuatro cajas de libros que la señora sustraería del acervo de la biblioteca para obsequiármela a cambio del favor. Pero nuestra amistad continuó por mucho tiempo, ella me invitaba a comer o desayunar, preferíamos hacerlo en Prendes, que nos quedaba cerca. Solía hacerme comentarios sobre sus pláticas con el senador Jesús N. Noyola y los di-

putados Jesús González Lárraga, Guillermo Fonseca y Florencio Salazar, con quienes coincidía a veces en el comedor del hotel. No siempre coincidían todos, pero la señora Aagot me comentaba sus opiniones sobre los potosinos y sus puntos de vista acerca de la política nacional y local.

Me contaba que Aurelio Manrique la llevaba a todas las reuniones del cuerpo diplomático en Europa. Cuando lo consideraba prudente, don Aurelio la llamaba desde donde estuviera platicando con otros diplomáticos, a donde ella, a su vez, charlaba con las esposas de los representantes de otros países. La llamaba “Petite” (Pequeña), en voz alta, y le indicaba que ya era hora de salir de la reunión. Me contó que don Aurelio tuvo una hija con la esposa de un diplomático inglés, mencionó el nombre de Fanny o Nelly, pero no recuerdo si era el nombre de la niña o de la mamá. Tengo la costumbre de no fijarme en esos detalles, no sé si por discreción o por pudor. Ésta es la primera vez que lo platico.

Una vez pregunté por la señora Aagot en el hotel porque ya no la vi en el vestíbulo como era costumbre. Nadie pudo darme información sobre su paradero y lo más que me dijeron es que partió con destino a su país natal y nunca se supo si llegó. En viajes subsiguientes insistí en mis indagatorias y nadie pudo decirme qué fue de mi amiga. De lo que estoy seguro a estas alturas es que debió haber fallecido, pues cuando platicamos ella tenía más de 60 años.

ANECDOTARIO

3

La personalidad es prestada

Se cuenta que cuando don Adolfo Ruiz Cortines era presidente de la República fue a visitarlo a Palacio Nacional un compadre que deseaba ser diputado en su pueblo, probablemente de Veracruz:

—Compadre, vengo a decirle que quiero ser diputado por mi distrito y necesito su autorización y su apoyo.

—¡Aviéntese, compadre! La Constitución lo ampara porque todos los ciudadanos tenemos derecho a votar y ser votados. Lo animó el Presidente.

Se despidieron los compadres con el acostumbrado abrazo y el candidato hizo su campaña, pero los votos no le favorecieron, por lo que al conocer el resultado acudió furioso a reclamarle al Presidente. Era inconcebible que aunque tuviera la aprobación presidencial lo declararan derrotado en las urnas. Se anunció y Ruiz Cortines lo recibió de inmediato pero poniéndose de pie en lugar de saludarlo le anunció con aire compungido:

—¡Perdimos, compadre!

Y es que cuando se compite para ocupar un cargo público se gana o se pierde; y donde se decide el triunfo o la derrota es en las urnas. El mismo Ruiz Cortines, considerado en su tiempo como un extraordinario político a pesar de que se inició en la vida pública como un oscuro burócrata, según cuenta Gonzalo Santos en sus *Memorias*, enseñó a su generación y a las venideras que, “En política, la personalidad es prestada”, porque te dura nada más lo que te dura el puesto.

A propósito, un modesto comerciante se topó en la vía pública con un exfuncionario que le reclamó porque ya no le daba quesos, cecina, artesanías y otros regalos que solía hacerle. El comerciante le explicó calmadamente:

—Yo sigo llevando mis cosas a la oficina. Usted es el que ya no está ahí.

¡Repartían condones gratis!

Un suboficial del ejército que hacía las funciones de investigador y con quien solía cambiar impresiones cuando coincidíamos en las oficinas públicas, en los sindicatos o en las cámaras empresariales, me preguntó a boca de jarro:

—¿Cómo ve esta campaña de repartir condones a los alumnos de secundaria?

—Es un error y una gran imprudencia. Los están enseñando a usar el cuerpo sin prevenirles de las graves consecuencias. Ahorita se van a proteger con el preservativo, pero después van a sentir ganas y no disponen del condón ni tienen dinero para comprarlo. Van a desahogarse sin tomar precauciones y dentro de unos años vamos a tener millones de madres solteras.

Mi amigo “oreja” no me contestó, pero lo noté pensativo y titubeante: ¿Cómo iba a comunicar a sus superiores una opinión contraria a la campaña oficial cuando apenas empezaba?

María Luisa Olivo

María luisa Olivo Rodríguez llegó al periódico *El Sol de San Luis* como cronista de sociales sin una sola línea en su currículum, las pocas personas que la conocían comentaban que su padre tenía un expendio de carbón en la calle Mariano Hidalgo y, como ella y su hermana eran de piel oscura, los vecinos las apodaban “las Cuatanetas”, como uno de los personajes de *La familia Burrón*.

Su comportamiento era simple y abierto. Vestía con tanta sencillez y modestia que nadie podía imaginársela como periodista. A mí siempre me trató con mucho respeto, pero como dejaba ver una pequeña parte de sus muslos morenos cuando se sentaba a escribir, yo la embromaba diciéndole:

—¡Ay, “Mayayisha”, quién fuera tu “mero mero”!

—¡Qué trái, oiga! —Expresaba asustada y ofendida.

En una ocasión, tal vez enterada de que sus espaldas se hacían críticas por su incultura y simpleza, declaró por su cuenta:

—Yo no soy periodista, soy trabajadora de periódico.

Otra de mis bromas porque no se le conocía novio y ya no era una adolescente, consistía en amenazarla con escribir su biografía bajo el título: “La vida inútil de María Luisa Olivo”, parodiando al *Pito Pérez* de José Rubén Romero, pero sí tenía novio, se refería a él fingiendo desprecio aplicándole el apodo de “Cleto”. Nadie lo conocía y nunca se les vio en público, pero el apodo dio pie a que las compañeras le llamaran a ella: “Cleta”.

Pasaron años para que alguien los descubriera en el cine y entonces se supo que su enamorado era Zacarías, director de la Rondalla Guadalupeña, un grupo musical cuyas actuaciones reseñaba María Luisa con especial cuidado y que contaba con la protección de grupos eclesiásticos. Ella cubría las fuentes religiosas y en su labor daba rienda suelta a su catolicismo. Una vez le reclamé diciéndole:

—¡Ya no me digas “señor Marín”! Lo dije de broma y sin el propósito de molestarla, pero lo hice con fingido enojo, por lo que ella preguntó avergonzada:

—¡Ay!, entonces ¿cómo quiere que le diga?

—Dime, simplemente: “Su paternidad”.

Era en este punto cuando María Luisa se daba cuenta de la broma, pero mucho después, andando yo de muy buen humor, volví a reclamar-

le, endureciendo la voz:

—Y no me digas “Señor Marín”.

—¡Ay, Entonces ¿cómo quiere que le diga?

—Llámame, simplemente, “mi amor”, endulzando la expresión.

Mis bromas provocaban siempre alegres risas de nuestros compañeros en la Redacción. Recuerdo que sólo una vez me llamó: “el pequeño gigante”, pero no recuerdo por qué motivo.

María Luisa lleva años enferma e incapacitada, pero mantiene su buena relación con los obispos y algunas veces coincidimos en la casa de don Arturo Antonio Szymanski, ella acompañada de Cleto, con quien finalmente se casó en la capilla de la casa del arzobispo y con la bendición de nuestro excelente amigo.

Rodolfo Franco Reyes

Nacido en Cuautepec, estado de Hidalgo, en marzo de 1931, Rodolfo Franco Reyes se incorporó a la Redacción de *El Sol de San Luis* en 1957, cuando yo trabajaba en *El Herald* a mi regreso de Aguascalientes. Rodolfo se vino de su pueblo a San Luis invitado por un tío suyo que era obrero en la fábrica de casimires La España Industrial y allí lo metió a trabajar. A principios de la década de 1950 la empresa hizo un recorte de personal y salió el tío de Rodolfo a quien le alcanzó otro reajuste en 1955, aunque en ambos casos el sindicato encabezado por J. Natividad N. consiguió que les pagaran las indemnizaciones de ley.

Rodolfo nunca hablaba de sus orígenes, era muy discreto, nadie supo cómo ni cuándo contrajo nupcias con Socorro Martínez, originaria de Rioverde, a quien conocí cuando ella formaba parte del grupo de secretarías del Departamento de Tránsito y yo cubría las fuentes de policía.

Yo había hecho excelentes relaciones con los directivos de los bancos, las cámaras de comercio y de industria y del centro patronal; en cambio, Rodolfo no conocía a nadie así que como dice la expresión coloquial: “se me pegó” para apren-

der pronto, siempre le dí buena acogida a todo el que me buscaba. Le ayudé con la generosidad y el desinterés acostumbrados y él mostraba un carácter abierto de hombre servicial y amistoso. Servía tan bien a los titulares de las fuentes, a empresarios y profesionistas importantes, que llegó a establecer compadrazgos con personajes adinerados y de prestigio que le llamaban “Franquito” o “señor Franco”. Esa era también una práctica acostumbrada por Ignacio Rosillo, a quien Franco trataba de imitar en todo lo posible. Era él quien escribía la columna “Prisma”, de primera plana, en *El Sol de San Luis*, bajo el dictado de Rosillo, quien nunca aprendió a escribir ni a hacer una “cabeza” de noticia. Su dictado estaba ausente de sintaxis y de orden, por lo que Franquito le daba forma a la columna. Su obsecuencia y lambisconería eran tan notorios que Juan Muñoz le puso el apodo de “amanuense”.

Cuando reingresé a *El Sol* en 1964 invitado por don Nacho, me encomendó la columnas “Prisma” y “Ágora”, ésta última era dominical, de plana entera, las escribía sin consultar para nada a Rosillo, no le permitía que metiera la mano en mi trabajo.

Rodolfo se enamoró de una estudiante atractiva y muy joven a quien metió a trabajar como reportera, pero la muchacha lo hizo a un lado y “se me pegó” a mí sin que yo le diera motivo, aunque tampoco podía rechazarla abierta-

mente. Vivimos un tórrido romance del que todos los compañeros se enteraron porque no lo ocultamos y ella se esforzaba en pregonararlo. Probablemente por ruegos de Franco, en una ocasión don Nacho me llamó para decirme que los papás de la joven habían acudido a él para pedirle que rompiera el lazo afectivo. Me lo dijo sin levantar la vista y pasando una y otra vez con la goma de un lápiz las hojas de una libreta sobre su escritorio. Yo lo miraba a la cara notando su nerviosismo. Terminó su mensaje y me levanté sin decir una palabra. No volvió a hablar del asunto. Mi compañero Franco, dueño de un considerable grado de hipocresía (esto lo digo porque hicimos juntos algunas calaveradas; aunque su esposa Socorro estaba convencida de que le era fiel), aprovechaba todas las oportunidades para inventar o transmitir chismes sobre mi persona a don Nacho, quien comenzó a desconfiar de mi, a tal extremo que publicó un cuadrito de dos pulgadas en una columna en el extremo inferior de la primera plana, advirtiendo a lectores y anunciantes de no dar dinero a ningún reportero ni empleado que lo solicitara a nombre de la empresa. A mí el asunto me tenía sin cuidado y Rosillo nunca me insinuó nada, me dejaba en absoluta libertad para trabajar, hasta que pedí permiso para editar *La Hora* en 1968. Volví a mi puesto en 1970 por gestiones de Fausto Zapata y lo abandoné en 1976 porque la empresa no me cumplió algunos ofrecimientos. Regre-

sé por invitación del ingeniero José Morales Reyes y trabajé hasta septiembre de 1985 para vivir mi experiencia del otro lado del escritorio, en la administración pública.

Credibilidad

A lo largo de mi vida observé un fenómeno que tuvo mucho qué ver con mi trato hacia los demás, cuando decía a propósito una mentira o hacía una broma sobre supuestos, casi todos me creían como si fuese la verdad en cuerpo y alma. En cambio, cuando decía la verdad, simplemente no me creían, por lo que me contradecían o “me tiraban a lucas”. Eran pocos los que me contradecían aunque no me creyesen, porque la mayoría de las personas me trataba con respeto y muchos me consultaban o pedían consejo. “De ti se habla con temor, o con respeto”, me confesó una vez un alto funcionario cuando comíamos a solas, en un restaurante de postín.

Eso se debía a que nunca escribí una mentira, ni en mis notas informativas ni en mi columna. Si alguna vez manejé una mentira es porque me la proporcionó una fuente mal informada o posiblemente con mala intención, aprovechándose de mi ignorancia y buena fe.

En ocasiones un funcionario me proporcionaba datos de interés general sin darse cuenta de que era una noticia. Yo la publicaba y el funcionario se molestaba, sobre todo si sus jefes le jalaban las orejas ahí mismo o desde la oficina central de

su dependencia. Uno de los afectados fue Sadot Gutiérrez Marie, jefe de Servicios Especiales de Ferrocarriles, quien me reclamó airado pero pronto se le bajó el coraje.

—Yo se lo dije en confianza, como amigo, no para que lo publicara. Me reclamaba el afectado de buena manera.

—Sí, pero mi pecho no es bodega y da la casualidad de que soy reportero. pensaba yo sin hablar.

“Mínimo” y “Tontejo”

Una señora decente que era mi compañera de trabajo en una dependencia municipal me apodaba “Mínimo”, lo decía en voz alta para que la escucharan los demás. Así resaltaba mi baja estatura pero disimulaba el adjetivo en su plática conmigo, como si lo usara en lugar de la expresión cotidiana: “por lo menos”.

Yo me daba cuenta de la intención, pero siempre respondí con toda naturalidad, como hacía cada vez que trataban de ofenderme con bromas como esa. Nunca supe que tuviera un apodo, pero en San Luis Potosí es añeja y normal la costumbre de aplicar apodos a los demás. Por cierto, para un potosino, todos los demás son unos *pendejos*, independientemente del apodo que pudiera llevar la otra persona, aunque bien se guardan de decirlo. Por el contrario, el trato con el interlocutor es artificialmente comedido y amable. Hasta existe un cuento sobre el papá que le pregunta a su hijo, ambos potosinos:

—Tú qué quieres ser cuando seas grande.

—¿yo? *pendejo*.

—¡Cómo que quieres ser un tarugo! ¿Por qué?

—Mira, papá, por todas partes oigo decir: “Ese *pendejo* está podrido en dinero, es dueño de muchas propiedades pero el *pendejo* no sabe cuánto tiene”, o bien: “¡Mira ese *pendejo* que “carrazo” trae!; también: ¿ése *pendejo* es diputado?” y “¡Mira qué viejorrón lleva”. Papá, yo quiero ser *pendejo*.

La anécdota va de chiste, pero ilustra el carácter de muchos potosinos.

Un Rector habilidoso

Un día el estudiante Jesús Mejía Lira se introdujo hasta la oficina de la Rectoría de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí al frente de un centenar de revoltosos gritones y amenazantes:

—¡Venimos a tomar la Rectoría! Anunció belicoso el muchacho.

El licenciado Roberto Leyva Torres había sido previamente informado del movimiento, tenía mucha experiencia y un carácter ingenioso y desmañado, así que encaró al estudiante diciendo con tono de fingida extrañeza:

—¡Pero mira nomás, ya volviste a fumar “de ésa”, tus papacitos tan decentes, educados y tan buenas personas, y tú con ese cochino vicio, ya deja esa malvada yerba y ponte a estudiar, eres buen estudiante, tienes buenas calificaciones, no pongas el desorden, vete a tu salón, a tus clases, anda vete a estudiar.

El pobre muchacho no supo qué contestar y moderó su postura hasta quedar notoriamente desarmado. En ese punto el Rector se acercó al revoltoso, le puso una mano en el hombro y lo condujo hasta el corredor, sin darle siquiera la oportunidad de explicar el motivo de la manifestación. Los demás alumnos siguieron a su líder sin chistar y así terminó “la toma” de la Rectoría.

“La Zorra” Olacio

Rafael “la Zorra” Olacio Avilés, (le apodaban así porque tenía la nariz recta y ligeramente respingada) era un estudiante de leyes y publicaba un periódico “católico”, porque salía de la imprenta “cada vez que Dios quiere”. Poseía una gran agudeza e ingenio, de la que hacía gala escribiendo en *La Vecina* críticas acervas sobre la clase alta de la sociedad potosina que nunca se tomó la molestia de aclarar o ripostar. Una característica singular de ese ingenio es que se desbordaba en mordacidad, era hábil en el manejo de la ironía, la sátira y el comentario chusco.

Algo muy singular en él es que en lugar de saludar exclamaba:

—¡Ánimo!

En una ocasión que coincidió en la banqueta del palacio de gobierno y en la puerta principal, con el licenciado Adalberto Noyola Vázquez, le dijo a boca de jarro y en voz alta: “Ora nos toca bañar a las hijas de María”.

El abogado era también ingenioso y agudo en sus comentarios pero, como buen potosino y miembro de la sociedad (su padre era el presidente del Supremo Tribunal de Justicia y había

sido secretario general de gobierno y ocupado otros puestos públicos importantes, además de ser catedrático universitario), en público guardaba cuidadosamente las formas. Sonrió nerviosamente y con cualquier pretexto despachó discretamente al bromista que, por cierto había sido su compañero en la Escuela de Leyes.

En otra ocasión y también en la calle lo invitó a tomar una copa en La Lonja, un lugar al que “la Zorra” Olacio no podía entrar porque no era socio. Sin embargo, Beto Noyola le siguió la corriente y aceptó la invitación pero le advirtió:

—Pero nomás una

—Mire, amistad, ni usted ni yo somos de una, así que vamos a tomar hasta que llenemos.

Se contaba que cuando fue defensor de oficio atendía casos en los juzgados penales y en una ocasión, el procurador Alfonso Lastras recibió a una mujer que acudió a denunciar a Olacio porque le cobraba cien pesos por defender su caso. El procurador llamó por teléfono a “la Zorra” para llamarle la atención:

—Oye, aquí está una señora quejándose de que le pides cien pesos por atender su asunto.

—Mira, le contestó el defensor de oficio, esa es la tarifa, pero por ser para ti te lo dejo en cincuenta.

“la Zorra” Olacio hacía escarnio de cualquier tema y aprovechaba todas las oportunidades para burlarse del mundo. Por ejemplo, sin que hubiese un motivo específico se mofaba de un político chino intercalando en algún chiste su nombre: “Lin piao”, o “Fulana ama a Mao”.

Las anécdotas sobre “la Zorra” podrían llenar un libro. Por su carácter despreocupado y alegre. Nunca hizo el examen de recepción, pero un día un atrevido le preguntó si ya había decidido tramitar su título, él respondió que sí y el mismo malicioso dio lugar a que le informara sobre el tema de su tesis profesional.

—Va a ser sobre Derecho Agrario y le voy a poner: “¡Qué! ¿Hubo pedo en el ejido?”.

El quinto evangelio

En pocas ocasiones coincidíamos Joaquín Antonio Peñalosa y yo cuando él iba a comprar el periódico y yo a que me lustraran los zapatos, pero un día nos encontramos bajo los portales del Ayuntamiento cuando estaba a punto la invasión de Irak por el ejército de Estados Unidos de América. Ni Peñalosa ni este servidor teníamos la menor idea de que el motivo de la nueva guerra era por la posesión del petróleo.

Mi maestro y yo comentamos de manera breve el asunto sin ocultar nuestra preocupación y la comprensible sensación de miedo que nos embargaba, pues todos los conflictos bélicos en los que intervenía el vecino del norte afectaban siempre a nuestro país de un modo u otro. Al cabo de unos minutos de analizar juntos las posibles consecuencias en el ámbito nacional e internacional le dije a mi maestro de literatura:

—El hombre podría ser feliz si aprendiera a ceder.

Peñalosa puso suavemente su mano en mi antebrazo, como solía hacerlo cuando platicábamos y sentenció:

—Ese debía ser el quinto evangelio.

Ignacio López Tarso

Caminaba yo por las calles de Guanajuato cuando ví al actor Ignacio López Tarso en la puerta de su hotel y sin presentarme le pedí “a boca de jarro” una entrevista. De buena manera me explicó que faltaban diez minutos para que lo llamaran a escena y me propuso esperar a que terminara la función, pero yo andaba con Ignacio Rosillo que tenía una entrevista ya pactada con el gobernador Juan José Torres Landa. No pude reunirme con López Tarso, cuyo trabajo he admirado desde que lo vi actuar en *El rey Lear*, en la Ciudad de México, luego en la película *Macario*, basada en la novela de Traven Thorsvan, quien firmaba sus obras como B. traven y eso dio pábulo para que algunos intelectuales le inventaran el nombre “Bruno”.

Después coincidí con López Tarso en el aeropuerto de Guadalajara, yo iba con destino a Las Vegas, cuando anunciaron la salida de mi vuelo y él estaba en la salida de espera. Nos saludamos como si fuésemos viejos conocidos pero no platicamos. Tuvimos otro encuentro en la Ciudad de México y de nueva cuenta nos limitamos a intercambiar el saludo sin mencionar para nada el asunto de la entrevista, pero con el consabido tratamiento de buenos amigos.

La escena se repitió en la puerta del Hotel Nacional, en La Habana, cuando yo regresaba de algún compromiso mañanero, él estaba con un grupo de actores que en esos momentos salía rumbo a Varadero para grabar escenas de una película. El acostumbrado saludo fue otra vez como nuevos amigos.

Macabra resurrección

Estaban bebiendo juntos en Tamazunchale puros cuates. Se trata de un pueblo escondido en un punto de la exuberante Huasteca Potosina, el grupo saboreaba feliz el aguardiente típico del lugar. Como suele suceder, a uno de ellos, Abraham Ramos Sánchez, “se le cansó el caballo” y en el mismo lugar en donde estaba sentado, en el piso que era de tierra suelta como eran miles de jacales por allá, se quedó completamente dormido.

Sus compañeros de juerga eran: Olegario Acosta Ferrétiz, Francisco Rodríguez, el doctor Rodríguez, que fue director de la Escuela Normal y la borrachera tenía lugar en la casa del profesor J. Natividad Acosta, ubicada casi enfrente de la iglesia del pueblo. Otro juerguista era Eduardo, hermano de Olegario, en el lugar no había luz eléctrica, deficiencia generalizada en el pueblo tomando en cuenta que el episodio que relatamos tuvo lugar hace muchas décadas.

Como Abraham era el más platicador, sin su participación se apagó el motor de la tertulia, por lo que los demás lo dejaron dormido y se fueron al cine. Los sobrevivientes andaban de muy buen humor cuando regresaron y, como

Abraham continuaba dormido en el suelo, colocaron cuatro cirios encendidos a la altura de su cabeza y los pies y se pusieron a rezar fingiendo estar muy compungidos.

Cuando “el muerto” estaba a punto de despertar elevaron el volumen y la contricción de los rezos y entonces se produjo la espeluznante “resurrección” del asustado difunto. Después de una bien fingida sorpresa y las falsas manifestaciones de júbilo porque Abraham volvió a la vida, todos se dedicaron a hacer animados comentarios acerca de la broma y a curarse la “cruda.” Abraham estaba casado con una hija del profesor Luis G. Medellín, uno de los pedagogos más notables de México. Cuando había pedagogos y buenos maestros de primaria con verdadera vocación, a quienes he mencionado con mucho respeto y afecto en mis columnas periodísticas.

Chiapas, bellissimo estado

Mi compadre Librado Ricavar Martínez era secretario particular del gobernador de Chiapas, Jorge de la Vega Domínguez, un día me llamó por teléfono para invitarme a visitar ese hermoso estado de nuestra República. Llegué acompañado de uno de mis hijos, mi compadre me explicó que el gobierno tenía problemas con un periódico local que atacaba sistemáticamente a la administración, en realidad, “el problema” eran ocho problemas, que es el número de periódicos que se publicaban diariamente en Tuxtla Gutiérrez, unos pocos tabloides y los demás “tamaño carta”. Mi compadre Librado y yo examinamos a solas la situación con detenimiento, analizamos cada caso por separado, el resultado fue aplicar medidas diferentes en la solución del caso. Nada difícil si nos atenemos a las acostumbradas “atenciones a la prensa” en la relación gobierno-editores.

Resuelto el problema, mi compadre me asignó un chofer que me hizo recorrer todo el estado durante dos semanas. Incluso, conocí Puerto Arista, una playa virgen que mi hijo y yo disfrutamos, aunque eché a perder mi cámara Nikon persiguiendo a una beldad yanqui que con su pareja eran los otros únicos usuarios del para-

disíaco lugar. El artefacto se empapó de agua de mar. En San Cristóbal saludé al obispo Samuel Ruiz y estuvimos en el Cañón de El Sumidero, en Palenque, a donde nos mandaron en avión sobrevolando las aguas de las bellísimas cascadas de Agua Azul y El Aguacero, las grutas, las estelas mayas, Chiapa de Corzo y San Juan Chamula, donde los indígenas cuidaban el templo y nos prohibieron tomar fotos. Les expliqué que no llevaba flash y al cabo de algunos ruegos nos dejaron entrar. Con sólo abrir todo el diafragma tomé fotos arrodillado devotamente en el piso de tierra suelta y húmeda, cubierto con una alfombra de frescas agujas de pino. Estuvimos en Comitán y en las Lagunas de Montebello. En claro de la selva lacandona y al terminar de llover tomé una bellísima foto de un arcoíris completo, es decir, de extremo a extremo del horizonte. En fin, fueron dos semanas en el paraíso gracias a la generosidad del gobernador Jorge de la Vega Domínguez y la buena voluntad de mi compadre Librado Ricavar Martínez.

“El Popo” Rodríguez

El apodo se le quedó desde su primer día como estudiante, ya era el Rector de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí y todo el mundo le seguía llamando “Popo”, aunque para entonces muy pocas personas conocían el origen del sobrenombre. Me refiero al licenciado José de Jesús Rodríguez Martínez. Fue una época en que las alumnos de nuevo ingreso eran pelados a rape por quienes ya cursaban años avanzados, en cierto modo, lo hacían para vengarse de lo que ellos sufrieron en su condición de novatos. Les llamaban “Y-gorrotos”, palabra que se relacionaba con los gorros, boinas o sombreros que los mismos esquiladores les colocaban sobre el cráneo rapado, prendas muy desgastadas, deformes o rotas: Y-gorrotos, pues.

El alumno de nuevo ingreso era de carácter apocado y entre los espontáneos oficiantes del rito de iniciación figuraban quienes después fueron el ingeniero De León y el licenciado Felipe Serna Gómez: el asustado novato se resistía con desesperación a que le metieran las tijeras en la cabellera y forcejeaba con sus verdugos. Sus ruegos eran tan vehementes que uno de ellos le propuso:

—Entonces danos un peso. El adolescente

ni siquiera hizo el además de buscarse en los bolsillos pero se disculpó.

—No tengo.

—Cómo no vas a tener un peso. Anda, ¡dános un peso!

—Es... que... yo soy...muy po po po-bre, logró decir gimiendo, José de Jesús Rodríguez.

No lo raparon, pero desde entonces se le quedó el apodo de “el Popo”.

José Luis Cervantes

El licenciado José Luis Cervantes González formaba parte del equipo de confianza del profesor y licenciado Carlos Jonguitud Barrios. Asumió la dirección general de Educación del Estado cuando esta dependencia todavía no alcanzaba el rango de secretaría. Era una de mis fuentes de información y, como era entonces la costumbre de visitar diariamente las oficinas públicas en busca de información, hicimos buenas migas.

Originario de Ozuluama, Veracruz, cuando me gané su confianza el funcionario me contó la historia del gobernador Jonguitud, quien fue a dar a su casa huyendo de Coxcatlan por un problema de familia cuando era un adolescente. La madre de José Luis elaboraba pan en su casa para vender en el vecindario y Jonguitud se sumó voluntariamente al equipo de trabajo a cambio de comida. Luego ambos muchachos se fueron a la Ciudad de México y Jonguitud se inscribió en la escuela normal mientras que José Luis escogió la universidad. Tiempo después ambos obtuvieron el título de licenciados en derecho, que Jonguitud sumó al de profesor normalista, mantuvieron una estrecha amistad con fundamento en la confianza que era otro sólido elemento de unión entre los dos. Fue así

como José Luis llegó a esta capital y ocupó el alto cargo ya citado.

Nuestras entrevistas se nutrieron pronto de pláticas más personales, al licenciado Cervantes le gustaba hacer remembranzas de sus afanes como masón, pues al vivir en Ciudad Mante, en Xicoténcatl y otras poblaciones de aquella zona geográfica, como funcionario en la industria azucarera, realizó trabajos de albañilería como peón, media cuchara y maestro, según se ofreciera, ayudaba en la construcción de templos masónicos sin cobrar un centavo, a veces pagaba de su bolsillo una parte o todo el material. Su bella esposa Leticia Ilizaliturri Verástegui, blanca, rubia natural y de ojos verdes, contrastaba con la figura bajita, morena y ligeramente redonda de su esposo. Ella era dulce y gentil por naturaleza, también me dispensó su amistad, que mucho le agradezco. Satisfecho con el buen manejo de la información como reportero, el licenciado Cervantes me asignó una plaza como responsable del área de comunicación, en la que antes estuvieron Harold Meade Esteva y la inteligente y laboriosa reportera Herlinda Escalante.

Por mi estrecha relación con Cervantes y la confianza que me dispensaba, el gobernador se enteró de mi posición como presidente de la Asociación Nacional de Periodistas, delegación San Luis, y cuando nos encontrábamos en algún acto o ceremonia oficial me saludaba diciendo:

—¡Quihubo, líder!. y juntaba su mejilla con la mía en afectuoso abrazo.

Muchas veces el gobernador se comunicaba con su inteligente amigo y colaborador a la hora en que el licenciado Cervantes conversaba conmigo, siempre le contestaba en mi presencia. En una ocasión después de devolver el saludo dijo:

—Dime, Carlos. Conversaron tres minutos y cuando el mandatario colgó, el licenciado Cervantes me informó:

—Le acaban de informar que el partido tiene tres prospectos para senador por San Luis, son Antonio Rocha, Padilla Segura y Martínez Corbalá.

—Ya lo fregaron, exclamé yo. Mi amigo me miró sin hablar, pero interrogándome con la mirada:

—El tiene derecho a vetar a uno de ellos; va a vetar a Rocha Cordero pero deja a Martínez Corbalá como operador político de oposición.

Cuahtémoc Bustos

—Déjele un rato ahí y vamos a echarnos unas.

—¿Qué? Exclamó don Temo fingiendo escandalizarse.

—Que deje el trabajo para ir a tomarnos una copa. Después le sigue.

—No, mire: yo de vicio, nada.

—No es cosa de vicio: nos echamos una o dos y regresamos a trabajar.

—No, mire... ¡Yo no sé pa'qué toman... luego andan ahí agarrados de las paredes como si tuvieran miedo de que se les vaya a caer encima —y hacía el ademán de quien se apoya en la pared para no caer, con las manos abiertas y pegadas a un muro imaginario—.

—Eso es cuando uno anda ya muy tomado, pero ahorita no'más nos vamos a tomar una.

—Y luego andan ahí que no hayan qué hacer con “la cruda”, todos enfermos y vomitando.

—Pero eso es mañana. Ahorita no'más vamos a echarnos “un chupe”.

—No, mire, váyase usted, yo mejor me quedo aquí, en el templo del deber.

—A eso lo estoy invitando, a beber.

Don Temo se resistía tercamente argumentando que él no tiene ningún vicio.

—No... Yo pa'que le voy a decir a mí sí me gusta el chupe.

—¡No digo! —asentía el virtuoso señor—.

Éste diálogo se repetía con cierta frecuencia con los mismos resultados, don Temo rechazaba la amable invitación y continuaba haciendo sus trazos, esquemando las planas de deportes con el tipómetro y el lápiz en las manos. En una ocasión Celia Ramírez, que estaba muy ocupada escribiendo sus crónicas de sociales, se interrumpió para meter su cuchara en auxilio del abstemio:

—Ay Marín, pos' si él no quiere tomar, pos' déjalo, ¿por qué insistes tanto?

—¡Gracias, Celita! —agradecía hipócritamente el jefe de Deportes—.

Lo que Celia —ignoraba y que divertía a los varones de la redacción que escuchaban el fingido jaloneo verbal— es que don Temo salía del trabajo a eso de la una de la mañana y se encaminaba directamente a la cenaduría de don Raúl Gutiérrez Argirópolis, ubicada frente a la Plaza de Toros, bajando el puente de Universidad rumbo al oriente; se sentaba junto al refrigerador de madera que tenía un abrelatas atornillado en uno de sus extremos, tomaba las cervezas y las abría él mismo, bebiendo una tras otra hasta que era de día. El dueño de la cenaduría contaba los cascotes vacíos y le presentaba la cuenta. Dicen que en una ocasión le contaron nueve cascotes de caguama vacíos.

En otras ocasiones don Temo y una runfla de trabajadores de la redacción y el taller, de la que siempre formaba parte el “Chico” Rosillo, se metían a unos antros de mala muerte llamados *La Huastequita*, *El Noa Noa* y otros donde se juntaban parroquianos de toda laya y sexo. El “Chico” Rosillo y “Poncho” Álvarez eran asiduos acompañantes del grupo. Una vez regañé a don Temo porque me contaron que en la Uaz se puso a brindar y platicar con un homosexual.

—Le estaba diciendo que dejara esa vida equivocada y volviera al camino correcto. Me explicó mi compañero con aire de predicador.

Una vez, cuando se repetía el jaloneo verbal que relato, le propuse a don Temo ordenar la bebida que se le antojase y preguntó:

—¿Qué, me va a invitar?

Como el juego era “de lengua” a sabiendas de ambas partes, le ofrecí generosamente:

—Whisky, coñac, lo que quiera.

—Mejor déme los centavos —me dijo—.

Guadalupe Vega Macías

“Lupe” Vega, como era conocido, nació en Estación Justino, una estación de bandera de los Ferrocarriles Nacionales que en aquella época pertenecía al municipio de Ahualulco y, posiblemente, al estado de Zacatecas, pues tanto Ahualulco como Villa de Arriaga —llamada antes Hacienda de Gallinas— pertenecían en parte a Zacatecas y, más concretamente, al municipio de Pinos.

El caso es que “Lupe” Vega fue labrador en su tierra y, ya adolescente, trabajó como bracero en el sur de Estados Unidos. A su regreso se instaló en la cabecera municipal de Soledad de los Ranchos, que luego se llamó Soledad Díez Gutiérrez en honor del exgobernador de San Luis Potosí Carlos Díez Gutiérrez, y en los últimos años Soledad de Graciano Sánchez, en honor del profesor de ese nombre que fundó lo que ahora se denomina Confederación Nacional Campesina (CNC), uno de los pilares del Partido Revolucionario Institucional (PRI). Casi nadie sabe que el ilustre licenciado don Luis Noyola Barragán fue secretario particular del profesor Graciano y con ese carácter lo acompañó en una gira por la península de Yucatán allá por los años de 1930.

Pues bien, “Lupe” Vega se empleó como tejedor en la fábrica Textil Soledad, que elaboraba costales de ixtle de palma y otros artículos en los que se utilizaba la misma materia prima. Se convirtió en dirigente del sindicato bajo la tutoría de don Salvador Díaz Macías, líder de la Confederación de Trabajadores de México (CTM) y a quien conocí siendo secretario general de la Sección 17 del Sindicato Industrial de Trabajadores de las Artes Gráficas (SITAG), al que pertenecí en mi adolescencia como aprendiz en el Departamento de Encuadernación del Al Libro Mayor, de don Arnoldo Kaiser. Mis compañeros eran “el Muerto” Rivera, “el Chango” Martínez, Macario y “el Ganso” Federico Blanco.

Yo no sabía que fueran amigos David Neave y “Lupe” Vega, pero los tres nos reuníamos a tomar mezcal y cerveza en el Bar Montoro, ubicado a un costado de Camiones de Los Altos, cuyo gerente era don Santiago Padilla, hombre trabajador y honrado. Yo apenas me iniciaba como reportero y David Neave era chofer de *El Sol*, encargado de traer de la Ciudad de México el suplemento dominical con las tiras cómicas que se intercalaba en las páginas cada domingo.

Lupe fue presidente municipal y diputado. Toda la vida mantuvimos el mismo lazo de amistad y siempre lo apoyé en mis notas informativas.

¿Peñalosa para Obispo?

Se alzó gran revuelo en la capital del estado cuando trascendió la noticia de que el padre Joaquín Antonio Peñalosa fue designado Camarlengo de Su Santidad. Aficionados a la especulación y el chisme, muchos potosinos y algunas beatas dieron por sentado que el querido sacerdote podría ser el siguiente obispo, sobre todo porque la Diócesis estaba vacante o había alguna circunstancia que daba lugar a la esperanza.

A veces visitaba yo al padre Peñalosa en su casa, que estaba en la calle Arista, cerca de la esquina con la avenida Damián Carmona. Me mandaron entrevistarlo y él rechazó de entrada la posibilidad de acceder al obispado. Platicamos con la confianza de siempre y yo me atreví a decirle:

—Usted nunca será obispo.

—¿Tú crees?

—Es muy inteligente.

El maestro salió a despedirme a la puerta de la calle y le mostré el auto que acababa de adquirir, después de andar unos meses sin vehículo por falta de dinero. Manifestó su sorpresa porque la

unidad tenía buena cara, a pesar de que era modelo atrasado, como los que he tenido siempre.

Yo dije:

—Me eché esa droga. No sé con qué voy a salir.

—Con fianza. —contestó rápido el padre— a quien ahora, por efecto del nuevo nombramiento los fieles debíamos llamar “monseñor”.



Joaquín Antonio Peñalosa.

Manuel Hernández Muro

En inglés no se dice torero, sino *bull fighter*. Eso era el doctor Manuel Hernández Muro, aficionado práctico de la fiesta brava.

Quiero decir que el famoso ortopedista no torea, sino que peleaba con el toro. Vestido con traje sevillano de color café oscuro, el doctor Muro trataba de dominar al animal a base de trincherazos, jadeando y luchando con la muleta en la derecha, de lo que resultaba un torero cansado a la hora de tirarse a matar.

Una vez propinó al novillo tres pinchazos a la “hora de la verdad”, sin lograr meter el estoque ni siquiera en una tercera parte, por lo que uno de los espectadores del tendido de sol le sugirió en un grito:

—¡Mándalo al seguro! Porque era fama pública que quien caía en las manos del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) en aquel tiempo, salía con los pies por delante.

¿Ya leyó mi libro?

Joaquín Antonio Peñalosa me vio estacionar mi auto en la segunda cuadra de Manuel José Othón, concurrida arteria casi a espaldas de catedral.

—¡Adiós, señor periodista... y político!

—exclamó Peñalosa a modo de saludo y con cierta significativa entonación en la segunda parte.

Bajé del auto y le pregunté a boca de jarro:

—¿Ya leyó mi libro?

—¿Cuál?

—Mi último libro *El Amor en todos los tiempos*. Lo editó la Universidad Autónoma de San Luis Potosí. Peñalosa me informó que no estaba enterado y ofreció investigar, por lo que nos despedimos y yo me apresuré a mover el auto, porque estaba estacionado en lugar prohibido.

Unas semanas después nos topamos Peñalosa y yo en el cruce de Morelos y Álvaro Obregón. Él venía platicando con Felipe, uno de los hijos

de J. Carmen García, y después del saludo, sin que yo preguntara nada, el estimado sacerdote me informó:

—Ya leí tu libro.

Y yo, presumido y con cierto aire de soberbia moví las cejas en señal de pregunta diciendo solamente:

—¿Y?

Peñalosa me dirigió una mirada de aprobación y, poniendo la palma de su mano en mi antebrazo contestó:

—¡Muuy interesante!

Pioneros del periodismo

Fue don Juan Ignacio María de Castorena Urzúa y Goyeneche quien, al ver la necesidad de contar con una publicación que informara del acontecer cotidiano y formara opinión pública, sustituyó las hojas de noticias que aparecían sin ninguna periodicidad en la Nueva España, por la *Gaceta de México* y *Noticias de Nueva España*, cuya primera aparición data del 1 de enero de 1722. En ese entonces las ideas de los pensadores criollos se insertaban en la primera plana, que ahora se llama página editorial.

En 1742 aparece *El Mercurio de México*, al igual que otras gacetas que siguieron la ruta abierta por Castorena. A una publicación sigue otra, que echa su cuarto a espaldas y es bautizada como el *Diario Literario de México*, más fino, especializado y de mayor influencia en el desarrollo social.

Los periódicos van creando una conciencia liberal entre los lectores, y en 1805 nació el *Diario de México*, fundado por don Carlos María de Bustamente, polemista e historiador, en colaboración con don Mariano de Villaurrutia y don Andrés Quintana Roo. El periódico publicó un artículo de Alejandro Robles, en el que pide libertad para tratar asuntos políticos, después de que el virrey Marqués de Croix publicó una ordenanza en la que decía que los habitantes de la colonia habían nacido “para obedecer y callar, y no para discutir los graves asuntos del estado”.

Una prueba irrefutable de que los periódicos cumplieron entonces con su misión orientadora, al dar a conocer libremente todas las corrientes

de opinión pública, es el hecho de que se haya creado un cimiento de libertad que hizo posible la Independencia de México.

Pero la tarea periodística no acababa ahí. Don Miguel Hidalgo y Costilla, sabedor del papel decisivo que juega la prensa en la evolución social, fundó *El Despertador Americano* en la ciudad de Guadalajara, apenas tomada militarmente la plaza. La vida efímera de esa publicación alcanzó sólo siete números, pero fue continuada por *El Ilustrador Americano*, el *Telégrafo Americano*, el *Museo Mexicano*, el *Fundador Mexicano*, el *Vindicador del Pueblo* y muchos otros.

José María Morelos y Pavón tuvo también su periódico, *El Sud*, que se editó en una imprenta de Oaxaca y luego publicó un periódico “que pudiera extender mejor los principios de la lucha independentista para contagiar a todos los mexicanos”: *El Correo Americano del Sur*, y su semilla germinó.

Muerto Morelos, nació la *Gaceta del Gobierno Provisional Mexicano de las Provincias del Poniente*, que el 26 de junio de 1817 publicó una “extra” dando la noticia de que había salido de España la expedición de Francisco Javier Mina, quien, como Quijote retrasado, venía en apoyo de la Independencia mexicana.

El joven idealista navarro desembarcó en Soto La Marina, y al frente de un pequeño ejército improvisado, derrotó al comandante realista Cristóbal Villaseñor en el Valle del Maíz, de donde salió el 17 de junio de 1817 rumbo a la ciudad de San Luis Potosí, pero en Peotillos tuvo un encuentro con tropas enemigas y al cabo de un reñido combate derrotó al realista Armiñán. De Peotillos se dirigió Javier Mina a La Hedionda, hoy Moctezuma, y de allí pasó por Bocas rumbo a Pinos, Zacatecas, en busca del padre Torres, realista que operaba por la sierra de Comanjá, sin encontrarlo. El “Quijote retrasado” tuvo victorias y derrotas de poca

monta en sus batallas a favor de la Independencia de México, pero finalmente fue aprehendido y fusilado el 11 de noviembre de 1817 en la cumbre del cerro del Bellaco, a los 29 años de edad. Los periódicos de la época consignan los hechos.

La libertad de expresión y la democracia

*No estoy de acuerdo con lo que dices, pero
defenderé con mi vida el derecho que tienes de decirlo*

Francisco María Arouet (Voltaire).

C. Profesor José Ángel Facio Vázquez, presidente municipal de Villa
González Ortega

Leticia Mauricio Aguiñaga, presidenta del DIF municipal

Señores regidores y síndico del Ayuntamiento

Señores directores y funcionarios de este acogedor girón de la Patria que se identifica con uno de los héroes más valientes y distinguidos de la Historia, el general Jesús González Ortega, promotor de la Reforma y las ideas liberales, soldado valiente en las filas del ejército mexicano en contra de la invasión de los franceses; vencedor de Miramón en Calpulalpan y presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación; Villa González Ortega, tierra de hombres trabajadores y mujeres bellas y virtuosas: Tengo el alto honor de dirigirme a ustedes, a nombre de mis compañeros, en esta décima reunión regional de la Prensa Independiente que preside el distinguido profesor Jesús Coronado Salinas:

A partir de ideas filosóficas, los pensadores europeos desde John Locke hasta Emmanuel Kant, con sus *Cartas sobre la tolerancia* y la *Crítica de la razón pura*, respectivamente, sentaron las bases de lo que luego quedaría definido como la libertad de pensamiento y la libertad de conciencia.

Todos los filósofos del enciclopedismo convinieron en que la libertad de pensar es la base y principio de todas las libertades, empezando por la libertad de expresión, que en su momento se constituyó en el fundamento de la democracia, considerada como la forma más justa y avanzada de la convivencia social.

Locke dio a la publicidad su sistema filosófico en 1689 y estableció un principio creador, del que resultan una religión y una moral naturales, es decir, sin dogmatismos ni límites convencionales. No había lugar para el fanatismo y la ignorancia. Quedó claro desde entonces que el individuo es poseedor de libertades inalienables a partir de su nacimiento. Es decir, que el hombre tiene plena libertad para examinar las ideas, las sagradas escrituras e, inclusive, la idea de Dios. Son las raíces de la Edad de la Razón y El Siglo de las Luces.

Nosotros consagramos la libertad de expresión en el artículo 6° de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos, con la salvedad de no atacar la moral, los derechos de tercero, provocar la comisión de algún delito o perturbar el orden público. “El derecho a la información será garantizado por el Estado”.

Pero no puede haber paz ni orden ni democracia en un país con un entorno mundial desordenado. Muchos mexicanos piensan que la corrupción, la demagogia, la impunidad, la simulación y la mentira son los males del México de nuestro tiempo, agravados en nuestros días por la violencia y el tráfico de drogas en gran parte del territorio nacional.

Nosotros, los que disponemos de la pluma, el micrófono o la cámara, tenemos la obligación de denunciar las desviaciones y los errores de quienes nos gobiernan. Lo hacemos porque contamos con el respeto

de esas autoridades a la libertad de expresión, que es una de las más caras libertades del ser humano; pero lo hacemos también movidos por el amor a nuestro querido México y por el deseo de que mejoren las condiciones de vida de los desheredados, los marginados, aquellos que son víctimas de la represión, de la mala impartición de la justicia y los que no tienen voz. Nosotros mismos, los de la pluma, el micrófono o la voz, nos quejamos con frecuencia de que las autoridades “ni nos ven ni nos oyen”, pero mientras más tiempo pase manteniéndonos en un escenario de simulación, de impunidad, de corrupción y de mentiras, más avanzamos hacia el precipicio y el caos.

Contraviniendo una disposición constitucional, en la práctica la República Mexicana no se rige por un sistema federalista, sino centralista. Los presupuestos y las decisiones importantes salen de las oficinas de la Presidencia, con las consecuencias negativas que esta práctica conlleva en lo social, lo político y lo económico.

La Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO, por sus siglas en inglés) acaba de anunciar que ya hay en el mundo cerca de mil millones de seres humanos sin comida y desnutridos. Todos sabemos que en México hay catorce millones de compatriotas en esas condiciones, y que en los últimos dos gobiernos panistas se han sumado más de diez millones de mexicanos a las condiciones de pobreza. Lo han revelado el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi) y varios funcionarios de alto nivel en el gobierno federal. Es obligación de periodistas y comunicadores exigir un cambio de rumbo para salir del camino equivocado y volver a la normalidad, a la paz y la seguridad en las calles, y a elevar el nivel de vida de los trabajadores y los campesinos. Los gobiernos de muchos países ponen actualmente la ciencia y la tecnología por encima de valores eternos que reconocían prioridad al hombre. Nos imponen un sistema globalizado en lo económico y lo tecnológico, dizque porque los

índices macroeconómicos son alentadores. Juan Pablo II llamó a este sistema “capitalismo salvaje” y nosotros escribimos hace años un artículo denunciando la conducción de la economía nacional como “la globalización de la pobreza”. Era muy fácil ver que ese sistema llevaba en sí mismo el germen de su propia destrucción porque no tomaba en cuenta al hombre y sólo miraba con ojos codiciosos al “becerro de oro”.

El periodista mexicano, patriota y valiente que fue testigo de la caída de Salvador Allende en Chile, Manuel Mejido, escribió recientemente: “Con un pueblo hambriento, ignorante y enconado, gobernado por políticos corruptos, amorales y antipatriotas, la quiebra del país es evidente. La economía no se recupera, la educación fracasó y el petróleo se acaba, la recaudación fiscal es errática e injusta, y los impuestos un abuso. Nadie sabe cuándo se reventará la hebra”.

Pues bien, nuestro papel como informadores y formadores de opinión es el de exponer la verdad y los riesgos de las desviaciones, omisiones y errores de nuestros gobernantes.

El periodista que enarbola banderas sectarias o partidistas, el que defiende o ataca hipócritamente a personas o instituciones se niega a sí mismo y ofende o disminuye la ética y la moral de un oficio que debe ser sagrado.

Le llaman a ésta la Era del Conocimiento, pero en los hechos algunos gobernantes conducen a los países a una peligrosa regresión de la historia y a la negación de la inteligencia. Están enseñando a los mexicanos a matar dizque en una guerra contra la delincuencia organizada, pero cuando acabe esa guerra muchos hombres y mujeres seguirán matando, víctimas de un desequilibrio psicológico, como sucede en países donde la guerra forma parte de su sistema de vida. ¿Es ese el país que queremos heredar a nuestros hijos?

Demos un uso atinado y útil a la libertad. Don Quijote dejó dicho: “La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad, así como por la honra, se puede y se debe aventurar la vida”, y la libertad de expresión es uno de los valores que nos heredaron los forjadores de la patria, los héroes de la Independencia, de la Reforma y la Revolución.

Los mexicanos amamos a nuestra patria, pero queremos verla libre, dueña absoluta de su soberanía, sin influencias ni interferencias de intereses ajenos; la queremos verdaderamente democrática y sin simulaciones electorales, queremos una patria ordenada, con apego a su glorioso pasado y sus más viejas tradiciones y bajo un gobierno que le dé un rumbo claro y definido; queremos un país con seguridad en la vía pública, en la fábrica y en los hogares; con una educación nacionalista, de buena calidad; con hospitales y centros de salud eficientes y abastecidos de medicinas y materiales, con atención a las necesidades del campo para que sea productivo, con empleos bien remunerados y un clima social de paz y tranquilidad; queremos una Patria que sea como una madre amorosa y protectora que nos provea de comida, salud, educación y abrigo; que sea merecedora de nuestra gratitud y reconocimiento, con planes y programas orientados hacia un desarrollo sostenido y sustentable, así como una justa distribución de la riqueza que nosotros mismos producimos. En pocas palabras, una patria feliz y un gobierno que se haga merecedor de nuestra confianza y respeto.

¡Muchas gracias!

Antonio Rocha es candidato

En el medio político de San Luis Potosí había gran efervescencia por la proximidad de la fecha en que el PRI daría a conocer el nombre de su candidato al Gobierno del Estado, mismo que con toda seguridad sería el próximo mandatario porque el PAN no daba trazas de lanzar un candidato, como había sucedido en toda la historia política del estado.

El caricaturista Luis Chessal Robledo me entregó mil pesos diciéndome: “Te los manda el licenciado Agustín Olivo Monsiváis”, y dio media vuelta sin darme tiempo a preguntar o hacer algún comentario. Se repitió el incidente dos veces.

Nos conocíamos desde que yo era un adolescente y trabajaba en El Libro Mayor, cuyo dueño era el alemán Arnoldo Káiser. En ese tiempo cuando alguien comenzaba a trabajar en cualquier empresa se convertía automáticamente en miembro del sindicato correspondiente y del PRI. La organización gremial se denominaba SITAG. el secretario general se llamaba Roberto Maxemín y su segundo a bordo era Roberto Zamora. Ellos conducían las sesiones en que coincidíamos Chessal y yo porque él era el caricaturista del único diario de San Luis en esa época: *El Herald*o.

Ahora, muchos años después, don Luis era el caricaturista de *El Sol de San Luis* y yo escribía una columna en la primera plana titulada “Prisma” con variados comentarios sobre tópicos del día, dando prioridad al tema político, porque era el prevaleciente. El licenciado Agustín Olivo Monsiváis había sido secretario general de gobierno durante el cacicazgo santista, diputado local y presidente del Supremo Tribunal

de Justicia del Estado. Ahora desempeñaba el cargo de presidente del Tribunal de Conciliación y Arbitraje del Distrito Federal en la Ciudad de México y era el precandidato mejor posicionado en el ánimo de los potosinos. Inclusive, es probable que los envíos de don Agustín incluyeran al director del periódico, Ignacio Andrés Rosillo Sánchez, porque yo veía que se estrechaba la relación entre Chessal y Rosillo que de unos días a la fecha platicaban amistosamente y el diario publicaba notas favorables al ex funcionario santista.

Por mi parte, yo escribía mi columna mencionando a todos los aspirantes, aunque ahora hacía hincapié en las referencias favorables a don Agustín. Pero en vísperas de la decisión del PRI recibí una llamada telefónica de Fausto Zapata, con quien me mantenía en contacto desde que se fue a trabajar al periódico *La Prensa* en la Ciudad de México. El contacto era también personal cuando él venía a San Luis aprovechando alguno de sus días de asueto o cuando yo viajaba a la capital de la República y me invitaba a su casa cuando vivía con su primera esposa la periodista Carol Miller Salazar, con quien se casó en la sacristía de San Francisco y estuve presente en la ceremonia. En esa llamada Fausto y yo comentamos sobre diferentes temas, incluido el de la política potosina. Ya para despedirnos Fausto me dijo con vivo entusiasmo: “¡Yo soy Rochista!”

Entendí el mensaje y ese mismo día incluí en la columna “Prisma” las cotidianas menciones al asunto de la sucesión y un comentario que repetí en las siguientes columnas afirmando que “San Luis Potosí ve su futuro color de Rocha.”

Pocos días después se recibió en la Dirección del periódico la instrucción de publicar adhesiones a la candidatura de don Antonio Rocha desde el municipio de Cerritos, que el futuro gobernador señalaba como su cuna, aunque lo cierto es que era nativo de Tierra Nueva, pero

su padre se mudó a Cerritos con la familia cuando don Antonio era un niño y su progenitor era el dueño de la botica del pueblo.

Ya siendo gobernador, Antonio Rocha promovió la construcción de la presa La Muñeca en Tierra Nueva y puso en la presidencia municipal a su sobrino Antonio Rocha Miranda. Tiempo después el licenciado Rocha me platicó que participaba en una reunión de procuradores de justicia en Uruguay cuando recibió un mensaje telegráfico que decía: “Suprema Corte falló favorable. Punto. Urge su presencia”. Firmaba el Presidente Gustavo Díaz Ordaz. “La Suprema Corte” estaba integrada por Gustavo Díaz Ordaz, presidente de la república; el general Agustín Olachea Avilés, secretario de la Defensa Nacional; y por el presidente del PRI, el veterinario Lauro Ortega, entre otros distinguidos mexicanos.

Rocha contó también frente a un pequeño grupo que en la calle Commonfort, detrás de los baños El Tívoli, vivía un potosino de apellido Tamez quien era su vecino y ganó fama porque contrajo nupcias nueve veces y siempre enviudaba poco después de celebrada la boda, por lo que corría de boca en boca un dístico compuesto por alguna mujer, que decía: “Si quieres vivir un mes, cástate con Tamez”. Contó también que en la primera calle de Madero Antonio Reyes Gómez tuvo las oficinas y el conmutador de la primera central telefónica establecida en San Luis en la segunda decena del siglo, pero la vendió a una de aquellas compañías extranjeras que tuvieron la concesión del servicio a nivel nacional y que eran la Mexicana y la Ericsson. En esa misma cuadra estaban las oficinas del negocio de Augusto Eichelmann, Guillermo Aguirre y Fierro, autor del famoso Brindis del Bohemio era el director del periódico *Vanguardia*, y Jorge Ferrétiz director de *El Potosí*. Yo publiqué esos datos en mi columna de *El Sol*.

Favor con favor se paga

Fausto había tenido una destacada participación en el destape de don Luis Echeverría Álvarez como candidato del PRI a la Presidencia de la República. El lanzamiento de la candidatura se hizo en esta ocasión por conducto de la CNC y no de la CTM de don Fidel Velázquez, como era la costumbre.

Aprovechando la relación que Ignacio Rosillo tenía con Zapata por el apoyo que el periódico le brindó a don Antonio Rocha, el director de *El Sol* fue a verlo cuando el candidato hacía campaña en Pachuca, Hidalgo, y le pidió que trajera a don Luis al *El Sol de San Luis*. Fausto accedió pero puso una condición diciéndole:

—“Favor con favor se paga.”

—Dime qué debo hacer y con todo gusto.

—Que Marín se reintegre a la redacción del periódico.

—Trato hecho. No ha ido porque no ha querido, pero tiene las puertas abiertas.

Rosillo me llamó y me reintegré al periódico en 1970 como reportero. Había estado sólo un par de meses sin trabajo a raíz de mi salida de Amex y del fracaso de *La Hora*. Estaba editando la Carta política potosina cuando la suspendí y me dediqué a reportear.

Por cierto, en uno de los últimos números yo comenzaba la información refiriéndome al segundo informe de don Antonio Rocha dicen-

do: “Cumpliendo con un mandato constitucional...” y Fausto jugó a reconvenirme:

—¿No te he dicho que nunca empieces con un gerundio?

—No, nunca, le respondí, dándole a entender que cuando se trata de un acto solemne, como es la presentación de un informe oficial, el anuncio periodístico podía comenzar también con apego a la solemnidad.

El caso es que Fausto cumplió su compromiso con Rosillo y don Luis Echeverría visitó las instalaciones de *El Sol de San Luis* ante la expectación de todo el mundo. Atendido por Ignacio Rosillo, que estaba rebosante de júbilo, el candidato efectuó un recorrido por oficinas y talleres y Fausto aprovechó para presentarle al caricaturista Luis Chessal y a la “Chucha” Blanco, potosino y subdirector del semanario *Zeta*, de Tijuana, a quien previamente invitó el organizador de la visita.

Las cosas transcurrieron normalmente y *El Sol de San Luis*, siempre gobiernista, ponía énfasis en la información proveniente de Los Pinos, al mismo tiempo que, en una ocasión, don Antonio Rocha se quejó conmigo en una de las pocas veces que cubrí la fuente de gobierno por descanso o enfermedad del titular, Sergio Federico López, originario de Charcas y ya cuarentón. Don Antonio me había confesado en una primera entrevista que el exgobernador Manuel López Dávila le dejó endeudado al estado:

—Me dejaron una deuda de veintiséis millones de pesos, me dijo.

Ahora se quejaba de que no podía entrevistarse con secretarios de estado para hacer gestiones a favor de San Luis porque “los traen para arriba y para abajo”.

Y es que el presidente se hacía acompañar de varios secretarios de estado a donde quiera que iba en el desempeño de sus funciones como jefe de la nación.

En otra ocasión me aventó sobre el escritorio —con un gesto despectivo— el folleto de un discurso impreso de don Jesús Reyes Heróles, que levantó ámpula entre los políticos. Uno de los factores negativos de la política potosina es que los gobernadores inician sus funciones a la mitad del sexenio federal, lo que se traduce en que durante tres años se contaba con el apoyo del presidente de la república y sus secretarios. Los otros tres hay desatención y hasta desprecio hacia el gobernador heredado. Por lo demás, la cosa pública marchaba con normalidad.

Radio Noticias

El locutor Leopoldo Morales Castillo se entrevistó en la Ciudad de México con Fausto Zapata, subsecretario de la Presidencia, y le propuso crear un noticiario en la difusora donde él prestaba sus servicios, la XEPO. Fausto aprobó el proyecto y en mi siguiente encuentro con él me informó del asunto y me dio instrucciones para que me entrevistara con una dependencia que patrocinaría el programa y con la que él ya había establecido la necesaria relación. Fue así como nació *Radio Noticias*.

Solo faltaba hablar con el gerente de la radiodifusora en San Luis, y lo hicimos. El responsable sugirió que usáramos como rúbrica musical, que sería la misma de la entrada, el conocido tema de *La Tocata y Fuga* de Bach, pero al cabo de varias propuestas yo impuse un tema musical de Carlos Santana.

Por conducto de Fausto nos llegó un aparato de Radio Divatel, que era en esa época lo más avanzado en radiocomunicación, con la ventaja de que éste imprimía las noticias y sólo era necesario montar el rollo de papel.

Leopoldo era terco y de inmediato insistió en que nos entrevistáramos con el obispo diocesano para pedirle que bendijera el local, que ya habíamos rentado en Independencia 710. Yo desaprobaba la idea pero Polo insistió, de modo que fuimos a solicitar la audiencia pero el obispo nos la negó en dos ocasiones, por lo que salimos al aire sin la bendición de Dios.

Seguía las instrucciones de Fausto y yo le entregaba a Polo la mitad del presupuesto, con lo que él debía pagar la renta, el teléfono, la luz y a algunos reporteros. El resto sería su sueldo. Polo contrató los servicios de Celia Ramírez, pero aunque ella realizaba el trabajo pidió que el sueldo se le entregara a un sobrino suyo. Le asignó 300 pesos mensuales. Yo no intervenía ni siquiera en la redacción o la selección del material, pero en una ocasión escuché que en el noticiero Polo se quejaba de intervencionismo e imposiciones, lo que era totalmente falso. Sin embargo, nunca reconvine al mentiroso.

Al cabo de tres años Julio Hernández López fue a buscarme al periódico *El Sol* y me dijo que acababa de enterarse de que yo era el principal responsable del programa. Se quejó de que hacía meses que trabajaba como reportero y Polo le pagaba veinte pesos por semana con la promesa de que “van a venir tiempos mejores”. El caso es que en tres semanas Julio se graduaba en la Escuela de Leyes y no tenía un traje formal para la ceremonia. Sin hacer comentarios, de mi peculio le entregué una cantidad y nos despedimos dándome él las gracias.

Se acercaba el término del sexenio y el patrocinador empezó a retrasar los pagos, por lo que Leopoldo me reclamaba a mí y yo me limitaba a decirle que no había salido el cheque que yo recogía mensualmente en la Ciudad de México. Los retrasos eran cada vez más frecuentes y en una ocasión acudió a mi casa en horas de la noche a reclamar su dinero. Volví a explicarle lo del retraso y él, jadeando de coraje, aseguró que yo estaba haciendo mal uso de los dineros y me advirtió:

—Yo no voy a ser negocio tuyo.

La discusión tuvo lugar en la puerta de la calle porque no lo invité a entrar. Se marchó una vez que se hubo desahogado y que yo repetí mis explicaciones. En México jamás hice referencia de los incidentes locales, pero llegó un día en que Polo fue allá y me puso por los suelos. En

la siguiente entrevista Fausto me regañó feo, pero yo no pronuncié una palabra en mi defensa, como no lo hice tampoco cuando a consecuencia de las notas de mis compañeros fui víctima de acusaciones y reclamaciones infundadas y hasta de agresiones físicas. Es más, ni siquiera lo comenté con los autores. Cuando Roberto Durán envió una nota al periódico *Novedades* denunciando uno de esos incidentes fue porque la agresión se produjo en la calle y muchas personas fueron testigos. Alguno de ellos se lo contó.

Como Polo insistió en sus acusaciones y hubo un señalamiento concreto, armé un expediente con hojas de máquina en las que pegué copias de los cheques que mostraban las fechas de expedición y de cobro y de la entrega a Polo con las pólizas del banco, acompañadas de una descripción en detalle de cada movimiento. *El informe* no dejaba lugar a dudas sobre la transparencia y manejo puntual y honesto de los recursos, pero Fausto no comentó nada. Terminó el sexenio y al mismo tiempo llegó a su fin por inanición Radio Noticias. No volví a ver a Polo durante años. De por sí, el trato personal mientras duró el noticiero fue apenas el necesario y sus fantasmas se esfumaron solos.

El padre Castillo

—¿El señor Gregorio Marín?

Un hombre ordinario, moreno y con ropa informal, con apariencia entre burócrata y obrero, apareció frente a mi escritorio donde yo aporreaba mi máquina de escribir al mismo tiempo que lo hacían una docena de compañeros en la redacción de *El Sol*. Era la hora en que todos escribíamos las noticias del día después de recorrer las fuentes y entrevistar a los titulares. Yo levanté brevemente la vista y continué golpeteando las teclas al mismo tiempo que dije:

—A sus órdenes.

—Soy el padre José Luis Castillo.

—Sí, respondí sin dejar de escribir.

—Vengo de parte de don Hermilo Araujo.

Hermilo era uno de mis mejores amigos. Hacíamos juntos la revista *Trenes y Alambres*, órgano oficial de los cooperativistas de esa rama del ferrocarril y fue mi “ponchador” en la corresponsalía de Amex, por lo que suspendí bruscamente mi trabajo y busqué apresuradamente una silla para ofrecérsela al recién llegado y le pregunté solícito:

—Qué se le ofrece, padre.

—Tengo una escuela secundaria en el municipio de Mexquitic y me la quieren quitar para abrir en su lugar una Telesecundaria.

Consulté mi reloj y le dije:

—Mire, Padre, ya dieron las tres, ya no podemos hacer nada. Venga-se mañana, por favor.

Nos despedimos apresuradamente y yo continué haciendo mi trabajo de prisa. Acostumbraba concentrarme en mi tarea y era el primero en abandonar la redacción, una vez que entregaba mis notas sin tachaduras ni borronaduras, como hacían la mayoría de mis compañeros. En una ocasión el jefe del taller me comentó que los linotipistas se peleaban mis originales porque no tenían que batallar, como les sucedía con las cuartillas borroneadas.

Al siguiente día llegó el padre Castillo a las diez de la mañana. Yo me había olvidado de él y del encuentro del día anterior, que duró cuatro minutos, pero tomé el teléfono y llamé a la Dirección de Educación del Estado, donde una secretaria me informó que el director acababa de salir rumbo a las oficinas de la delegación, cuyo titular era el representante de la Secretaría de Educación Pública.

—Acompañeme padre, le pedí al sacerdote sin decir más. Las oficinas de la delegación estaban a tres cuadras del periódico y caminamos de prisa, de modo que llegamos antes que el director, quien llegó a los pocos minutos y se sorprendió al verme. Sin saludar exclamó:

—¡Señor Marín! ¿Qué lo trae por aquí?

—Vengo a buscarlo.

—¿Y para qué soy bueno?

—El padre Castillo es mi amigo de toda la vida —mentí— y le quieren quitar su secundaria para poner en su lugar una telesecundaria. El profesor volteó a mirar al sacerdote y le preguntó:

—¿Ya recibió el oficio, padre?

—No, pero sé que ya está firmado.

—¡Déjelo sin efecto, padre! Siga con su escuela y no se preocupe por nada. El sacerdote le dio las gracias encarecidamente mientras que yo me limité a decir, al mismo tiempo que estrechaba la mano del funcionario en señal de despedida:

—¡Muchas gracias!

Bajábamos las escaleras del edificio cuando el padre Castillo, caminando junto a mí, me dijo:

—Me habían dicho que usted es Supermán... ¡Pero es más que eso!

No contesté nada, pero ya en la banqueta le tendí la mano en señal de despedida pensando en que no volvería a verlo. ¡Tremenda equivocación!

Un mimeógrafo para empezar

En agradecimiento por haber salvado su escuela, el padre Castillo me invitó a comer y le pedí que fuera por mí al periódico cuando yo terminara de hacer mis notas y así lo hizo.

Dos días después ya éramos amigos y me pidió que le consiguiera un mimeógrafo que necesitaba en su escuela. Fuimos juntos a pedirle el aparato al delegado de la Secretaría de Educación Pública, licenciado José Luis Cervantes, quien amablemente nos hizo el favor de ordenar que le entregaran el mimeógrafo al sacerdote.

Otra vez fuimos a comer y me pidió que le gestionara la autorización de la universidad para abrir junto a su escuela una preparatoria. Nos en-

trevistamos con el rector Guillermo Delgado Robles, quien es un buen católico, y ante los ruegos del sacerdote le ofreció presentar la solicitud al Consejo Directivo en su próxima reunión. El padre le preguntaba con insistencia:

—¿Entonces, ya puedo inscribir?

—Espéreme padre, tengo qué obtener la aprobación del Consejo.

—¿Pero ya puedo inscribir?

Tanto insistió el solicitante que el rector le dio la autorización de palabra diciendo:

—Está bien, padre, nada más porque trae usted muy buen padrino. Y el sacerdote se fue feliz a inscribir a los primeros alumnos de su preparatoria. Pero a los pocos días descubrió que es indispensable contar con laboratorios en ese nivel de la educación y allá vamos otra vez, a pedir los laboratorios al rector, quien le ordenó a Juan Manuel Martín del Campo entregar los equipos solicitados.

Días después el padre Castillo dijo que necesitaba un servicio telefónico y fuimos a ver al gerente de teléfonos, quien nos informó que no había una línea disponible en aquel sector del poniente de la ciudad. Yo le pedí al gerente que preguntara a sus operadores, para ver si acaso pudiera conseguirse una línea. El funcionario hizo un par de llamadas y nos informó que por mera casualidad había una línea disponible y escribió el número en un pedacito de papel. En ese momento el padre dijo que necesitaba dos números, y viendo que yo aprobaba la petición con mi mirada, el gerente obsequió los deseos del sacerdote, quien nunca me mostró el papelito con los números.

En varias ocasiones yo era el chofer del padre y lo transportaba a donde me indicaba sin poner objeciones. En una ocasión me invitó a celebrar

el cumpleaños de otro sacerdote amigo suyo y nos reunimos una docena de personas en la sacristía del templo a brindar y comer. Este tipo de celebraciones se repitió en la capital y en algunas cabeceras municipales. Una vez yo estaba en la reunión y algo me hizo permanecer por unos segundos agachado, con la cabeza casi debajo de la mesa, cuando escuché el ruido de un chorro de líquido en un gran vaso de veladora vacío. Levanté la cabeza y vi que un recién llegado se servía licor desde cuarenta centímetros por encima del recipiente como hace un buen cantinero. Al reconocer al sacerdote, quien era párroco en un templo de otro municipio le pregunté asombrado:

—¿Quién se quedó en el templo?

—El Espíritu Santo, contestó suspendiendo por un instante la operación y la reanudó a continuación.

Le confían el programa Desmi

Una de las razones por las que yo apoyaba el trabajo del padre Castillo es que él se preocupaba de verdad por los pobres. Extendía su labor en toda la jurisdicción de su parroquia, como lo hizo en la fracción de El Saucito, a donde lo asignaron recién nos conocimos. Luego lo cambiaron a la parroquia de Mexquitic, y también allá se conectó en pocas semanas con toda su feligresía. Amplió el número de catequistas y mayordomos y construyó iglesias donde no las había o restauró y amplió las existentes. Preparó a las jóvenes más inteligentes y seleccionó a cuatro de ellas para enviarlas a Roma, a servir en El Vaticano. Él mismo organizó viajes con determinado número de feligreses para que la línea aérea le obsequiara a él un boleto como comisionista. Era en realidad un buen sacerdote, aunque hiperactivo y un tanto abusivo.

En una ocasión me pidió que lo acompañara a entrevistarse con el delegado del Registro Federal de Automóviles, con el propósito de que le regularizara la estancia en el país de una camioneta de las llamadas

“chocolate”, así les decían para disfrazar la palabra “chueca”, pero cuando estuvimos frente al funcionario, amigo mío, a quien yo le explicaba el objetivo de la visita y le dije que se trataba de regularizar una camioneta, el padre Castillo me corrigió:

—¡Cuatro!

Nos fuimos a comer los tres y el funcionario le regularizó las cuatro unidades. Un día me enteré de que un sector de la iglesia católica de Estados Unidos le confió al Padre Castillo el programa Desmi, iniciales de Desarrollo Social para Marginados Indígenas, que consistía en enviarle despensas para que las distribuyera entre personas carentes de comida.

En torno al buen sacerdote habíamos formado un grupo en el que participaban reporteros y fotógrafos. Las damas difundían gustosas la labor del padre Castillo y con frecuencia nos reuníamos todos a comer invitados por él. Éramos un grupo de más de veinte periodistas que a veces nos trasladábamos a la Parroquia de Mexquitic en animada convivencia. Gustábamos de tomar un par de tragos de mezcal como aperitivo.

El padre empezó a desligarse y muchos pensamos que el trabajo y el programa Desmi lo tenían ocupado. Lo perdimos de vista durante meses y cuando los demás me preguntaban por el amigo, yo les respondía que estaba bien.

—¿Lo ha visto?

—No.

—Entonces ¿cómo sabe que está bien?

—Porque cuando algo se le atora me busca. Y no me ha buscado.

Debido a que en San Luis todo se sabe, en varias ocasiones algunos amigos en común me habían platicado que eran testigos de que el padre o alguno de sus hermanos depositaban fuertes cantidades de dinero en el banco. En una ocasión tuve la oportunidad de llamarle la atención y al final le recordé que “la codicia rompe el saco”. No respondió.

Un día el padre me buscó para pedirme que le ayudara porque el programa Desmi le estaba enviando furgones de maíz y frijol y él estaba vendiendo los envíos, pero un comprador le pagó la mercancía con un cheque sin fondos y requería de mis servicios. Lo regañé porque la operación se había efectuado más de dos meses atrás y hasta entonces iba a denunciar en la Procuraduría de Justicia el presunto fraude. Ante la autoridad el padre me presentó como asesor del programa, pero por la negligencia que es característica de muchos mexicanos, ni siquiera pudo acreditar la representación legal del programa y el maíz y el comprador se perdieron. Luego resultó que la maniobra fraudulenta se repitió con otro cargamento y en otro lugar. El padre Castillo volvió a perderse de vista.

Yo era empleado en el organismo operador del agua potable cuando se apareció sorpresivamente en mi cubículo el padre Castillo y yo le pregunté sorprendido:

—¡Achis! ¿Es de esta vida o de la otra?

—Vengo a invitarlo a comer, explicó.

—No puedo. Falta una hora para mi salida.

Alguien le informó a mi jefe que el padre Castillo estaba allí y vino a saludarlo. Como alcanzó a escuchar mi negativa me dijo amablemente:

—No, don Gregorio, vaya usted con el padre y no se fije en la hora. Vaya con toda confianza.

Cuando salí vi otra camioneta pick up detrás de la del padre pero no comenté nada. Llegamos a un restaurante de mariscos donde solíamos comer tiempo atrás y nos sentamos al mismo tiempo el padre, yo y sus cuatro hermanos, lo que aproveché para mirar a cada uno a los ojos y decirles:

—Cabrones, nomás se hicieron ricos y se olvidaron de mí.

Francisco, el más joven, estaba sentado a mi derecha y bajó la cabeza para decir casi entre dientes:

—Dos años.

El padre platicó entonces que a consecuencia del anatocismo, el desbarajuste en las finanzas nacionales y en los bancos —y debido a que ellos tenían vigente un préstamo de más de cinco millones de pesos en una Caja Popular— el crédito a cargo del grupo familiar se convirtió de un día para otro en casi once millones de pesos, cantidad que les era imposible cubrir.

Hice lo único que podía hacer: recomendarles la reestructuración del crédito en las mejores condiciones posibles, considerando que uno de ellos era ejecutivo de la caja. Ellos iban muy preocupados cuando nos despedimos.

Dos o tres días después me llamó por teléfono José Ángel Martínez Limón, director de *El Sol de San Luis* y amigo del padre Castillo. Era alrededor de las diez de la noche y me dijo, en tono de preocupación:

—Oye, Goyo, ¿qué hago? Aquí tengo más de cien personas que acusan al padre de fraude.

—Yo nunca te voy a pedir que no publiques una nota; pero te ruego que la minimices en lo posible.

El caballeroso director, quien muchas veces se había reunido con nosotros y formaba parte del grupo de amigos, me hizo el favor de publicar la nota con una cabeza profesional y en tamaño de una columna. Pero el padre fue aprehendido y recluido en prisión acusado de fraude. Estuvo allí pocos años y cuando salió en libertad la Iglesia lo mandó como auxiliar a una parroquia de Estados Unidos, en donde falleció de un infarto y yo asistí a su misa de *requiem* en un templo de esta ciudad.



José Luis Castillo y Gregorio Marín.

Arte y cultura en una tarde inolvidable

Comenzó como si estuviera haciendo escoleta. Hacía escoleta. Andaba en los tempranos veintes, delgado, alto y moreno. Cuando llegamos Eloy Machado y yo, la chica que acompañaba al músico vino a sentarse a nuestra mesa, donde ya estaba una amiga del poeta. Luego se nos unieron el exembajador de Cuba en Marruecos y, casi simultáneamente, se sumó al grupo Gregorio Ortega, quien había sido embajador en Francia. Nos sirvieron ron con agua mineral y hielo. Me informaron que la chica que acompañaba al músico había sido directora de la Biblioteca Central y al formalizarse la charla ella platicó sobre sus experiencias, sus estudios y su amor al conocimiento, todo lo que fuera “saber más”.

Estábamos en la sede de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba, ubicada en la esquina de las calles 17 y M, en el Vedado, hasta donde yo había llegado la tarde anterior en busca de Wilebaldo González, presidente de la rama de escritores. Ya era tarde y estaba apunto de oscurecer y al único que encontré fue a Eloy quien me aconsejó que regresara al día siguiente, que es hoy, después de las cuatro, tal como lo hice. Al llegar ya me esperaba el poeta. Nos situamos en una mesa del rincón suroeste del jardín, junto a la verja que da a la calle 17.

Era mediados de marzo, en una tarde tibia y sosegada. Había poca gente al principio. Eloy vestía una playera muy gastada y un pantalón de mezclilla con pechera y tirantes. Llevaba una cachucha de beisbolista, negra, con una gran equis en la visera café. Como la mayoría de los poetas, Eloy era descuidado en su forma de vestir. Como muy pronto nos hicimos amigos, desde unos días antes yo lo embromaba dicién-

dole que se parecía al Tío Tom, de la famosa novela titulada *La cabaña del tío Tom*; su amiga estaba de acuerdo conmigo y aprovechaba mis burlas para recordarle sus recomendaciones —en el sentido de que mejorara su presentación—; mientras yo reía divertido con mis ocurrencias, ella lo reconvenía y me contaba a mí que se pasaba la vida regañándolo por su mala facha:

—Siempre le digo que no debiera vestir así pero no me hace caso, me explicaba, luego, dirigiéndose a él con el tono de una madre amorosa, le advertía:

—A ver si ahora sí me haces caso con lo que te dice tu amigo y te vistes como la gente.

La mujer hablaba en serio y Eloy se quitaba la cachucha con un gesto de impaciencia dejando ver su media calva reluciente. A ella le decía:

—Está bien; ya te voy a hacer aso. Luego me miraba a mí fingiendo enojo:

—¡Eres un jodón. Eso es lo que tú eres, un jodón!

Yo me reía descaradamente burlón y divertido dándole un sorbo a mi bebida. Como todo era en voz alta, teníamos una guasanga.

En mi opinión, Eloy Machado Pérez es un poeta excelente. Le pedí que me diera copia de algunos de sus poemas, que me gustaron de verdad. A cambio, le obsequié uno de los tres ejemplares de mi libro *Tiempo de hablar*, que llevé a Cuba. El primero lo dejé en la Casa de las Américas y el otro se lo regalé a Alfonso Quiñones Machado, director de Promoción, Eventos y Relaciones Públicas de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (Uneac), equivalente al Instituto de Bellas Artes de México. La compañera de Eloy fue por los poemas, que seguramente estaban guardados en una de las gavetas de la oficina, y regresó con las manos vacías diciendo:

—No hay papel.

Hacía ya buen rato que en Cuba había escasez de papel a causa del embargo impuesto por el gobierno de Estados Unidos. Yo me atreví a hacer una observación hablando de escasez, pero la amiga de Eloy me aclaró:

—No, no es que el papel esté escaso, simplemente no hay.

Pero Eloy Machado no es hombre que se arredra ante la adversidad. Escogió unos poemas de entre el legajo que le llevó su compañera y copió al reverso, de su puño y letra, los que yo le señalé.

Pocos minutos antes el novio de la bibliotecaria, una joven morena, bonita y muy delgada, había acercado una silla junto a Eloy, y ambos platicaban en voz baja.

El poeta terminó su primera copia y me la obsequió después de escribir su nombre y, debajo, su pseudónimo: El Ambia, en yoruba, un idioma africano; y al calce, su firma secreta y un garabato mágico protector.

El crepúsculo nos regalaba el indescriptible espectáculo antillano de las nubes violáceas con su corona de oro. Empezaba a oscurecer. El muchacho moreno y delgado que había estado haciendo escoleta casi desde nuestra llegada, siempre de pie, comenzó a tocar muy quedito mientras avanzaba la tertulia. En su mesa se sentó un viejo de cabeza blanca y daba sorbos a su bebida con verdadero deleite. De repente, el joven flautista comenzó a tomar vuelo imprimiendo mucha vivacidad a su instrumento. Ejecutó el danzón Nereidas en un solo de flauta con increíble virtuosismo, de modo que desde la primera nota todos volvimos el rostro a mirarlo con gran atención, y al poco rato escuchábamos con verdadero arrobamiento. Estaba a dos mesas de distancia y el viejo, sin moverse de su asiento, ponía también toda su atención, como lo hiciera un sinodal con el estudiante. De repente, cuando el flautista llegó al momento en el que el danzón registra un bello contrapunto, el viejo

tomó los vasos de ambos y chocándolos en el aire ejecutó esa parte relevante de la composición. Todos los asistentes los premiamos con un espontáneo y caluroso aplauso.

El artista continuó interpretando la melodía con la misma seriedad con la que había comenzado. Al terminar volvimos a aplaudirle y él agradeció con sencillas inclinaciones de cabeza. Eloy Machado había escrito de su puño y letra dos poemas que obsequió a su amigo mexicano:

Papá Dios

*¿Te acuerdas de Papá Dios,
Jacinta,
Cuando no nos dejaba
Comer un grano?*

*No te asustes,
tiempo,
que se me encendió
el bombillo
de la hora luz.*

*No te asustes,
tiempo.*

Había caído la noche. Hermosa noche caribeña, tibia y sosegada.

En la puerta del local el poeta y yo nos despedimos de diplomáticos, artistas y escritores. La bibliotecaria, ya sin el novio, nos acompañó a tomar una cerveza Hatuey en el Habana Libre. Eloy se resistía a entrar. Le apenaban su modesto atuendo: pantalón de mezclilla, de pechera y sus huaraches del tío Tom.

Irina Pino y yo en La Habana

Nos vimos a cierta distancia entre varias docenas de invitados, con las copas de ron blanco en la mano. Ya habían terminado los discursos y se trataba de una exposición de pinturas en la Casa de las Américas, en La Habana, Cuba. Noté algo en su mirada y un leve gesto como si hubiese brindado conmigo a la distancia. Caminé directo hacia ella evadiendo a los asistentes que platicaban y brindaban entre sí.

—A que no dice “¡salud!”, la reté levantando mi copa.

—Sí, pero en inglés, aceptó el reto.

—*Cheers!*, dije yo chocando las copas.

—*Cheers!*, correspondió con educación, y dimos un sorbo a nuestras bebidas.

Ella se quedó mirándome, sin hablar. Yo también la miré y vi que era joven, bonita, blanca y con el uniforme de empleada de la Casa de las Américas. La cabellera de un castaño rojizo y el semblante animado.

—Cometimos un error, dije yo chocando mi copa, en inglés no se dice *cheers*, sino *cheer up*. Y brindamos otra vez. Ella seguía sin platicar, por lo que yo intervine de nuevo:

—Otra vez la regamos —le dije—, porque lo correcto en inglés es decir: *to your health*, y volvimos a beber de nuestras copas de ron blanco.

Ella me explicó entonces que estudiaba inglés y deseaba practicar el idioma. No sé cómo pensó que podía hacerlo conmigo, porque yo tengo más tipo de cualquier otra raza que de norteamericano blanco. Soy moreno bajito, ojos negros, bigote recortado y llevaba ropa informal, aunque con apariencia de menos de 40 años.

La sentí relajada y yo también me sentía bien frente a una muchacha con poca experiencia de mundo y deseos de autosuperación. Yo estaba en esa exposición de pinturas porque me condujo hasta allí mi amigo el poeta cubano Eloy Machado. Era mi segunda visita a Cuba y el día anterior habíamos pasado la tarde en la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, en amena charla con el director de la institución, Alfonso Quiñones, el exembajador de Cuba en Argelia, Gregorio Ortega, otro diplomático, unos músicos entre los que se encontraba un joven flautista que interpretó, él sólo, el danzón *Nereidas* con verdadero virtuosismo. Un viejo se sentó en la mesa del ejecutante y chocando dos vasos daba el contrapunto del danzón al virtuoso. Todos lo premiamos con un caluroso aplauso que el muchacho agradeció con gran modestia. A Quiñones Machado le obsequié un ejemplar de mi libro *Tiempo de Hablar* e hicimos compromiso para vernos al siguiente día en la mañana en su oficina, a donde llegué puntual, a las nueve. Quiñones me dio un efusivo abrazo y exclamó:

—¡Coño, es impactante, tú sabes más de Cuba que yo!

En mi libro yo describo las raíces históricas de la isla, la llegada de Cristóbal Colón, los aborígenes caribes y el ejemplo de dignidad y respeto a su raza con el rechazo del cacique Hatuey a los abusos de los colonizadores. La sorpresa de Quiñones puso al descubierto una de las aberraciones de la Revolución Cubana. Nada de eso se menciona en los libros de enseñanza primaria que se usaban en las escuelas, porque para esas generaciones la historia comenzaba con Fidel Castro.

Casa de las Américas

La bella cubanita se identificó como estudiante de literatura. Dijo que escribía poesía y que deseaba perfeccionarse en esa rama del arte pero no preguntó nada acerca de mí. Por eso, y porque ella repuso las copas, seguimos brindando con mejor ánimo y risas más frecuentes y abiertas, me sentí dueño de la situación. En medio de la plática le propuse brindar en sueco:

—*Skool*, dije, y ella repitió y bebió. Luego en alemán: —*Prost*.

—Y en francés, presumí yo:

—*A la votre santé*, ella reía divertida y sorprendida de mi condición de políglota. Yo me aprovechaba de su inocencia y su progresiva embriaguez.

Continuamos con los brindis y la plática sobre temas diversos mientras los demás invitados, entre quienes estaba la embajadora de México en Cuba, Beatriz Paredes Rangel, se iban despidiendo y nosotros —ya ebrios y felices— nos apartábamos cada vez más de ese pequeño mundo. De repente le hice ver a Irina que no habíamos hecho el brindis más mexicano, auténtico y talentoso del mundo.

—¿Cuál es? —preguntó.

—Salusita de la buena, y volvimos a brindar chocando las copas como si fueran “tornillos” de pulque, divertidos y felices como si nos halláramos en una pulquería mexicana, tema del que ella no tenía la menor idea.

Ya oscurecía y quedamos de vernos más noche en el Hotel Nacional, donde yo me hospedaba con directivos del Canal 9 de la televisión educativa potosina.

Pasada la hora convenida, y enterado de ciertas restricciones, estuve pendiente de su llegada a las puertas del hotel, donde pregunté a uno de los guardias si no había inconveniente en que invitara a la chica a cenar conmigo. El oficial, sin uniforme, me informó con mucha cortesía:

—Usted tiene un pasaporte que la protege a ella a donde quiera que vaya. No se preocupe y disfrute su estancia en Cuba.

Ella llegó tarde y cuando le hice ver la demora explicó:

—¡Mi cabrón padre! Explicó que cuando su padre vio que se arreglaba para salir le ordenó que lavara los trastes e hiciera otros quehaceres pendientes.

Cenamos juntos sin cuidarnos de la presencia de los otros huéspedes, y luego de unos minutos de charla y sobremesa, que sirvió para que estableciéramos una forma de amistad basada nada más en un sentimiento de mutua simpatía, nos bajamos al bar. Ni ella ni yo abordamos temas relacionados con nuestra vida personal. Ya a solas, ella me observó con una mirada escrutadora y preguntó:

—¿Cuántos años tienes... veintisiete?, —continuaba tratando de leer mi edad en el rostro— No, veintiocho, soltó su veredicto. Yo me limitaba a sonreír sin dejar de mirarla, divertido y enamorado.

Vivimos una noche inolvidable brindando una y otra vez sin percartarnos de que afuera se ensañaba con la isla uno de los ciclones más destructores de la temporada. Bailamos y cantamos bebiendo cerveza Hatuey y pasada la media noche éramos la única pareja en el bar del hotel. Platicábamos y reíamos verdaderamente felices y en determinado momento yo le canté a media voz *Desesperanza* de Gonzalo Curiel. Varias veces hicimos el intento de salir, pero estábamos en el ojo del huracán y el viento empujaba con tremenda fuerza la puerta en contra de nosotros, hasta que, aprovechando un hueco entre las

rachas del meteoro logramos salir y abordar uno de los taxis del establecimiento y fui a dejarla a su casa en la madrugada. Era mi último día en La Habana.

Bien entrada la mañana, y rumbo al aeropuerto, me percaté de los graves daños materiales que provocó el ciclón a su paso por la isla. Había bulldozers y otras piezas de maquinaria pesada recostados sobre sus costados, árboles arrancados de raíz y casas muy destruidas. Irina me informó después que los daños ascendieron a mil millones de dólares y que se perdió material valioso de la Biblioteca, lo que me produjo profunda tristeza. En la misma carta envió unas poesías, incluyendo una dedicada a mí y titulada *Mago*. La llamé por teléfono agradeciéndole sus atenciones y la velada inolvidable. Ella me dijo, con el dulce dejo de cubana enamorada y la nostalgia del recuerdo todavía fresco:

—Eres un artista, y yo, sorprendido respondí —¿Por qué?

—Por cómo miras, por cómo hablas, por cómo cantas.

—¿Y lo de mago?

—Porque con la magia de tu compañía me curé del estrés y vuelvo a ver la vida con nuevo optimismo.

Por mi parte, mil millones de gracias, Irina, a ti y a Cuba.

La poesía de Irina y de Eloy Machado

Para Gregorio, de una amiga cubana

Eso

Para mi amigo Greg en nuestra impaciente espera.

*La oscuridad abre sus
pequeñas brechas.
El miedo
no es perder
la cabeza o quizá
—quedar sin cabeza—.
Es sólo miedo sano,
sin herradura;
como un astronauta,
sin miedo
a los paisajes lunares.
Escondernos
de todos los ojos,
pero sobre todo,
de esos dioses terribles
que el cuerpo clarea
en todas las horas
en cada diente
que reluce y desacredita.
Temer nos hace y nos libra
para guardar las hambres
con doble cerradura.*

*Irina P. Rodríguez
30 de junio 1993*

Mago
*Epigramas, cadáveres marinos,
máscaras de polvo,
columnas fragmentadas por la lluvia
donde el viento riza las hojas
de manchas azules.
Dulce germen consentido*

*para viajar entre jardines de musgo;
la desnudez abierta por su costado
angra, erige su templo, camina sobre sus palabras
con los ojos grandes de mi boca.*

Viaje

*Con las manos apresando tu cintura,
sobrevolamos esta ciudad oscurecida.
En este viaje desconocido,
las poses del sueño se robustecen.
Agrandando los labios
ruedas silenciosas pisan millares
de flechas extendidas.
Las calles olvidan sus nombres.*

Eso II

*Las palabras cruzan la cuerda.
Salen sin ser vistas
de su inmensa casa de nácar
yo sólo he tenido otros males; luminosas cegueras
en todas las cárceles del año.
Anduve gritando y no me oyeron.
Los borrachos terminales
pisotearon las ruinas
de esta mansa ciudad.
El pez ya no fue succulento.
Ha muerto con sus acentos
en su lecho de porcelana
Ahora, sus escamas son agujas de oro.*

*Irina P. Rodríguez
13 de agosto 1993*

Perder

*Espejo de brasas humeantes.
Estadio de las islas
de mi pecho,
ancho plumaje que retira
el polvo de estrellas muertas.
¿Cómo encomendar a este Dios?
Tengo encajes de silencio
para este cuerpo sin memoria,
con gotas de éter
extendidas en la sien.
Se pasea un pájaro sobre mi cama.*

*Irina P. Rodríguez
13 de agosto 1993*

Del otro lado

*Para Gregorio:
(Éste fue un encuentro muy fugaz; pero sé que algo va a nacer,
12/31/93)*

*¿Por qué la hoja va a dormirse
sobre tu cuerpo?
O es que las alas nocturnas
no tienen estertores
para tus palabras
¿Acaso estás indefinido como la bruma
de este Londres que nos retuvo
a empinar flores amarillas y papeles de luz?
Mientras tuvimos esta enfermedad incurable
nos olvidamos de las horas del mal
pasábamos por su costado sin mirarle y*

*su pupila nos estorbaba.
Antes de morirnos de vitrales y peces-luna
exploramos cada oración que se descubre
en mitad de los relojes.
Perdimos el nombre y las estrellas fugaces
para cruzarnos de sombras
y hacer la fiesta de los ciegos.*

*Irina.
Abril 1993*

A galán galán
*Aguántate, chupe condo
pá que no salgas
en el volcán de los buchiplumas
ni mueras como Rachel
en la bañera.
La Revolución es a pura maraca
y abierto bongó
y si los yanquis de la Pentágona
se menean
y quieren usurpar esta felicidad,
nosotros, los revolucionarios acherembocos
los vamos a llevar A galán galán
y a patá por saina.*

*Eloy Machado
(El Ambia)*

Evita ire obini
*Evita, por favor
no se lo digas a nadie
ese día yo estaba iré obini, hermana
y oí las flores*

*en susurros hablando
de usted.
Decían que por primera vez
la invitaron, por no ser usted,
no se ha podido evitar
que la canción
de los pobres, sea usted,
la esperanza iluminada,
la mano franca
que estiró el pan de amor,
sin guardar la sonrisa.
Lucero a pie de obra
cantora de sueños,
afortunada de obatalá
por orúmila,
maravilla con el compás
del tango de verdades,
belleza de cielo y mar.
Qué diría Jorge Luis Borges
al tener la razón
a boca de jarro
en su balcón de versos.
Como una flor de esmeralda
obiné de una beldad personificada
en el aroma inconfundible
de su ser
tangible en su malvina
aplauzo de labios, dijo la luna,
aplauzo de púrpura,
en la cúpula musitó el eco
de su aurora argentina dijo su yo.
Caminan sus masas sudorosas*

*de risas,
en jergas halagüeñas,
alalao, alao.
Evita, es el tango.
alalao, alalao
defendiendo su espíritu celestial,
a boca de palabra.*

*Eloy Machado Pérez
(El Ambia)*

José Martí dijo en una ocasión que “toda la felicidad del mundo cabe en un grano de maíz”. Pero a veces muchas familias carecen de ese precioso grano. Quizá en eso pensaba Eloy Machado cuando escribió, dirigiéndose a su madre, Jacinta:

Papá Dios
*¿Te acuerdas de Papá Dios
Jacinta, cuando no nos dejaba
comer un grano?*

*No te asustes
No te asustes
tiempo,
que se me encendió
el bombillo
de la hora luz.
No te asustes,
tiempo.*

En Cuba hay decenas de poetas que posiblemente se iniciaron en los tiempos del excelso Nicolás Guillén y que continuaron con Florit y Ballagas; luego con Lezama, Piñera, Diego y Samuel Feijó. Ahora fi-

guran, además de Eloy Machado e Irina Pino Rodríguez, César López, Carilda Olivier, Rafaela Chacón, César Vallejo, Ángel Huete, Julio Mateo, Heberto Padilla, Rosario Antuña, José Yáñez, Roberto Fernández Retamar, Víctor Casaús y muchos más. A veces basta un verso para que un poeta trascienda a su generación con gracia y donaire, como este Alejandrino de Casaús en su poema titulado *Bárbara* y que sacude la imaginación más dormida: “Dios bendiga tus pechos donde quiera que andes”.

EE. UU. Libertad y democracia

Memorandum Gregorio Marín Rodríguez

El primer asentamiento de ciudadanos ingleses tuvo lugar en Jamestown, a la orilla del río James, con ciento veinte aventureros que llegaron a bordo de tres barcos que fletó la Virginia Company, de Londres, amparada por un decreto de Jacobo I, autorizando el establecimiento de la primera colonia inglesa en territorio del norte de América. Eso ocurrió el 24 de mayo de 1607.

En los años siguientes llegaron más colonos que no sabían nada de agricultura ni supieron aprovechar los peces del río. De los cinco mil primeros colonos perecieron tantos bajo el pésimo gobierno de la Virginia Company que en pocos años quedaron menos de mil, hasta que en 1619 llegó George Yardley, con nombramiento de gobernador y con instrucciones de formar una asamblea con dos miembros de cada núcleo local de residentes electos por voto mayoritario. Esta asamblea sesionó por primera vez en la iglesia de Jamestown en el verano de 1619 y fue el primer cuerpo legislativo representativo popular, precursor del sistema democrático que todavía prevalece en Estados Unidos.

Ya organizados, los colonos pertenecientes a cuatro religiones diferentes (separatistas, anglicanos, católicos y puritanos), asociados con los indios lugareños aprendieron a cultivar el maíz y aprovechar la riqueza pesquera. John Rolfe se casó con la india Pocahontas y se dedicó a cultivar tabaco, de manera que la zona se convirtió en un próspero emporio comercial enviando sus productos a Inglaterra. De

este modo, Virginia es la primera colonia inglesa en territorio americano que reúne la política, la agroindustria y el comercio exterior en una misma organización.

EE. UU. Nación Independiente

El gran despertar, el laicismo y el Siglo de las Luces produjeron fenómenos sociales, religiosos y políticos sin precedente. Es posible que estos fenómenos hayan influido, en su momento, en la rebelión surgida en Boston cuando los comerciantes se opusieron al pago de los exagerados impuestos que el reino cobraba a los exportadores en beneficio de sus competidores de la isla. “No taxation without representation”, clamaron los insurgentes de Batton Rouge.

La Revolución Industrial nacida en Europa había fortalecido la economía del continente americano. Creció la oposición al centralismo exacerbado del rey Jorge III y las trece colonias de norteamérica decidieron unirse formando una sola nación y darse un gobierno propio. Fue así como el 4 de julio de 1776 declararon la independencia iniciando una guerra que se prolongó durante unos años, pero que finalmente ganaron los americanos, constituyéndose en un ejemplo de amor a la libertad y respeto a la voluntad de los ciudadanos por medio de la democracia. Muchos historiadores coinciden en la idea de que la lucha de los colonos por su independencia inspiró a los promotores de la Revolución Francesa, que enarbolaron los mismos principios y los definieron como libertad, igualdad, fraternidad.

Estados Unidos no es un país perfecto, por supuesto, pues tienen algunas pecas, como la cárcel de Guantánamo y su presunta intervención en los conflictos del Oriente Medio, pero predominan la libertad y la democracia, principios que todo hombre libre debe suscribir y defender. El 4 de Julio, Día de la Independencia, la democracia y la libertad.

Fausto Zapata Loredo

“¡*Pinche* Fausto!” —exclamó Mauro Jiménez Lazcano al subir al autobús de la prensa estacionado a un costado del Teatro de la Paz y con el motor encendido para emprender la marcha—. De hecho, ya se había cerrado la puerta de la unidad porque en las campañas presidenciales todo se hace a gran velocidad, lo mismo caminando que en los vehículos de la comitiva. Escuché la expresión de frustración y enojo de Mauro porque yo estaba parado junto al chofer. El colaborador de Echeverría estaba enojado porque Fausto sí se trepó al autobús del candidato y ya no hubo lugar para él.

Mauro Jiménez Lazcano tenía estrecha cercanía con Luis Echeverría Álvarez desde antes de que Fausto Zapata se adhiriera al grupo, pero fue Fausto el encargado de hacer el pronunciamiento público a favor de la candidatura de Echeverría para la Presidencia de la República frente a las cámaras de la televisión. Lo hizo a nombre del sector campesino que lideraba Augusto Gómez Villanueva como secretario general de la Confederación Nacional Campesina, uno de los tres sectores históricos que formaban la base del Partido Revolucionario Institucional. Los otros eran el Obrero y el Popular.

Luis Echeverría iniciaba una etapa de su campaña en San Luis Potosí bajo la eficiente coordinación de Fausto Zapata, quien asumió el puesto sin pedir permiso a nadie. El joven político acababa de llevar al candidato al edificio donde se editaba *El Sol de San Luis* y le presentó al director Ignacio Rosillo y a los principales funcionarios y colaboradores. Yo me mantuve a distancia y Fausto le presentó al

candidato a “la Chucha” Blanco, Jesús Blanco Ornelas, excronista deportivo de *El Sol* a quien hizo venir desde Tijuana.

Fausto ya me había platicado de su rivalidad con Mauro, quien al revisar en días pasados uno de los discursos que el potosino escribía para el candidato le reclamó:

—Tú no interpretas al licenciado.

Fausto le respondió secamente:

—¡Interpétalo tú!

Trato respetuoso en público

En mis viajes a la capital del país yo visitaba a Fausto, y ya platicué cómo en una ocasión, siendo él jefe de la oficina de Prensa de la CNC me presentó con Augusto Gómez Villanueva y luego nos fuimos a comer a su casa en la calle Tintoreto. Mi amigo había comentado que algunos potosinos le llevaban chismes de por acá, positivos o negativos, como es la costumbre:

—Marín es muy prudente.

La primera vez que nos vimos en el Palacio Nacional, era él subsecretario de la Presidencia con notable injerencia en el manejo de la prensa junto con el oaxaqueño Ignacio Ovalle, éramos una docena quienes esperábamos la llegada de Fausto y cuando hizo su entrada en la antecala se dirigió conmigo antes que con los demás y al ponerme de pie para saludarlo yo dije circunspecto:

—¡Buenos días, licenciado! Con la misma circunspección lo saludaba en otras ocasiones en su oficina, aunque luego comenzara con el consabido “cabrón” cuando comenzábamos a platicar en su privado.

Ahora yo estaba recién incorporado a la Redacción de *El Sol* como resultado de aquel trato que Fausto hizo con don Nacho y que relato en el capítulo titulado “Favor con favor se paga”.

Nadie estaba enterado de mis viajes a la Ciudad de México, que ahora realizaba con la frecuencia que se me indicaba, obedeciendo instrucciones de Fausto, quien me había pedido que le proporcionara información indiscriminada sobre acontecimientos y personas de la localidad. Lo que yo hacía con la puntualidad y objetividad acostumbrada. A veces la plática era en la peluquería o en el automóvil con teléfono que manejaba Farah, su guardaespaldas de confianza y el principal encargado de auxiliar a Carol en el cuidado de los niños llevándolos y recogiénolos de la escuela.

No obstante, yo no podía evitar que algunos informadores espontáneos le comunicaran chismes, ni que en esas pláticas me incluyeran a mí, a veces negativamente. Nadie se fijó en que durante cinco años no puse un pie en ninguna cantina cuidando la posición de Fausto.

—Yo tengo muchos canales de información, me dijo Fausto el día que me regañó porque Leopoldo Morales, encargado del noticiario Radio Noticias, se quejó de que yo lo tenía aherrojado, posiblemente refiriéndose a que no le pagaba con estricta puntualidad la cantidad que le correspondía cada mes por retrasos en la entrega del patrocinador y no por negligencia o descuido mío. Quizá lo que sucedió es que Polo no supo decir las palabras adecuadas y Fausto interpretó el asunto como que yo le censuraba la información o limitaba su trabajo, siendo que a Polo yo nunca le hice ninguna observación sobre sus tareas y casi no lo veía, pues me limitaba a entregarle su sueldo por medio de un cheque, procedimiento que me sirvió de mucho cuando al final del convenio y en respuesta a otra acusación infundada, yo le entregué a Fausto un informe documentado en el que aparecían con toda claridad las fechas

en que yo recibía el dinero y las que le entregaba su parte a Polo, quien jamás entendió que los retrasos de la última etapa eran atribuibles al patrocinador y no al intermediario. Era conflictivo el locutor.

En cambio, él le pagaba veinte pesos por semana a Julio Hernández López como reportero, pidiéndole que tuviera paciencia y argumentando “vienen tiempos mejores”, de lo que el mismo Julio me informó en las postrimerías del contrato, que fue cuando mi inteligente amigo se enteró de que el patrón era yo. De mi bolsillo le di a Julio una modesta cantidad para que se ayudara en los gastos de su graduación, pues me platicó que necesitaba comprarse un traje.

Fue diputado federal

Unos años antes, Fausto fue diputado federal por el IV Distrito Electoral con cabecera en Ciudad del Maíz, posición que le disputó sin éxito Carlos Castillo, un dirigente del sindicato ferrocarrilero que lo acusó de no ser nativo del pueblo al que pretendía representar. Fausto se defendió argumentando que “nadie escoge el lugar en donde nace, pero sí la comunidad de mexicanos a quienes desea servir trabajando juntos procurando para todos el progreso, la libertad y la justicia”.

Fausto nació el 17 de diciembre, pero como su padre nació el día 18, los papás decidieron juntar los cumpleaños en el día que correspondía a don Fausto. El titular de esa diputación, por obra de Antonio Rocha, era Guillermo Fonseca, pero a consecuencia de que Rocha movía a Fonseca de un puesto a otro con el propósito de que cumpliera con los requisitos clásicos para ser gobernador, en un lapso de cinco años fue presidente del PRI, presidente municipal, diputado federal, dirigente nacional de la Confederación Nacional de Organizaciones Populares (CNOP) y senador. Fonseca asumió la presidencia municipal de San Luis Potosí sin solicitar licencia para dejar su lugar en la legislatura federal, donde seguía cobrando sus dietas, por lo que Fausto vino a San

Luis y me pidió que lo acompañara a entrevistarse con el alcalde para pedirle que desocupara la curul, a fin de que él pudiera asumir la titularidad, pues era su suplente.

Como resultado de esa gestión, Guillermo Fonseca solicitó licencia y Fausto pudo ser diputado, con lo que se convirtió en el integrante más joven de una legislatura federal en México, con excepción de Buitrón, que era dos o tres meses menor que el potosino.

También fue embajador

Cuando estaba por decidirse la sucesión de Fonseca como gobernador, Fausto figuraba en la lista de prospectos junto con Gonzalo Martínez Corbalá, Carlos Jiménez Macías y otros.

Platicando con Fausto en Los Pinos le dije:

—Usted ya no le esté pensando y váyase para San Luis.

—No. Me van a mandar al Servicio Exterior.

En esa ocasión me dijo también que Hugo Cervantes del Río iba a ser el sucesor de Echeverría. Los potosinos nunca le han atinado a la sucesión presidencial.

Como todos lo esperaban, la sucesión en San Luis Potosí se resolvió a favor de Guillermo Fonseca.

Tiempo después don Antonio me contó que habló personalmente con Díaz Ordaz y le mencionó dos asuntos que lo perjudicaron y, no obstante, en ningún caso le hizo un reclamo al Presidente. Recuerdo que uno de esos asuntos tenía qué ver con Salim Nasta, pero no me acuerdo cuál era el asunto. El caso es que Rocha utilizó esos dos argumentos en respaldo de su petición al presidente para que Fonseca lo sucediera en el gobierno. Recuerdo también que, años después, don

Antonio le presumió a Miguel Ángel Humara, a quien trataba como a un hijo y le dispensaba su confianza, refiriéndose al fracasado padrino de Jonguitud para imponer a J. Refugio Araujo del Ángel:

—Él no pudo imponer sucesor, y yo sí.

En otra ocasión, cuando Rocha y yo platicamos durante horas en el bar de un hotel en Zacatecas yo tomé media botella de coñac —que minutos antes le obsequiaron los magistrados del Supremo Tribunal de Justicia de aquel estado— y él consumió dos coca colas grandes. Don Antonio solía tomar algunas copas, pero sólo cuando se sentía seguro, aislado y no observado, como cuando lo hacía acompañado de Miguel Ángel Humara, que luego me contaba el episodio. Él era visitador o algo así de la Suprema Corte de Justicia de la Nación (SCJN) y estaba de visita oficial en Zacatecas. En el bar le pregunté por qué no había dejado llegar a Fausto:

—Era muy joven, le hubiera hecho daño. Fue su respuesta engolando la voz, como siempre que hablaba conmigo.

Fausto tenía una confianza excesiva en sí mismo. En uno de mis viajes a la Ciudad de México me mostró en su casa el álbum de la familia que tenía impreso en la portada y con letras grandes: “Soy el mejor”. Él era el personaje central en cada página y me hizo verlas todas. Ante su amplia sonrisa de satisfacción y autocomplacencia le advertí:

—Hay una cosa que no se puede comprar en ningún súper, en ninguna farmacia, en ninguna tlapalería.

—¡Qué!

—La experiencia. Ya no dijo nada.

Fausto y yo nos vimos en un restaurante de San Ángel y ahí me informó que lo mandaban a Roma como embajador. Le pedí:

—Llévame.

—No. Esto puede ser por seis meses o seis años. En estos casos no se sabe.

Cuando nos despedimos me preguntó mi opinión y le respondí:

—Vas a la cabeza del imperio. Si lo haces bien puedes tener futuro en el Servicio Exterior. Se puso pensativo, pero no me contestó. Nos despedimos.

Después lo nombraron embajador en China, y en esa oportunidad sí se llevó a Benjamín Wong, quien había sido director de la Organización Editorial Mexicana por recomendación suya. Fausto sumó más de treinta diplomas y condecoraciones de naciones amigas de México por sus servicios diplomáticos a lo largo de varios años. En una ocasión, leyendo él una revista en la peluquería cerca de la Alameda central en la Ciudad de México, me mostró una página donde aparecía un lujoso auto deportivo y me dijo:

—El embajador de (mencionó un país asiático) me ofreció uno igual a éste a cambio de un favor. Lo rechacé.

El enfriamiento de Fausto

La primera vez que sentí cierto enfriamiento en el trato con Fausto fue cuando él me dijo en la Ciudad de México “Florencio es un *pendejo*”.

—Todo el que trabaja, que se expresa, que actúa, corre el riesgo de cometer errores. Sólo el que no sale de su casa, no mete la pata, le contesté.

En realidad mi respuesta era sin pensar en una persona determinada. Es un argumento de aplicación universal. Hacía años que yo no veía a Florencio ni éramos amigos. Nunca coincidimos en *El Heraldo*, donde

él escribía una columna dominical titulada “Alpiste”, por canario, con chismes de sociedad. Mi primera etapa en *El Heraldo* duró unos cuantos meses y nunca vi a Florencio ahí, ni antes ni después. El sí se fijó en mí pero equivocadamente, porque cuando ya era gobernador me preguntó que si yo era aquel reportero o trabajador de *El Heraldo* que se transportaba en una bicicleta que en lugar de manubrios tenía un volante. Le contesté que no, pero él mantuvo esa imagen en su memoria durante mucho tiempo, porque ya no era gobernador cuando me hizo la misma pregunta.

Cuando salí de *El Sol de San Luis*, después de que Rosillo descató la orden de la dirección general de OEM para que me diera posesión como subdirector y me pagara por lo menos el doble de lo que ganaba entonces, fui a visitar a Fausto en su casa de Cerro Citlaltépetl. Llegué muy temprano y él todavía no estaba listo, por lo que me quedé en el cubículo de los guardaespaldas en espera de que me llamara. En el patio estaba una flamante motocicleta Harley Davidson que, según me informaron los guardias en respuesta a mi pregunta, era una de las últimas adquisiciones del patrón. Vi que a los muchachos les llevaron salchichas y puré de papás, con café, que ellos devoraron mientras platicaban de lo vivido en el gimnasio en las primeras horas de la mañana. Uno de ellos contó que fracasó en su búsqueda de unas polveras para reponer las que le robaron al automóvil de la señora. Ya había visitado infructuosamente muchas refaccionaras.

—¡Róbatelas!, sugirió el de mayor experiencia, eso hicieron con las de la señora.

Fausto me invitó a desayunar. Me despedí de los guaruras y me dirigí al comedor.

—Estoy sin trabajo, le informé a mi amigo una vez solos.

—Ya somos dos, fue la respuesta.

Con toda seguridad ya le habían informado a Fausto de mi renuncia en *El Sol de San Luis* ante el licenciado Rivera, quien era el gerente. También es seguro que se lo dijeron con las mismas palabras que luego me enteré después: “Mandó a la tiznada todo”. La verdad es que yo simplemente entré a la oficina del licenciado Rivera y le dije que dejaba el periódico. No le expliqué las causas, que eran —en primer lugar— que Rosillo no me dio posesión de la subdirección ni el sueldo que le ordenaron y —en segundo lugar— que yo me hice cargo de toda la parte editorial, formaba las primeras planas de San Luis, Zacatecas, Rioverde y Ciudad Valles, y trabajaba hasta que se cerraba la edición cerca de las dos de la madrugada. Además, era el jefe de Información, reporteaba y escribía la columna “Prisma”. Fui un héroe del periodismo. No mencioné nada de esto, simplemente le anuncié que me iba. “Espérate, Marín. Tú eres Ejecutivo. No hagas que el barco haga agua!”, me suplicó angustiada el gerente.

—Mira, yo he salido tres veces del periódico y no se ha caído el cielo. ¡Adiós! Y me largué verdaderamente hastiado de todo.

Ya conocía el truco

Fausto y yo desayunamos hot cakes con miel de abeja y café. Mientras platicábamos recibió una llamada y conversó supuestamente con don Francisco Martínez de la Vega. Cuando colgó, al cabo de tres minutos, me informó:

—Martínez de la Vega.

Yo conocía el truco. Un político interesado en “apantallar” a otra persona, se pone de acuerdo con un cómplice para que le llame a determinada hora fingiendo ser el personaje fulano o zutano. Podía, inclusive, hacerse pasar por el presidente de la República. No le creí a Fausto

cuando me dijo que era el exgobernador y periodista. Al rato volvió a sonar el teléfono y ahora sí le creí que era Carlo Coccioli, con el que la conversación resultó más animada. El escritor le recordó a mi amigo una frase afortunada de José Martí que Fausto no conocía y hasta le pidió que se la repitiera despacio para escribirla: “Toda la felicidad del mundo cabe en un grano de maíz”.

Al terminar el desayuno, y ya para despedirnos, Fausto me preguntó: —¿Qué hago?

—Vuelve a escribir. Es nuestro oficio.

A la siguiente semana Fausto publicó una columna en la primera plana de *Excelsior* titulada “Memorandum”. Duró muy poco porque abordó el tema del petróleo con cifras de exploración, explotación y exportación, que un experto en el tema —como era Heberto Castillo— le refutó contundentemente en otro artículo y en el mismo periódico.

Mi amigo hizo mutis de la escena pública durante años. La última vez tuvo una atinada y audaz intervención en la campaña presidencial de López Portillo, en la etapa que correspondió al estado de San Luis Potosí. Pronunció un discurso en el Teatro de la Paz sosteniendo que “los presidentes de México no tienen derecho a sentir miedo”. Siendo ya presidente electo, López portillo le encomendó a Fausto una misión diplomática muy importante en Washington. Trascendió que el político y diplomático potosino tuvo un éxito extraordinario en el desempeño de esa comisión, pero después no se supo nada más ni se conoció el asunto que le encomendaron. Librado Ricavar García me contó una versión improbable, como casi todas las versiones políticas no oficiales que rozan los dinteles del chisme. Me dijo que a su regreso de Washington, Fausto aterrizó en Cancún y se comunicó con el presidente para invitarlo a que

se reunieran allí, donde le rendiría el informe de su encomienda. López Portillo lo ignoró.

Florencio Salazar, otra vez

Terminaba el sexenio de Guillermo Fonseca. Mi amigo Miguel Ángel Humara vino a San Luis y se pronunció públicamente a favor de la candidatura de Carlos, y me reveló en confianza que en caso ofrecido diría que se refería a Carlos Jonguitud, aunque en ese momento pensaba en Carlos Jiménez Macías. Yo, fiel a mi costumbre, mencionaba a todos los posibles candidatos sin pronunciarme a favor o en contra de alguno. Como es costumbre, se mencionaban los nombres de media docena. Resultó candidato el profesor y licenciado Carlos Jonguitud Barrios.

El gobierno del dirigente nacional del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE) fue uno de los mejores que ha tenido nuestro querido estado, con sobrados recursos para construir obra pública, la necesaria imaginación y el esfuerzo coordinado del gabinete. Se construyó un moderno aeropuerto, la carretera a Ciudad Valles y el famoso parque Tangamanga, entre otras obras importantes.

Llegó el turno de la sucesión y la dirección de *El Sol de San Luis* armó una estrategia consistente en publicar sendas entrevistas con los presuntos candidatos. Yo no podría afirmar que hubo premeditación o una segunda intención en la decisión, el caso es que a mí me encomendaron la entrevista con Florencio Salazar Martínez y la de Fausto le correspondió a Álvaro Muñoz de la Peña, quien era cronista de Sociales. Ambas fueron las mejores porque en el caso de Fausto se produjo buena química entre reportero y entrevistado, según presumió Álvaro en su texto, mientras que la mía con Florencio destacó porque nada más nosotros abordamos el asunto del navismo en el que Florencio reconoció el liderazgo político de Salvador Nava, pero yo sentí

que Fausto me identificó como partidario de Florencio, quien ganó la nominación, y en virtud de que en esa etapa yo cubría el PRI como reportero de la fuente, escribí la noticia del pronunciamiento que hizo el diputado Jesús Medina Romero a nombre del Partido Revolucionario Institucional. Es más, en la rueda de prensa yo comenté en voz alta “es una decisión rochista”, y así lo consignó Miguel Reyes Razo en su nota informativa. Siempre he sido impersonal en mi trabajo, pero muchos lectores no lo notan.

En el capítulo dedicado a Florencio Salazar en este libro, cuento como rechacé la propuesta de cubrir la campaña y me mantuve al margen hasta la víspera de la toma de posesión, pero sospecho que Fausto me consideró adepto de quien luego fue un gobernador fracasado.

Concluido el sexenio de Florencio con el interinato de Leopoldino Ortiz Santos y en el que, para fines prácticos, el verdadero gobernador fue Librado Ricavar García, el candidato a gobernador fue Fausto Zapata Loredó.

Fausto fue víctima del navismo

Conocida la nominación de Fausto, le envié un telegrama de felicitación. Ese mismo día me llamó por teléfono una mujer que se identificó como su secretaria, anunciándome que él me buscaría cuando estuviese en San Luis. Nunca me llamó.

Su campaña fue un derroche de dinero y una exagerada profusión de propaganda y parafernalia, utilizando un autobús especial que, según trascendió, le regaló de la señora Esther Zuno de Echeverría. Como es costumbre, los diarios locales se desbordaron en la propaganda y promoción a favor del candidato priísta. Reporteros de *El Heraldo* utilizaron la zeta de Zapata para compararlo con el héroe de tiras dominicales *El Zorro*, personaje poderoso, audaz, hábil en el manejo del látigo e invencible.

Pasaron los días y ni el candidato ni sus colaboradores me tomaron en cuenta. Cuando me encontraba casualmente con amigos comunes, me reclamaban.

—No has ido a los actos de campaña.

—No me han invitado. Yo no voy a donde no me invitan.

—Tú no necesitas invitación. Tú eres de los de adentro.

—No me han invitado.

Como me quedé sin empleo desde la caída de Florencio, fui a ver a Alejandro Hernández, quien editaba una revista propiedad del notario público Eduardo Martínez Benavente. Me contó que años atrás él fue a *El Sol* a pedir un espacio para sus artículos y el director lo rechazó, pero yo vi el artículo que llevaba, le eché un vistazo y sugerí publicarlo, cosa que hizo el director, por lo que Alejandro estaba agradecido conmigo. Como es mi costumbre, no reparé más en el asunto. Alejandro, buen escritor, me pagaba doscientos pesos por artículo y publiqué unos cuantos, uno de ellos criticando la conocida práctica de la imposición en el PRI.

A la caída del gobierno de Florencio tres años atrás el ingeniero Morales Reyes me dijo:

—Vas a regresar a tu lugar, a ocupar el mismo puesto y el mismo escritorio, como siempre. Cuando regresé consultó la nómina me dijo.

—Ganabas re'poquito, y me autorizó un pago sin trabajar. Al mes siguiente me citó en su negocio particular y allí me autorizó otro pago sin trabajar. Ya no regresé, pero aproveché el tiempo para escribir

mi primer libro *Tiempo de hablar*, relatando mis experiencias como reportero y revelando lo que hay detrás de la noticia, con estricto apego a la verdad y con absoluto respeto al oficio más hermoso del mundo.

Durante su campaña como candidato, Fausto informó a los medios que Concepción Guadalupe Nava Calvillo, hija del doctor Salvador Nava Martínez, sería una de sus principales colaboradoras, y reveló la posición que ocuparía, pero se olvidó de consultar el asunto previamente con la presunta interesada, quien seguramente rechazaría el puesto. Además, cuando los medios publicaron la versión de Fausto el doctor Nava, ya enfermo, exclamó encolerizado: “¡Canalla!”

San Luis Potosí es la capital mundial del chismorreo, así me enteré de que los navistas armaron un grueso expediente con datos que dejaban muy mal parado a Fausto ante los ojos de los mochos y conservadores potosinos, incluyendo sus tres matrimonios y algunos hechos criticables entre grupos políticos de la capital del país. En decenas de páginas se incluían fotografías y detalles improbables, que le hicieron llegar al presidente Carlos Salinas de Gortari.

Por coincidencia, en aquellos días se publicó un libro sobre un personaje que supuestamente era Fausto, aunque con otro nombre. Lo presentaban como un individuo promiscuo y metido en maniobras políticas turbias o malintencionadas. El autor era el mismo que en vísperas de la caída de “la Quina” publicó un libro que pinta al dirigente del sindicato de petroleros como proclive al asesinato.

Mi amigo fue víctima de uno de esos fenómenos socioculturales de una comunidad como la potosina, que se ensaña contra una persona sin razón aparente y le atribuye vicios y defectos reales o imaginarios.

Fausto rindió la protesta de ley como gobernador constitucional del estado en una sesión extraordinaria del Congreso del Estado y designó al potosino Amado Vega Robledo, casado con la Monis, una nieta del general Lázaro Cárdenas, educada y de modales finos, como secretario general de gobierno, pero la capital del estado vivió catorce días de agitada convulsión política en la que grupos de manifestantes encabezados por mujeres navistas bloquearon la puerta del palacio de gobierno impidiendo la entrada al nuevo mandatario, exigiendo su renuncia y su salida del estado. Gritaban y exhibían pancartas que decían “¡Que se vaya!” Fausto nunca pudo entrar.

Al cabo de esos catorce días Fausto recibió instrucciones de renunciar al cargo y se exilió voluntariamente. Digo que se fue de San Luis por su voluntad por lo que me contó posteriormente el licenciado Teófilo Torres Corzo y que relato en el capítulo dedicado al gobernador interino.

—Él me puso y él me quitó. “Dale pa’ adelante”, le dijo Fausto a Torres Corzo cuando éste le informó de la orden superior.

Amado Vega fue después diputado y presidente de la legislatura y me incorporó a la nómina de los reporteros y fotógrafos que percibían un subsidio en el Congreso del Estado: mil pesos mensuales.

Fausto y yo no volvimos a vernos ni hubo otra forma de comunicación personal; sólo algunos saludos sin comentarios adicionales, de familiares suyos que lo visitaban en la Ciudad de México y a su regreso me los transmitían. En las últimas ocasiones esos familiares y algunos amigos me platicaban que estaba enfermo, también sin contarme detalles.

Desobediencia de Rosillo

En varias ocasiones Ignacio Rosillo me ofreció puestos en diferentes periódicos. La primera vez me dijo que tenía una plaza para mí en Cuiliacán. Posteriormente me ofreció la dirección de un periódico en Minatitlán. Luego me dijo que la Cadena estaba abriendo un periódico en el Valle de México y que yo podía ocupar la dirección. Siempre le contesté que no, con la indiferencia que me es característica cuando no tengo interés en una supuesta oportunidad. Rosillo se deshizo de “la Chucha Blanco” por un motivo que desconozco. A Benjamín Wong lo acomodó en la redacción central de *El Sol* cuando alguien le vino con el chisme de que el reportero aceptó mercancía por veinticinco mil pesos en la tienda de regalos Govi, de Matehuala, a donde fue invitado por Santiago Vivanco para hacer un reportaje de promoción política rumbo a la gubernatura, mostrando al funcionario montado en un burro como prueba de que recorría comunidades rurales utilizando todos los medios de transporte posibles, en su preocupación por conocer y resolver las necesidades de los potosinos.

A Juan José Rodríguez lo mandó como responsable de la redacción de *El Sol de Zacatecas* por un motivo aparentemente similar. Por cierto que Juan José se dio una escapada a San Luis y me contó que en Zacatecas podía comprar ropa y discos y cargar la cuenta al gobierno de aquel estado. Vino a gestionar su cartilla militar, porque tenerla es un requisito para obtener el pasaporte mexicano, y él tenía un ofrecimiento del cazador huasteco Braulio Romero para viajar en su avioneta a Estados Unidos. Informado de que yo cubriría la zona militar, Juan José ya me esperaba cuando llegué por la mañana a la fuente y me pidió que gestionara el documento, con tan buena suerte que el comandante ordenó que le expidieran su cartilla de inmediato.

Volviendo a los ofrecimientos de Rosillo, un día me informó que me llamaban de la Redacción central, precisamente de *El Sol de México*. Como yo no había cometido ninguna falta le contesté:

—Ya sabe que no, pero él agregó con aire de triunfo:

—Es orden de Fausto.

Fausto era subsecretario de la Presidencia, al mismo nivel que el oaxaqueño Ignacio Ovalle. Esta vez yo no me podía rehusar, y le di a Rosillo mi anuencia, por lo que me ordenó ir a la caja, donde Angélica Ruiz ya tenía instrucciones de darme dinero para el viaje. Me sorprendió que mi linda y eficiente compañera me extendió un recibo para que lo firmara, al mismo tiempo que me entregaba quinientos pesos. Rosillo nunca me había autorizado más de cien pesos para trabajar fuera de la ciudad, como cuando me enviaba a Ciudad Valles, a 700 kilómetros de distancia, incluyendo el pago de hospedaje. En una ocasión me mandó a entrevistar al presidente Díaz Ordaz en Querétaro, sin credencial, ni gafete y con sólo cincuenta pesos para el pasaje de autobús y la comida con el fotógrafo Fortino Hernández.

Pude entrar al recinto donde tenía lugar la comida con el presidente gracias a la ayuda de Humberto Navarro, quien me vio desde adentro cuando yo me asomaba por la verja, y ordenó a los del Estado Mayor que me permitieran entrar. En ese tiempo el potosino era miembro del Comité Ejecutivo Nacional del PRI.

Regresé ante Ignacio Rosillo con la foto de la entrevista con el presidente Díaz Ordaz, que nos tomó Javier Vallejo; puse en el escritorio del director mi grabadora con la reproducción íntegra del discurso pronunciado por Luis Echeverría y a Rosillo le hice el pronóstico de que el secretario de Gobernación sería el próximo presidente de

la república. Faltaban dos años para que se conociera la decisión de arriba y Rosillo me contestó como era su costumbre:

—No creo.

Siempre que yo hacía un pronóstico o le compartía una información importante me contestaba lo mismo, y cuando lo que yo le había dicho se convertía en realidad ni él ni yo hacíamos comentarios.

El señor de los patitos

Me presenté con el director general, Benjamín Wong Castañeda, quien me dio instrucciones de ponerme a las órdenes de los directores de *El Sol de México*.

La editorial de ese día era diferente y se lo dije a Benjamín:

—Oye, qué bueno está el editorial de hoy, sin la solemnidad y sequedad acostumbradas.

—Lo escribí yo, me informó Benjamín orgulloso.

—¡Excelente! Qué bueno que eliminaste ese estilo solemne de los editoriales de todos los días.

Benjamín estaba justamente satisfecho y yo insistí en que su editorial rompía con la acostumbrada solemnidad de esos escritos y resultaba accesible y ameno. Le gustó mi comentario y repitió que lo escribió él mismo.

Fui al cubículo del señor Pablo Hiriart. Platicamos un poco y me informó sobre los horarios de las actividades que desarrollaría en *El Sol de México*. Ya para despedirnos me preguntó:

—¿Le dieron para gastos?

— Sí, señor.

Se quedó un momento pensativo, como si reparara en la conocida pichicatez de Rosillo, porque añadió cautelosamente:

— Si no es indiscreción ¿cuánto le dieron?

— Quinientos pesos.

— ¡No! Vaya a la Administración, con el licenciado Vega Vera, y dígame que le den dos mil pesos; eso le van a dar cada semana mientras esté aquí.

Obedecí en el acto y el mismo Vega Vera me dio instrucciones para que me hospedara en el Hotel Sevilla por cuenta del periódico. Se me instruyó para que me reuniera con una docena de compañeros de igual número de diarios de la Organización Editorial Mexicana, de reciente creación. Hasta ese momento me enteré de que participaría en un curso de actualización que duraría varias semanas. Al único que conocía era a un reportero de Matamoros que se vio inmiscuido por equivocación en un asunto policíaco en San Luis. En días recientes se habían registrado unos bombazos en el primer cuadro de la ciudad y hubo varios detenidos, encabezados por el estudiante Julio Hernández López y el dirigente obrero Prisciliano Pérez, ambos considerados de izquierda.

Yo intercedí por Hernández López hablando por teléfono con Fausto y afirmando entre otros argumentos que “en San Luis no tenemos delincuentes de ese tamaño” a los pocos días todos salieron en libertad por falta de pruebas.

Quienes nos dieron las primeras clases fueron don Luis Roberto Amieva, periodista queretano de carácter ponderado y buenos modales, y Carlos Figueroa, extrovertido y un tanto presuntuoso, directores

de *El Sol de México* y *El Sol de Mediodía*, respectivamente. El potosino Benjamín Wong era el director general. La argentina Hilda Basulto nos daba clases de redacción y tenía mucho sentido periodístico. Otros instructores nos llevaron a las redacciones de Associated Press y France Press, donde al final del curso nos entregaron sendos instructivos de redacción y normas generales para un reportero profesional.

Carlos Figueroa es un crítico mordaz y seguramente una de sus funciones era revisar las ediciones locales de los periódicos de la organización, porque a mí me criticaba por la pésima redacción de las notas sobre los bombazos (notas que escribió Rodolfo Franco), y porque en mi primer día allá se publicaron en la primera plana fotos a color de los patos que nadaban en un estanque de la alameda Juan Sarabia. Don Carlos sostenía que es pobre un periodismo que disimula u oculta los problemas de la ciudad y el estado, y en su lugar publica fotos de los patos de la Alameda. A mí me apodaba El señor de los patitos.

Una parte del curso que llamaban de actualización consistía en formar una o dos planas de los diarios, ya fuera de *El Sol de México* o *El Sol de Mediodía*. Para mí resultaba muy fácil esquemar las de *El Sol de México* porque eran simples huecos, ya que en su mayor parte iban ocupadas por anuncios. En las sesiones previas a la formación de *El Sol de México* participábamos todos, como en el *New York Times*, recibiendo copias de la información que nos entregaban los coordinadores y escribiendo proyectos de cabeza. A mí me incorporaron a la mesa principal. Luego Amieva y Figueroa seleccionaban las mejores y eran las que se publicaban. En estas reuniones de trabajo conocí a José Ángel Martínez Limón, entonces secretario de redacción de *El Sol de México* y posteriormente director de *El Sol de San Luis*.

Otro viejo conocido era Mario Almazán Guerrero, quien fungía como secretario de redacción de Carlos Figueroa en *El Sol de Mediodía*. Por

buena suerte el señor Figueroa escogía siempre mis proyectos de cabeza y si Almazán objetaba el director le decía secamente: “La del señor Marín tiene todos los elementos”. Un día me dijo que los periodistas de San Luis somos tontos, “como el señor Almazán”. Le contesté sugiriendo que nos mandara a sus mejores elementos para darles acá unas clascitas.

El subdirector de *El Sol*

Concluido el curso de actualización, Amieva y Figueroa, juntos, me informaron que desde ese momento yo era el subdirector de *El Sol* de San Luis, decisión que debía hacer del conocimiento de Ignacio Rosillo con instrucciones de que me aumentara el sueldo por lo menos al doble de lo que me pagaba a la fecha. Debía también cambiar el formato del diario manejando con libertad todo el espacio sin sujetarnos a las seis u ocho columnas acostumbradas, estilo que se nos enseñó como parte del curso.

Cumplí cabalmente con las instrucciones pero yo decidí hacerlo con una prudente discreción, actitud que Rosillo aprovechó para no decirle una palabra a nadie. Lo que hizo fue autorizarme un recibo por la cantidad de dos mil pesos que —según él— me pagaría cada mes aparte de mi sueldo.

Una de las consecuencias del silencio de Rosillo fue que Juan José Rodríguez, jefe de información, continuó dándome las acostumbradas órdenes de trabajo como reportero, órdenes que yo obedecía como siempre, fuera quien fuera el jefe de información, puesto que yo había desempeñado también en varias ocasiones —por decisión del director— sin que yo lo pidiera. Pero al cabo de unos días Juan José me dio una orden de trabajo que consideré fuera de lugar, y se lo hice saber. Reaccionó con una actitud impositiva y entonces yo, sin perder la compostura ni levantar la voz, le informé:

—Yo soy el subdirector, Juan José. —Juan José se puso pálido y entró de sopetón a la oficina del director, de donde salió más descolorido aún. Dos días después renunció.

Aprovechando mi día de asueto fui a la redacción central a informar al señor Amieva lo que estaba pasando. Le dije que Rosillo me extendió un recibo por dos mil pesos y me anunció que me daría la misma cantidad cada mes aparte del sueldo.

—No los acepte, me ordenó.

En la siguiente reunión Amieva y Figueroa me ordenaron esperar todos los días hasta el cierre de la edición y, mejor aún, hasta ver los primeros ejemplares impresos. Mi autoridad se situaba por encima de la de Rosillo, quien insistió en su desobediencia hasta que vinieron personalmente Benjamín Wong, Magdaleno Saldívar, Mario Almazán y un abogado a destituir a Ignacio Rosillo, permitiéndole guardar las apariencias como director y dejando la edición a cargo de Mario Almazán.

Sin nombramiento alguno yo era jefe de redacción, jefe de información, reportero, columnista y asistente de Mario Almazán, y continuaba desvelándome para corregir errores y deficiencias de Mario en sus tareas. Como él era un desconocido por su larga ausencia de San Luis, me invitaba a algún evento y todos me saludaban con afecto y simpatía, aunque les informara en ese momento que Almazán era el nuevo responsable del periódico. Así sucedió cuando nos encontramos con los doctores Francisco Padrón y Eugenio Escobar Sepúlveda, con directivos de Ferrocarriles y del mismo sindicato y con muchas personas más. A su llegada a San Luis, Mario presumió haber ganado un torneo interno de dominó y lanzó un reto. Fuimos a la cantina El Ezgodí y no ganó una sola mano. En la redacción canturreaba en inglés, supuestamente para apantallar: “Give me a kiss to build a dream in my imagination”, y hasta ahí se quedaba.

Un día llegó un matrimonio de canadienses que se veía obligado a vender su cámara fotográfica porque se les había acabado el dinero. Por supuesto se dirigieron con Almazán como jefe, pero no les entendió nada y con titubeos me pidió que los atendiera, con tan buena suerte que yo les compré la cámara con un préstamo de emergencia que me hizo la cajera Angélica Ruiz, y hasta los invité a cenar porque ella era una mujer hermosa: rubia, de ojos azules, cuerpo de tentación y protuberantes “defensas”.

Como pasaron los días y hasta semanas sin que nadie se acordara de hacerme efectivo el nombramiento con la debida formalidad, ni de darme el aumento de sueldo prometido, fui con el licenciado que se quedó como gerente y renuncié de palabra. Yo trabajaba demasiado y no veía ninguna mejora pecuniaria.

—¡Espérate, Marín, no te precipites. Tú eres ejecutivo, espérate, el periódico te necesita! No hagas que el barco haga agua, —me decía el licenciado Rivera sorprendido y angustiado.

Yo con frialdad le repliqué:

—Mira, he salido tres veces del periódico y no se ha caído el cielo. ¡Nos vemos!, y me marché sin que nadie más se diera cuenta.

Posteriormente me enteré de que uno de los sorprendidos fue el licenciado Raúl Camacho Muñoz, cuñado de Fausto y entonces apoderado jurídico del periódico, quien comentó: “Mandó al diablo todo”.

Supuestamente con la intermediación y la asesoría de Juan José Rodríguez, según se rumoraba, Ignacio Rosillo fundó a las pocas semanas el periódico *Momento* con el apoyo financiero de don Miguel Valladares.

Un discurso de Joaquín Antonio Peñalosa Santillán

La enorme verdad es que en la vida los extremos se tocan, porque tanto el juicio que condena como el que enaltece, producen el mismo temblor en la voz, la misma torpeza conturbadora que lo deja a uno humillado y perplejo, sin posibilidad de defensa ni esperanza de escapatoria.

Así me veo en esta ocasión, condenado por la benevolencia de *El Sol de San Luis* y de su hábil y generoso gerente, el ingeniero Pepe Morales. Son grados de prueba para demostrar que este pobre reo no ha hecho nada para merecer semejante veredicto; me han dejado sin oportunidad de apelación, ni siquiera el recurso de amparo, no diré que fueron violadas las garantías individuales pero ¡ay, ni siquiera me permitieron defensor de oficio!

Haber publicado cuarenta y cinco libros y más de mil artículos en los periódicos de la Organización Editorial Mexicana prueba que se trata de un caso clínico de paternidad no responsable. Hay dos clases de hombres, porque sólo hay dos posibles actitudes de vivir: unos la viven a manera de lago, otros en estilo de río; el lago se nutre golosamente de las arenillas que se desprenden de los crespones y acapara el agua que dejan caer las tinajas llenas de las nubes. El lago es hermoso pero egoísta, brillante pero estático, recibe pero no sabe dar; en cambio, el río, nacido con vocación de viajero, irrumpe de manantial remoto y se echa a caminar en una andadera de tan irrestricta donación que ni siquiera duda de entregarse al mar, aún cuando en el mar se confunde y se pierde.

Por donde cruza el río reverdece el campo, crecen las espigas, se multiplica el pan; el río no conoce la solitaria elegancia de los lagos, pero sabe soldarse con la infinita agonía de la tierra, así se mancha en las inevitables impurezas del camino. Ante el desatino del hambre, la inseguridad y la injusticia que priva en el mundo, nadie puede darse el lujo de vivir su vida con la serena inactividad del lago, el desenfado burgués, el egoísmo mezquino, entre una ciudad y una patria; un mundo que sufre la violencia de tantas pobreza, úrgenos a todos ser violentos. La apatía, la nuestra y la de los demás, sacudir la propia comodidad —y la ajena— y bajar del trono para descender al polvo y reunir la soledad del hombre satisfecho para ingresar a la vulgaridad de los insatisfechos, salir de uno mismo para encontrarse con el otro, sin pedir al desconocido que se identifique. Basta con que sea un hombre para que sea un hermano.

El hombre con vocación de río queda comprometido a seguir a los demás, nunca servirse de los demás, saber que el agua que uno obtiene se hizo sólo para brindarla, no para retenerla; y que aquel que tiene más, más dinero, más cultura o más poder, lo tiene no a título de propiedad privada, sino de humilde servicio colectivo; como el escritor italiano Gabriel Danunzio lo haya expresado en menos palabras y en fórmula tan magistral: “Sólo tengo lo que doy”; sí, sólo se tiene lo que uno da.

Gracias al gobernador del estado, que en medio de sus afanes por servir al pueblo potosino ha tenido la deferencia de honrar este acto, vaya mi respeto al gobernante, mi admiración al maestro que ha consagrado toda su vida a la educación de la niñez y de la juventud de nuestra patria. Al licenciado Ernesto Báez Lozano, amigo desde la infancia, y de la infancia mía porque él es mucho mayor. Con su memoria IBM y su corazón del tamaño de la catedral, ha proporcionado estas palabras tan bellas como superlativas y exageradas. Y a ese magnífico señor, don Luis Chessal, por la extraordinaria caricatura que es superior a la original, muchas gracias, las más vivas, las más hondas, al señor gerente, al

señor director y a cuantos trabajan en *El Sol de San Luis*, amigos y colegas, todos ellos que entregaron una suma tan espléndida hacen posible que un puñado de niños huérfanos, potosinos, puedan saber que el sol, el pan y el amor también se hicieron para ellos.

Yo también fui un niño huérfano; las manos milagrosas de mi madre tejen y tejen para sostener los estudios del hijo, no hago pues más que repetir, trasladar un ejemplo y una obligación para mis pequeños hermanos.

Gracias a ustedes, a quienes tuvieron la bondad de estar en esta ceremonia que yo he llamado “mis honras fúnebres”. Amigos y bienhechores muy queridos, que forman parte de mi pobre vida; y como no es fácil que nos volvamos a reunir, quiero decir un sonetillo mío, en el que digo que si la muerte me llega de improviso y no tengo tiempo de despedirme de cada uno de ustedes, si me viene la muerte mañana, muy de madrugada y no tengo tiempo de pedirles perdón, déjenme que me despida de una vez para siempre:

Por si viene sin hora señalada,
como el perfume inunda la azucena,
por si me deja mudo con la pena
de irme de prisa por la madrugada.
Por si la voz me queda aprisionada
en un violento acoso de colmena.
Por si la muerte todo me enajena,
hasta el discurso que hay en la mirada,
no prepararme, no, es tanto
y tanto vivir sin ensayar la despedida
ni pensar una vez el duro abrazo,
que por ahorrarme tiempo lo agiganto;
voy a decirte adiós desde la vida
por si acaso no puedo, por si acaso.

El periódico

Estructura y objetivos

Un periódico de tamaño standard se compone tradicionalmente de ocho columnas de once cuadratines de ancho cada una. El jefe de redacción distribuye las planas entre el personal encargado de su “formación” en el taller y, dado que un cotidiano consta de por lo menos cinco secciones, habrá cinco jefes de Sección, que son:

Nacional (generalmente se incluyen noticias de carácter internacional, porque de otro modo se necesitaría una página extra, lo que encarece la edición por el gasto extra de papel, tinta, tiempo, personal, etcétera).

Locales: que consta de la información de la zona de mayor circulación del diario, incluidos los municipios más importantes y dando preferencia a las noticias de la localidad.

Sociales: donde se publican las notas de sociedad y los acontecimientos relacionados con clubes sociales y de servicio. En los diarios de provincia esta sección se enfoca en las noticias acerca de espectáculos y las entrevistas con personajes de la farándula y de teatro. Con frecuencia se incluye en esta sección la información relacionada con la cultura y el arte. Nos referimos a un periódico de veinticuatro páginas como máximo.

Imprescindible es la Editorial, que se forma con artículos de fondo, columnas de opinión y algún material de carácter técnico o científico. En estas páginas se inserta la caricatura del día, cuya calidad e in-

genio constituyen a veces un atractivo especial para lectores de cierto nivel cultural y contribuyen a veces a incrementar la circulación de un periódico.

Hay una sección con información de negocios, solicitudes de personal de parte de plantas industriales, comercios y agencias distribuidoras de productos especiales para uso doméstico, automóviles o artículos de línea blanca, suele completarse con avisos de ocasión y ofertas de trabajadores independientes que cuentan con alguna especialización. Se anuncian también salones de belleza y prestadores de servicios.

Otra sección con muchos lectores es la de Deportes, que en ciertas zonas supera en interés a la de Sociales y constituye un alto nivel en el número de lectores.

Por último, la Sección de Policía, que con frecuencia cuenta con igual o mayor número de lectores que las secciones más leídas de un diario, sobre todo cuando se produce una noticia de gran impacto social, como sería el asesinato de un personaje muy conocido, un político, un actor o cantante destacado; el caso de un secuestro, un incendio de grandes proporciones, un destructor fenómeno meteorológico, un terremoto, un disturbio social o una guerra. En realidad, la de Policía es una de las secciones más leídas de un diario, sobre todo cuando cae en el “amarillismo” por que el periódico ha venido a menos en su circulación.

El jefe de Información

En una ocasión le pregunté a don Francisco Martínez de la Vega, uno de los periodistas más destacados de México, que quién era, a su juicio, el elemento más importante en la Redacción de un periódico.

—El jefe de Información. —Fue su respuesta.

Porque el jefe de Información de un rotativo es el que, con base en la información más importante o más reciente del día distribuye temprano las órdenes de trabajo de ese día a todos los reporteros y cronistas, y sugiere a los colaboradores el tema que pueden abordar de acuerdo con los asuntos que cada uno acostumbra y el que mejor maneja. La tarea del jefe de Información parte del intercambio de ideas que tiene cotidianamente y a primera hora con el director o con el jefe de Redacción.

El jefe de Redacción

El trabajo del jefe de Redacción consiste en recopilar toda la información que entregan los reporteros de las fuentes “Locales”, equivalentes a lo que en los diarios estadounidenses se conoce como “City Editor”.

Consulta con el director sobre la importancia y el interés general de esa información y juntos deciden qué lugar asignarán a las “notas” recopiladas. De esa valoración dependerá cuáles se publicarán en la primera página y cuáles irán las páginas interiores. Generalmente escogen las de mayor interés para encabezar las páginas 2 y 3 y, las demás, pueden ir en el resto del periódico.

Los jefes de sección

Los encargados de esquemar (en las redacciones de diarios mexicanos decimos “formar”) las páginas interiores de un periódico manejan a su criterio la información que corresponde a cada especialización: Sociales, Deportes, Cultura, Policía, etcétera.

Generalmente son periodistas que para llegar a ser responsables de una Sección primero destacaron en cada una de esas especialidades y mantienen buenas relaciones con las respectivas “fuentes”, lo que facilita la valoración de la información, su lugar en las páginas bajo su cuidado y la elaboración de las “cabezas”, que constituyen el atractivo de la presentación y el cumplimiento de objetivos de la editora.

Cada sección persigue determinados objetivos y sirve a fines definidos, ya sean sociales, deportivos, culturales o comerciales. En la actualidad influyen más los fines comerciales que los periodísticos. Vivimos una época en la que predominan la publicidad y la propaganda en todos los órdenes de la vida colectiva.

Aunque no lo parezca, la sección de Policía tiene una gran importancia en el periódico, ya sea que éste observe una marcada tendencia al “amarillismo” o que mantenga una línea de moderación y conservadurismo. Es reflejo fiel de la imagen y característica “personal” de la publicación.

El director

Todos los reporteros, buenos o malos en el desempeño de su trabajo, llevan al periódico lo que encontraron en sus “fuentes” o, por casualidad, en el café o en la calle. Como principal responsable de la publicación, el director debe mantener una vigilancia estricta sobre todo el material.

El director imprime al periódico su propio carácter como persona y como miembro destacado de la sociedad a la que sirve. Por tanto, su responsabilidad como portavoz de las inquietudes, las aspiraciones, los problemas y desasosiegos de ese conglomerado, debe guardar siempre una actitud inteligente, equilibrada y respetuosa de la ética, la moral, las tradiciones y usos y costumbres del país, el estado y la comunidad a la que sirve.

Reporteros, cronistas, articulistas, comentaristas y columnistas suelen desbordarse en la crítica, la denuncia, el comentario o la expresión en los temas que abordan. El director no tiene derecho a falsear, tergiversar o modificar a su antojo o conveniencia un escrito, y mucho menos a prohibir o limitar la libertad de expresión de quienes contribuyen a la elaboración del periódico, pero con inteligencia, sensibilidad y buen

juicio, debe cuidar el buen nombre de las personas, preservar la moral y las buenas costumbres y ayudar a mantener la paz y la armonía entre sus lectores.

En la Redacción de la OEM se hace lo mismo que en la de *The New York Times*. Un cuerpo de editores recibe copia de las noticias seleccionadas por la Dirección para armar la primera plana y cada uno escribe un “proyecto” de cabeza. El mejor es producto del voto mayoritario y el “de calidad” del director, así se integra lo que será el rostro de la edición del día siguiente. La cabeza principal, o sea “la de ocho” la escribe el director. Hemos tenido el privilegio de participar en estos trabajos como parte de un proceso de superación profesional.

Aprovechamos para dejar constancia de que hemos ejercido este hermoso oficio a lo largo de varias décadas, admitiendo que tenemos defectos y virtudes personales, como todo el mundo, pero siempre con apego a los principios de la Verdad, la Justicia, la Razón, como elementos indispensables de la Libertad de Expresión.

El sistema electoral mexicano

Esteban López Cárdenas me contrató para que hiciera la campaña electoral de Rafael Piña González como candidato del Partido Revolucionario Institucional a la presidencia municipal de Ciudad Valles. Estábamos en la convención del lanzamiento de Piña cuando me ordenó que hiciera también la campaña de su hermano Javier López Cárdenas, para el mismo puesto, pero por el Partido Demócrata Mexicano. Hice un gesto de extrañeza ante la bizarra propuesta y antes de que terminara la pregunta obligada me retó:

—O qué, ¿no puedes?

Por supuesto que podía. De modo que hice las dos campañas simultáneamente, reseñando los actos proselitistas de cada candidato con imparcialidad y profesionalismo.

El candidato del gallito colorado, Javier López Cárdenas, ganó la elección con desahogada ventaja, pero el sistema político no estaba dispuesto a aceptar la victoria de un candidato de oposición y el gobernador Carlos Jonguitud Barrios maniobró para que se hicieran los ajustes necesarios, incluido lo que los priístas llamaban trabajo de laboratorio, que consiste en rellenar las urnas con votos a favor del PRI. El segundo punto consistió en lograr un acuerdo con el presidente estatal del PDM, Gumersindo Magaña Negrete, para que aceptara la derrota si los votos ciudadanos le resultaban adversos, lo que finalmente sucedió. El precio consistiría en una diputación federal para Gumersindo.

Yo conservo todavía las copias de las actas de escrutinio y los cómputos finales de cada una de las casillas, como prueba de la victoria electo-

ral de López Cárdenas. Las autoridades declararon oficialmente triunfador al candidato del PRI y Magaña Negrete aceptó públicamente la derrota. En la siguiente elección el michoacano Magaña fue electo diputado federal por su partido el Demócrata Mexicano, y fue tan eficaz sirviendo al sistema que posteriormente fue candidato a la Presidencia de la República, en la simulación de democracia que en aquel tiempo se vivía en México ante los ojos del resto del mundo.

Tiempo después de los comicios de Ciudad Valles, Antonio Esper me contó que llovía a cántaros cuando los soldados encargados de custodiar el material electoral acarrearón las urnas, protegiéndolas del agua con sus capotes, desde el depósito donde fueron guardadas hasta las oficinas del Partido Revolucionario Institucional para rellenarlas con votos a favor de su partido.

Otro ejemplo de democracia

Jesús Mario del Valle Fernández, originario de San Martín Chalchicuautla y ex agregado militar de México en la Embajada de Chile, precisamente en los días del golpe de estado de Augusto Pinochet en contra de Salvador Allende, era candidato del PRI a una diputación federal por el distrito electoral que tiene a Ciudad del Maíz como cabecera.

Hombre íntegro dotado de un elevado sentido de responsabilidad, hizo una campaña proselitista ejemplar cubriendo todos los rincones del distrito y firmando acuerdos con líderes naturales de la región y con representantes de todos los sectores. El de Ciudad del Maíz es un distrito blando, con electores dóciles identificados con los ideales de la Revolución Mexicana.

El día de los comicios el capitán Del Valle Fernández recorrió varias veces los centros de votación y confirmó que todo estuvo funcionan-

do con normalidad. No hubo incidentes importantes y al cierre de las casillas tuvo el buen cuidado de recoger copias de las actas de escrutinio y las cifras de los cómputos finales, con la certeza de que arrojaban resultados favorables a su candidatura sin que hubiera recurrido a las maniobras electoreras que eran costumbre de otros candidatos. Con justificado orgullo envió por la vía del Telex las cifras definitivas con un mensaje al calce que decía: “Estos son los resultados”.

Había un ambiente de incredulidad popular en el proceso electoral porque se iniciaba una percepción generalizada de desprestigio del partido oficial. En respuesta a esta situación el PRI convocó a los medios informativos a que constatará la limpieza del proceso. Fue así como se permitió la presencia de reporteros en los espacios del edificio donde operaban los sistemas de cómputo, pero a última hora sólo nos dejaron entrar a Pedro Cervantes y a mí hasta el umbral de una oficina donde un operador supuestamente estaba recibiendo las cifras de los resultados obtenidos en los municipios. No nos dejaron ver las pantallas, nada más al operador desde la puerta de la oficina, a tres metros de distancia y de lado.

Mario del Valle me contó que aproximadamente media hora después de que envió su informe recibió un mensaje del comité directivo estatal del PRI, acompañado de una hoja que contenía cifras más favorables a su candidatura y una línea al final que decía simplemente: “Estos son sus resultados”.

Desde elecciones anteriores corría el rumor entre reporteros y entre simples ciudadanos de que el PRI tomaba los nombres de todos los inscritos en las listas del Registro Civil y los incorporaba como sufragantes a su favor. Esta práctica daba lugar a que con frecuencia aparecieran como votantes personas que ya habían fallecido, pues se tenía el registro de nacimientos, pero no el de los decesos. La gente comentaba

en son de burla “¡Por el PRI hasta los muertos votan!”. Tal vez por esta razón —y por algún pequeño truco cibernético— las cifras del capitán Del Valle se incrementaron tan favorablemente.

Nada nuevo. Los reporteros de la fuente política, y muchos ciudadanos, estaban convencidos de que la democracia en México es una mezcla de mentiras, corrupción y demagogia. En los medios se conoce una anécdota que se atribuye a don Porfirio Díaz, el inventor de la frase “Sufragio efectivo, no reelección”, quien en tono burlón preguntaba a sus incondicionales cuando festejaba una de sus reelecciones: “¿Quién gana las elecciones?”, y ante el silencio de sus sonrientes colaboradores, que esperaban respetuosos la respuesta, el dictador sentenciaba: “¡El que cuenta los votos!”.

Gradualismo en los cambios

En los años inmediatos a la Revolución la política mexicana, “generales”, caudillos y jefes se disputaban el poder a balazos. Algunos ejemplos notables son la matanza de Huitzilac y el asesinato del presidente Carranza en Tlaxcalantongo. Uno de los eventos políticos más relevantes en esa época fue el asesinato de Álvaro Obregón a manos de José de León Toral en el restaurante La Bombilla, en San Ángel, Distrito Federal, el 17 de julio de 1928, supuestamente promovido y auspiciado por elementos del clero mexicano.

Dijimos generales entre comillas porque ninguno de los jefes militares de la Revolución ostentaba el grado con base en estudios formales en una escuela militar. Se ponían el zopilote en el sombrero conforme al número de soldados que los obedecían y según su capacidad de mando, lo mismo el general Villa que los muchos generales que escritores como Martín Luis Guzmán y otros mencionan en la *Novela de la Revolución Mexicana*, de Editorial Aguilar.

Esa accidentada etapa posrevolucionaria concluyó cuando el general sonoreense Plutarco Elías Calles, quien se incorporó al movimiento en febrero de 1913, tras el asesinato de Francisco Indalecio Madero, y llegó a ser general de división el 14 de abril de 1920; ocupó la Presidencia de la República en 1924 y puso en práctica una campaña de desfanatización que lo enfrentó con el clero. Clausuró los colegios católicos y cerró templos y conventos. La Iglesia respondió suspendiendo los cultos y se desató la Guerra Cristera.

Ya no era presidente desde fines de 1928, pero detentaba el puesto de jefe máximo de la Revolución cuando fundó, en 1929, el Partido Nacional Revolucionario, que apoyó al general Abelardo Rodríguez y al ingeniero Pascual Ortiz Rubio como sus sucesores. Calles había hecho un buen gobierno fundando las instituciones que son la base del poder y de la administración pública en México. Por su concepto de lo que debe ser un buen gobierno, criticó años después y con extrema dureza a Lázaro Cárdenas, “porque permitía las huelgas de trabajadores inconformes”, críticas que dieron lugar a que el presidente Cárdenas lo exiliara, pero ya se habían arraigado las instituciones.

Cárdenas cambió el nombre del Partido Nacional Revolucionario por el de Partido de la Revolución Mexicana, que bajo el gobierno de Miguel Alemán Valdés se convirtió en el actual Partido Revolucionario Institucional. Como consecuencia de ese gradualismo en la evolución política y social del país, el sistema ha propiciado y apoyado la participación de otros partidos políticos a los que sostiene financiera y políticamente por debajo del agua. Inclusive, ha dado lugar a que participen candidatos de oposición a la Presidencia de la República en las últimas décadas y a que compitan algunas mujeres, para que no haya dudas sobre la democracia que impera en el país.

Crean instrumentos democráticos

Desde principios de la década de 1990, el gobierno mexicano creó un moderno sistema electoral verdaderamente democrático con base en una reforma constitucional que dio lugar a la formación de consejos electorales ciudadanos regidos por nuevas leyes.

Esos órganos tienen su fundamento legal en el Instituto Federal Electoral, el Código Federal de Instituciones y Procedimientos Electorales y el Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación, órgano jurídico que resuelve en última instancia las violaciones a la ley y las impugnaciones o inconformidades no sólo de los ciudadanos, sino también de los partidos políticos y candidatos que se consideran defraudados o víctimas de una argucia o de parcialidad a favor del oponente.

La nueva ley electoral incluye la entrega de una partida presupuestaria a cada partido político con registro oficial y también a sus candidatos, con el objetivo de que además de la protección jurídica cuenten con la seguridad de que podrán disponer de los recursos financieros necesarios para solventar sus gastos de campaña.

Se trata de un novedoso sistema electoral con participación de ciudadanos apatidistas que en los primeros procesos ha dado buenos resultados. Esperemos que así se mantengan en el futuro. Por lo menos ya están sentadas las bases para alcanzar una democracia verdadera y confiable que sea, al mismo tiempo, una garantía para que prevalezcan la paz social y el desarrollo económico que todos los mexicanos deseamos y apoyamos.

Silva Nieto es gobernador

Fernando Silva Nieto y yo llevábamos una buena amistad. En una ocasión coincidimos en la Suprema Corte de Justicia de la Nación cuando fui a saludar al ministro Antonio Rocha Cordero. Fernando estaba solo y pensativo en una silla de la antesala cuando llegué a eso de las nueve de la mañana. Me anuncié y el ujier me hizo pasar inmediatamente por lo que me despedí muy aprisa de mi amigo y cuando salí, a los pocos minutos, Fernando ya no estaba.

Recién nombrado tesorero general del estado, lo invité a desayunar y nos reunimos en el café La Lonja para hablar de generalidades. Nuestros encuentros eran muy esporádicos, pero siempre amistosos. Se le mencionaba como el seguro sucesor del gobernador Horacio Sánchez Unzueta, y todos los indicios le favorecían, pero un día uno de los choferes de gobierno me llamó por teléfono para informarme que Sánchez Unzueta había ido al aeropuerto a recibir a Juan Ramiro Robledo, quien ocupaba una subsecretaría en Gobernación y solía venir a visitar a su familia algunos fines de semana, cuando el trabajo se lo permitía. Horacio y Juan Ramiro platicaron durante más de una hora, solos, en el aeropuerto, y el funcionario de Gobernación se regresó en el siguiente vuelo a la Ciudad de México. No hubo testigos del encuentro.

Yo sospeché que la posible candidatura de Silva Nieto estaba en riesgo y le llamé por teléfono para invitarlo a desayunar, sin mencionar el motivo. Aceptó de inmediato preguntándome el lugar. Le propuse que fuera donde él considerara prudente y me señaló el restaurante del motel Tuna, donde nos encontramos a las nueve en punto, le informé de la reunión secreta en el aeropuerto y las posibles implicaciones.

Analizamos juntos la situación y al final del desayuno me preguntó:
—¿Qué hago?

—Busca apoyos estratégicos en México y aquí llévatela suavemente. Tú no sabes nada. Sigue trabajando como hasta ahora y que no se note ningún cambio en tu actitud. Le recomendé actuar con mucha cautela y evitar que trascendieran sospechas frente al mandatario.

—A hilar delgado, resolvió dando ciertas muestras de preocupación. Ambos sabíamos que el posible rival podía contar con un fuerte respaldo a nivel federal, que le sugerí que buscara apoyos políticos de alto nivel en la Ciudad de México.

Dejamos de vernos durante un tiempo y en el intervalo supe que consiguió apoyos de Manuel Camacho Solís y Guillermo Fonseca Álvarez, pero él no me comentó nada y así pasaron varios meses.

Ya he contado en otro espacio que entre mis amigos de parranda figuraba Ramiro Robledo Treviño, padre de Juan Ramiro. Tomábamos la copa en compañía de Félix Dauajare Torres, Jesús Medina Romero, Guillermo Fonseca, Aurelio Rocha, hermano del gobernador y Adalberto Noyola. Durante el sexenio de don Antonio Rocha se nos unía su hermano Aurelio y uno de los hermanos Narezo llamado Ignacio, quien platicaba de la Huacuja, una vecina de San Sebastián que fue novia de don Antonio en sus años de estudiante.

Ahora, mientras transcurría el tiempo Juan Ramiro comenzó a trabajar como si ya fuera el candidato oficial y hasta invitaba a posibles colaboradores en lo que sería su gabinete. Fernando Silva se mantenía dedicado a sus funciones.

Juan Ramiro se sentía seguro

Un día Juan Ramiro me llamó por teléfono diciendo:

—Comandante, lo invito a comer.

Me apodaba “Comandante” desde un día que llegó al periódico interrumpiendo abruptamente mi trabajo para informarme que lo acababan de elegir presidente de la Sociedad de Alumnos de la Escuela de Leyes y yo, sonriendo, le dije, acentuando cada palabra:

—Es usted el comandante en jefe de las fuerzas dispersas de la revolución.

—¿Por qué me dice eso? Preguntó.

—¿Porque dices que eres dirigente estudiantil si vienes sólo?

—Si quiere, ahorita le junto doscientos monos, respondió ofendido.

—No, no es necesario. Yo te creo a ti. Dime quiénes son los integrantes de tu directiva.

Juan Ramiro me dio los nombres de sus compañeros y al día siguiente se publicó la nota informativa en espacio de una columna. Esta vez me llamaba por teléfono para invitarme a comer:

—Con mucho gusto, dónde y cuándo. Yo ignoraba que la llamada era de Larga Distancia.

—Acá, en México.

—Ya sabes que no puedo porque en el periódico no me dan permiso. ¡Acá, cuando quieras!

Él decía cualquier cosa y colgaba. La invitación se repitió varias veces y siempre acabábamos con lo mismo. Para entonces muchos potosinos estábamos enterados de que Juan Ramiro había formado ya un gabinete básico y que había escogido a colaboradores para varias dependencias, sin consultar con el gobernador. Nunca comenté nada con Fernando porque no volvimos a vernos. Todavía en diciembre de ese año recibí una última invitación a comer en la Ciudad de México, con los resultados anteriores.

Un hecho inusitado despertó mi sospecha de que el asunto se había resuelto a favor del senador Manuel Medellín Millán, con quien jamás había platicado; y es que a mi domicilio llegó un paquete muy bien presentado, con libros del Senado de la República; un reloj de pared con identificación de la misma legislatura, una medalla de plata con un símbolo huasteco y un informe de actividades del senador. Conociendo los métodos del sistema político mexicano, supuse que se trataba del candidato. A los pocos días recibí otro paquete pero un poco más lujoso, con libros mejor empastados y otros objetos, pero a nombre de Gustavo Rodríguez, en esos días reportero de *El Sol* y, aunque la dirección era la mía, el destinatario era otro. Tomé el paquete y se lo llevé a Gustavo, que estaba en la redacción del periódico, quien sólo comentó:
—Así andan éstos de Gobernación.

Pero a dos días de que se cumpliera el plazo para que el Partido Revolucionario Institucional diera a conocer el nombre de su candidato, recibí una llamada telefónica de alguien muy allegado al gobernador, informándome que Fernando sería el elegido y lo publiqué al día siguiente como hecho consumado. En efecto, el destape se realizó el mismo día de la publicación.

Juan Ramiro me llamó por teléfono:

—Usted ya sabía.

—No, Juan Ramiro, yo no sabía.

—Usted ya sabía, dijo subiendo el tono de la voz.

—Te digo que yo no sabía, repetí, tranquilo.

—¡Usted ya sabía, pero se estaba haciendo pendejo! Insistió casi gritando, notoriamente exasperado. Volví a negar y colgamos.

En mi columna siguiente publiqué lo siguiente: “Un amigo muy estimado me dedicó ayer un piropo que no merezco. Me dijo que yo estaba enterado de antemano de que Fernando Silva sería el candidato a gobernador. Yo le dije que no estaba enterado y le recordé que él, siendo político, debía tener presente que en política, nadie sabe”.

Después se supo que al cabo de varios intentos Horacio Sánchez Unzueta había logrado entrevistarse con el presidente Ernesto Zedillo y lo convenció de que con Fernando como candidato, él se comprometía a disminuir los roces del gobierno con los navistas, pero esa versión nunca se comprobó. De lo que estoy casi seguro es de que don Antonio Rocha sí aprobó la candidatura.

Yo recuerdo que en una plática con don Antonio Rocha, en su casa de la Ciudad de México, él me preguntó quién podía suceder a Martínez Corbalá. Mencioné a Carlos Jiménez y don Antonio ni respondió, dije otro nombre y mi interlocutor continuó impávido, pero cuando dije Fernando Silva Nieto, don Antonio respondió, como si hablara consigo mismo: “De los que yo formé, es el único que me falta”.

Es seguro también, por los resultados y algunas consecuencias políticas posteriores, que Manuel Camacho y Guillermo Fonseca metieron las manos, pues dos hijas de Fonseca ocuparon cargos en el gabinete.

Trascendió también que antes de la decisión presidencial, Horacio ofreció no la candidatura, sino el Gobierno del Estado al empresario Miguel Valladares García, con la certeza que en aquel tiempo daba el ser agraciado con el dedazo del mandatario saliente, y no le cumplió. Por eso, con justa razón, Alejandro Leal Tovías me preguntó en aquel tiempo.

—¿Has oído hablar de un camión de doble tracción?

—Sí, son muy conocidos.

—Me refiero a uno de doble traición.

Como soy de chispa retardada, hasta después supuse que los traicionados fueron Miguel y Juan Ramiro, y que el camión era el mandatario.

No hizo buen papel

No todo salió bien. Fernando me invitó a que lo acompañara en una etapa de su gira proselitista y le sugerí promover el turismo, tema que a ningún gobernante potosino se le había ocurrido. Le propuse comenzar con un recorrido por las haciendas antiguas del altiplano, lo que propiciaría la creación o fortalecimiento de infraestructura con inversiones locales y foráneas. No hizo nada.

Estando en el poder una sola vez fui a pedir su intercesión ante la Comisión Federal de Electricidad (CFE) para que moviera dos metros un poste con transformador que estaba en la costilla de la banqueta, frente a la puerta de una vivienda, y causaba problemas a los moradores. El señor dijo que sí pero no movió un dedo.

Pocos días antes de tomar posesión como gobernador, Fernando me invitó a comer en la Palapa del Italiano, donde solo estaba Fernando

Ress comiendo con su esposa a varias mesas de distancia de donde nosotros nos sentamos. Me pidió que le diera algunos consejos y comencé por recomendarle que no se meneara tanto, porque movía todo el cuerpo para hablar. Le di varios consejos, y recuerdo haberle dicho lo que a otros gobernadores y altos funcionarios: “No hagas caso de chismes y, sobre todo, nunca tomes una decisión con base en un chisme. Escúchalos, si lo crees conveniente, pero guárdalos en tu mente como un archivo muerto, por si luego tienes oportunidad de confirmar o desmentir”. Durante la comida él tomó varios tequilas y yo nada más dos y una cerveza.

Cuando tomó posesión hizo que me incluyeran en la lista de los reporteros que percibían un subsidio mensual en la caja chica —ya conté que cuando López Dávila ya no era gobernador y me quejé de que don Antonio Rocha me redujo el subsidio a la mitad, el profesor me contestó que no había una razón para hacerlo, porque la erogación total, entre todos, ascendía a once mil pesos mensuales—. Nuestros encuentros se redujeron a los que se relacionaban con actividades oficiales, donde nos limitábamos al saludo aunque él siempre me daba un abrazo exclamando en voz alta “¡Mi Goyo!”.

Fernando Silva Nieto ya era gobernador electo cuando invité al capitán Mario Fernández del Valle a comer, para pedirle que aconsejara a Horacio no meter más las manos en la política local. Capitán del ejército en situación de retiro, Fernández del Valle era el secretario técnico del gabinete y coordinador de asesores de Horacio. Le dije:

—Ya metió a los diputados federales y está metiendo las manos en la designación de los locales. Díle que le deje a Fernando los locales y los presidentes municipales. De otro modo, Fernando va a tener problemas. Yo pensaba en problemas de gobernabilidad, pero Mario me atajó con sequedad, aunque en tono amistoso:

—Fernando va a tener problemas, pero por pitosuelto.

En cierto modo fue un pronóstico, porque Fernando abordaba el helicóptero oficial y se dirigía a la huasteca para arrojar ramos de flores sobre la casa de su novia, con la que acabó casándose después de divorciarse de su esposa Montserrat Carrera, con la que tenía tres hijos. No acabaron ahí sus desatinos, porque al término de su mandato entregó el poder al contador público Marcelo de los Santos, que era el candidato del Partido Acción Nacional.



Fernando Silva Nieto con Gregorio Marín.

Una bella potosina

Ella me buscaba. Iba por mí al periódico o me citaba en otro lugar. Con frecuencia concidíamos en alguna conferencia o en eventos sociales y culturales. Miembro de buena familia, inteligente, bella y discreta, se distinguía por su prestancia y por el cuidado que ponía en la selección de sus amistades.

Muy blanca, de rostro acorazonado, abundante cabello castaño, soñadores ojos café, cejas espesas, nariz recta y boca pequeña con los labios bien delineados: medía un metro sesenta y siete centímetros, según cálculo mío, pero con los tacones lucía alta y más atractiva. Sus piernas esbeltas y blancas llamaban la atención porque en ese tiempo las mujeres no usaban pantalón.

Estudiante de Derecho, su padre era un potosino distinguido y su hermano un médico de buena presencia, gozaba de cierto prestigio a pesar de su juventud. No conocí a su madre a pesar de que vivían a pocas cuadras del periódico, cerca del jardín de San Sebastián.

Me llamó por teléfono para avisarme que vendría al periódico por mí para tomar una copa. Llegó despampanante con un vestido rojo entallado que resaltaba sus formas. La ayudé a subir al auto y noté que su fino perfume competía con mi loción Sandalwood de Elizabeth Arden, pero perfume y loción se esfumaron a los dos minutos porque ella encendió un cigarrillo y en pocos segundos se impregnó de humo el interior del vehículo.

Estaba ayudándola a descender de la unidad en el estacionamiento del motel cuando desde el interior del bar un amigo borracho me gritó:

—¡Qué buena la traes!

Era el locutor Leopoldo Morales, al mismo tiempo mi compañero como reportero de El Sol. Apenas había anochecido pero ya estaba ebrio, por lo que sin detenerme a saludar escogí una mesa lo más apartada posible. Más tarde ella se levantó para ir al servicio y Polo aprovechó para acercarse y pedirme que le hiciera un lugar en mi grupo. Yo nunca formé un grupo ni nada parecido, aunque ya había fundado la Asociación Potosina de Periodistas con la colaboración de compañeros como Miguel Barragán, Gamaliel Aguilera, Miguel Mora Martínez, Víctor Ramón Ortiz y Federico Monjarás, entre otros. No rechacé a Polo, pero le expliqué que nos movíamos en diferentes estratos, pues él se identificaba más con el gremio radiofónico.

Se ofendió y me lanzó una burda amenaza, insinuando que podía hacerle daño a una de mis hijas. No llevé las cosas a mayores porque ella regresó y el insolente ebrio se regresó a su mesa sin saludarla ni despedirse. Rato después ella me confesó que sentía una gran aversión por el matrimonio, le provocaba pánico sólo imaginarse los dolores del parto.

Destaca en importante evento

Don Edgardo Meade Elorduy convocó a una importante reunión en el Banco del Centro, en cuyo consejo de administración ocupaba la presidencia. De la Ciudad de México vinieron destacadas personalidades del mundo de los negocios, las finanzas, medios de comunicación y profesionistas. Los cronistas de Sociales de aquella época se referían a este tipo de reuniones como aquellas a las que acudía la flor y nata de la sociedad. Ésta vez acudieron empresarios, industriales, comerciantes dueños de abultado capital, muchos clientes del banco y profesionistas de reconocido prestigio y buena posición social. Yo asisé en mi carácter de reportero encargado de las fuentes empresariales y financieras, vistiendo, como siempre, mi traje de tres piezas hecho a la medida, za-

patos Jean Pierre, camisa blanca y corbata. Como es costumbre en ese tipo de reuniones, el anfitrión ofrecía un coctel con vino y bocadillos.

Los que llegamos con puntualidad ocupamos un lugar en sillas adosadas a la pared, con la mirada frente a la escalera de mármol que comunicaba la puerta de entrada con el corredor de la planta alta. Charlando animadamente dábamos sorbos a nuestras copas cuando ella comenzó a subir la escalera ataviada con un vestido blanco entallado, la falda apenas arriba de la rodilla luciendo sus bellas piernas blancas. Junto a mí estaba el notario Juan Manuel Ché Manolo González, quien interrumpió la plática exclamando:

—¡Es una blitzkrieg!

Yo no pronuncié una sola palabra, pero ella vino hacia nosotros caminando con garbo y nos saludó con gracia y donaire. Al notario y a mí nos dedicó la misma sonrisa amable dándonos la mano y con el mismo tono suave en la voz, aunque rostro y mirada se iluminaron cuando nuestros ojos coincidieron. Los caballeros vecinos también se pusieron de pie para saludarla. Cumplido el protocolo, fue a reunirse con las otras damas, como es costumbre en San Luis Potosí.

¿Temprana madurez de carácter?

Comencé este relato diciendo que ella me buscaba, y es cierto, pero todo lo que yo viví, bueno o malo, feliz o desafortunado, me pareció siempre natural. Siempre vi la vida con absoluta naturalidad y nunca se alteró mi estado de ánimo por un insulto, una burla o un halago de los que me rodeaban. No me hería el desprecio ni me sentía orgulloso por la lisonja. Recuerdo que nunca respondí al insulto ni agradecí el halago. En mi infancia fui un niño peleonero y me liaba a puñetazos en la calle con otros niños del barrio por un simple “¿Qué me ves?”, pero ya en mi adolescencia actuaba como si hubiese madurado tempranamente como resultado de mis lecturas.

La bella potosina y yo continuábamos reuniéndonos, pero desde que me informó de su aversión al matrimonio, mi sentimiento hacia ella era sólo de afecto y respeto; quiero decir que no llegué a enamorarme, aunque disfrutaba mucho de su plática y su compañía. Además, sentía la envidia de los varones que nos miraban juntos, porque a veces se producían las inevitables frases y gestos de dos enamorados, según el lugar, la hora y las circunstancias.

Comprobé la sinceridad de su vieja confesión sobre su miedo al embarazo, cuando contrajo matrimonio con uno de sus profesores de la Escuela de Leyes que le doblaba la edad y era viudo. No volví a verla.

Favorecido por la buena suerte, y reconocido y apreciado como periodista serio, profesional y respetable, disfruté siempre de la agradable compañía de mujeres de buena presencia y por lo menos mediana posición social. Tal vez por eso no sentí en aquel tiempo la falta de la bella potosina, pero al cabo de los años la recordaba con nostalgia cuando escuchaba una canción de Gonzalo Curiel:

*Ella vino y se fue tal como vino.
Yo enfermé de dolor por el camino;
y es tan grande mi dolor, hermano;
que no bastan las notas de mi piano.*

UASLP, una universidad de clase mundial

“La universidad, con más fuerza que nunca, es un instrumento social encargado de dirigir y encabezar o, al menos, influir directamente en el curso de la historia y en el desarrollo y consolidación de la nueva sociedad del conocimiento. Ponemos todo nuestro esfuerzo para lograr que esta institución de educación superior mantenga su nivel de excelencia, formando ciudadanos que conserven los valores de la democracia y profesores que tengan oportunidad para desarrollar y afianzar sus conocimientos y capacidades”, declaró el maestro en arquitectura y rector de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí, Manuel Fermín Villar Rubio, el 7 de julio de 2013, en la ceremonia organizada para dar la bienvenida a profesores de tiempo completo y plaza definitiva a profesores de trece escuelas, facultades, coordinaciones académicas y campus de todo el territorio potosino.

El rector, en estrecha coordinación con el Consejo Directivo Universitario, miembros de la administración, catedráticos, investigadores y toda la comunidad universitaria, supervisa y hace una minuciosa evaluación de los avances del Plan Institucional de Desarrollo 2013-2023, que se inició en enero del año 2013 con la finalidad de hacer de la máxima casa de estudios potosina una universidad de primer mundo. En esas reuniones de evaluación y seguimiento, estrictamente calendarizadas participaron todos los responsables de cada programa y plan de estudios.

Origen y raíz de la universidad

“Don Juan de Zavala y Fanárraga, alguacil mayor y dueño de unas minas en el fabuloso Cerro de San Pedro, dispuso en su testamento que

del valor de sus haciendas se sacasen cincuenta mil pesos para la fundación de un colegio de la Compañía de Jesús, y un sobrino suyo del mismo nombre exhibió el legado el día 19 de septiembre de 1623. Previa solicitud de la Compañía de Jesús avalada por distinguidos vecinos del pueblo, obtuvieron del cabildo y Diócesis de Michoacán, del que dependía el pueblo recién inscrito en el mapa de la Nueva España por el descubrimiento de ricas minas de oro y plata, dio su consentimiento el 29 de diciembre del mismo año, “a cuyo efecto —dice el histórico documento— va con otros compañeros al pueblo de San Luis el padre Luis de Molina, de la Compañía de Jesús”. Firman la licencia expedida en Valladolid —hoy Morelia, sede de la Diócesis a la que pertenecía San Luis desde 1538— Eliseo Guajardo, Juan Fernández de Célis y Felipe de Govea y Florencia: “por mandato de los señores Dean y Cabildo sede vacante fray Bartolomé Hilario de Orduña, Secretario”.

El 10 de octubre de ese mismo año ya se habían entregado en la Ciudad de México, entre los albaceas y el provincial Juan Laurencio, la escritura y el dinero. El colegio se fundó en el lugar en donde había una ermita conocida con el nombre de la Santa Veracruz. El nuevo gobierno republicano hizo donación de dicha ermita a la Compañía, junto con altares, ornamentos y vasos sagrados. Se fundó entre dos huertas, la de Juan de Andrade, al oriente y la de Gonzalo Patiño, al poniente, viendo al sur el colegio.

Los jesuitas comenzaron a impartir clases en 1623. Enseñaban catequesis, filosofía, latinidad, retórica, gramática, canto, literatura y artes manuales. De eso hace cuatrocientos años.

Nace el Guadalupano Josefino

El 26 de septiembre de 1819, el doctor don José María Gorriño y Arduengo solicitó autorización al virrey de la Nueva España para reabrir el colegio, que había suspendido parcialmente sus actividades

a consecuencia de los acontecimientos que siguieron a la Guerra de Independencia, y no fue sino hasta el año 1824 cuando don Ildefonso Díaz de León, originario de Pinos, Zacatecas, y designado gobernador del estado por el Congreso Constituyente —que se integró al resultar victoriosos los insurgentes— que el dilecto potosino y el mandatario republicano devolvieron la vida al prestigiado y necesario centro de enseñanza.

Como resultado de las luchas intestinas entre los grupos políticos antagónicos, el gobernador Díaz de León fue derrocado por el coronel Vicente Romero y las actividades del colegio volvieron a suspenderse. En los vaivenes de la política, el gobernador Díaz de León fue restituido en el cargo y el 2 de junio de 1826 el doctor Gorriño y el mandatario inauguraron el mismo centro de estudios, ahora bajo el nombre de Colegio Guadalupano Josefino, con una ceremonia especial que tuvo lugar en el templo de la Compañía de Jesús, ubicado junto al colegio.

Los primeros catedráticos fueron el doctor Juan José Caserta, canónigo de la Diócesis de Guadalajara; el licenciado Gerardo García Rojas, el licenciado Antonio Frontaura, don Ignacio Rosales —quien posteriormente fue el capellán mayor del Santuario de Guadalupe— y otros profesores.

Nuevas vicisitudes, producto de asonadas y levantamientos, fueron causa de que decayera el colegio, que no volvió a operar sino años después con el impulso de autoridades y vecinos. Los licenciados Juan Pablo Bermúdez y Vicente de Busto impartían gratuitamente las clases de derecho civil y derecho canónico; fray Joaquín Orozco daba clases de filosofía; Francisco Estrada y Antonio Mascorro las de latinidad y el presbítero y rector Primo Feliciano Velázquez impartía la clase de teología.

Disturbios ocurridos en la capital del país, pero con repercusiones nacionales, obligaron otra vez a suspender las clases, que no se reanudaron hasta en 1855.

Instituto Científico y Literario

Por decreto del gobernador Vicente Chico Sein, y con fundamento en las leyes de desamortización de bienes eclesiásticos, lo que conocemos como Edificio Central de la UASLP continuó siendo un colegio dedicado a la instrucción superior, pero ahora con el nombre de Instituto Científico y Literario. El 23 de mayo de ese año se declaró la solemne apertura y su primer director fue el presbítero Mariano Saldaña, por designación del gobernador Sóstenes Escandón, con las cátedras antes mencionadas pero con otra planta docente.

La Ley Fundamental de Instrucción Pública del Estado reglamentó los estudios superiores, entre ellos los de la carrera de Jurisprudencia, que obligaron a la aprobación de materias prolegómenos del derecho consideradas necesarias. También se crearon los estudios de escribano para ser notario público.

Estando don Benito Juárez en San Luis, en 1867, el gobernador Juan Bustamante le solicitó que cediera al Instituto varios edificios para dedicarlos a escuelas y el presidente autorizó la cesión del Colegio de Niñas de San Nicolás y algunos exconventos.

En los años de 1873 a 1874 se remodeló la fachada bajo el gobierno del general Mariano Escobedo y se construyeron los corredores del primer piso bajo la vigilancia del director Tomás Ortiz de Parada. El 29 de enero de 1877, siendo gobernador don Carlos Díez Gutiérrez, se fundó la Escuela de Medicina y un año después la de Farmacia, actualmente de Facultad de Ciencias Químicas. Se construyó también el segundo patio.

Fueron directores del Instituto Científico y Literario: Mariano Saldaña, Eulalio Degollado, Tirso Vejo, Ignacio Arriaga, Luis G. Rojas, Tomás Ortiz de Parada, Ignacio Degollado, Joaquín Gama, Ángel Carpio, J. Chavarría, Juan B. Barragán, José María Aguirre y Fierro, Blas Escontría, Sebastián Reyes, Antonio F. López, Horacio Uzeta, Pedro López Monroy, Antonio Alonso, Jesús Ramos Flores, Cayetano Carda y Juan H. Sánchez.

La autonomía universitaria

Desde 1921, el gobernador Rafael Nieto Compeán mostró preocupación por el sostenimiento y futuro del Instituto Científico y Literario, que era objeto de críticas de parte de los enemigos de la educación superior. En febrero de ese año hizo públicos algunas de las críticas y defendió con vehemencia las actividades de tan importante centro de enseñanza, en un discurso histórico que concluyó diciendo: “En mi concepto, es ya tiempo de que este establecimiento educacional constituya una entidad moral independiente y alejada de los vaivenes de la política. Al efecto, está ya en estudio la organización de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí”.

El proyecto de ley fue enviado al Congreso del Estado el 5 de enero de 1923, firmado por el profesor Ángel Silva, secretario general del estado, porque el mandatario se encontraba en la capital del país atendiendo asuntos de su cargo.

Durante varios días los diputados discutieron, a veces acaloradamente, diversos artículos de la iniciativa, en su totalidad o en fracciones. Eran sesiones en las que los legisladores defendían o atacaban párrafos o palabras que a su juicio parecían liberales o reaccionarios, según la ideología del legislador, hasta que finalmente aprobaron la redacción definitiva en sesión plenaria del 9 de enero de 1923 con el decreto respectivo y ordenaron al poder Ejecutivo que se publicara al siguiente

día en el *Periódico Oficial del Estado*, con el propósito de que alcanzara constitucionalmente la categoría de ley, orden a la que dio cabal cumplimiento el mandatario Rafael Nieto Compeán. La Ley y el Decreto están firmados por los diputados C. Rivera, D.S. Lamberto Rocha, y D.S.P. Alfredo E. Garza.

El Consejo Directivo Universitario eligió en asamblea general al doctor Juan Herón Sánchez como primer rector, y el nombre oficial es desde el 10 de enero de 1923 el de Universidad Autónoma de San Luis Potosí, que ha tenido hasta ahora más de 30 rectores, lugar que ocupa actualmente el maestro en Arquitectura Manuel Fermín Villar Rubio.

Importantes logros en los últimos años

En su tercer informe, el rector Manuel Fermín Villar Rubio hizo hincapié en los principales logros alcanzados en el ejercicio 2014-2015, de los que resumimos los siguientes:

- 6 nuevas licenciaturas (tres en el campus Salinas, dos en la capital potosina y una en Matehuala).
- 3 nuevos posgrados. Ahora se ofrecen 83 programas de posgrado, de los cuales 71 están registrados en el Padrón Nacional de Posgrados de Calidad del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt).
- 36 carreras tienen la modalidad de doble titulación. A la fecha, 30 egresados ya la obtuvieron y 90 están en ese proceso.
- Un nuevo campus en Salinas y cinco en el resto del territorio potosino representan la cobertura total en educación superior en todo el estado.
- 433 investigadores están reconocidos en el Sistema Nacional de Investigadores (SNI), por ello ocupa el primer lugar en el contexto de las universidades públicas estatales.
- 98 cuerpos académicos consolidados y en proceso de consolidación.

- 100 por ciento de las carreras de la universidad en el nivel de calidad de los Comités Interinstitucionales para la Evaluación de la Educación Superior (CIEES) y acreditadas por Consejo para la Acreditación de la Educación Superior (Copaes).
- 9 carreras tienen la acreditación internacional de calidad por los organismos Accreditation Board for Engineering and Technology (ABET) y Organización de Facultades, Escuelas y Departamentos de Odontología (OFEDO/UDUAL).
- 19 carreras ingresaron al Padrón de Licenciaturas de Alto Rendimiento Académico.
- 40.9 por ciento de la población estudiantil (11 595 alumnos) tiene beca y apoyos para sus estudios.
- Egresaron 3 188 estudiantes universitarios.
- 3 036 profesores prestan sus servicios en la UASLP a la fecha: 830 son de tiempo completo, 544 tienen perfil de calidad Pro-mep y 1 967 profesores hora-clase.
- La UASLP ocupa el primer lugar en el contexto de las universidades públicas estatales al contar con 31 profesores Sistema Nacional de Investigadores en el nivel 3.

Señaló también que más de 182 millones de pesos se han destinado para proyectos de investigación. Al rendir su informe ante un auditorio lleno, el Consejo Directivo Universitario, el contador público Francisco Varela del Rivero, representante del secretario de Educación Pública Emilio Chuayffet Chemor; el secretario general de la Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior (ANUIES), maestro Jaime Valls Esponda; el director del Instituto Politécnico Nacional, Francisco Fernández Fassnacht, cuatro exrectores potosinos, 12 rectores de universidades públicas y representantes de los poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial, el rector de la UASLP, maestro en arquitectura Manuel Fermín Villar Rubio, reconoció que los logros alcanzados en los últimos años se deben a toda la comunidad universi-

taria, a los apoyos del gobierno federal, del estado y el municipio y, por supuesto, a la presencia y el estímulo de su esposa, la maestra Gladys Farías de Villar y sus hijas.

El Rector informó también que entre esos logros se cuentan los siguientes:

- La UASLP ocupa el primer lugar nacional con el mayor número de citas por investigación publicada y sexto lugar en cantidad de investigaciones publicadas.
- En América Latina, la UASLP ocupa el primer lugar en promedio de citas por publicación científica.
- 582 alumnos realizaron movilidad a nivel internacional y 403 realizaron movilidad nacional en universidades del país.
- Se firmaron más de 400 convenios y acuerdos de colaboración y trabajos conjuntos con los tres niveles de gobierno, universidades nacionales e internacionales.
- Iniciamos colaboración con la Universidad Tecnológica de Wuhan, China, y con la empresa Wuhan Optics Valley Beidou Geo-Spatial Information Industrie de China que instalaría un Laboratorio de Geolocalización en el Instituto de Física.
- La política ambiental de ecología de la universidad desarrolló acciones y programas como: Unibici, Unihuerto Urbano, Techos Verdes, Programa Universitario del Agua, plantas tratadoras de agua, uso eficiente de energía, instalación de celdas fotovoltaicas, recolección de basura electrónica y la construcción de dos campus totalmente sustentables.
- La UASLP creció 50 263 metros cuadrados con nuevos edificios, aulas, laboratorios, talleres, cubículos, auditorios, etcétera, en todos sus campus. La inversión fue de 121 mil 678 millones de pesos, derivado de recursos propios y de convenios de colaboración federal y estatal.
- Se realizaron más de 1 700 eventos culturales y artísticos.

- Recibió más de 400 premios nacionales, internacionales, regionales y locales a maestros y alumnos.

En tres años de gestión:

- Se ha incrementado 3 546 lugares más en su capacidad, lo que representó un 14.3 por ciento de crecimiento.
- Se abrieron 17 nuevos programas educativos de licenciatura y 14 nuevos programas educativos de posgrado.
- 19 posgrados nuevos reconocidos por el Padrón Nacional de Posgrados de Calidad del Conacyt, para contar actualmente con 61 en este padrón.
- Se incorporaron 360 nuevos profesores a la planta académica.
- Se registraron 134 profesores más en el SNI, para contar en ese entonces con 433 investigadores en dicho padrón del Conacyt.
- Se firmaron y acordaron 1 115 convenios de colaboración.
- La institución creció 97 mil 193 metros cuadrados en espacios educativos nuevos. Cuenta con 26.4 hectáreas de superficie para la reserva territorial.

Además:

- Inició la construcción de los edificios sustentables y que coadyuvarían al cuidado del entorno, para el campus universitario del Altiplano Oeste, en el municipio de Salinas, que empezó actividad docente en agosto de 2014 con 84 alumnos en sus tres carreras de nivel licenciatura.
- La inauguración en la ciudad capital del nuevo Campus Pedregal, con las nuevas instalaciones para la Facultad de Ciencias y el Instituto de Física.
- La creación del Centro de Investigación y Extensión Universitario en el municipio de Ciudad Fernández, que se ubicará en el antiguo edificio denominado El Balandrán que está siendo rehabilitado y restaurado.

- El avance en la construcción del edificio que alojará el Centro de Investigación en Biomedicina y Salud.
- La apertura del nuevo auditorio para 700 personas en el campus universitario de la Zona Huasteca, en Ciudad Valles.
- En el marco del 92 aniversario de la Autonomía, se organizó por primera vez un foro sobre la Autonomía de la Universidad con la participación de los exrectores.
- Se instauró el reconocimiento anual a los universitarios jubilados.
- La Unión de Asociaciones de Personal Académico (UAPA) entregó la Presea Rafael Nieto Compeán a los profesores con más de 28 años de servicio docente.
- El rector y funcionarios sostuvieron una reunión de trabajo con el director general del Conacyt, doctor Enrique Cabrero Mendoza, a quien le presentó tres proyectos nacionales y de desarrollo institucional en el ámbito de la investigación.
- Se celebró el 70 aniversario de la Facultad de Ingeniería, los 30 años de los campus universitarios de Ciudad Valles y RioVerde, y los 60 años del Instituto de Investigación de Zonas Desérticas.
- El arquitecto Manuel Villar fue designado presidente del Consejo Directivo del Centro Nacional para la Evaluación de la Educación Superior (Ceneval).
- El rector fue elegido presidente del Polo Académico SanLuis, que agrupa a 15 instituciones educativas y organismos empresarial de la entidad.
- Se recibió al embajador de la Comunidad Europea para concretar acuerdos de colaboración.

Son muchos más los logros, avances, crecimiento en infraestructura física y humana, porque ahora son seis los campus universitarios que cubren las necesidades de educación superior en todo el territorio del

estado. Se dice pronto, pero ha requerido del esfuerzo y la coordinación de toda la comunidad universitaria, integrada en nuestros días por más de 30 000 personas entre funcionarios, personal académico, trabajadores y estudiantes.

Construcción del Plan Institucional de Desarrollo 2013-2023

En las últimas dos décadas, la Universidad Autónoma de San Luis Potosí ha estado inmersa en un intenso proceso de superación institucional que le ha permitido mejorar continuamente el desempeño de las funciones que la sociedad potosina le ha encomendado.

Para ello ha contado con instrumentos formulados a través de la participación de la comunidad universitaria que han precisado el rumbo institucional y orientado la toma de decisiones, así como la formulación de proyectos y acciones en todos los ámbitos del quehacer institucional. Entre ellos cabe mencionar el Plan Institucional de Desarrollo (PIDE) 1997-2007 y el Programa Integral de Fortalecimiento Institucional (PIFI), el cual fue formulado por primera vez en el año 2001 y actualizado constantemente durante el periodo 2002-2012.

El PIDE 1997-2007 estableció el rumbo a seguir en el periodo de su vigencia, 74 objetivos estratégicos asociados a alumnos, personal académico; oferta educativa y diseño curricular; investigación y posgrado; extensión, difusión y vinculación; estructura orgánica y clima organizacional, y 23 políticas y 12 programas institucionales para alcanzar los 74 objetivos estratégicos y hacer realidad la Visión de la UASLP.

Por su parte, en el marco del Programa Integral de Fortalecimiento Institucional y los Programas de Desarrollo de las Dependencias de Educación Superior (Prodes), así como del Programa de la Gestión (Proges), asociados al PIFI, la universidad implementó, en el periodo 2001-2007, las políticas del PIDE 1997-2007, fijó metas y desarrolló

un conjunto de proyectos financiados, cuyo propósito fue alcanzar los objetivos estratégicos establecidos en el PIDE.

A partir de 2008, y ante la pérdida de vigencia del PIDE, la actualización bianual del PIFI, a través de ejercicios participativos de planeación, le permitió a la UASLP continuar desarrollando sus procesos de superación institucional y fijándose metas que ha podido alcanzar a través de la implementación de políticas, estrategias y proyectos financiados por la SEP.

El proceso de cambio y transformación institucional que ha experimentado la universidad desde 1997 ha seguido de manera consistente, la ruta establecida por el Diamante del Cambio formulado por S. Halmi (Figura 1).



Figura 1. Diamante del cambio.

El diamante del cambio parte de que la universidad cuenta con un proyecto de futuro (visión) en el cual se plasman las aspiraciones de la comunidad. Para hacerlo realidad, ésta fija un conjunto de objetivos y una estrategia de renovación (políticas, programas institucionales y estrategias) cuya implementación articulada y coherente en todos los ámbitos del quehacer institucional da como resultado la mejora en el

rendimiento y el fortalecimiento de las capacidades para el mejor cumplimiento de las funciones asignadas a la universidad .

Tal y como puede constatarse de los informes anuales de la Rectoría, en el periodo 1997-2012, la implementación de las políticas y estrategias institucionales que contienen el PIDE 1997-2007 y las distintas versiones del PIFI en el periodo 2001-2012, enmarcadas en un proyecto de Visión, han tenido un impacto significativo en el proceso de transformación institucional, tal y como lo prevé el Diamante del Cambio. Entre otros aspectos, cabe señalar la importante evolución, desde 1997, del número de profesores que cuentan con un posgrado, particularmente de aquellos que poseen el doctorado, de los que forman parte del Sistema Nacional de Investigadores, de los que cuentan con el reconocimiento del perfil deseable de un profesor universitario (PROMEP) y los cuerpos académicos consolidados y en una fase avanzada del proceso de consolidación.

Asimismo, la Universidad ha logrado, en el mismo periodo, que todos sus programas educativos evaluables a nivel licenciatura cuenten con el reconocimiento de su calidad por los esquemas vigentes de evaluación y acreditación, el registro de 61% de los programas de posgrado en el Programa Nacional de Posgrados de Calidad del Conacyt y una importante ampliación y modernización de la infraestructura física y del equipamiento de apoyo al trabajo de profesores, estudiantes, personal administrativo y directivo.

Lo anterior ha dado lugar a que la Universidad haya recibido de la SEP, desde 2004 y de manera anual hasta 2012, el Reconocimiento a la Excelencia Académica. También ha propiciado un importante fortalecimiento de su capacidad y competitividad académicas que requieren ahora consolidarse e incrementarse para atender áreas de oportunidad y alcanzar escenarios de mayor desarrollo institucional que le permitan

a la Universidad una participación más activa y proactiva en la atención de problemas locales y regionales que contribuyan a mejorar el nivel de desarrollo humano de la sociedad potosina y del país, bajo nuevos paradigmas y enfoques, enmarcados en la Responsabilidad Social Universitaria, así como responder a las tendencias internacionales de la formación profesional y ciudadana y de la educación superior.

Debido a la importancia de todo lo anterior, la Rectoría inició a finales de 2012, un proceso participativo de planeación estratégica para la construcción del plan Institucional de Desarrollo 2013-2023 con el propósito de seguir contando con una guía explícita para el desarrollo de programas, proyectos, objetivos y acciones para la toma de decisiones, que de manera articulada y coherente, propicien la mejora continua y el aseguramiento de la calidad de las funciones de la UASLP así como el logro de las aspiraciones de su comunidad, enmarcadas ahora en un proyecto de Visión al año 2023.

La formulación de este plan se llevará a cabo a través de una metodología que se describe en el siguiente apartado. La participación de la comunidad universitaria en el proceso de construcción del mismo resulta de particular relevancia para lograr los consensos necesarios que sustenten en los próximos diez años, el trabajo articulado de todos los universitarios en el logro de un objetivo común.

El PIDE deberá considerarse como un instrumento flexible y por tanto adaptable a la evolución del contexto interno y externo de la Universidad, manteniendo su orientación estratégica. Éste constituirá la carta de navegación de la UASLP para transitar de la situación que actualmente guarda la institución (escenario de partida) al escenario deseable (Visión 2023), a través de la implementación de la estrategia de transformación que en él se establezca.

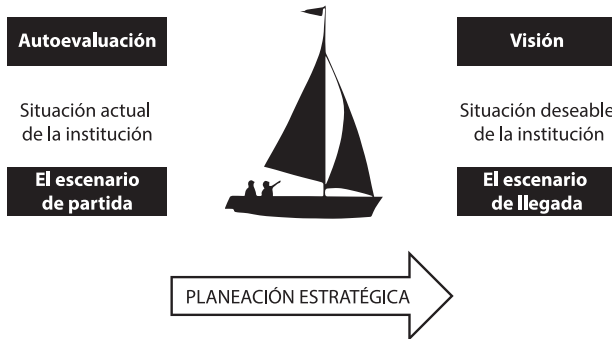


Figura 2. El PIDE 2013-2023, la carta de navegación de la UASLP.

El proceso de formulación del Plan de Desarrollo Institucional 2013-2023.

El proceso de formulación del PIDE 2013-2023 se llevó a cabo a través de cuatro fases, cuyos objetivos estaban perfectamente definidos. No se podía transitar de una fase a la otra hasta que los objetivos de cada una hubieran sido plenamente logrados para asegurar la mayor consistencia y coherencia interna del plan. A continuación se describen los objetivos de cada fase:

- I. Formulación de la Misión, Valores, Principios y Visión UASLP 2023 (ocho escenarios de llegada). La Misión representa el deber ser de la institución, mientras que la Visión da cuenta del escenario deseable de futuro en el que quedan plasmadas las aspiraciones de la comunidad universitaria, que se pretenden hacer realidad en el año 2023.
- II. Construcción del escenario de partida. Diagnóstico institucional.
- III. La estrategia de transformación institucional. Formulación de políticas, estrategias y programas para el periodo 2013-2023 que contribuyan a hacer realidad el proyecto de Visión 2023.

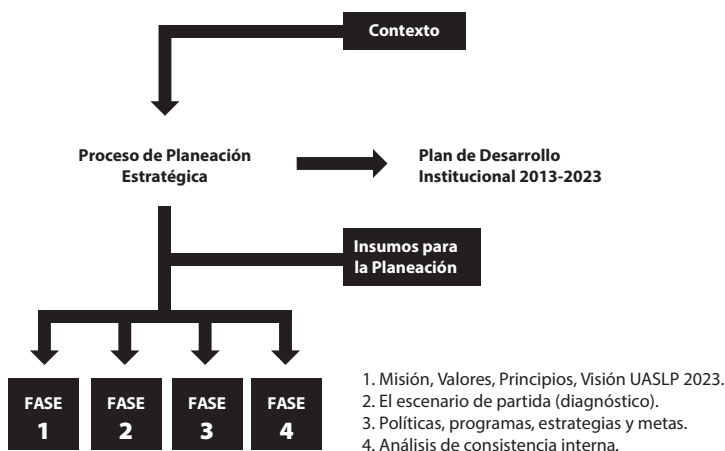


Figura 3. Proceso de formulación del PIDE 2013-2023.

IV. Análisis de consistencia interna del plan y, en su caso, adecuación de elementos de la estrategia de transformación para propiciar el cumplimiento de la Misión y el logro de la Visión 2023.

El proceso de planeación contará con una serie de documentos de apoyo —insumos— que son de interés para el análisis, discusión y formulación de iniciativas para la construcción del PIDE 2013-2023. Estos documentos permitirán, en particular, contar con información sobre el contexto interno y externo de la universidad, así como las tendencias de la educación superior en México y en el mundo. También contribuirán a identificar las demandas que sobre las universidades genera la evolución de un contexto complejo de la educación superior en permanente evolución.

Los documentos insumo de la reflexión que podrán consultarse son:

- El Programa Integral de Fortalecimiento Institucional (PIFI) 2012-2013.

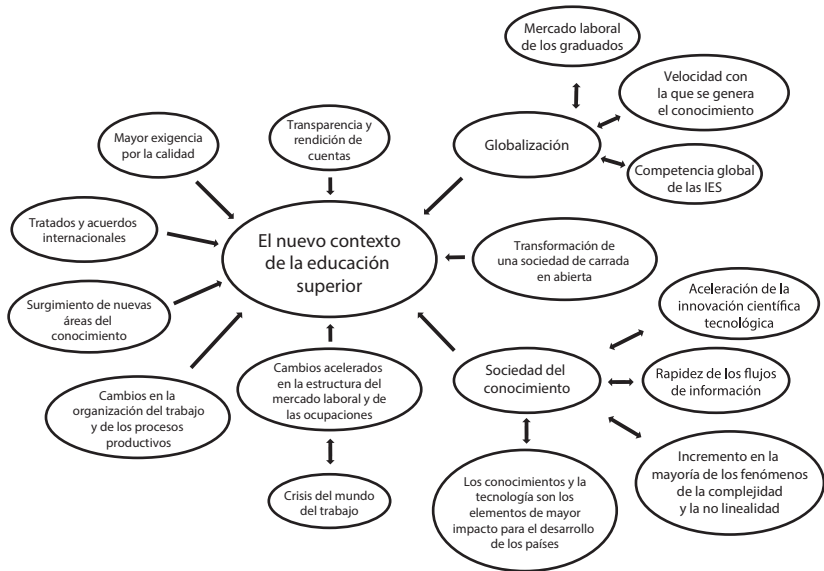


Figura 4. Contextos de la educación superior.

- El Plan Estatal de Desarrollo 2009-2015 del Gobierno del Estado de San Luis Potosí o una reflexión sobre el futuro de la UASLP
- El documento en el que se presentan los aspectos que caracterizan a una universidad socialmente responsable.
- La propuesta de trabajo 2012-2016 del rector, maestro en arquitectura Manuel Fermín Villar Rubio.
- El Informe 2012 de la Rectoría de la universidad.
- La presentación en formato PowerPoint que da cuenta de diferentes aspectos que caracterizan el contexto externo de la educación superior y sus tendencias. A continuación se describen por su importancia, algunos de ellos de manera breve:
- Contexto externo de la UASLP.

Proceso de globalización: La globalización tiene impacto en la educación, principalmente en cuatro áreas:

- En la organización del trabajo y en los tipos de trabajo que la gente desarrolla, lo que exige niveles más altos de educación y la actualización permanente de profesionales en activo en programas y cursos *ad hoc*.
- En la mejora continua y el aseguramiento de la calidad de los sistemas educativos de acuerdo con criterios y los más altos estándares internacionales.
- En la virtualización de la educación, con el doble propósito de expandir los servicios educativos para ampliar las oportunidades de acceso de la población y acercar a los estudiantes a las tecnologías de la información y la comunicación.
- En la conformación de redes globalizadas de todo tipo que tienen un impacto relevante en el desarrollo social y económico de los países y en la transformación de la cultura mundial.

Mercado laboral: sobre todo el de los egresados de las universidades se encuentra en un proceso de globalización que genera nuevos requerimientos formativos, lo que incide de manera directa en el funcionamiento de las instituciones. La estabilidad relativa de las profesiones, típica del siglo XX, asociada a unos conocimientos constantes y a un entorno específico, ya no es la situación imperante en la actualidad.

El proceso de globalización en curso demanda de las universidades contar con modelos educativos de educación integral que permitan formar profesionales con los perfiles requeridos e identificar los retos de la globalización así como los riesgos y oportunidades que dicho proceso supone para la cohesión social y la identidad nacional.

El desarrollo de la sociedad del conocimiento

En la actualidad, el conocimiento es reconocido como el nuevo activo de las naciones para sustentar su desarrollo y competitividad, así como para el bienestar social e individual.

Los factores que determinan la ventaja competitiva de los países se agrupan en cinco factores: recursos humanos (calidad y calificación), físicos, de conocimiento, de capital y de infraestructura. Esta realidad plantea a las universidades nuevas y cambiantes demandas de formación.

La evolución que muestran los puestos de trabajo a modelos de producción de alto rendimiento, demanda que los trabajadores posean nuevas competencias no consideradas en los esquemas tradicionales de educación y formación profesional.

El rol de la universidad en la sociedad del conocimiento será mucho más importante que en la era industrial. Esta deberá proporcionar formación a lo largo de la vida. Una universidad como ésta tiene nuevos objetivos y nuevos modos de organización y funcionamiento.

Tal y como lo señala la Declaración Mundial sobre la Educación Superior de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO, por sus siglas en inglés 1998), en los países en vías de desarrollo se requiere de instituciones educativas sólidas, con la capacidad para formar una masa crítica de personas calificadas y cultas como condición necesaria para garantizar un auténtico desarrollo sostenible que conduzca a acortar las brechas que los separan de los países desarrollados. Éste es el reto que la emergencia de la sociedad del conocimiento impone a la educación superior en los países en desarrollo como México, sin renunciar a su fundación crítica y a su compromiso social.

Los requerimientos de la formación universitaria

Diversos estudios realizados en Europa y Latinoamérica, basados en la metodología Tunning Gines Mora, han demostrado que los empleadores solicitan de los egresados universitarios, en adición a los conocimientos teóricos y técnicos esperados, un conjunto de competencias



Figura 5. Competencias generales requeridas en el mundo laboral.

generales, independientemente de los estudios que realizaron. Estas competencias se presentan en la figura 5.

Recientemente Manpower Group publicó el reporte Escasez de Talento en el Mundo en el cual se da cuenta de que en los países de los diferentes continentes existe una escasez de profesionales con las competencias requeridas para ocupar puestos específicos. En México en particular, 43 % de los empleadores enfrentan dificultad para cubrir puestos de sus empresas. Entre las causas encontradas en Latinoamérica se encuentran:

- Falta de solicitantes disponible. 36 %
- Falta de competencias técnicas y específicas o falta de experiencia, 31 %
- Búsqueda de un sueldo mayor. 19 %
- Falta de competencias generales, 15 %

Las competencias generales de los profesionales, consideradas fundamentales por los empleadores, son equivalentes a las previamente

encontradas a través de los estudios que han utilizado la metodología Tunning:

- Entusiasmo/Motivación.
- Puntualidad.
- Habilidades interpersonales en atención al detalle
- Trabajo en equipo
- Flexibilidad/Adaptabilidad
- Hacer frente a la ambigüedad/complejidad (resolución de problemas, toma de decisiones)
- Mentalidad de aprendizaje
- Pensamiento analítico/crítico

La exigencia por la formación de profesionales que cuenten con estas competencias requiere de las universidades privilegiar la práctica educativa basada en la implementación de modelos educativos centrados en el aprendizaje de los estudiantes y el diseño de programas educativos en los que participan actores externos y que consideren —entre otros aspectos— actividades en escenarios reales de aprendizaje, así como la participación de los estudiantes en el desarrollo de proyectos que atiendan problemas complejos de la realidad.

En este tipo de modelo educativo, el papel del profesor se transforma en un facilitador de los aprendizajes de los estudiantes y promotor de actividades que propician su formación integral. Por su parte, el estudiante debe reconocer su responsabilidad en el proceso de aprendizaje y la necesidad de desarrollar competencias que le permitan no sólo incorporarse al mundo laboral de la sociedad del conocimiento, sino permanecer en él, adaptándose a los cambios que en éste se produzcan.

Los cambios sociales

Los cambios sociales que tienen impacto en la práctica educativa y en

el diseño e implementación de programas educativos en las instituciones de educación superior son:

- Aceleración del cambio tecnológico.
- Aceleración del desarrollo de las tecnologías de la información y comunicación.
- Puesta en tela de juicio de las identidades tradicionales y nueva dialéctica entre identidad global e identidad nacional, regional o local.
- Multiplicación de los casos de integración económica total o parcial.
- Globalización de lo político y cultural.

Estos cambios, en general complejos, demandan a las universidades una gran capacidad de innovación para asegurar su participación y contribución efectiva al entendimiento de los mismos, así como para responder a las demandas que ellos generan sobre el desarrollo de las funciones universitarias, en particular sobre la formación universitaria y la generación y aplicación del conocimiento socialmente pertinente.

La responsabilidad social universitaria

La actualidad demanda de las universidades una mayor y más oportuna contribución con los más altos estándares de calidad a la mejora continua del nivel de desarrollo humano de la sociedad, en especial de aquella localizada en su zona de influencia. Esto requiere transitar a un paradigma orientado por lo colectivo y lo social, y la focalización de esfuerzos institucionales para contribuir de manera efectiva al desarrollo local y regional, en el marco de un concepto renovado de Responsabilidad Social Universitaria, que implica la adopción de un compromiso público con los intereses generales de la sociedad de la que forma parte.

Una universidad socialmente responsable es considerada en la actualidad como aquella que:

UN CAMBIO DE PARADIGMA A LO COLECTIVO Y LO SOCIAL



Figura 6. Un nuevo paradigma de la educación superior.

- Toma permanentemente conciencia de su realidad, del entorno y de su contribución en el mismo.
- Anticipa las necesidades del entorno y responde a ellas de manera oportuna, eficaz y con un fuerte sentido ético.
- Constituye una comunidad en donde el estudiante aprende a través de cursar un programa educativo, pero también aprende de ella los principios, normas y valores ciudadanos.
- Constituye un espacio público de aprendizaje y ejercicio ciudadano.
- Toma conciencia de los impactos educativos, cognitivos, internos y externos de su quehacer, y actúa de manera justa y responsable, en el marco de la sostenibilidad local y global.
- Aporta oportunamente iniciativas con altos niveles de calidad y pertinencia para la formulación y aplicación de políticas públicas que contribuyan a mejorar el nivel de desarrollo humano de la sociedad.
- La responsabilidad social universitaria comprende tres ámbitos: la gestión socialmente responsable de la formación, del

conocimiento, de la cultura, y de la institución en su conjunto (campus responsable).

En el ámbito de la gestión socialmente responsable de la formación, el principio fundamental es la formación de ciudadanos socialmente responsables, promotores de la paz, la justicia social, los derechos humanos y la democracia, conscientes de su papel en el desarrollo sustentable global y con amplias y sólidas capacidades para el entendimiento holístico de la realidad; interaccionar con la sociedad y con espíritu

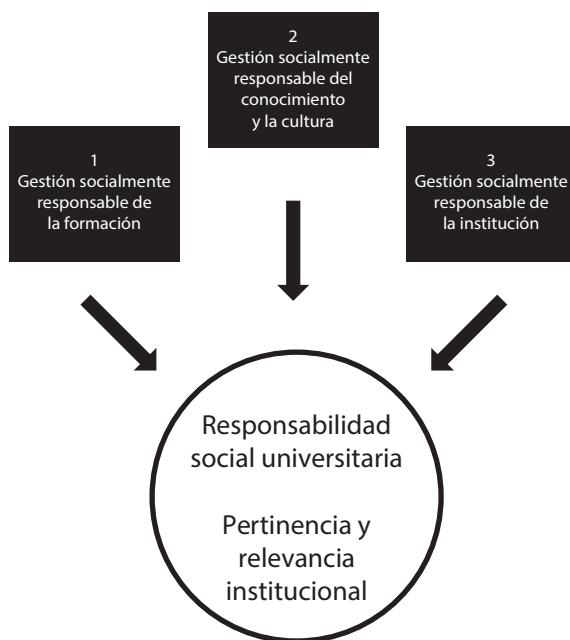


Figura 7. Los ámbitos de la responsabilidad social universitaria.

crítico; construir sistemas sociales inclusivos y justos, con criterios éticos; reconocer, entender y respetar las diferentes culturas y participar activamente en el desarrollo de su comunidad.

Lo anterior demanda de las universidades, entre otros aspectos, privilegiar el aprendizaje sobre la enseñanza en su práctica educativa, impulsar el aprendizaje basado en problemas reales, la incorporación de contenidos socialmente útiles y la dimensión internacional en los programas educativos.

En el ámbito de la gestión socialmente responsable del conocimiento y la cultura, el principio fundamental consiste en equilibrar, en el desarrollo de estas funciones, la implementación de proyectos que tengan como objetivo generar y aplicar conocimiento económicamente pertinente con aquellos que persiguen la generación y aplicación del conocimiento socialmente útil.

La universidad debe promover, entre otros aspectos, la democratización del acceso al conocimiento y la cultura y su utilidad social, en particular entre grupos en condición de desventaja; el desarrollo de proyectos relacionados con problemas relevantes y complejos del desarrollo social y económico; la integración de la función de extensión con la formación profesional y ciudadana y la investigación, la incorporación de actores sociales y empresariales en el diseño, seguimiento y evaluación de proyectos para propiciar su relevancia y pertinencia.

El ámbito de la gestión socialmente responsable de la institución (campus responsable), el principio fundamental es la congruencia entre el discurso institucional y lo que realmente se hace como un elemento indispensable para lograr la credibilidad de las acciones institucionales y el respeto y aprecio de la sociedad.

La universidad debe promover la práctica cotidiana de valores, principios y buenos hábitos comunes que forma a la persona; el respeto a los derechos humanos, la no discriminación, la equidad y el comportamiento ético de los miembros de la comunidad universitaria en el desarrollo de sus funciones. Impulsa la gestión del desarrollo sustentable global; la mejora continua y el aseguramiento de la calidad de sus programas académicos y procesos de gestión; la construcción permanente de esquemas efectivos de vinculación con la sociedad; el desarrollo de actividades que contribuyen a atender necesidades sociales del entorno con los más altos estándares de calidad y con un profundo sentido ético, y formula de manera oportuna iniciativas pertinentes de política que contribuyen a elevar el nivel de desarrollo humano de la sociedad.

La propuesta de trabajo del maestro en arquitectura Manuel Fermín Villar Rubio

La propuesta del Rector toma en consideración los siguientes fundamentos:

- La universidad debe ser un espacio donde se cultive la universalidad de las ideas y un espacio de libertad de expresión y de pensamiento.
- La universidad es un lugar en el que es posible hacer iguales a los desiguales a partir del conocimiento, la habilitación y la generación de actitudes basadas en el saber hacer y da acceso a quienes no lo tienen.
- Con una posición de humanismo, ha de fijarse al hombre como fin en el trabajo de la universidad, pensando en un beneficio social directo o indirecto para una vida que fomente el bien común.
- La universidad es servidora de la sociedad y deberá atender a sus necesidades, comenzando obligadamente por las elementales.
- La universidad es la suma de todas las habilidades y los conoci-

mientos de su comunidad, que organizadas bajo un modo estructurado, logrará potenciales aún mayores a los que se puede llegar desde una visión dividida.

- La credibilidad es un factor clave en la vida institucional y en el rol que se pueda tener en la comunidad y sociedad a la que se sirve.
- El trabajo conjunto para una mayor posibilidad de servicio a la sociedad (beneficio social). La universidad vista bajo el concepto de red y sistema.
- Asociación de las partes para un beneficio integral.
- La investigación en función de necesidades reales de la sociedad, la docencia, dirigida a satisfacer las demandas de cada lugar y región, así como de su medio social y productivo.

Y el siguiente proyecto de Visión de la UASLP:

- Una universidad integrada a la comunidad, aceptada, tomada en cuenta y adaptada a la realidad local, nacional y mundial.
- La universidad ha de ser líder en campos estratégicos para México, que se consolide como motor de cambio social, con un rol prominente en el desarrollo de la región, con una participación activa en la vida de la sociedad.
- Pertinencia de la difusión de la cultura para el progreso gradual de la comunidad.
- Una universidad con fuerte participación y colaboración en proyectos sociales en los que se atienda e impacte a grupos vulnerables y se beneficie a las microempresas del estado.
- Una universidad líder en procesos de fortalecimiento de organizaciones comunitarias mediante programas de investigación específicos.
- Una universidad con estrategias productivas y participativas para conseguir fondos públicos y privados, sin comprometer su autonomía.

La primera fase del proceso de formulación del PIDE 2013-2023

El proceso de planeación asociado a la primera fase de la construcción del Plan Institucional de Desarrollo 2013-2023 inició a finales del año 2012, con el trabajo del grupo directivo bajo la conducción del maestro en arquitectura Manuel Fermín Villar Rubio.

A continuación se detalla la propuesta de Misión, Valores, Principios y Visión 2023 de la UASLP que ese grupo formuló con el propósito de que la comunidad cuente con un primer documento sobre el cual pueda reflexionar y hacer sus aportaciones, lo que seguramente dará lugar a su enriquecimiento.

Es importante para el análisis del documento, llevar a cabo primero una lectura integral del mismo. Recordar además, que el proyecto de Visión proyecta los rasgos (características) que deberá tener la universidad como un todo en el año 2023. Es decir se cuenta con 10 años para hacerlos realidad con el esfuerzo y dedicación de los universitarios, en el marco de la estrategia de transformación que se formulará en la tercera fase del proceso de planeación para la construcción del PIDE 2013-2023.

Las aportaciones de la comunidad fueron analizadas, sistematizadas y, en su caso, incorporadas al proyecto original por la Secretaría de Planeación de la universidad, tomando como base la búsqueda de consensos. A partir de ello se obtuvo el proyecto de Misión, Valores, Principios y Visión UASLP 2023 que se sometió a la aprobación del Honorable Consejo Directivo Universitario.

Aprendo asuntos del Agua

El ingeniero Ricardo Garza Blanc me invitó a colaborar en el Organismo Operador de Agua Potable y Saneamiento (Siapas) y le pedí, como las señoritas de antes, que me diera unos días para pensar la respuesta. Cuando acudí a informarle de mi aceptación me preguntó sorprendido: —¿y deja el periódico?

—No, porque me bastan dos horas para leer los diarios y hacer una evaluación del entorno. Quizá dos horas más para elaborar el boletín informativo y distribuirlo entre los diferentes medios de comunicación. Yo sería un colaborador de medio tiempo.

El ingeniero Garza aceptó de buena gana. Es un profesionalista muy centrado y dueño de un carácter abierto, animoso, con una extraordinaria capacidad técnica y administrativa. Sin nombramiento, me asignó el puesto de director de Comunicación Social y me instruyó para coordinar mi labor con la del administrador, el ingeniero Salvador Soto, hombre de carácter recio y observador estricto de las reglas en todos los órdenes, tanto en su vida personal como en el desempeño de su cargo.

Nos entendimos muy bien los tres, gracias al papel moderador y de alto sentido común del ingeniero Garza. Quizá el único desacuerdo que yo tenía con el ingeniero Soto era su exigencia para que todo el mundo pagara por el suministro del vital líquido. En alguna ocasión, una mujer de edad muy avanzada y de condición humilde, subió trabajosamente las escaleras del edificio para llegar a nuestros cubículos a pedir un descuento en su recibo, descuento que debía autorizar el administrador, quien se limitó a ordenarle con sequedad que pagara. Yo saqué dine-

ro de mi bolsillo y completé la cantidad requerida a la viejecita. Por lo demás, el ingeniero era una buena persona y un funcionario eficiente.

Una de las primeras medidas que puse en práctica fue la de eliminar el sistema que se aplicaba en materia de Comunicación y que consista en pagar por cada información que se proporcionaba a los periódicos. Hice saber a los representantes de los medios de comunicación masiva que Siapas enviaría todos los días un boletín informativo y que su publicación quedaba a la consideración del director o jefe de Información, de modo que el que no la publicara perdía la nota.

Ricardo Garza, ingeniero geólogo bien informado y con mucho sentido común, se abstuvo de prevenirme que yo estaba a prueba, aunque me hizo examinar debidamente por José Alfredo Alonso, director de Recursos Humanos, encargado de contratar al personal y recabar la documentación correspondiente. El jefe de recursos humanos no intervino para nada, pero a los tres meses supe no sólo que había aprobado los exámenes, sino que se me incorporó a la nómina con una cuenta bancaria y con nombramiento oficial como director de Comunicación Social. Desde el principio, mi trato con el ingeniero Garza era más como amigos que como jefe y subordinado, lo que yo le agradecía desempeñando mi trabajo con eficiencia y lealtad.

Mi primera misión en lo que respecta a aprendizaje consistió en asistir a un curso sobre comunicación social en Puerto Vallarta, del que regresé con el diploma respectivo y un enriquecedor cúmulo de aprendizaje, porque se organizaron mesas de trabajo en las que analizamos problemas y propusimos posibles soluciones sobre la marcha, entre directores de comunicación de organismos operadores de agua de todo el país.

Óptimo aprendizaje

El ingeniero Garza aceptaba todas las invitaciones provechosas a

reuniones informativas, de estudio, análisis y reflexión, orientadas a facilitar la labor de los organismos operadores de agua y optimizar los recursos humanos, técnicos y financieros. Fue así como acudimos a reuniones en Veracruz, Michoacán, Cancún, Monterrey, Guadalajara, Nayarit y otros lugares donde conocimos los sistemas de operación, abastecimiento de agua, administración y financiamiento. Supimos en qué proporción contaban con agua de pozos y cuánta utilizaban de fuentes superficiales, así como los porcentajes de facturación y recuperación.

En Nayarit, el pueblo hacía mofa del gobernador utilizando un juego de palabras con su apelativo y el de la guatemalteca Rigoberta Menchu, ganadora de un Premio Nobel, llamándolo “El Menchu” (menso) de Rigoberto, pero cuando pronunció su discurso de bienvenida a los representantes de organismos operadores de agua, nos dimos cuenta de que el nayarita no tenía nada de “Menchu”, porque fue el único —en todas nuestras giras de trabajo— que propuso mantener en su puesto al director del organismo operador de agua, aún después de que el gobernador o el presidente municipal hubieran concluido el periodo para el que fueron electos, si demostraban ser eficientes y honestos, pero con la opción de mandarlos a sus casas a los pocos meses de desempeñar el puesto si no cumplían con esos requisitos. Excelente e irrefutable propuesta.

Como fruto de su capacidad, experiencia y conocimientos sobre fuentes de abastecimiento, administración y finanzas en asuntos de agua potable, drenaje y saneamiento, notablemente enriquecidos y demostrados en las reuniones de trabajo, el ingeniero Ricardo Garza fue electo presidente de la Asociación Nacional de Empresas de Agua y Saneamiento (Anaes), y con ese carácter asistimos a una reunión nacional efectuada en la ciudad de Monterrey, Nuevo León, donde se alcanzó el buen éxito esperado, muy por encima de las expectativas.

El ingeniero Garza tuvo la oportunidad de ser recibido en una entrevista por el gobernador del estado, quien se sintió tan a gusto que le contestó con una broma a la pregunta acerca de si se sentía bien en el cargo.

—Duermo como un niño, le informó el mandatario riendo.

—¿Cómo puede ser eso? Preguntó incrédulo el visitante.

—Sí, a cada rato despierto gritando como un niño: ¡Mamá!

Discurso ante el presidente Zedillo

En otra ocasión, y en su carácter de presidente de Anaes, el ingeniero Garza pronunció un conceptuoso discurso en un acto oficial encabezado por el presidente Ernesto Zedillo Ponce de León en la ciudad de León, Guanajuato, y en presencia de la inteligente funcionaria Julia Carabias, discurso que le fue premiado con prolongados y nutridos aplausos de la numerosa concurrencia.

El ingeniero y yo habíamos vivido ya una valiosa experiencia participando en un congreso internacional sobre agua potable, que tuvo lugar en la ciudad de Las Vegas, Nevada, Estados Unidos, con más de dos mil delegados de todo el mundo y en el que se puso de manifiesto la gravedad del problema en muchas naciones de todo el orbe, pues hay lugares en donde los campesinos carecen del indispensable elemento siquiera para asegurar una cosecha, como ocurre en algunos lugares del Oriente Medio, África y el Centro y Sur de América, sin exceptuar determinadas regiones de la República Mexicana donde la sequía se prolonga durante muchos meses y miles de animales mueren por falta de agua, además de que no se levantan suficientes cosechas y agricultores y ganaderos producen apenas lo suficiente para su propia supervivencia.

Supimos de las medidas que se aplican en Europa y Estados Unidos para prevenir la escasez de agua y administrarla adecuadamente. Pero también nos persuadimos de que muchas de esas medidas son sencillamente inaplicables en nuestro territorio. En fin, que a lo largo de más de un lustro tuve estrecho contacto y amplios conocimientos sobre la problemática del agua en todo el mundo. Por eso cuando un conferenciante pronosticó que “las próximas guerras van a ser por el agua”, estuve inmediatamente de acuerdo y pronto vi que se hacía realidad el vaticinio por las disputas que se registraron en Nuevo León, Tamaulipas y Sonora entre agricultores que se enfrentan al peligro de otros productores de sus respectivas zonas les roben el vital elemento, un fenómeno social que es urgente prevenir con base en los recursos naturales disponibles y en estudios técnicos, científicos y sociológicos adecuados a cada país, región y comunidad.



Función social del periodismo

El periodista tiene tres obligaciones primordiales e ineludibles: primera, estar bien informado; segunda, despojarse de miedos, prejuicios y cargas emocionales negativas, y tercera, entregarse al oficio por vocación, que se demostrará por su amor al prójimo y la firme defensa de la libertad, la verdad, la razón y la justicia.

Un buen periodista no está bien informado si no se identifica con las más caras y legítimas aspiraciones de su tiempo, su generación y su comunidad, que es a la primera que sirve. Puede ir un paso adelante, pero jamás un paso atrás. Una de sus obligaciones es identificar con claridad y perspicacia las tendencias políticas, económicas, culturales, artísticas, sociales y deportivas de su tiempo, y dar a todas las expresiones un manejo imparcial y humanitario. Conocerá todos los temas y los abordará con espíritu creativo y sin temor a innovaciones que a primera vista pudieran parecerle audaces. Para alcanzar este objetivo deberá leer el mayor número posible de diarios y escuchar y mirar los noticieros radiofónicos y televisivos con un propósito informativo. Su espíritu estará siempre abierto a todas las ideas y todas las propuestas.

Con una pequeña dosis de sagacidad y juntando datos de apuntes que habíamos reunido durante meses, nosotros los periodistas pudimos predecir el fracaso de la globalización. Ya antes habíamos comentado que no debíamos temerle por su carácter de temporalidad.

En enero de 2007 escribimos: “La globalización es un tren de alta velocidad que avanza incontenible sobre una sola vía, sin estaciones intermedias y sin mirar a los lados ni tomar en cuenta al hombre; sólo

mira hacia arriba adorando al becerro de oro. Acabará descarrilándose cuando se le acabe la vía”. La globalización fracasó a mediados del año siguiente con la quiebra de Lehman Brothers.

Lo que no pudimos predecir fue que los globalizadores jamás pensaron en ceder y corregir el rumbo. Les ganó la codicia y se limitaron a añadir un tramo postizo a la misma vía, consistente en un Fobaproa internacional que sólo les servirá para retrasar artificialmente el día del sepelio.

El salvavidas de este meganaufragio tiene muchos agujeros; ya pudimos verlo en Grecia, España, Irlanda, Francia y otros puntos del artefacto. Los responsables del hundimiento tratan de agarrarse de China e India, pero esas naciones no podrán cargar con el muerto. Ninguna podría con tan pesado fardo.

Para cumplir con la segunda obligación, el periodista no dará cabida a temores frente a riesgos y peligros verdaderos o imaginarios, inmediatos o de largo plazo. Sólo los locos y los temerarios no sienten miedo, pero el periodista deberá ser valiente por naturaleza y, si carece de ese don, está obligado a vencer el miedo cuando las circunstancias lo ameriten. Un periodista miedoso es presa fácil de los caciques, los demagogos y los que están al acecho para corromper. Los prejuicios y las cargas emocionales negativas, constituyen un freno y un límite a la libertad y el quehacer del periodista. Es necesario despojarse de esas cargas para servir mejor a nuestros semejantes con la condición de ser siempre el mismo para que nuestros lectores sepan a qué atenerse. *Gnoti seauton*, inscribieron los griegos en el frontispicio del Oráculo de Delfos: “¡Conócete a ti mismo!”.

Pero el periodista no es invulnerable, sólo unos pocos somos de fierro. En los momentos de flaqueza hará bien en solicitar la asistencia del

gran hacedor del universo o de la potencia sobrenatural de su confianza. Así dotará a sus pilas de una recarga positiva. Todos somos pecadores, pero hay de pecados a pecados y si uno no está libre de culpa, que por lo menos las faltas propias sean veniales.

El buen periodista lo es por vocación, una vocación que puede, incluso, empujarlo al sacrificio cuando defiende principios éticos y morales. Pondrá su pluma, inteligencia, cámara, micrófono y corazón al servicio de la verdad, la justicia y la razón. El periodista es la voz de los que no son escuchados y la espada de los oprimidos. Alza su voz por los que callan y pelea por los débiles. Es antorcha, motor y guía de los que titubean en la encrucijada, y es la luz de quienes cayeron en las garras del oscurantismo y la ignorancia; de aquellos que piensan que han perdido el rumbo.

El buen periodista hace crítica constructiva con enfoque social; plantea y propone soluciones a los conflictos y problemas de la comunidad, con lo que sirve a su municipio, al estado y al país. Desafortunadamente, en nuestros días vivimos una etapa que empuja a algunos a servir a intereses ajenos a los principios del periodismo. Hay comunicadores que abordan los problemas del día con una superficialidad impresionante. En lugar de informar, especulan, y en lugar de orientar, asustan. Muerden el rábano por las hojas y en lugar de denunciar la causa de la manifestación, acusan a los inconformes de que obstruyen el libre tránsito y lesionan los derechos de terceros. Pareciera que el periodista hubiese renunciado a su función primordial, que es la de informar, orientar y formar opinión.

Algunos fustigan y exhiben a los oprimidos, por eso la gente se refugia en las redes sociales, en las que hasta se excede en el uso de la libertad para exponer sus opiniones y puntos de vista; crítica con rudeza a comunicadores, medios de comunicación y a las instituciones que

dejaron de cumplir su cometido histórico. No es que los usuarios de las redes se hubiesen ganado el lugar, nosotros se lo cedimos, y como las redes cubren un campo internacional, pronto se convertirán en el principal medio de comunicación entre los seres humanos, prescindiendo de aquella parte del periodismo que se traicionó a sí mismo. Cualquiera puede pesar y medir en esas redes el alto grado de indignación de una sociedad ofendida y decepcionada. La clase dirigente, los partidos políticos, los políticos y algunas instituciones antes merecedoras de credibilidad y respeto, son blanco de diatribas y reclamos de los usuarios. No obstante, qué saludable resulta —desde el punto de vista político y social— que el pueblo cuente con esos canales de desfogue en lugar de que la presión reviente la olla.

Insistimos: el sistema económico, político y social que predominó en esta etapa de la humanidad ha cumplido su ciclo. En lo que respecta a la economía, que Juan Pablo II calificó de capitalismo salvaje, la característica ha sido la práctica del axioma de Plauto: *Homo homini lupus*, la explotación del hombre por el hombre. La economía basada en el monetarismo, la codicia y un comercio mundial desventajoso para la mayoría agotó sus recursos.

La política ha sido desnaturalizada por los que viven de ella. No se busca el bien común, aunque hipócritamente se predica. Hace mucho tiempo que el hombre resuelve sus desavenencias y disputas por medio de la fuerza, por la guerra y el asesinato. En un desquiciado afán por adueñarse de recursos naturales no renovables, se desciende a la sima del salvajismo y la irracionalidad, destruyendo tesoros históricos invaluable que eran testimonio de las raíces de la civilización, sin importar que la incursión en territorios ajenos cueste miles de vidas humanas.

En lo que respecta a la convivencia social, hemos caído a niveles penosos de degradación, violando principios éticos y morales que conside-

rábamos eternos y borrando de la Biblia, en la práctica, preceptos que tan caros eran para nuestros ancestros. Pero no será el fin del mundo; nunca habrá fin del mundo, sino simplemente el fin de éste mundo.

De acuerdo con las enseñanzas de los sabios de la antigüedad, estamos en el umbral de la precesión de los equinoccios y el comienzo de la Era de Acuario. Uno de ellos predice que “una vez más las polaridades magnético-espirituales se van a encontrar cambiadas y es hacia los 30 grados de latitud sur a donde se dirigirán nuestros mundos”. Sólo los herederos de los grandes misterios conocen los alcances de esa predicción, pero quienes estamos acostumbrados a la reflexión y el análisis, podemos adivinar la proximidad de una vida nueva en un mundo nuevo y una raza mejor. Los dueños del secreto nos hablan de una polaridad magnético-espiritual y eso significa que la nueva raza tendrá sus sentidos puestos en lo espiritual, y que el cambio se inclinará hacia el bien y hacia la búsqueda de la paz como misión suprema del hombre sobre la Tierra.

Mientras eso sucede, los amantes de la libertad, los defensores de la razón y la justicia debemos mantener vivos los principios tradicionales del periodismo, como un respetuoso homenaje al Bicentenario de la Independencia y al Centenario de la Revolución.

¡Muchas gracias!

La Batalla de El Ébano y el petróleo

**Conferencia sustentada en la Casa de la
Cultura, hoy Museo Francisco Cossío,
en un aniversario de la histórica Batalla.**

Voy a presentar un juicio sumario en el que todos ustedes son miembros del jurado:

La Batalla de El Ébano es la más larga de la historia militar de México, y quizá de la mayor parte de los combates revolucionarios del mundo. Tuvo una duración de setenta y dos días y el ejército atacante perdió más de tres mil hombres, entre muertos y heridos. Fue la primera gran derrota sufrida por las fuerzas del legendario Pancho Villa; la segunda fue la de Celaya frente al ejército del general Álvaro Obregón. Pero la de El Ébano fue una lucha muy desigual; si tratáramos de poner un ejemplo comparativo, diríamos que es como si en una competencia musical se hubiesen enfrentado una orquesta sinfónica que tocaba por nota y una murga callejera desordenada y sin partitura.

Miren ustedes:

En noviembre de 1914 el presidente Venustiano Carranza y el general Pablo González, jefe del Ejército del Noreste, armaron un dispositivo de combate en la ciudad de Córdoba, Veracruz. El mismo general González, quien participó en el asesinato de Emiliano Zapata en Chinameca, bajo las órdenes del coronel Jesús Guajardo, instaló el primer cuerpo de defensores de El Ébano en el cerro de La Dicha y ordenó la construcción de una línea de trincheras profundas de catorce kilómetros de longitud, cavadas en zigzag y tan cómodas que un hombre podía disparar de pie sobre el enemigo, protegido por una red de alambres de púas.

Por su parte, y en acatamiento a las órdenes del general Francisco Villa, el general Tomás Urbina dispuso que el general Manuel Chao ocupara una posición en el cerro de La Pez, donde se perforó el primer pozo petrolero en México. Chao contaba con la participación de Isaac Arroyo, Eugenio Aguirre Benavides, los hermanos Alberto y Francisco Carrera Torres, los generales Licona y Almeida, y los hermanos Saturnino y Magdaleno Cedillo.

A principios de marzo de 1915 los atacantes eran más de mil, mientras que los defensores sumaban menos de cuatrocientos y estaban a punto de abandonar el campo cuando les llegaron refuerzos al mando del Andrés Saucedo al frente de la Novena Brigada del ejército del noreste. Las primeras escaramuzas comenzaron el 19 de marzo de 1915, cuando el general Tomás Urbina tenía más de doce mil hombres bajo su mando, pero eran combatientes salidos de las guerrillas villistas, acostumbrados a pelear a caballo y en llanuras abiertas. Los del ejército constitucionalista, en cambio, eran poco más de seis mil soldados disciplinados y dirigidos por militares de carrera. Ese día tomó el mando de los constitucionalistas el general Jacinto Blas Treviño, quien dispuso que una parte del ejército se ubicara en el flanco izquierdo. Contaba con sólo dos piezas de artillería, mientras que los villistas tenían veintiuna.

Los hombres de Urbina atacaron con arremetidas casi suicidas contra un ejército bien colocado y pertrechado en las alturas del cerro de La Dicha, que disparaba con tino y seguridad sobre el enemigo, que perdió cientos de hombres, caballos, armas y parque en arremetidas suicidas en las que el ataque careció de eficacia por el grave error de no haber explorado previamente el terreno, de modo que los caballos cayeron sobre las alambradas de púas o se atascaron en los pantanos, lagunas, enmadedados breñales y los espesos bosques, elementos totalmente desconocidos por los guerrilleros norteños de a caballo y a

pie. Cada arremetida fue un desastre para los atacantes, y los defensores salen casi ilesos de cada mandarriazo suicida.

El ejército de los convencionistas se debilitó a medida que la batalla transcurrió, mientras que los constitucionalistas recibieron refuerzos cada día. El ferrocarril Ebano-Tampico no ha dejado de funcionar. Los defensores de la plaza recibieron más cañones y ametralladoras con sus respectivos servidores, municiones y bastimento. Contaban con una eficiente comunicación telegráfica y con teléfono que conectaba directamente el centro de mando con las trincheras, cuyo uso se redujo a sólo seis de los catorce kilómetros construidos.

Para infortunio de los atacantes, los días 17, 18 y 19 de mayo, y por primera vez en la historia militar de México, el presidente Venustiano Carranza ordenó la participación de tres aviones piloteados por Alberto Salinas, Jorge Parflea y Leonardo Boley, que arrojaron mortíferas bombas sobre los villistas causando pánico y elevando la cifra de muertos, al mismo tiempo que hacían vuelos de reconocimiento en perjuicio de los convencionistas.

El general Jacinto B. Treviño describió en un artículo publicado en *El Heraldo*, en uno de los aniversarios de la batalla: "En el fragor del combate, y en medio de los gritos de dolor y de espanto, mientras miles de hombres derramaban su sangre en el campo de batalla, nadie reparó en que un capitán carrancista permanecía arrestado por un acto de indisciplina en un jacal de la retaguardia, adonde un perro entró en busca de comida. El militar lo atrajo y cuando lo tuvo al alcance, le metió una bayoneta por el hocico dándole muerte. Ese capitán indisciplinado era Gonzalo N. Santos".

Concluyo:

Entusiasmados por el efecto de los bombardeos aéreos y el desconcierto de los atacantes, los constitucionalistas pasaron de la defensa al ata-

que, y en pocos días causaron tantas bajas entre los villistas que el general Urbina ordenó la retirada y él mismo no paró hasta Chihuahua con una pequeña parte de lo que fue uno de los ejércitos más poderoso de la Revolución Mexicana. la retirada tuvo lugar el 31 de mayo de 1915, a setenta y dos días de iniciada la batalla más larga de nuestra historia reciente. Como decíamos al principio, fue una lucha muy desigual entre una horda de guerrilleros sin una táctica y una estrategia adecuadas y un ejército profesional dirigido por ocho generales de carrera, ciento cuatro jefes, setecientos cincuenta y ocho oficiales y cinco mil noventa y seis efectivos de infantería disciplinados, ordenados y bien pertrechados. Como un fajador que en el ring avienta mandarrazos a lo loco y un boxeador inteligente y con buena esquina. Urbina no es un militar de carrera. Pido al jurado que delibere y emita su veredicto.

El 20 de mayo de 1901 se formó ante el notario público Álvarez Cadená, de la capital, la compañía denominada Huasteca Petroleum Company of California y se inició la perforación de un pozo en un montículo llamado La Dicha, de donde brotó petróleo crudo a una profundidad de unos quinientos metros. A ese pozo, que produjo 50 barriles diarios, le llamaron Doheny Uno en honor al empresario Edward Doheny, quien junto con el geólogo Charles A. Canfield comenzó la aventura de buscar petróleo en El Ébano con el respaldo financiero de accionistas californianos. Luego se perforaron —a lo largo de varios años— cincuenta y seis pozos más, que en conjunto producían apenas doscientos barriles diarios y llevaron a la quiebra a la compañía. Se habían gastado dos y medio millones de dólares, cuando la paridad con el peso era de dos por uno.

Un ángel salvador en la persona de Ezequiel Ordóñez, quien había explorado el terreno antes de la llegada de los yanquis por instrucciones de Porfirio Díaz y entregó un informe favorable —pero fue despedido por intrigas de sus compañeros—, vino en auxilio de la Huasteca Pe-

troleum. A instancias suyas, Doheny consiguió un crédito de cincuenta mil pesos del Banco de San Luis, con el apoyo de Gerardo Meade, miembro del consejo, y se reanudaron los trabajos de perforación, pero esta vez en las faldas del cerro de La Pez. No eran cerros, propiamente dicho, sino leves protuberancias en una llanura costera cuya altura promedio sobre el nivel del mar era de apenas cincuenta metros.

El 3 de abril de 1904, a cien metros de profundidad, brotó en el cerro de La Pez un chorro de petróleo que alcanzó quince metros de altura y produjo mil quinientos barriles diarios de crudo, que la empresa enviaba al extranjero utilizando el gasoducto Ébano Tampico, al mismo tiempo que enviaba asfalto a la Ciudad de México y a Monterrey para la pavimentación de calles y carreteras. Por primera vez se conoció en México el proceso de exploración-extracción-comercialización, según el estudio presentado por Miguel Romero Ruiz Esparza y Gerardo Quirino Muñiz a la comisión encargada de organizar la conmemoración del Bicentenario de la Independencia y el Centenario de la Revolución Mexicana y de la Batalla de El Ébano, encabezada por el licenciado Federico Garza Herrera.

Base de la nacionalización

A juicio de analistas e historiadores, la victoria constitucionalista consolidó el triunfo de la Revolución Mexicana y sentó las bases del país moderno en el que vivimos con libertad y leyes, y puso a salvo la riqueza del corredor petrolero comprendido entonces entre Veracruz y El Ébano, la famosa Faja de Oro codiciada por muchas naciones. Por el contrario, si para infortunio del país las fuerzas villistas hubieran alcanzado la victoria y prevalecido sobre los intereses de México, nadie sabría pronosticar el futuro del país y del petróleo.

Bronco, ignorante, hombre de decisiones arrebatadas y carácter violento, es posible que Francisco Villa se hubiera opuesto terminantemente

a entregar concesiones de exploración, extracción y comercialización a compañías norteamericanas, con las consecuencias diplomáticas, políticas y económicas previsibles. Es evidente que la heroica hazaña del general Jacinto Blas Treviño cambió el curso de la historia.

El resultado de la Batalla de El Ébano a favor del país sentó las bases de la expropiación petrolera como lo prueba la primera huelga llevada a cabo por los trabajadores en 1936, en señal de protesta por los bajos salarios y las malas condiciones de trabajo impuestas por las compañías extranjeras.

México es el País de la Esperanza. Los mexicanos de hoy esperamos que la Reforma Energética sea un milagroso exorcismo que nos libere del sombrío vaticinio de Ramón López Velarde: “El Niño Dios te escribió un establo, y los venéros de petróleo el diablo”.

Teófilo Torres Corzo es diputado, gobernador y senador

El licenciado Teófilo Torres Corzo, originario de Villa de Arriaga, se convirtió en un empresario con extraordinario éxito en sus negocios y acumulaba millones de pesos en su capital cuando concibió la idea de probar suerte en la política, aprovechando que en México todo el mundo es priista de nacimiento.

Me pidió que le ordenara unas fotografías que se había mandado hacer en visitas a barrios y colonias del distrito electoral al que su domicilio correspondía. Esas fotografías de campaña se publicaban en dos planas completas en los dos diarios que en ese tiempo se editaban en esta capital: *El Heraldo* y *El Sol de San Luis*. El comité directivo estatal del PRI registró su candidatura a regañadientes porque, a juicio de la dirigencia, Torres Corzo carecía de un activismo militante y tampoco tenía la experiencia necesaria para desempeñar una representación popular. No obstante, cumplió con los requisitos estatutarios y llegó al día de las elecciones sin contratiempos.

El aprendiz de político había mantenido la comunicación conmigo, porque me pagaba quinientos pesos cada vez que le armaba las planas de publicidad, asunto en el que me consideraba bastante capacitado porque tenía suficiente experiencia y un sentido político que podría calificarse de natural. Como resultado de esa cercanía manejamos el proceso comicial coordinadamente. Yo tenía por costumbre recorrer las casillas electorales cada vez que se realizaban elecciones locales. Recuerdo que Guillermo Fonseca ganó la presidencia municipal con solo veintiséis mil sufragios porque era candidato sin oposición y su postulación no despertó entusiasmo entre los electores, pues en el sis-

tema político vigente en aquel tiempo el candidato oficial se convertía automáticamente en electo con solo hacer una simulación de campaña y realizar los comicios previamente arreglados.

Ahora, con Torres Corzo compitiendo limpiamente, las casillas registraban una presencia graneada de votantes, pero en mi recorrido noté que no se habían instalado algunas de las que debían ocupar lugares importantes por el número de empadronados, y esas pertenecían — precisamente — al distrito electoral que Teófilo disputaba, por lo que acudí a su oficina de campaña y le advertí de tan grande falla. En su inexperiencia política, el candidato suponía que el partido iba a encargarse de todo el operativo, y al explicarle en detalle su precaria posición y las maniobras que se realizaban desde el mismo instituto político para estorbarle el triunfo, el abogado tomó personalmente el control de la situación, y con sus propios medios condujo ciudadanos a depositar su voto en el mayor número de urnas del distrito electoral. El candidato prolongó su labor aún después de la hora en que oficialmente debían cerrar las mesas de votación y el resultado de los escrutinios le resultó favorable con una considerable ventaja. Con buen sentido político y cierto grado de reconocimiento, el diputado electo me atribuyó una parte de su éxito personal.

Ya en el cargo, y con el respaldo de la mayoría de sus compañeros, fue electo presidente de la Gran Comisión en la Legislatura Local, cargo de reciente creación, que duró poco tiempo, y los dirigentes del Partido que estorbaron por todos los medios su llegada a la diputación, no tuvieron más remedio que aceptar una situación de hecho.

Se adhirió a un grupo de literatos potosinos

Efraín Álvarez Méndez y José Luis Vega salieron muy motivados de una clase del maestro José C. Rosas Cansino, que en aquél tiempo se impartía en lo que es ahora la biblioteca de la universidad, y ambos

decidieron fundar la Sociedad Literaria Manuel José Othón, el 14 de junio de 1964 junto con Juan José y José de Jesús González Hernández, J. Carmen García Vázquez y José Antonio Navarro Lechón. Figuró en ese grupo una bella damita, que era María del Carmen Rodríguez Romero. Todos estudiantes.

Luego se les sumaron Teófilo Torres Corzo, Carlos Artolózaga Noriega, Enrique Márquez Jaramillo, Carlos Ramírez Muñoz Ledo, Víctor Manuel Flores Aguilar, Armando Adame y otros. La presencia de Torres Corzo infundió mucho vigor a las reuniones de la Sociedad Literaria, que se realizaban en lo que es actualmente el Museo Manuel José Othón, en la calle Los Bravo.

Las sesiones eran muy animadas y se hablaba mucho de literatura española, aunque hubo poca producción. Con el paso del tiempo el más destacado fue Carlos Artolózaga, autor de varios libros editados con su propio peculio. La doctora Rodríguez Romero publicó algún ensayo sobre Daniel Ortega y los revolucionarios nicaragüenses y sobre la poesía de Manuel Lara Hernández, ganador de dos premios en los Juegos Florales Universitarios, aunque también estudió a fondo la obra literaria de autores como Eduardo Galeano, autor de *Las venas abiertas de América Latina*, de Ernesto Cardenal y de una trabajadora minera de Bolivia que publicó un libro de bolsillo titulado *Si me permiten hablar*.

Fue el arquitecto de su propio destino

Visto a la distancia y con un enfoque imparcial, Teófilo Torres Corzo fue el arquitecto de su propio destino, como dice la conocida sentencia, pues en 1966 se inscribió en la Escuela de Leyes calculando su propio futuro a mediano y largo plazo.

Él mismo recuerda que don Antonio Rocha era procurador general de la república y amigo del presidente Gustavo Díaz Ordaz, pero se



Teófilo Torres Corzo y Gregorio Marín.

concentró en sus estudios y no fue sino cuando el prestigiado jurista llegó a gobernador que decidió pedir una audiencia para hablar con él. Dice que un señor llamado José José era el oficial mayor y lo hizo dar vueltas durante veintiséis días. Su paciencia no decayó, pero entre tantos rechazos hubo un momento en que, mirando al intransigente burócrata, pensó: “pero un día vas a ser mi empleado, y con el tiempo su propósito se hizo realidad.

Cuenta que por fin logró hablar con el licenciado Rocha, tras de esperarlo en la antesala a la hora de la salida, ya siendo gobernador respondió a su petición de empleo diciendo: “No quiero ‘curros’ en mi gobierno”. “Yo no soy curro” replicó el joven estudiante, pero Rocha le dijo: “¡Adiós!”.

Dos años después, y al cabo de muchos intentos de hablar otra vez con el mandatario, logró decirle: “Señor, deme una oportunidad”. La súplica se repitió dos o tres veces, hasta que don Antonio Rocha le dijo: “Te voy a dar una oportunidad como agente de la Policía Judicial, sí o no”. Aceptó y se puso a las órdenes del comandante Antonio Aguiñaga Piñón, y cumplió responsablemente todas las encomiendas.

Ya siendo pasante de leyes, don Antonio Rocha le dijo: “Vas a pasar la prueba de fuego. Ve con Lastras, —quién era procurador de justicia del estado— que te haga agente del Ministerio Público”. Le ordenaron interrogar a un detenido. La encargada de la prueba era María Luisa González, quien envejeció al servicio de la Procuraduría General de Justicia del Estado. El interrogatorio comenzó a las seis de la tarde y concluyó a las ocho de la noche. María Luisa le dio un 10 de calificación. Torres Corzo cursaba el tercer año de la carrera. Año y medio después trabajó a las órdenes del licenciado Moisés Vignas Pineda, abogado de reconocida capacidad y amplia experiencia.

Organizó una corrida de toros

Torres Corzo recibió una petición de reclusos de la penitenciaría del estado para organizar una corrida de toros, con el indispensable permiso para salir de la cárcel por unas horas bajo la promesa de que, terminada la fiesta, regresaran a sus celdas. El joven abogado les concedió la licencia y él mismo consiguió que Pepe, Marco Antonio y Javier Garfías le regalaran unos novillos.

Le pidió a Gonzalo Benavente, padre, distribuidor de la marca Majestic, un televisor; le obsequió tres. Acudió también a una maderería y consiguió los tabloncillos necesarios para armar el graderío. Francisco *el Curro* Rivera aceptó participar como primer espada, por intercesión de su amigo Oscar Torres Corzo. El licenciado Emeterio López Alonso, procurador general de justicia, fungió como juez de plaza y el gobernador Antonio Rocha y el procurador Alfonso Lastras Ramírez fueron invitados de honor. El coronel Renato Vega Amador escribió una crónica que se publicó en los diarios locales.

Abrió su propio despacho

A los 23 años, y una vez aprobado su examen profesional, teniendo al licenciado Carlos Medina de los Santos a la cabeza de sus sindicales, el licenciado Teófilo Torres Corzo abrió su propio despacho. Para entonces había ocupado catorce cargos públicos y desde entonces aprendió que en esos puestos nadie está seguro. Es sabido que en la política no te metes, te meten; no te sales, te sacan.

Recuerda que en una ocasión el licenciado Rocha lo mandó con su representación a encabezar una ceremonia oficial, y cuando los reporteros lo entrevistaron soltó de su ronco pecho, sin pensar en las consecuencias políticas. El mandatario lo mandó llamar y, mostrándole el periódico que reprodujo sus palabras, le reprochó: “Te mandé a organizar un acto, no a decir las tonterías que dijiste”.

Torres Corzo reconoce que el licenciado Lastras fue el hombre que lo formó. Por su atildado modo de vestir, siempre de traje y corbata, Ignacio Rosillo y Rodolfo Franco le apodaron “el Psicodélico”. En las columnas del diario *El Heraldó*, platica que don Antonio Rocha lo llamó para informarle: “Vas a ser diputado por el primer distrito”, pero Amaya habló con Mario Lozano y le cambió la jugada. En su lugar entró un candidato del Seguro Social.

Fundó la Policía Urbana

En la zona residencial de la capital del estado, los vecinos se quejaban de la falta de vigilancia policiaca, aunque los problemas de seguridad no eran muy importantes. El joven abogado contrató a personal que recorría las calles a bordo de bicicletas que les proporcionó el novel empresario, pero como carecía de capital para pagarles su salario, los mismos vigilantes recogían cuotas voluntarias de veinte pesos, que los vecinos pagaban gustosos porque vivían más tranquilos con el nuevo cuerpo de vigilantes.

Con el tiempo y las cuotas voluntarias, los vigilantes fueron uniformados y unos años después contó con dos patrullas que reforzaron la seguridad en el barrio más importante de la ciudad, que ahora crece hacia el surponiente y cuenta con una mejor vigilancia, aparte de la que le brinda la policía municipal. Con sus contactos en la policía estatal y la Procuraduría General de Justicia, el joven empresario es también un eficiente ciudadano al servicio de la ciudad.

Fue diputado federal y gobernador

Teófilo Torres Corzo fue electo diputado en la LIII Legislatura Federal. Con esa representación conoció a Luis Donaldó Colosio cuando éste era presidente del Partido Revolucionario Institucional, con quien se presentó humildemente y le contó que “era un provinciano con ganas de aprender”. El detalle impresionó al sonorensé cuando

el potosino le dijo:

—Me propongo aprender y hacer las cosas bien.

—Ya siéntate, cabrón, le ordenó Colosio. Luego le ofreció una diputación local y le mandó a Joaquín Álvarez Ordóñez para afinar los detalles, pero Torres Corzo puso tres condiciones para aceptar, entre ellas ser líder de la cámara. La oposición estaba encabezada por Francisco Salazar Sáenz, el gobernador de San Luis Potosí era Leopoldino Ortiz Santos. Había problemas, pero Teófilo contaba con Yolanda Eugenia González, Bruno Contreras, Maricela, Beto Ayala, Vaglienti y otros.

—Los liderazgos se ganan, no se imponen, sentencia Torres Corzo.

Él y Colosio se hicieron buenos amigos, junto con sus respectivas esposas. Colosio le regaló un barco artesanal de madera construido a escala, que el potosino conserva con orgullo en su despacho.

Torres Corzo, actualmente senador por San Luis, recuerda en una plática con el autor de este libro que en 1999, cuando se presentó el problema de los navistas inconformes con la elección de Fausto Zapata, lo llamó el presidente Carlos Salinas de Gortari y le dijo:

—En San Luis hay efervescencia. El único que lo puede tranquilizar es usted. En efecto, cuando fue gobernador recorrió el estado y resolvió, sobre la marcha, los problemas que le planteaban autoridades y ciudadanos. Llevaba efectivo y lo aplicaba en los casos en que era necesario. Así impresionó favorablemente al pueblo y se ganó el reconocimiento, la simpatía y el agradecimiento de miles de potosinos. Los siguientes gobernadores cayeron en las inercias de siempre.

“A un presidente no se le dice que no —sentenció Torres Corzo refiriéndose a la invitación del primer mandatario— y menos a mi amigo

Carlos Salinas”. Me dijo:

—Acaba de renunciar Fausto. San Luis lo necesita y hay que entrarle. Hágame favor de dar trámite a este asunto hoy mismo.

“Yo contaba con Yolanda Eugenia, con Jacinto Lárraga, Bruno Contreras, con quince o dieciséis diputados, y algunos del PAN. Cuando salí de Los Pinos hablé con Fausto y le informé de las órdenes presidenciales:”

—Él me puso y él me quitó ... ¡Dale pa'adelante!

Ampliando conocimientos y experiencia, Torres Corzo cumplió fielmente las instrucciones del presidente Salinas de Gortari, quien posteriormente lo designó jefe de promoción industrial y asesor general, y luego representante de México en Asia para Asuntos Económicos, cargo en el que estuvo durante dos años. Concluida la misión, el potosino se mantuvo voluntariamente al margen de la política, pero a instancias de amigos y de socios comerciales realizó una fructífera incursión en la vida pública y fue electo senador. Torres Corzo cuenta que siendo senador fue electo presidente de la Comisión Asia Pacífico del Senado de la República, cargo que ha desempeñado con atingencia y con apego a la disciplina partidista, según opinión generalizada dentro y fuera del país.

Homenaje a don Francisco Martínez de la Vega

Discurso pronunciado por Gregorio Marín en un aniversario luctuoso del exgobernador en 1993, invitado por el gobernador Teófilo Torres Corzo.

Señor gobernador constitucional del estado, señor presidente del Supremo Tribunal de Justicia del Estado, señor presidente de la H. Legislatura local, señor representante de la XII Zona Militar, señorita Consuelo Martínez de la Vega, damas y caballeros:

Estoy persuadido de que debo a mis muchos años en el periodismo el privilegio de poder dirigirme a ustedes en tan señalada ocasión. Nos reunimos aquí para rendir homenaje, en el octavo aniversario luctuoso, a la memoria de don Francisco Martínez de la Vega, uno de los mejores periodistas de México. A San Luis potosí corresponde el honor de haber sido su cuna.

Periodista por vocación, nosotros somos apenas una copia de aquellos primeros reporteros mexicanos que llevaron al emperador Moctezuma Xocoyotzin y a los habitantes de México-Tenochtitlan, la noticia de la llegada de los hombres blancos que anunció Ceacatl Topiltzin Quetzalcóatl el día de su partida.

Después, el primer corresponsal extranjero en tierras del Anáhuac fue Bernal Díaz del Castillo. Ellos mostrarían el camino a los pregoneros oficiales encargados de vocear las noticias y las disposiciones de los ayuntamientos de la Colonia. El escribano Pedro del Castillo nos dejó el dato más antiguo disponible, correspondiente

al cabildo de la Ciudad de México: En 1524 el vocero oficial 10 era Francisco González.

Mucho tiempo ha pasado desde entonces, y son muchos también los mexicanos ilustres que nos dejaron huellas de su labor como informadores, desde don Ignacio María de Castorena Goyeneche y Urzúa hasta don Francisco Martínez de la Vega, sin pasar por alto a don Miguel Hidalgo y Costilla, quien fundó *El Despertador Americano* a su paso por Guadalajara, sabedor de la importancia de contar con un órgano periodístico que difundiera los avances de la lucha independentista.

También las corrientes de pensamiento federalista contaron con órganos de opinión, lo mismo que los iniciadores de la Reforma y que los forjadores del México revolucionario. Y es que no se puede concebir la vida en sociedad sin una constancia de la memoria colectiva. Sin ella, esa vida no existiría, o perecería en el momento mismo de suceder.

El periodismo es flor de un día, nos enseñaron nuestros maestros, pero si esa bella flor se imprime, habremos descubierto la memoria de papel o el videocassette. Así, el periódico se convierte en un elemento imprescindible de la comunidad, pero es importante distinguir entre periodismo y panfletismo, entre periodismo y libelismo. El periódico es el espejo de la sociedad a la que sirve, por tanto, es impersonal y objetivo. No hace sino reflejar la realidad que lo circunda. Por eso el periodista debe ser honesto y leal a sí mismo y a su profesión.

El Sol de San Luis informó que quinientos trece periodistas han sido muertos o desaparecidos en Latinoamérica en los últimos veinte años. ¿Y qué? Todas las profesiones, todas las actividades del individuo, conllevan riesgos; así el bombero, el policía, el piloto aviador y el torero; lo mismo el militar que el cirquero. Por la naturaleza misma de su trabajo,

el periodista afecta intereses, denuncia incompetencias, ambiciones y prevaricaciones, hiere susceptibilidades.

Lo que debe evitar escrupulosamente el periodista, es caer en la injusticia, en la mentira o la corrupción. Tampoco debe usar su espacio en el periódico para dar rienda suelta a desahogos personales o venganzas mezquinas. Quien lo hace a sabiendas pierde la calidad moral para seguir ejerciendo. Pero aquel que es más o menos limpio —los santos no existe ni tendrían cabida en este ingrato, pero hermoso oficio— puede arriesgar lo que tiene y lo que es en defensa de su verdad y de la libertad de expresión.

En una ocasión, y en presencia de este aprendiz de periodista que tiene el alto honor de dirigirse a ustedes aquí y ahora, don Francisco Martínez de la Vega encargó a un cercano colaborador suyo el discurso oficial para una ceremonia: Antes de retirarse, el funcionario preguntó respetuosamente si debía seguir una línea determinada y don Francisco, sonriendo y mirándolo a los ojos, se limitó a hacerle una recomendación: “No haga citas”, le dijo.

Con la venia de ustedes, y de nuestro homenajeado, voy a violar las reglas. Cito:

“La libertad, Sancho, amigo —sentenció don Quijote— es uno de los más preciados dones que a los hombres dieron los cielos. Con ésta no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida”.

Pero para merecer esa libertad, el periodista debe mantenerse en el justo medio, entre los extremos del autoritarismo y la sumisión; entre la intolerancia y el libertinaje; entre el abuso y la indefensión. Esto es imparcialidad, sentido común y un profundo sentido de la justicia. Esa

libertad de expresión se ejerce plenamente en nuestros días, en los canales de la televisión local, en el Canal 9 como nunca antes, ahora bajo la dirección de Eduardo Alvarado Izunza, y en todos los medios de difusión hablados y escritos de San Luis Potosí, para honra y orgullo de las autoridades encabezadas por el licenciado Teófilo Torres Corzo, y para el bien y la salud de la sociedad en su conjunto.

El periodista es la voz de los que callan, escudo de los desvalidos, defensor de los oprimidos, debe actuar siempre como un moderador social. Así es como don Francisco Martínez de la Vega actuó siempre en el desempeño del oficio: en muchas ocasiones fustigó a los caciques, a los abusivos y a los demagogos, pero también aplaudió a los justos, a los veraces y a los patriotas. Cuando tuvo el privilegio de gobernar a su estado, recibió las lanzadas de la incomprensión y la intolerancia y soportó los embates de la maledicencia con la estoica sencillez del soldado sujeto a los límites de la ordenanza, la disciplina y el respeto a sí mismo. Para eso contaba con las armas de la inteligencia, el señorío de los potosinos bien nacidos y la nobleza de casta.

Su grandeza de alma lo colocó muy por encima de las mezquindades de la política aldeana que todavía se practica en algunos sectores de la sociedad potosina. Por eso, al concluir la misión que le fue encomendada, regresó al campo de su vocación: al manejo magistral de las ideas y las letras.

Además de haber obtenido tantos premios, de haberse ganado a pulso tantos reconocimientos, don Francisco Martínez de la Vega puede ufanarse, junto con su familia y amigos, de haber alcanzado la más alta cima a la que puede aspirar un potosino: la de ser para sus coterráneos un ejemplo de inteligencia y hombría; de verticalidad en el desempeño del oficio y de un acendrado amor a la tierra que lo vio nacer.

Muchas gracias.



Gregorio Marín en el homenaje a Francisco Martines de la Vega.

ANECDOTARIO

4

Los embutes del cacique

Federico Monjarás contaba en la Redacción de *El Heraldo* que en una ocasión un policía uniformado que llegó en bicicleta les entregó a él y a don Juan Muñiz Silva sendos sobres, de los que se usan en las empresas el día de pago. El policía les informó simplemente que lo enviaron a ponerlos en manos de sus destinatarios, cuyos nombres aparecían en cada sobre. Les pidió que le firmaran una nómina y se despidió respetuoso.

Monjarás era reportero y don Juan tenía el rango de jefe de información. Ambos abrieron sus respectivos sobres y vieron que había dinero adentro. Correspondía a su sueldo quincenal como miembros de la policía, cosa que ambos ignoraban porque nunca solicitaron el puesto ni se dieron de alta. Fue don Federico quien hizo la observación, al finalizar la cuenta del dinero —que ambos hicieron en la redacción—, le preguntó ofendido al señor Muñiz:

—¿Por qué a usted le mandan ciento cuarenta y siete pesos y a mí nada más ciento treinta y cinco?

Don Juan, embolsándose el dinero y sonriendo socarrón, le contestó al reportero:

—Seré su comandante.

Pocos políticos locales

Ya conté que en el Internado Damián Carmo-
na se reunían los mejores y más destacados
políticos de México, pero asistían pocos de los
conocidos en San Luis. Podemos recordar, en-
tre otros, a quien fuera secretario general de go-
bierno de Gonzalo N. Santos, antes de que don
Agustín Olivo Monsiváis asumiera el puesto:
el respetado licenciado Pedro Pablo González.
Por supuesto iba el mencionado Olivo Monsi-
váis, en ese tiempo magistrado presidente del
Supremo Tribunal de Justicia y quien hasta su
muerte, ocurrida a los 82 años, me distinguí
con su amistad y buen trato.

Otros asistentes esporádicos eran Jesús Medina
Romero, Juan Antonio Ledesma y el profesor
José Flores Mercado. Los miembros del magis-
terio potosino pensaban equivocadamente que
su líder era Flores Mercado, pero somos testi-
gos de que éste les transmitía las órdenes que
dictaba el profesor Jorge Márquez Borjas, quien
lo hizo diputado local. Uno que concurría con
más asiduidad era Rodolfo Reyna, junto con “el
Muerto” Rivera, ambos compadres de “el Cha-
to” Márquez, pero sin un papel relevante en las
conversaciones.

Recuerdo que en una ocasión, como resultado de que alguien me señalara como un riesgo para el grupo, el sinaloense Leopoldo Sánchez Celis les aconsejó:

—Nunca hagan pleito con un periodista.

Potosinos ventajosos

El tabasqueño Agapito Domínguez llegó a San Luis exiliado con el nombramiento de jefe de la Oficina Federal de Hacienda.

Este servidor de ustedes cubría la fuente y nos hicimos buenos amigos. En una ocasión salió a relucir el hecho de que yo era el presidente de la Asociación Potosina de Periodistas y don Agapito me obsequió dos botellas de whisky para los muchachos, que las recibieron con mucho gusto.

Bastaron pocas semanas para que don Agapito descubriera una de las características más notorias de los potosinos, siempre divididos y enfrascados en pleitos entre sí; a veces hasta dentro de una misma familia. Eso sí, en algunos casos pediches por inclinación natural.

Algún incidente de ese tipo debió ocurrir cuando llegué a la oficina de don Agapito en momentos en que despedía a una persona. En lugar de saludar, me dijo en tono de queja:

—¡Coño, aquí la mitad de la gente se levanta a ver a quién friega, y la otra mitad a no dejarse!

Yo había sido testigo de que don Agapito Domínguez, quien en su juventud fue miembro de las famosas camisas coloradas del líder del sureste Agapito Garrido Canabal, envió cuatrocientas tarjetas de Navidad debidamente membretadas e individuales, a sus amigos de Tabasco. Ahora renunciaba a su misión como recaudador para hacer campaña como candidato a gobernador de su estado, apoyado por el partido en el poder. Desgraciadamente, el estimado amigo falleció en plena campaña, víctima de un paro cardíaco.

Golpe político maestro

Desde que Miguel de la Madrid Hurtado asumió la Presidencia de la República, corría el rumor entre la clase política de que tenía planeado prescindir de los servicios de los hombres más poderosos en el sistema político mexicano: Fidel Velázquez, Carlos Jonguitud Barrios y Joaquín Hernández Galicia. La suma de dificultades hizo imposible la maniobra, pero cuando Carlos Salinas de Gortari asumió la Presidencia en 1988, citó en Los Pinos al líder vitalicio de Vanguardia Revolucionaria, como se autodenominaba el grupo que conducía la política y los destinos del magisterio nacional, con más de un millón de afiliados, el sindicato más grande de América Latina.

Se dice que el presidente Salinas de Gortari y el profesor Jonguitud Barrios conversaban en la oficina principal de Los Pinos cuando un oficial del Estado Mayor los interrumpió para informar al primer mandatario que Joaquín Hernández Galicia había sido aprehendido en su búnker de Ciudad Madero, Tamaulipas. —“A ti te lo digo, m’hija, entiéndelo tú, mi nuera”.

Le atribuían el asesinato de un agente del ministerio público federal y el delito de acopio

de armas. Si los delitos se comprobaban, ya era otro asunto, lo importante era la aprehensión del líder petrolero que trabajó en contra de la candidatura oficial.

Algo aconsejaba no usar la fuerza con Jonguitud, pero Salinas de Gortari envió a la profesora Elba Esther Gordillo a sustituir al líder magisterial en una asamblea adecuadamente manipulada. Don Fidel Velázquez, por su parte, se mantuvo en su lugar, aunque notoriamente disminuido en su poder político y moral. La caída de *"la Quina"* era previsible, porque movió al gremio petrolero en una campaña abierta a favor de Cuauhtémoc Cárdenas, opositor de Salinas de Gortari como candidato a la Presidencia de la República.

La Bodeguita y La Floridita

En su disputa con Carlos Fuentes yo me puse del lado de Alejo Carpentier porque, a juicio mío, es superior al mexicano. Todos los libros de Carpentier son buenos, pero si me dieran a escoger me quedaría con *El siglo de las luces*. Es interesante saber que el escritor cubano vivía en un departamento, en la planta alta de una calle de poca importancia en La Habana vieja, con un modesto balcón que daba a la calle. Allí escribía de importantes obras que todo aficionado a la literatura y el conocimiento general debe leer.

No se queda atrás la obra del estadounidense Ernest Hemingway, quien vivió también en un hotel de La Habana vieja, cerca del Banco de Cuba y en un tercer piso. Excombatiente en la Segunda Guerra Mundial del lado de los Aliados, Hemingway dejó también importantes obras y, ya entrados en gastos, si nos dieran a escoger me quedaría con *El viejo y el mar*, que atrapa la atención del lector desde los primeros párrafos y no la suelta hasta que lee la última página.

Los cubanos se sienten orgullosos de la presencia de Hemingway en la isla y del entra-

ñable amor que demostró por la historia y el pueblo de Cuba. Yo vi una escopeta que se quedó en su habitación, junto con otros objetos personales, pero me sedujeron los versos que dedicó a La Bodeguita del Medio, histórico lugar donde los visitantes de la bella isla pueden escribir su nombre en las paredes — hay miles— y saborear los deliciosos platillos típicos cubanos: “Mi mojito, en La Bodeguita. Mi daikirí, en el Floridita”.

Como se sabe, el famoso mojito es una bebida típicamente cubana consistente en una onza de ron blanco sobre una cama de yerbabuena fresca, a la que se añade un poco de jarabe y luego una cucharada de “granizao”, que es hielo frapé. El otro elemento imprescindible es el clima de La Habana, generalmente alrededor de los 27 grados centígrados en primavera y verano.

Fui periodista al servicio del gobierno

Ya conté que yo tenía a mi cargo la comandancia de la XII Zona Militar como fuente de información. Comencé desde que el comandante era el general Conrado C. Salido Muñoz.

Uno de los generales nos convocó a Florencio Ruiz de la Peña y a mí para ofrecernos el grado de sargento segundo si nos incorporábamos a las filas. Florencio aceptó y yo decliné. Él sirvió al Ejército durante tres años. Me gané la confianza del comandante porque casi todos los días platicábamos y yo compartía con él la información más importante del día, incluyendo el anuncio de visitas de líderes sindicales, funcionarios del gobierno federal, representantes de grupos supuestamente de oposición y personajes de todos colores y sabores.

El general tenía tanta confianza en mí y en mis informes que hasta me proporcionó su número telefónico particular y me asignó un nombre en clave, junto con un grado simbólico de suboficial. Era costumbre que el secretario de Defensa Nacional, los comandantes de región y de zona y altos oficiales acudieran a un convivio en los primeros días del año con el Presidente. En una de esas reuniones mi amigo le contó al

Presidente de la República que un reportero le compartía la información que obtenía como resultado de su trabajo cada día, y el jefe de la nación le recomendó:

—¡Consérvelo! Esos son muy útiles porque se meten en todos lados.

J. Carmen, diputado pistolero

El comandante de la policía, Antonio Aguiñaga Piñón, nos invitó a comer a su casa a J. Carmen García Vázquez y a mí. Fue tan agradable la reunión, con abundante comida y un buen vino, que nos la pasamos en verdad muy contentos y todos quedamos satisfechos, tanto que al final el comandante pidió permiso para entrar a sus habitaciones y salió con un rifle y una pistola en las manos:

—Escojan. Yo escogí el rifle, un Mendoza mexicano calibre .22, en tanto que J. Carmen se decidió por la pistola y ambos salimos felices de la casa del comandante. J. Carmen no me mostró la marca ni el calibre.

Nunca me imaginé que el diputado se fajaba todos los días la pistola al cinto, hasta que un día se le cayó en plena sesión del Congreso, cuando bajaba de la tribuna. Los periódicos hicieron gran escándalo pero el legislador no le dio la menor importancia al incidente.

El delegado del PRI es un simple mandadero

Florencio Salazar ya no era gobernador cuando fui a buscarlo a su casa para informarle que estaba escribiendo un libro en el que necesariamente haría referencia a su papel de gobernador y a mi papel como subordinado suyo. No pareció interesarle ni me hizo la más leve insinuación acerca de lo que podía escribir o dejar de hacerlo, pero en el transcurso de la breve conversación yo hice mención del delegado del Comité Ejecutivo Nacional del PRI en el estado, sin mencionar su nombre.

Florencio ganó fama en la política nacional porque fue delegado del PRI en doce estados de la república y en igual número de procesos electorales. Uno de sus papeles más relevantes fue el que desempeñó en Juchitán, Oaxaca, donde estuvo a punto de correr la sangre por lo acalorado de las disputas entre grupos políticos rivales. El asunto había cundido en todos los medios masivos de comunicación del país, que tenían puestos los ojos en aquel apartado lugar.

Florencio Salazar no solo desactivó la bomba político social a punto de estallar, sino que logró que el proceso electoral llegara a su culminación en un clima de paz y armonía. En nuestra

entrevista, cuando mencioné al delegado en San Luis él se limitó a definir:

—El delegado es nada más un enlace de la dirigencia nacional con los dirigentes en los estados. Su papel es conciliar los intereses de los grupos en pugna, evitar la violencia e imponer la disciplina del partido, nada más. El delegado carece de poder de decisión.

Mario Moya Palencia

Mario Moya Palencia había sido secretario de Gobernación en el gobierno de Luis Echeverría. En los días de este relato era el director general de la Organización Editorial Mexicana y coincidimos en una reunión de trabajo en *El Sol de México*. Cuando terminó el evento me pidió que lo acompañara a donde iba y acepté de inmediato. A bordo de su automóvil negro de lujo, conversamos respetuosamente pero rompimos el hielo con gusto cuando descubrimos que ambos nacimos el mismo día y el mismo año.

Llegamos a un domicilio en San Jerónimo y nos despedimos como amigos. Él le ordenó al chofer que me llevara a donde yo le indicase y así se hizo. No volvimos a vernos ni a comunicarnos por otros medios. Por costumbre, yo nunca busco a nadie si no es estrictamente necesario o por exigencias de la información que en ese momento estoy manejando. Nunca se dieron esos motivos.

¡Aufwiedersehen!

El reportero Gamaliel Aguilera se incorporó inesperadamente a la Redacción de *El Sol de San Luis* en los primeros días en que el diario salió a la circulación. Nadie sabía de dónde vino ni cómo llegó allí. El caso es que saludaba al director, don Antonio Estrada Salazar, golpeando los tacones de sus zapatos y cuadrándose como un militar. Entre los compañeros se rumoraba que estuvo en alguna unidad militar en Guatemala, pero él nunca confirmó ni desmintió la versión. Era disciplinado, trabajador y honesto.

En una ocasión yo tuve un altercado con un reportero joven y alebrestado. Nos metimos en un cuartito ubicado junto a la escalera que bajaba al taller para resolver el asunto. Tres veces lo derribé a puñetazos y tres veces lo ayude a levantarse para continuar el pleito frente a varios compañeros. Al final, con la intervención de los demás y sangrando por la nariz, el muchacho se dio por vencido y Gamaliel me abrazó por un costado rumbo a la redacción diciéndome en voz baja:

—Me cái que tú me ganas.

Gamaliel se afilió al Pentatlón Deportivo Militar Universitario y parece ser que le reconocie-

ron algún grado porque, inclusive, se mandó hacer un uniforme de gala que vistió con gallardía el día que contrajo nupcias con nuestra compañera Teresita Ávalos, cronista de sociales y alta, morena y bella, dueña de un carácter dulce y apacible, pero que sabía reclamar cuando lo juzgaba necesario. Una vez que le daban la razón ella solía decir: “Eso sí será, no que ¡Vámonos!”. Lo hacía también con el director Antonio Estrada Salazar, que luego celebraba el desparpajo y la gracia de Teresita.

El primer portero de *El Sol* se llamaba Julián y era un hombre de más de 50 años, respetuoso y de carácter tranquilo. Yo le llamaba “don Pipián” al saludarlo. Cuando el soldado Gamaliel salía del edificio por la noche, al pasar frente a la portería, se despedía de don Julián exclamando en voz alta:

—*¡Aufwiederschen!*

Don Julián pensaba que Gamaliel había estorudado y le decía respetuoso:

—¡Salud, señor!

Potosinos parranderos

Dos potosinos de buena posición social y económica, ambos muy conocidos, coincidieron en un prostíbulo de madrugada y pasados de copas, y al más puro estilo potosino fingieron no haberse reconocido. El mismo día, y en horas de oficina, a uno de ellos se le ocurrió chantajear al otro, tratando al mismo tiempo de encubrir su propia culpa. Se le acercó en la oficina y le preguntó a media voz con tono de reproche:

—¿Qué andaba haciendo usted a las tres de la mañana en tal lugar?

El interpelado ya esperaba la pregunta y respondió con el mismo tono de reproche:

—Y usted ¿qué andaba haciendo?

El otro ya no respondió, dio media vuelta y se dirigió a la oficina de al lado.

El que odia es un tonto

—¿Usted tiene complejos? Me preguntó don Ramón Chavolla, delegado de la Secretaría de Economía. Era un hombre cincuentón y de mediana estatura, de apariencia tan sencilla y vestir tan modesto que nadie pensaría, al verlo, que se trataba de un funcionario federal. No usaba traje.

Sentado frente a él respondí simplemente:

—Sí tengo complejos, pocos, pero sí tengo. Pienso que todos tenemos.

—Es usted un joven inteligente. Casi nadie admite que tiene complejos. Pero no sólo los tenemos, sino que somos víctimas de sentimientos y emociones negativas, lo mismo que positivas, por supuesto. Mire usted, uno de esos sentimientos negativos es el odio: Odiamos a una persona a veces sin motivo, y siempre sin percatarnos de que ese sentimiento hace más daño al que odia que al odiado, porque a veces éste ni cuenta se da de la mala voluntad de su prójimo o, si lo sabe, no le importa. ¿Puede medir usted tamaña tragedia? Que la persona odiada no lo sepa y, lo que es peor, que si lo sabe no le importe. En cambio, el que odia se hace mala

sangre y abriga emociones y pensamientos negativos que afectan su organismo y dañan su corazón.

Me despedí del señor Chavolla, quien duró poco tiempo en su encargo, aunque yo lo entrevistaba casi todos los días como era mi costumbre de reportero. Pasado un tiempo reparé en que poseía profundos conocimientos de filosofía. Yo no conocía todavía la sabia frase de Platón: “Tienes razón, Trasímaco, que me gusta aprender de los demás”, pero que he practicado siempre sin darme cuenta.

Quiénes eliminaron a Madrazo

Invité a platicar a un experimentado político priísta huasteco que ocasionalmente estaba al servicio del rico gobernador panista de San Luis Potosí, fenómeno que se repitió en todo el país, porque aunque el Partido Acción Nacional había ganado las elecciones presidenciales, tenía menos de dos millones de afiliados en todo México, lo que los obligó a gobernar con la estructura del PRI. Sin saludar, llegué al lugar de la cita preguntando a mi amigo a boca de jarro:

—¿Qué es peor que una mujer?

—Dos mujeres, fue la rápida respuesta.

—Pues ésas son las que no van dejar llegar a Madrazo.

Era bien conocido el pleito entre la profesora Elba Esther Gordillo y Roberto Madrazo, quién la despojó de la coordinación de la bancada priísta en la Cámara de Diputados. Elba Esther dirigente vitalicia del sindicato más grande de América Latina, que agrupa a más de un millón de maestros y empleados administrativos, dependientes de la Secretaría de Educación Pública. El tabasqueño Roberto Madrazo Pintado, presidente del Partido Revolucionario

Institucional, luchaba por la más importante candidatura federal. El político priista alquilado se apresuró a adivinar:

—Elba Esther y Beatriz Paredes.

—No, Elba Esther y Martha Sahagún.

La maestra chiapaneca Elba Esther Gordillo era la coordinadora de la fracción parlamentaria del PRI en la cámara de diputados y Madrazo maniobró desbancándola abruptamente. El rompimiento político provocó gran escándalo a nivel nacional. Dueña de un fuerte carácter y conocedora del sistema, la maestra fundó el Partido Nueva Alianza con los miembros cautivos de su sindicato. Se rumoró que contaba con el apoyo presidencial, porque aparecía en fotos junto a la primera dama en actos oficiales. Era obvia la cercanía entre ambas mujeres y resultaba fácil imaginar que se apoyaban mutuamente. Martha y su esposo Vicente Fox deseaban el fracaso de López Obrador y Elba Esther el de Roberto Madrazo. Ambas tenían motivos suficientes y valederos para trabajar juntas en busca de sus objetivos personales. El priista de alquiler estuvo de acuerdo conmigo, y mi pronóstico se cumplió.

Homenaje a Martínez de la Vega

Enviados de la Ciudad de México vinieron a San Luis para llevarnos a una comida que se ofrecía en el Distrito Federal en homenaje a don Francisco Martínez de la Vega. Íbamos en el mismo automóvil Marín Kuri Garza, Joaquín Arias, Víctor Ramón Ortiz, Roberto Martínez, el profesor Fausto González Ramírez y yo. Víctor y yo nos sentamos juntos. En la misma mesa frente a mi estaba don Manuel Tello, secretario de Relaciones Exteriores, quien tenía a su derecha al cronista deportivo Antonio Andere, a quien don Francisco llamaba “tío”. A la derecha de Andere estaba Alfonso Martínez Domínguez.

Por casualidad coincidí en la puerta de entrada con Elenita Poniatowska y ambos nos presentamos sin intermediarios, pero adentro había más de cuatrocientas personas y nadie se sentó donde no le correspondía. Mi plática con don Manuel Tello fue muy amena y a ratos intervenía el “tío” de don Francisco. Recuérdese que Martínez de la Vega fue cronista deportivo en un diario deportivo de circulación nacional.

Concluido el convivio, con discursos y todo, don Francisco obsequió a todos los que nos formamos un ejemplar de su libro *Escritos de*

Francisco Martínez de la Vega, de Ediciones Solidaridad. Al mío le puso la siguiente dedicatoria: “A Marín, buen periodista de mi tierra y amigo de muy fina sensibilidad”.

No es artículo de fe

Éramos un grupo de adolescentes entre los doce y trece años que solíamos reunirnos, como todos los chiquillos, para jugar, caminar juntos o hacer travesuras molestando a los mayores.

A tan larga distancia en tiempo y lugares, ni siquiera recuerdo la figura y el nombre de uno de los integrantes de la minipandilla, compuesta por una media docena de mozalbetes, pero tengo bien grabada en mi memoria, todo lo que escuchaba desde mi más tierna edad, que cuando ese jovencito de imaginación despierta y mente ágil contaba algo que a los demás nos parecía inverosímil o absurdo, lo tildábamos de mentiroso, hablador o echador (de echar mentiras, una expresión del costumbrismo potosino). El muchacho se mostraba seguro de sí mismo y adoptaba una actitud de indiferencia y desprecio, para añadir simplemente:

—No es artículo de fe.

Así, dejaba a nuestro arbitrio creer o rechazar su relato pues los demás no teníamos argumentos continuábamos jugando. Mis relatos son verídicos y nunca he publicado una mentira a sabiendas. Si alguna vez sucedió, se debe a que era falsa la versión que me dieron o el anuncio de algo

que nunca se hizo realidad, pero que era del conocimiento del informante. A los incrédulos y suspicaces les repito con la misma indiferencia y la sonrisa leve de mi amigo adolescente:

—No es artículo de fe.

La verdad no peca

Incontables anécdotas se quedaron en el tintero, unas porque el ejercicio de memorización resulta muy agotador y otras porque la discreción y el decoro obligan al silencio. En este punto quiero subrayar la veracidad de los relatos y la actitud cuidadosa de observar reglas elementales de buena educación, con el propósito de no herir susceptibilidades, no ofender a nadie ni lastimar honras. Declaro solemnemente que en los largos años de periodista nunca he tenido esa malsana intención, ni siquiera cuando me han agredido verbal o físicamente.

Mi único objetivo es dejar un testimonio de cuanto vi, supe y escuché “en esta bendita tierra que me vio nacer y donde vi la luz primera”, como dejó dicho don Margarito Ledesma.

En algunos casos se ponen en relieve ejemplos vivos de fortaleza de ánimo y de lamentables debilidades propias de la condición humana. Hay sentencias de infinita sabiduría y de aplicación universal que el lector habrá leído antes en otros libros, como esa de que: “El que esté limpio de culpa, que arroje la primera piedra”, “nadie es perfecto” y “no soy monedita de oro”.

Por si no bastara, es prudente tener presente lo que Terencio nos enseñó hace cientos de años: “Soy hombre, y nada de lo humano me es ajeno”, que sirve de fundamento filosófico a la revelación de San Agustín, de Hipona: “Todo lo llevamos acabado dentro de nosotros mismos”.

Por instrucciones del rector Mtro. en Arq.
Manuel Fermín Villar Rubio este libro
se terminó de imprimir en los talleres
gráficos de la UASLP en octubre
de 2017. El tiraje fue de
300 ejemplares.



UASLP
Universidad Autónoma
de San Luis Potosí



DIRECCIÓN DE
FOMENTO EDITORIAL
Y PUBLICACIONES
UASLP

Colección Ciencias Sociales y Humanidades

ISBN-13: 978-607-535-024-0



9 786075 350240